



Los Evangelistas  
de Aranjuez 1

El perdón  
según  
**Marcos**

**NORMA ESTRELLA**

Los Evangelistas de Aranjuez 1

# El perdón según Marcos

Norma Estrella

# *Sinopsis*

Marcos conoció la violencia y el miedo desde pequeño. Aprendió a esconderse cuando su padre volvía gritando a casa y a no hacer preguntas cuando su madre ocultaba la cara. Hasta que se cansó. Su madre rezaba y le decía que debían perdonar, pero los niños aprenden con el ejemplo y Marcos aprendió que los puños eran más efectivos que los rezos.

Miriam creció en Palmira. Sus padres le enseñaron a respetar el legado cultural de las civilizaciones milenarias que florecieron entre el Tigris y el Éufrates. No entiende conceptos como frontera o nación, pero cuando un grupo armado destroza el trabajo de sus padres y estalla la guerra en Siria, tiene claro de qué lado está: del de las víctimas.

Las vidas de Marcos y Miriam se cruzan en Alepo, un lugar que muchos definirían como el infierno en la tierra, pero hasta en los lugares más dejados de la mano de Dios la esperanza logra abrirse camino, siempre y cuando se luche por ella.

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción.

Título original: *El perdón según Marcos*

© Norma Estrella

© Diseño de cubierta: Alexia Jorques

Barcelona, España, 2019

Todos los derechos reservados

Nº de registro en Safecreative: 1910112158157

*Dedicada a las valientes mujeres  
de los pañuelos de colores*

# *Índice*

INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

SEGUNDA PARTE

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

TERCERA PARTE

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

CUARTA PARTE

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

Nota de la autora



# ***INTRODUCCIÓN***

*Aranjuez, 2009*

Salvador cerró la puerta de su dormitorio y, con la espalda apoyada en ella, cerró los ojos y suspiró, soltando con el aire las preocupaciones del día. Pero en vez de sentirse más ligero, al relajarse sintió el peso de los años en cada uno de sus músculos y articulaciones. Al abrir los ojos, la mirada se dirigió al paquete que lo aguardaba sobre el escritorio. Lo había traído el cartero aquella mañana, pero el día se había complicado y ya no había podido parar ni un momento.

La curiosidad le dio fuerzas para separarse de la puerta y dirigirse al escritorio. Con la llave que escondía entre un volumen de Derecho Canónico y uno de Teología de la Liberación abrió el cajón y cogió el abrecartas de plata. Si lo dejara a la vista, alguna de sus descarriadas ovejas podría tener la tentación de venderlo y era uno de sus objetos más valiosos. No por su valor material sino porque era un recuerdo de otra época, de cuando recorría los largos pasillos del Vaticano con el paso firme y optimista de la juventud.

En una humilde casa situada junto a una de las curvas del río Tajo, a medio camino entre los señoriales jardines y la fértil huerta que habían dado fama a la villa, Salvador se había apartado de la Santa Sede pero seguía cumpliendo los votos que juró tanto tiempo atrás: servir a Dios en el cielo y a sus hijos en la tierra, fiel a sus inescrutables designios, usando el corazón como única brújula.

—¡Ah! —La mirada se le iluminó al ver lo que contenía el paquete. Cuatro cuadernos con las cubiertas de cuero y un grabado distinto en cada uno de ellos. Sonriendo, separó los cuadernos y acarició los grabados con el dedo: un león, un ángel, un toro y un águila—. Buen trabajo, sí señor. Han quedado preciosos.

Mientras reseguía la melena del león pensó en Marcos, el extremeño fuerte

y apasionado, con un corazón tan grande que lo arrastraba a actuar antes de que el cerebro pudiera advertirle de posibles peligros. Marcos, con un instinto protector que no le cabía en el pecho; un instinto que lo metería en problemas una y mil veces.

Al trazar las alas del ángel, sonrió con tristeza pensando en Mateo. Un ser luminoso, aunque él no fuera capaz de verlo, sumido en su pozo de dolor. El paraíso mediterráneo en el que había pasado sus primeros años se había convertido en un infierno en segundos. Tardaría tiempo en recuperarse del golpe, pero lo haría, estaba seguro.

El toro embistiendo representaba bien al fogoso Lucas. A su edad había visto cosas que otros seres humanos no llegaban a presenciar en toda su existencia. La vida le había clavado demasiadas banderillas, y era absurdo esperar que un toro como él, bravo como el Atlántico que batía las costas de su Vigo natal, reaccionara como un manso buey.

Sacudiendo la cabeza, llegó a la última libreta, la que había encargado pensando en Jon. Menudo por fuera pero con un alma y un corazón enormes, el de Bermeo trataba de pasar desapercibido, pero a Salvador no lo engañaba. Cada vez que se asomaba a sus ojos, veía en ellos al águila, capaz de elevarse sobre las miserias del suelo y verlo todo desde una perspectiva superior. ¿Seguiría sus pasos en la Iglesia? Sólo Dios podía saberlo.

Esperaba que sus cuatro pupilos supieran apreciar los cuadernos que había encargado para regalárselos antes de que sus caminos se separaran. No necesariamente cuando los recibieran, pero tal vez algún día, cuando la vida apretara, pudieran volcar allí sus preocupaciones y angustia, encontrando entre sus páginas consuelo.

Marcos, Mateo, Lucas y Jon. Tan hermosos a los ojos de Dios, tan prescindibles a ojos de la sociedad.

Tal vez pecaba de falta de modestia, pero estaba convencido de que esos cuatro chicos no habían llegado a su casa por casualidad. Ofrecería su vida en sacrificio una y mil veces por ahorrarles a los cuatro las dolorosas circunstancias que los habían llevado hasta su puerta, pero el pasado no podía borrarse. Salvador se dejaría las fuerzas en reconducirlos; en mostrarles que Dios los había elegido, que sus vidas no sobraban, que tenían un sentido.

—Ilumíname, Señor.

# ***PRIMERA PARTE***

# 1

*Alepo, Siria, septiembre de 2015*

A mitad de camino entre el Mediterráneo y el Éufrates, Alepo ha oído resonar entre sus muros pisadas hititas, egipcias, griegas, romanas, bizantinas... Casi cuatro mil años de historia ininterrumpida la han convertido en la ciudad habitada más antigua del mundo. Durante ese tiempo ha visto entrar por las siete puertas de su muralla a viajeros cargados de mercancías, sueños y esperanzas. Y aunque durante siglos la perla de Siria fue famosa por sus zocos, alfombras y jabones perfumados, el nuevo milenio trajo consigo destrucción y desolación.

El soldado que avanzaba por sus calles no desentonaba en medio de las ruinas. Las bombas habían derrumbado barrios enteros, transformando la ciudad en un escenario postapocalíptico cubierto de cascotes y una gruesa capa de polvo gris.

El hombre de edad indefinida que cojeaba calle abajo, vestido con ropa de camuflaje, un raído abrigo y el rostro medio oculto por una barba larga y descuidada no había salido mejor parado. Con el rostro castigado por el sol del verano y el frío viento del invierno arrastraba los pies por el barro, poniéndolos uno delante del otro con una determinación dolorosa de presenciar. Pero no eran las heridas ni la suciedad que las cubría lo que llamaba la atención, sino su mirada, que había perdido la humanidad en algún momento. Era uno más de los desheredados, uno de los muertos en vida que se desplazaban entre la desolación, abandonada toda esperanza.

El sonido de un cuatro por cuatro avanzando lentamente entre los edificios bombardeados rompió el silencio de la calle. Cuando llegó a su altura, se detuvo.

—¿Necesita ayuda? ¿Está herido? ¿Le llevamos al hospital? —preguntó una voz femenina, en sirio.

El hombre siguió adelante como si protagonizara una película de zombis.

—Amigo —insistió la cooperante en inglés—. ¿Quiere agua? ¿Necesita un médico?

Un paso tras otro, tras otro, tras otro, el hombre siguió avanzando, como si supiera que detenerse significaba morir.

—Pues nada, maño. ¡Ahí te quedas! —exclamó la mujer, en su español natal.

Como si esas palabras lo hubieran sacado de un trance, el soldado se detuvo en seco y se volvió hacia ella.

—Ayuda —susurró, antes de desplomarse a sus pies.

## 2

*Aranjuez, España, septiembre de 2009*

—Ya hemos llegado —anunció Salvador. Marcos miró por la ventanilla del Renault 12, mientras el excusa que había ido a buscarlo a Almendralejo bajaba del coche y se estiraba ruidosamente—. Anda, baja, que no estoy yo para cargar con tus cosas.

Era la primera vez que Marcos salía de Extremadura y, aunque no estaba de humor para admirar la belleza de su nuevo destino, tuvo que admitir que se había esperado algo peor. Pensaba que su nuevo hogar tendría barrotes en las ventanas y altos muros alrededor, pero los únicos guardias que custodiaban la calle eran los frondosos árboles y los únicos muros a la vista, los de la casa vecina.

Bajó del coche, sacó el petate del maletero y se dirigió a la puerta.

—¿No cierra con llave? —le preguntó al cura, señalando el coche.

—No hace falta. La calle muere aquí y no tenemos vecinos. Bueno, sí, los Maier —señaló el muro al otro lado de la calle—, pero ya se han marchado. No volverán hasta el verano que viene.

—¿No tiene miedo de que yo se lo robe? —se le escapó, lo que provocó la risa del cura.

Salvador se acercó a él y a punto estuvo de apoyarle la mano en el hombro, pero al ver que el chico se encogía, no lo tocó.

—Si quieres escaparte lo harás, por mucho que cierre puertas y ventanas. Yo sólo soy un viejo siervo de Dios que quiere ayudar a sus semejantes. No puedo competir con tu fuerza y tus músculos. Lo único que puedo hacer es demostrarte que en ninguna parte vas a estar mejor que aquí. —Abrió la puerta y entró en la casa.

Marcos inspiró hondo y se tensó. Durante los últimos meses había aprendido a desconfiar de todos. Había compartido dormitorio y frustraciones

con una docena de chicos que, como él, habían salido rebotados cuando sus familias estallaron por los aires. Todos estaban rabiosos y no entendían qué demonios hacían en el centro de internamiento. Habían llegado allí arrastrando la herencia de sus padres, una herencia donde no había joyas ni propiedades, por supuesto. Uno cargaba un alcoholismo adquirido en el vientre de su madre; otro heredó el sida. A la luz del día, Marcos había llegado a sentirse hasta afortunado con la herencia que le había tocado, pero cuando se hacía de noche y las paredes se cernían sobre él, enterrándolo en vida, no podía razonar. Lo veía todo rojo, no reconocía a nadie, se ahogaba, y necesitaba salir a la calle. Sin saber lo que hacía, una noche había empezado a golpear las ventanas enrejadas del dormitorio con una silla. Los barrotes no cedieron, pero tras romper tres sillas y la cabeza de uno de los trabajadores del centro, lo habían echado de allí. Una trabajadora social, que había congeniado con Marcos durante sus charlas, pensó en el último recurso: el padre Salvador. Y ahí estaba, en Aranjuez. ¿Hasta cuándo?

—¿Lucas? —llamó Salvador—. ¿Lucas?

Pero el tal Lucas no respondió. Subieron a la primera planta, donde estaban los dormitorios. Para sorpresa de Marcos, eran dos habitaciones normales, con dos camas en cada una. Había dos puertas más, que daban al dormitorio de Salvador y al baño. Pero lo que más llamó la atención de Marcos fue que no había rejas en las ventanas.

—La semana que viene llegan dos chicos más, pero de momento estáis solos Lucas y tú. Puedes elegir dormir con él o en la otra habitación.

Marcos pensó que ese Lucas se había escapado y que no iban a volver a verle el pelo, pero no dijo nada. Eligió la habitación sin ocupar y dejó el petate sobre la cama antes de acercarse a la ventana y abrirla. Cuando vio que desde allí podía acceder fácilmente al tejado plano del edificio vecino, que parecía un garaje, sintió que tal vez su vida empezaba a salir del hoyo. Estaba por ver.

—Dúchate si quieres, instálate. Voy a ver si Ana ha dejado algo de cena. —Marcos no respondió, pero le rugieron las tripas y Salvador se dio por satisfecho con esa respuesta. Sonriendo, salió de la habitación—. Dentro de media hora en la cocina. Si no bajas, cenaré sin ti.

El tal Lucas no vino a cenar y cuando Marcos vio que Salvador le apartaba un plato y se lo dejaba sobre la encimera, sacudió la cabeza. Si ese viejo chocho no quería ver lo que tenía ante los ojos, no sería él quien le quitara la

ilusión.

Suspirando, el cura se despidió llevándose las manos a la espalda.

—Me voy a acostar. Estoy molido. Cualquiera diría que he vuelto de Extremadura andando.

Marcos se quedó sentado a la mesa, absolutamente desconcertado. Tras la breve estancia en comisaría y las semanas en el centro de menores, de pronto se encontraba en una casa vacía, con la única vigilancia de un anciano que no se molestaba en cerrar ni siquiera la puerta con llave antes de acostarse.

«Esto tiene que ser una trampa», se dijo. «¿Habrán cámaras?»

La puerta abierta lo llamaba. Parecía tan fácil salir de allí y huir, ser libre. En silencio, apartó la silla y avanzó hacia la puerta sigilosamente. La abrió con el corazón desbocado, preparándose una excusa para cuando saltaran las alarmas y lo asaltaran policías desde todos los rincones, pero no pasó nada. Asomó la cabeza a lado y lado y sólo encontró paz y silencio. A un lado de la casa había lo que parecía una capilla, tan sencilla como la casa. Lo único que la identificaba como capilla era una gran cruz dibujada en la puerta y un cartel que ponía: «Pasa, eres bienvenido» pero nada más. No había vidrieras, ni campanario, nada. Al otro lado, una edificación de una planta con una puerta de persiana tenía aspecto de garaje, pero el cura no se había molestado en guardar el coche dentro.

Abrió la puerta del conductor y se sentó. Una rápida comprobación le indicó que Salvador se había llevado las llaves. En parte se alegró. El mundo estaba lleno de impresentables; él lo sabía bien. Suspirando, apoyó los antebrazos en el volante y la cabeza en las manos. Durante las últimas semanas había aprendido bastantes cosas y ninguna buena. Además, la mecánica era lo suyo. No le llevaría más de cinco minutos puentear el coche y salir pitando de ahí.

Pero, ¿para ir adónde?

Volvió a entrar en la casa, subió a su nueva habitación, cerró la puerta y abrió la ventana. La noche había caído y no pudo evitar ponerse nervioso. Desde la ventana alcanzó el tejado del garaje contiguo y se sentó con la espalda apoyada en el muro que compartía con la casa. Al otro lado de la calle, detrás del muro de los vecinos crecían varios árboles. El sonido de las ramas meciéndose con el viento lo tranquilizó. Si pudiera dar unas caladas, tal vez incluso podría dormir algo, pero no tenía tabaco.

El ruido de unos pasos acercándose por la calle lo puso en alerta, pero



cuando vio que el recién llegado era un chico que debía de rondar su edad — acababa de cumplir los dieciséis— y que iba fumando un cigarrillo, no pudo contenerse.

—Eh, ¿tienes un piti?

El chico alzó la cara. Probablemente lo había sobresaltado, pero lo disimuló con una mirada burlona de sus ojos oscuros.

—Eres el nuevo, supongo. —Sin molestarse en entrar por la puerta, el chico subió al coche, de ahí al tejado del garaje y en un par de zancadas estaba a su lado—. Tenía que tocarme un gorrón, manda carallo —refunfuñó, sacándose el paquete de tabaco de los pantalones antes de sentarse a su lado.

—No soy un gorrón. Acabo de llegar, no he tenido tiempo de...

El chico le metió un cigarrillo en la boca para hacerlo callar. Sacándose un encendedor Zippo del bolsillo de la cazadora lo encendió y se lo puso ante los ojos.

Marcos quedó prendado unos instantes por el brillo de la llama antes de encender el cigarrillo, aspirando con fuerza. Dejó que el humo entrara en él y lo soltó por la nariz, notando como se relajaba, fundiéndose con la pared.

—Bien, bien, bien. ¿Y aparte de gorrón y charlatán, qué eres?

—Marcos Jerónimo —le alargó la mano, pero volvió a bajarla al ver que el chico no lo miraba—. Gracias —señaló el pitillo—. Te debo una. Supongo que tú eres Lucas.

Él chico de los ojos negros sonrió mirando al frente y haciendo caer la ceniza del cigarro al dar compulsivos golpecitos a la punta.

—Lucas Ulloa —replicó, imitando su tono de voz—, pero te he preguntado qué eres, no quién eres.

Marcos ladeó la cabeza, sin comprender.

Esta vez, cuando Lucas se volvió hacia él, deseó que no lo hubiera hecho.

—Esto es como un pueblo, tío. Aquí nadie va a llamarte por tu nombre. Con suerte serás uno de los chicos de Salvador. A mí ya han empezado a llamarme el pirómano. —Encendió y apagó el Zippo nerviosamente. Al ver que Marcos alzaba una ceja, añadió—: Quemé mi casa.

«Pues una razón más para dormir fuera», pensó Marcos, pero en vez de eso dijo:

—Tus razones tendrías.

Lucas le dirigió una mirada irónica.

—No lo dudes. ¿Y a ti? ¿Cómo te llamarán cuando empiece a correrse la

voz de lo que te trajo hasta aquí? ¿El violador? ¿El ladrón? —Alzó las cejas y esperó.

Marcos sintió rabia. ¿Quién era aquel capullo para interrogarlo y juzgarlo? Pero el movimiento constante de los dedos de Lucas le indicó que, tras la fachada de agresividad, se ocultaba mucha rabia; una rabia que le era muy familiar.

—El parricida —respondió, sintiendo que el antiguo odio se adueñaba de su pecho.

Los dos chicos dieron una calada al mismo tiempo y soltaron el humo en silencio. Al cabo de un par de minutos, Lucas murmuró:

—Ojalá yo hubiera podido matar a mi padre.

Marcos lo miró, extrañado. Se había esperado cualquier respuesta menos ésa. Normalmente, al enterarse de que había matado a un hombre, la respuesta general era el miedo y la desconfianza. Otros le pedían su teléfono, por si algún día tenían que librarse de alguien molesto, como si se dedicara a matar por oficio o por hobby.

—¿Qué pasa? ¿Te crees que el tuyo era el único padre cabrón del país?

Marcos se encogió de hombros.

—No había pensado en ello, la verdad.

—Ya. —Lucas apagó la colilla y la lanzó a una esquina—. Bueno, me voy al catre. No me toques los cojones y nos llevaremos bien.

—Mientras no me pidas que mate a tu padre, es posible.

Lucas se echó a reír y se levantó.

—No hace falta. Él mismo se ocupó de quitarse del medio. ¿Entras?

Marcos negó con la cabeza.

—Me quedaré un rato más.

Encogiéndose de hombros, Lucas entró por la ventana.

«Debería pillarme una manta», se dijo Marcos al quedarse solo de nuevo, pero estaba paralizado por dentro. Insensible. Nada le importaba. «Una almohada tampoco vendría mal.»

Pero no se movió y ovillado en un rincón lo encontró Ana a la mañana siguiente.

### 3

*Alepo, 2015*

El zumbido no cesaba, incordiante como una abeja metida en el cerebro. Marcos sacudió la cabeza, pero sólo consiguió que aumentara de volumen, como si la colmena entera se hubiera despertado. Apretó los puños y trató de respirar hondo, pero la ansiedad se había apoderado de él. No se atrevió a abrir los ojos, por miedo a que lo recibiera la oscuridad. Al salir de casa de sus padres, pensó que se habían acabado los armarios oscuros, pero la vida le había enseñado que los armarios nunca desaparecen. A veces ensanchan las paredes, tanto que se pierden de vista y uno se hace la ilusión de que ya no existen, pero siempre hay algo que los trae de vuelta.

Como decía Ana, santiguándose: «El demonio anda suelto».

Él lo sabía de primera mano. Había convivido con el demonio durante quince años. Y huyendo de él, se lo había vuelto a encontrar con mil disfraces distintos: joven y viejo; con barba larga y sin barba; hombre o mujer.

*¡Cuidado! ¡Es una trampa, joder!*

*¡Tengo que ayudarla!*

*¡Marcos, no te acerques!*

*¡No puedo dejarla!*

*¡Nos vas a matar a todos!*

Marcos se incorporó de golpe en la cama. Tenía la boca abierta, pero el aire se negaba a entrarle en los pulmones. Sus sentidos le dieron información:

Era de día. La luz entraba por las ventanas.

No estaba en una celda oscura y hundida, de tierra húmeda y dimensiones algo más grandes que un ataúd, sino en lo que parecía una habitación de hospital, con las paredes blancas.

No estaba solo. Había un desconocido a su lado, y por cómo abría y cerraba la boca, parecía estar hablando. No lo oía, porque el zumbido de las abejas no dejaba pasar ningún sonido más.

Necesitaba salir de allí antes de que sus captores volvieran y lo lanzaran al agujero una vez más. Se había jurado no volver allí nunca, costara lo que costase. La muerte era mil veces preferible a volver a pasar por aquello.

«La ventana.»

Se levantó y se dirigió hacia ella, sin darse cuenta de que arrastraba un gotero que tenía conectado al brazo.

Unas manos lo sujetaron.

«¡No, joder, no!»

Se revolvió, dando un codazo a su carcelero. Abrió la ventana y vio que no había manera segura de huir de allí. Estaba en un cuarto piso, sin repisas, sin acceso a edificios cercanos, pero en su mente sólo había sitio para una idea: huir.

Levantó la pierna y quedó a caballo entre el interior y el exterior, entre el cautiverio y la libertad, entre la vida y la muerte. Bajó la vista hacia el vacío y ese instante de vacilación le costó caro.

Un fuerte brazo lo atrapó por el cuello y tiró de él hacia atrás.

«¡No, no, no, joder, no!»

Entre varios lo inmovilizaron y lo devolvieron a la cama, mientras él seguía defendiéndose con patadas y puñetazos.

Gritos e insultos se colaron entre el zumbido de su cabeza.

Y de pronto dos faros de luz verde se abrieron camino entre el caos y la desolación del infierno que era su vida. Dos ojos que le rogaban que se calmara, que le prometían que había esperanza.

—Por favor, por favor —estaba diciendo la dueña de los ojos verdes. Y no se lo estaba diciendo en inglés, ni en pastún, ni en árabe. Se lo estaba diciendo en español, abriendo una brecha cada vez más amplia en su consciencia, trayéndole recuerdos de una época que le parecía muy lejana.

Dejó de resistirse y se relajó, sin apartar la vista de ella.

—Dejadnos solos —dijo en sirio la dueña de los faros de la esperanza.

—Miriam, no vamos a dejarte sola con...

—Dejadnos solos —añadió con firmeza, y volviéndose hacia Marcos, añadió—: Ya estás tranquilo, ¿verdad, compatriota?

De pronto, quedarse a solas con el ángel de ojos verdes se convirtió en su

nuevo objetivo en la vida.

«Miriam, se llama Miriam. Hasta el nombre lo tiene de ángel.»

Asintió lentamente con la cabeza.

—Como veas, pero me quedo en la puerta —le dijo uno de sus compañeros de trabajo, pensando que Marcos no lo entendía. Pero sí, durante los últimos años había aprendido muchas cosas; casi todas malas pero algunas buenas. Y los idiomas estaban entre las segundas.

Marcos permaneció tumbado. El ataque de ansiedad lo había dejado exhausto y los músculos le pesaban como si fueran de plomo.

La enfermera se acercó a él y le apoyó una mano en la frente. Como si fuera una domadora, las abejas que zumbaban como locas tratando de huir de su cráneo se calmaron.

—¿Te duele la cabeza? —le preguntó y él asintió en silencio—. Te has arrancado la vía —le examinó el brazo—. Voy a buscarte un analgésico y a curarte esa...

—¡No! —la interrumpió él, con una voz tan ronca que le costó reconocerla—. ¡No te vayas!

El enfermero asomó la cabeza.

—No pasa nada —lo tranquilizó Miriam—. Ve a buscar un analgésico y material desinfectante. Y agua, por favor.

—Agua —repitió Marcos, sintiendo la aridez de los desiertos de media Asia en su garganta.

Cerró los ojos unos instantes y tal vez se durmió un momento porque cuando se despertó, Miriam le había curado el brazo y le estaba ofreciendo un comprimido y un vaso de agua.

La cama en la que se encontraba era en realidad una camilla, así que Miriam no pudo darle a ningún botón que la ayudara a incorporar al paciente. Pero donde no llegaba la tecnología, llegaban la voluntad y las sonrisas. Pasó un brazo tras la espalda de Marcos y él acabó de incorporarse. Al meterse la pastilla en la boca, fue consciente de que llevaba barba. Por primera vez en mucho, muchísimo tiempo, se preguntó qué aspecto tendría. ¿Qué vería Miriam al mirarlo?

Se tragó la pastilla y siguió bebiendo.

—Espera, espera... No tan deprisa —murmuró ella, con dulzura.

Le costó la vida misma no acabarse el vaso de un trago, pero si ella se lo pedía, él obedecía. Miriam era su nueva religión. Sus ojos y su sonrisa, sus

profetas.

Cuando se acabó el agua, se echó hacia atrás y quedó sentado, apoyado en la pared.

—¿Tienes un espejo?

Miriam le dirigió una mirada divertida.

—Vaya, vaya. Menuda sorpresa. No te hacía tan coqueto... compatriota. ¿Cómo te llamas, por cierto? —El instinto de supervivencia hizo que él buscara en su reserva alguno de los nombres falsos que había utilizado durante los últimos años, pero Miriam llevaba en Alepo el tiempo suficiente para leer su reacción—. Da igual. —Lo tranquilizó alzando la mano—. Yo soy...

—¡Miriam!

La enfermera alzó una ceja.

—Ésa soy yo. —Volviéndose hacia el pasillo, replicó—. Estoy aquí.

Otra mujer, tan guapa como la enfermera, entró en la habitación. Si Miriam llevaba el pelo castaño retirado de la cara, la recién llegada era rubia y tenía el pelo rizado, de aspecto rebelde y provocador, igual que ella. Su cara le resultaba vagamente familiar y sus palabras de saludo le confirmaron que no era la primera vez que se veían.

—Hombre, hombre, se ha despertado ya el español. ¿Qué tal? —Avanzó hacia él, con la actitud de un vaquero en un duelo al sol. No le faltaba ni el chicle—. Soy Bárbara, la que te recogió de la calle. —Le guiñó el ojo—. ¿Y tú eres?

El agua le había sentado bien. Las abejas habían dejado de batir las alas, dándole un respiro. Ya no estaba en Waziristán. Había dejado a sus captores a cuatro mil kilómetros de distancia. Estaba en Alepo, una ciudad que llevaba años desangrándose en una cruenta guerra civil con participación extranjera. Y la vida, que al parecer se divertía poniendo en su camino situaciones rocambolescas, le presentaba no una sino dos compatriotas. Preciosas las dos, eso saltaba a la vista. Valientes, como a él le gustaban. Y un poco locas, o no estarían aquí. A juzgar por sus miradas, lo suficientemente locas como para interesarse en él. No iba a tirar por tierra la posibilidad de conocerlas más a fondo por ocultarles su nombre. Si las cosas se ponían feas, saldría huyendo una vez más. O lo matarían y podría al fin descansar; ninguna de las dos le parecía mala opción.

—Marcos. Soy Marcos Jerónimo. —Quiso añadir algunas palabras de cortesía, pero no le salió nada. Al rascarse la barbilla, volvió a sobrarle la

larga barba que se había dejado para pasar inadvertido—. Em, ¿no tendríais un espejo?

Miriam y Bárbara cruzaron una mirada divertida.

—No te muevas, Marquitos —replicó Bárbara—. Yo te consigo un espejo, aunque sea lo último que haga.

## 4

*Aranjuez, 2009*

—¡Joder, qué plasta! ¡Me cago en el cura, coño! —refunfuñó Lucas.

Marcos siguió leyendo. En una semana había tenido tiempo de acostumbrarse a los continuos tacos de Lucas, que odiaba estudiar y leer. Estaban a principios de septiembre. El curso tardaría un par de semanas en empezar, pero antes llegarían las fiestas de Aranjuez. Cuando Lucas le había pedido a Salvador si podrían ir a las fiestas, él había ido a buscar un libro de historia.

—Las fiestas conmemoran el motín de Aranjuez. ¿Sabéis de qué os hablo?

—¿Que unos presos se amotinaron y se escaparon de la cárcel de Aranjuez? —probó Marcos.

—Eso iba yo a decir —Lucas se apuntó al carro—. Lo tenía en la punta de la lengua.

Salvador sonrió y les plantó el libro de historia delante.

—Pues muérdete la lengua, Lucas, y lee. Voy a buscar a Mateo y a Jon a Madrid. Si cuando vuelva sabéis contarme el motín, podréis ir a las fiestas. No tiene sentido celebrar algo que no se conoce, ¿no creéis?

Hacía ya tres horas que Salvador había salido en el destartalado Renault 12. Durante un buen rato, Lucas se resistió.

—Yo paso de leer esa mierda. Si no nos deja ir, nos escapamos y listos. Ya ves tú el problema.

Pero a medida que Marcos fue leyéndole trozos de la historia en voz alta, cambió de actitud.

—Parece que había un rey, una reina y una historia de cuernos.

A Lucas se le escapó la risa por la nariz.

—¿El rey era un pichabrava? Algunas cosas nunca cambian.

Marcos ladeó la cabeza.



—Según pone aquí, a Fernando VII le entró la paranoia de que su madre, la reina María Luisa se lo montaba con el enchufado de su padre, Godoy.

—¿Su qué?

—Su hombre de confianza. Era capitán general y ministro universal. Vamos, que sólo faltó que lo nombrara Papa.

—Y el Godoy ése se lo pagó tirándose a su mujer. ¡Qué cabrón!

—Bueno, dice aquí que la que llevaba los pantalones era la reina...

Lucas se echó hacia atrás. Aunque odiaba leer, le encantaba que le contaran historias.

—Me cago en diez, menudo culebrón tenía montado esa gente. —Marcos señalaba el libro con el dedo mientras iba leyendo—. Que si la Revolución Francesa, que si Napoleón, que si los ingleses... Y el pueblo, como siempre, puteado.

—Qué raro —musitó Lucas, abriendo y cerrando la tapa del Zippo.

—Tan hartos estaban que apoyaron a Fernando VII, el hijo de Carlos y María Luisa. Y mientras los reyes estaban aquí, pasando el veranito en Aranjuez, el pueblo se amotinó, capturó a Godoy en el palacio... Y exigieron que el rey le diera la corona a su hijo.

—¡Anda, como JuanCar!

—¡Juas!

—¿Qué pasa? —Lucas se echó hacia delante.

—¡Qué cabrón! ¡El puto amo!

—¿Quién, el Fernandito?

—¡Qué va! Napoleón.

—¿Qué pinta Napoleón aquí?

—¡Todo, tío! El notas había estado conspirando a espaldas de padre e hijo. Exigió a Fernando que devolviera la corona a su padre y cuando lo hizo, resultó que Carlos había pactado darle la corona a Francia, a cambio de que lo ayudaran a huir de España.

—¡Será raposeiro! —Lucas lo miraba con los ojos muy abiertos. Y así los encontró Salvador cuando abrió la puerta—. ¿Qué me estás contando?

—Lo que yo te diga. Ni para Carlos ni para Fernando, ¡la corona fue a parar al hermano de Napoleón, José Bonaparte!

—También llamado Pepe Botella —dijo alguien a la espalda de Salvador, alguien tan bajito que no lo vieron hasta que el cura no se apartó, con una sonrisa en la cara.

—Bien, bien. No es tan aburrida la historia, ¿no, Lucas? —Marcos y Lucas guardaron silencio mientras contemplaban a los recién llegados, un chico bajito y otro alto que se habían detenido junto a la puerta—. Pasad, muchachos —añadió Salvador—. Os presento a Marcos y a Lucas. —Los señaló—. Serán vuestros compañeros durante los próximos dos años, hasta que cumpláis los dieciocho. Pronto empezará el curso en el instituto. Estáis matriculados, por supuesto.

—¿Por qué? —Lucas frunció el ceño—. No pienso estudiar Bachillerato. No valgo para eso.

—Lucas, ya hemos hablado de esto y lo volveremos a hablar las veces que haga falta. Colaboro con el obispado y el ayuntamiento acogiendo chicos para que cursen sus estudios en Aranjuez. Si no vas a clase, no puedes quedarte aquí. ¿Quieres volver al centro en el que estabas?

El chico agachó la cabeza.

—No.

—Y quieres ir a las fiestas este fin de semana, ¿no?

Lucas levantó la cara para responder.

—Em, sí, pero...

—Pues no discutas más. Acompaña a Mateo y a Jon a las habitaciones. Marcos, tú también. Decidid quién va a dormir con quién. Yo me voy a la capilla, que he visto que entraba alguien. Hasta luego.

Refunfuñando entre dientes, Lucas abrió camino y Marcos cerró la retaguardia.

—Bueno —comentó el de Vigo desde el descansillo—. Ésta es mi habitación y ésa la de Marcos. Yo fumo en la habitación, ¿algún problema?

El chico bajito de pelo castaño y ojos grises que parecía bastante más pequeño que los demás arrugó la nariz.

—Yo prefiero que no se fume en mi habitación.

—Yo también —añadió el otro, que era varios centímetros más alto que Lucas y Marcos y tenía el pelo rizado y muy rubio.

Lucas resopló.

—Pues me cambio de habitación —dijo Marcos, empezando a recoger sus cosas—. Mis manías ya las conoces, Lucas. Te va a tocar aguantarme.

El de Vigo hizo una mueca de fastidio, pero en el fondo estaba encantado de compartir habitación con Marcos, al que empezaba a considerar un amigo.

—¡Hay que joderse, me cago en Dios!

## 5

*Alepo, 2015*

—¿Te puedes quitar la cadena? —preguntó Miriam.

A Marcos se le escapó un gruñido y negó con la cabeza.

—Es... distinta —comentó ella, observando con curiosidad las cuatro chapas de colores que llevaba al cuello, en vez de la placa identificadora de aluminio que solían llevar los soldados—. ¿Te la guardo?

Marcos gruñó con más fuerza y apretó la mano alrededor del único recuerdo que le quedaba de sus amigos.

—Vale, vale. Tranquilo. Agacha la cabeza.

Marcos se tensó, pero obedeció. Durante los últimos años había visto a demasiadas personas agachar la cabeza por última vez antes de ser ejecutadas. Y se había jurado, por lo más sagrado, que cuando la muerte fuera a reclamarlo lo encontraría de frente, sin agachar la cabeza. Pero no era la muerte la que le estaba hablando con una voz sensual, un poco rota, que le provocaba un efecto devastador. Era Miriam, que había sacado un rato en su inacabable jornada laboral para cortarle el pelo. El personal del destartado hospital vivía en un edificio adjunto, y aunque se turnaban para descansar, sabían que en cualquier momento podían despertarlos si los bombardeos alcanzaban algún edificio cercano.

Miriam le apoyó una mano en la nuca, que sentía fresca y libre tras haberse librado de la melena que le llegaba por debajo de los hombros.

—¿Cuándo te cortaste el pelo por última vez?

Marcos hizo una mueca de dolor que Miriam, concentrada en su pelo, no vio.

Afganistán, sus compañeros: Jorge, Iván, Teresa. No podía perderse en esos recuerdos si quería retomar su vida.

—No me acuerdo, hace muchos meses... tal vez un año.

Miriam apartó los mechones caídos al suelo con una escoba de paja y se plantó ante él.

—Separa las piernas.

Marcos, vestido con unos pantalones de lino blanco que le había entregado el enfermero que lo había acompañado mientras se duchaba, y desnudo de cintura para arriba, alzó la cara hacia ella y se perdió en sus ojos.

Vio que ella tragaba saliva antes de preguntarle:

—¿Cómo quieres el flequillo?

Al ruborizarse, su rostro le resultó todavía más angelical. La timidez de la enfermera, que hasta ese momento se había mostrado segura y profesional, lo animó a bromear un poco.

—No sé. ¿Cuál es la última moda en Alepo?

Ella le sonrió y Marcos se sintió como un héroe, una sensación que había experimentado pocas veces en la vida y que le ensanchó el alma. Podría acostumbrarse a eso rápidamente.

—El rasurado antipiojos se lleva bastante, pero tienes un pelo muy bonito; sería una pena.

Marcos alzó una ceja.

—Si tú lo dices.

Ella siguió cortando, pero no demasiado. Mientras sostenía las tijeras en el aire con una mano, con la otra le sujetaba el pelo con delicadeza. Marcos sintió ganas de decirle que no tuviera miedo, que agarrara con fuerza. Sentía unas ganas enormes de hacer lo mismo, de soltarle el pelo que llevaba recogido, hundir la mano en él y apoderarse de esa boca que empezaba a obsesionarlo. Por supuesto, no lo hizo. Llevaba demasiado tiempo viendo a hombres tratar a mujeres como si fueran una de sus propiedades, y su instinto protector era más fuerte que el deseo.

Miriam se aclaró la garganta y dijo:

—Pues ya está. Ya no pareces un hippie. Ahora pareces... —Se le apagó la mirada y dio un paso atrás—, un talibán.

No sería el primer español que se unía al Estado Islámico, pero no era el caso, y quería dejárselo bien claro, cuanto antes.

—Pues no lo soy. Vamos a ponerle remedio a eso. —Le quitó las tijeras de la mano y le metió un tajo a la barba.

—Eh, cuidado, no vayas a cortarte. —Miriam recuperó las tijeras—. Ya te afeito yo.

—No hace falta, si me aguantas el espejo...

—Todavía te tiemblan las manos —le rebatió ella—. No me cuesta nada, deja.

Marcos cerró los ojos y se dejó llevar por las manos firmes pero delicadas de Miriam, que le ladeaban la cabeza hacia un lado y hacia el otro. Cuando hubo acabado de cortarle más de un palmo de barba, fue a dejar las tijeras y volvió con jabón y una bacinilla de agua.

—Toma, sostén el agua.

Marcos agradeció poder tener las manos ocupadas con la bacinilla que ella le había dejado sobre el regazo, igual que llevaba ya un rato agradeciendo que los pantalones, atados a la cintura con una cinta, le fueran muy holgados. No sabía cuántos kilos había perdido durante la travesía. Muchos. Demasiados.

Cuando Miriam empezó a enjabonarle la cara sin brocha ni espuma, usando la propia pastilla de jabón, cerró los ojos. Y cuando, poco después, ella se situó a su espalda, le rodeó la cabeza con un brazo y la apoyó en su pecho, sintió que acababa de entrar en el paraíso.

—Voy a rasurar, no te muevas —le susurró al oído.

Marcos había pasado años rezándole al Dios de Salvador, pidiéndole acabar sus días de un balazo o en una explosión. La idea de morir degollado a manos de asesinos fanáticos lo aterraba. Pero al sentir el filo de la navaja deslizándose sobre su cuello, no tuvo miedo. El aroma de jabón de Alepo se mezclaba con el de Miriam, un olor tan embriagador que pasaba por delante de cualquier otro estímulo.

Ella deslizó los dedos sobre su mejilla lentamente pero con seguridad y pronto media cara de Marcos había quedado al descubierto. Se sorprendió al ver varias cicatrices que parecían quemaduras en las mejillas. Al fijarse un poco más, vio que se extendían por el cuello y el pecho. Al darse cuenta de que se había quedado demasiado tiempo observándolo, disimuló diciendo:

—Tienes un lunar.

Marcos contuvo una sonrisa.

—Más de uno. Sigue desbrozando.

—Sí, señor —bromeó ella.

Y así, mucho más relajados que hacía un rato, los encontró Bárbara. La luz de primera hora de la mañana los envolvía, creando una imagen que podría haber sido retratada por un pintor holandés del siglo XVII. Estaban en su mundo, un universo frágil como una pompa de jabón, donde no había sitio para

nadie más. Una sensación fea se apoderó de ella, que sintió el impulso de hacer estallar la dichosa burbuja de felicidad. Ser feliz era casi un insulto en un lugar como aquél.

—¿Qué tal está el soldadito español? —exclamó, fingiendo que acababa de llegar.

Miriam se sobresaltó y le hizo un pequeño corte en la mandíbula.

—Oh, te he hecho sangre. ¡Perdona!

—No pasa nada —la tranquilizó él.

Cuando Miriam le apoyó un dedo en la diminuta herida para cortar la hemorragia, él se lo cubrió con la mano y ambos permanecieron inmóviles, sin poder apartar la mirada el uno del otro. Todo fue muy rápido. Fueron movimientos instintivos, nacidos de la atracción y del deseo, nada que ver con la actitud profesional y distante que Bárbara había visto en Miriam durante los últimos dos años.

—Vaya con Marcos. ¡Pero si eres un chaval! —exclamó Bárbara, conteniéndose para no desplegar todo su arsenal sobre su compatriota que, con el pelo corto y sin barba, resultaba ser guapo a rabiar.

Él frunció el ceño.

—No soy ningún chaval.

—Ah, ¿no? —Bárbara alzó una ceja—. ¿Cuántos años tienes?

—Veintidós.

Bárbara se echó a reír.

—Lo que yo decía. Un yogurín.

Marcos miró a Miriam. Sentía una absurda necesidad de impresionarla. Por suerte, no vio rastro de burla ni de desprecio en su mirada; sólo interés.

—¿Cuántos años tienes? —susurró Marcos.

—Veinticinco —respondió Bárbara, antes de darse cuenta de que Marcos se lo estaba preguntando a Miriam.

—Veinte —murmuró ella y a Marcos se le iluminaron los ojos.

Bárbara resopló. Estaba claro que allí sobraba.

—Me alegra ver que estás mejor, Marcos. ¡Hasta luego!

—Hasta luego —replicó él, sin apartar los ojos de su cuidadora.

—¡Me cago en sor Miriam! —refunfuñó la zaragozana, pasillo abajo—. Si es que ya lo decía la abuela: las mosquitas muertas son las peores. —El día había empezado mal. Y encontrándose en Alepo en 2015, tenía muchas posibilidades de empeorar.

## 6

*Aranjuez, 2009*

—Ave María Purísima —lo saludó Magda con su ironía habitual, sentada en el primer banco de la capilla.

—Sin pecado concebida. —Salvador se sentó a su lado.

—Si usted lo dice.

Salvador suspiró. Ni Magda era creyente ni las rodillas de Salvador estaban para arrodillarse demasiado, pero daba igual porque la capilla era tan humilde que ni siquiera había reclinatorios. Era un antiguo almacén, con bancos donde los que se sentían perdidos podían refugiarse y hablar con la imagen de Jesús crucificado o con el propio Salvador. El párroco de la iglesia de San Antonio había bendecido el lugar y la talla del Cristo. Salvador no podía officiar misa, pero alguna vez, si los párrocos de San Antonio o de Las Angustias estaban sobrecargados de trabajo, le pedían ayuda. No podía participar en la liturgia, pero su labor de acompañamiento a ancianos y enfermos era muy bien recibida en hospitales, residencias y casas particulares.

—No lo digo yo, Magda, lo dice el evangelio.

—¿Qué sabrán esa panda de barbudos sobre las mujeres y sobre el sexo?

—Cierto es que se preocupaban más de la vida espiritual que de la material, hija, pero ¿has venido a discutir sobre los evangelistas y la concepción de la Virgen?

Esta vez fue ella la que suspiró.

—No, padre. He venido a pedirle un favor.

—Si está en mi mano.

—Se trata de Lena.

—¿Cómo está?

—Bien, guapa y gruñona, pero no quiere volver al instituto. Dice que

prefiere quedarse trabajando en el pub conmigo; no sé cómo convencerla.

Salvador inspiró hondo. Aunque llevaba años ocupándose de adolescentes, las chicas siempre le habían parecido un misterio difícil de resolver.

—¿Y crees que a mí me va a hacer caso?

—¡No lo sé! Ya no sé qué hacer. Dice que si no están Simón y los demás para protegerla, no se atreve a enfrentarse a la banda de Jorge.

Salvador soltó el aire lentamente. Jorge era hijo de un teniente coronel de la Guardia Civil, un chico que parecía tener como objetivo en la vida amargar la existencia de sus pupilos.

Y de Lena.

Y de todos los que no se ajustaran a su idea de corrección.

—Simón no está, pero han llegado cuatro muchachos nuevos. Estoy seguro de que la protegerán igual.

—Tal vez si pudiera conocerlos antes...

Salvador asintió en silencio unos instantes.

—Sí, será lo mejor. Venid mañana por la tarde a merendar.

—Mañana por la tarde no puedo; tengo una cita —Magda le guiñó el ojo y el cura resopló.

—Pasado mañana.

—Sin falta. ¡Gracias, Salva! —le tomó la cara entre las manos y le plantó un beso en la mejilla.

—¡Magda! —la reprendió afectuosamente.

—Perdón, Salvador. Hasta pronto. ¡Y muchas gracias!

—Ya que estás aquí, ¿no quieres confesar algún pecado? Por irte más ligera y eso.

Magda iluminó la capilla con su risa.

—Buen intento, pero no, gracias, padre. No quiero colapsarle el chiringuito.

Salvador echó un vistazo por encima del hombro porque la esperanza es lo último que se pierde, pero la capilla estaba vacía, por supuesto.

Suspirando, le dio la bendición haciendo la señal de la cruz en el aire.

—Ve con Dios, hija.

Ella levantó una mano donde llevaba unos auriculares.

—Con él me voy, padre. Ya sabe que nunca salgo sin mi música de Bruce Springsteen, el único dios verdadero.

—No seas hereje, hija mía. Si quieres puedo admitir que es uno de sus



profetas, pero no más.

—No vamos a discutir por eso. —Magda se puso los auriculares y se marchó sonriendo y marcando el ritmo de *Glory Days* [li](#) con la cabeza.

*Alepo, 2015*

Bárbara entró en el hospital de muy mal humor. Normalmente los días eran duros, una mezcla de tensión a la espera de avisos y de descarga de adrenalina cuando se ponían en marcha para ayudar a las personas atrapadas bajo los escombros de las casas alcanzadas por las bombas, pero ese día había traído algo más: una nueva decepción.

De los dos años que llevaba en Alepo, uno y medio lo había pasado formando equipo con Mario, un portugués callado pero que conseguía arrancarle una sonrisa en los momentos de mayor tensión durante el día y le alegraba las noches colándose en su cama de vez en cuando, ya que ninguno de los dos quería una relación exclusiva.

Pero Mario se marchaba, volvía a su casa, y Bárbara se odiaba por no alegrarse. Debería estar dando saltos, abriendo una botella, celebrando que uno de ellos había logrado la paz de espíritu suficiente para dejar de huir y enfrentarse a los fantasmas del pasado, mucho más aterradores que cualquier bomba. Pero no sentía alegría. Se sentía abandonada, una vez más.

Al llegar al final del pasillo, sumida en su tormenta de frustración, entró en el despacho de la directora, sin llamar, y sólo una vez dentro se dio cuenta de que no estaba sola.

—¡Oh, perdón, sayida Samhan! —se disculpó, pero antes de poder decir que esperaba fuera, el acompañante de la directora se volvió. Era el español al que había recogido de la calle un par de días atrás—. Vaya, Marcos. ¿Has venido a por el alta? ¿Te marchas ya?

—Hola, Bárbara. Contigo quería hablar —le dijo la directora, una de las doctoras del hospital que había asumido también la dirección cuando su predecesor murió en un bombardeo—. Siéntate, anda. Y deja de llamarme así. Llamadme Alma.

Bárbara se volvió hacia Marcos.

—¿Hablas sirio o te traduzco?

—No hablo nada, pero lo chapurreo todo —respondió él.

Bárbara le dirigió una sonrisa ladeada y asintió. El chapurreo era el idioma oficial de las guerras. Sentada junto a Marcos, echada hacia delante y con las piernas separadas, empezó a golpear nerviosamente con una mano la gorra que sujetaba con la otra.

—Marcos ha venido a ofrecerse para trabajar con nosotros. —El golpeteo de la gorra se detuvo en seco. Bárbara se volvió hacia él, que la estaba contemplando con seriedad—. Justamente ayer tu compañero Mario me informó de que vuelve a su casa por motivos familiares, de salud. Lo sabes, ¿no?

Bárbara asintió con la cabeza, sintiéndose el ser más egoísta del universo por no anteponer la salud de la madre de Mario a todo lo demás.

—Sí, por eso venía, me he quedado sin compañero.

—Pues si quieres, ya tienes uno nuevo —se ofreció Marcos.

La cooperante de melena ensortijada, que tenía fama de no callarse ni debajo del agua, se quedó sin habla.

—¿Bárbara? —La directora la sacó del trance—. ¿Te parece bien? Tendrías que formarlo en todo así que, si lo prefieres, te emparejo con un compañero experto y lo pongo a él con Kostas.

—¡No! —exclamó ella, con tanto entusiasmo que hizo sonreír a Marcos—. Me parece bien, muy bien. ¿Tienes brazos fuertes?

Él flexionó el bíceps y se lo acercó para que lo comprobara. Había perdido musculatura desde que dejó de entrenarse en Afganistán, pero seguía siendo capaz de levantar piedras y cargar heridos. De lo que no se veía capaz era de regresar a Europa. Aún no.

Bárbara recuperó el optimismo perdido. Poniéndose en pie con energía, le ofreció la mano y ambos se estrecharon el antebrazo.

—Esto hay que celebrarlo.

Marcos le dirigió una sonrisa ladeada.

—Me gusta como piensas, maña.

Ella le guiñó el ojo.

—Y eso que aún no me has visto en acción, maño.

—Nada de tonterías, Bárbara —murmuró la directora mientras la pareja salía del despacho, pero la zaragozana no la oyó porque estaba demasiado

ocupada dando las gracias a la virgen del Pilar por su buena suerte.

## 8

*Aranjuez, 2009*

Al entrar en el Limbo Rock, un bar de carretera que quedaba a medio camino entre Aranjuez y el Cortijo de san Isidro, Marcos barrió el local con la mirada, buscando a sus compañeros. Se había quedado un par de minutos fuera, observando las motos aparcadas ya que todo lo que tenía motor lo apasionaba. Quería ser mecánico y no entendía para qué demonios tenía que estudiar Bachillerato para poder arreglar motos y coches, pero había perdido el control de su vida y sólo podía dejarse llevar, al menos de momento. La única persona en el mundo interesada en él era Salvador y si Salvador lo había apuntado a Bachillerato, ése sería su destino durante los próximos dos años, aunque sólo fuera para calentar sillas en clase. Marcos echaba de menos muchas cosas de su vida en Almendralejo: la comida de su madre, las charlas con el Adri, los helados de la plaza, pero lo que más añoraba, con diferencia, era la moto. Se había quedado en su antigua casa, con tantas otras cosas que nunca volverían.

Era temprano y el local, decorado con pósteres de roqueros famosos, estaba casi vacío.

«Balas blancas, balas blancas para la oveja negra<sup>iii</sup>», cantaban los Barricada.

Lucas lo saludó con la mano desde un rincón. Marcos se dirigió hacia allí, pero al pasar frente a la barra, una chica morena —con vaqueros negros, igual que la camiseta y la raya del ojo— que no parecía mucho mayor que él le llamó la atención al chasquear los dedos.

—¿Te importa llevar esto a la mesa de la esquina? —le pidió con una sonrisa ladeada y Marcos supo que llevaría la bandeja hasta Toledo si ella se lo pidiera—. Creo que una de estas birras es para ti. Me ha dicho tu colega que sois mayores de edad.

Él alzó una ceja y le dirigió su sonrisa más canalla.

—¿Aún no he pedido y ya tengo una birra puesta? ¿He llegado al cielo?

Ella alzó una ceja y señaló el cartel con el nombre del bar que colgaba a su espalda, sobre las botellas de whisky: Limbo rock.

—No, pero el infierno tampoco puede entrar aquí.

—Bueno es saberlo —murmuró él, despidiéndose con una inclinación de cabeza. Cruzó el local y llegó a la última mesa, situada en la esquina, que tenía dos bancos corridos a lado y lado. Lucas ocupaba un lado, Mateo el otro, y Jon se había levantado para examinar los juegos de mesa que se apilaban en un estante cercano.

Dejó la bandeja en la mesa y Lucas recibió su caña con alegría. Mateo cogió la suya y también el Kas de limón que había pedido Jon.

—Niño, tu limonada —lo avisó Lucas.

Jon se acercó con un par de cajas en la mano.

—No me llames niño, que sólo eres cinco meses mayor que yo.

Marcos se aguantó la risa. Durante la cena de la noche anterior había salido el tema. Los cuatro habían nacido el mismo año, en 1993. Mateo, nacido en febrero, era el mayor. Lo seguía Lucas, nacido el uno de mayo. Marcos aún tenía fresco su cumpleaños, que celebraba en agosto, aunque ese año se había quedado sin celebración. Jon cumplía los dieciséis en octubre, pero aparentaba catorce como mucho. Era menudo, con ojos muy despiertos. Se lo veía decidido, no parecía amedrantado por la situación y, desde luego, tampoco parecía un delincuente juvenil.

—Pues si no quieres que te llame niño, podrías poner de tu parte, ¿no? —comentó Lucas—. Pides una limonada, vas corriendo a buscar los juegos... ¿No sé cómo lo ves?

—No me gusta el alcohol..., y beber alcohol no te convierte en adulto. Sólo te hace perder el control y yo paso de que nadie me controle. —Jon se bebió medio refresco de golpe—. Por no hablar de que es ilegal. Sois tan menores como yo. Esa chica pasa de todo, pero no os debería servir alcohol; si viene una inspección se les cae el pelo —soltó y volvió a alejarse a explorar el local.

—Pero, ¿tú de qué secta has salido, chaval? —preguntó Lucas, sacudiendo la cabeza.

Jon le dirigió una mirada dolida por encima del hombro, pero no se detuvo.

Marcos lo observó alejarse. No le había preguntado cómo demonios había

ido a parar a Aranjuez porque odiaba que los demás se metieran en sus asuntos y no quería caer en lo mismo, pero sentía una gran curiosidad. Intuía que Lucas —que vestía siempre de negro, tanto los vaqueros como las camisetas ceñidas— había tenido problemas de orden público, pero los dos nuevos eran opuestos al gallego, tan expresivo y ruidoso. Jon —que vestía muy formal, como un seminarista— era muy activo. Castaño, de ojos grises inquietos, le recordaba a un ratoncillo o a un gorrión, pero cuando abría la boca le recordaba más a un cura de pueblo que a un delincuente juvenil.

Miró de reojo a su otro compañero, Mateo. Lo único que tenía en común con Jon era que no pegaba ni con cola en casa de Salvador. Alto, muy rubio, era hierático como una esfinge e igual de enigmático. Sus ojos azules parecían guardar bajo una capa de hielo secretos inconfesables. Vestido con pantalones blancos, zapatos náuticos y un polo azul marino con ribetes rojos en las mangas, habría encajado mejor en un yate, formando parte de la tripulación del rey, que en un bar de carretera.

—¿Has hablado con la camarera? —le preguntó Lucas a Marcos, que tras haber examinado el atuendo de Mateo, se sintió pueblerino con sus vaqueros y su camisa blanca de manga corta.

—Un poco.

—No seas rancio. ¿Qué te ha dicho?

Marcos alzó una ceja.

—Cosas nuestras.

Lucas resopló.

—Manda carallo, ahora se nos hace el interesante el Marquitos.

Marcos se echó hacia atrás en el banco y miró a la camarera mientras daba un sorbo.

—No necesito hacerme el interesante; soy interesante, además de guapo y cachas. Y ella se ha dado cuenta; lógico, tiene ojos en la cara. Preciosos ojos, por cierto. Negros, como mi suerte.

Mateo pareció salir del shock en que se encontraba sumido y se le escapó la risa por la nariz ante el arranque del extremeño.

Marcos y Lucas se volvieron hacia él, sorprendidos.

—¿Estabas ahí? —bromeó Lucas—. No hables tanto, que ya me duele la cabeza de oírte.

La canción acabó y Antonio Flores empezó a cantar, deseando borrar todo lo que vio, explicar las vidas que quitó, quemar las armas que usó y

asegurando que no dudaría<sup>[iii]</sup> en nunca más usar la violencia.

—Menudo pringado —refunfuñó Marcos.

—¿Qué dices, tío? —Lucas, muy aficionado a su música, frunció el ceño.

—Es un moñas, un blando. Si yo tuviera un arma, no dudaría en llevarme por delante a todos los cabrones maltratadores que se creen muy valientes, pero sólo cuando se enfrentan con alguien más débil que él.

—Pues será cuestión de mantenerte alejado de las armas —dijo Mateo, el más sensato de todos.

Marcos estuvo a punto de decir algo, pero Jon regresó brincando y lo interrumpió.

—Las máquinas, el billar y el futbolín son de pago, pero los dardos no. ¿Una partida?

Marcos cogió la caña y dio otro trago.

—Espera que nos acabemos la birra, que tibia no vale nada.

El vasco fingió olfatear el aire.

—Uuuy, huelo el miedo desde aquí.

Marcos y Lucas se echaron a reír y Mateo se atragantó con la cerveza.

—¿Miedo de qué? —Lucas alzó los hombros.

—De la paliza que os voy a meter. Venga, ¿hay huevos o no hay huevos?

Lucas resopló mientras Mateo sonreía y Marcos se ponía en pie.

—Menos hablar, que se te va la fuerza por la boca, canijo.



## 9

*Alepo, 2015*

—Empiezan temprano hoy —refunfuñó Bárbara, poniendo en marcha el cuatro por cuatro al oír las bombas estallando sobre la ciudad.

—¿Fuerzas del gobierno? —preguntó Marcos, a su lado.

Ella negó con la cabeza.

—Sus aliados, son aviones rusos.

Marcos bajó la ventanilla y afinó el oído. Los edificios no le permitían ver a los aviones, pero no le hacía falta; había oído ese ruido muchas veces.

—Tupolev Tu-154.

—Los mismos. —Nuevas explosiones hirieron de muerte la paz de la mañana—. Empieza el baile, ¡vamos!

Guiándose primero por el ruido y más adelante por las indicaciones que llegaban por la radio, Bárbara condujo por las calles vacías, empapadas de una calma tensa y engañosa. Las pocas personas que vieron corrían en dirección contraria a la suya.

—¿Adónde vamos? —preguntó Marcos, que había pasado el día anterior estudiando el mapa de los barrios de la ciudad, sobre todo los que seguían bajo control de las fuerzas rebeldes.

—A Bab al Hadid. Una bomba ha alcanzado un bloque de pisos. Hay varias familias atrapadas.

Marcos inspiró hondo y se revolvió el pelo con las manos.

—¿Cómo pueden bombardear viviendas de civiles? ¡Qué puta vergüenza, joder! ¡La guerra es para los militares!

Bárbara permaneció con la vista clavada al frente, en silencio. Los bombardeos llevaban cuatro años masacrando la ciudad y a sus habitantes, especialmente a los más vulnerables, los que no tenían adónde ir. Aunque la dureza de los ataques había llevado a la prensa internacional a bautizar la

ciudad como el Stalingrado sirio, la capacidad de indignación humana tenía un límite. La llegada de nuevos cooperantes servía para que los veteranos se dieran cuenta de que habían asimilado como normales y rutinarias realidades inaceptables.

—Lo han bombardeado todo, Marcos. No han dejado en pie ni la esperanza. Esta gente ya no espera ayuda de nadie, están solos.

Bárbara dejó el cuatro por cuatro aparcado tras la larga hilera de ambulancias de la Media Luna Roja y coches particulares que se habían acercado para llevar heridos a los hospitales.

Al pisar la calle, la asaltó la familiar descarga de adrenalina. Los gritos urgentes, los llantos desesperados. Había gente allí que la necesitaba; el resto desaparecía, sólo existía el momento.

Miró a Marcos, que parecía sobrecogido, pero dispuesto.

—¿Vamos? —le preguntó.

—Te sigo —le confirmó él.

Bárbara se movía como pez en el agua entre las ruinas. Marcos la observó avanzar con determinación, consolando con un gesto o un rápido apretón en el brazo a los parientes que indicaban a los equipos de rescate dónde encontrar a los desaparecidos.

—Ven —le indicó a Marcos—. Nos han asignado esa zona. Los cascotes que saques han de ir hacia allí. Esa fila de voluntarios se encarga de retirarlos.

—¿A quién estamos buscando? —no pudo evitar preguntar Marcos.

—Una madre y dos hijos. Cuatro y dos años —respondió Bárbara, escudándose en la frialdad de los números para no venirse abajo.

Marcos asintió con la cabeza.

—¿Tenemos guantes?

Bárbara alzó una ceja.

—No tenemos nada, maño. Dale.

Y eso hizo Marcos: dar todo lo que tenía.

Cogió un trozo de cemento y lo echó a un lado, sintiéndose como una hormiga ante los millones de cascotes que se extendían ante él. Aquello era como encontrar una aguja en un pajar. Si lo pensaba fríamente, se iría a casa, así que dejó de pensar.

Los minutos se convirtieron en horas. El sudor se mezclaba con el polvo formando ríos de agua sucia que descendían por su cara y chocaban contra los cascotes al caer al suelo. Cuando un muro de hormigón demasiado grande para

apartarlo les barró el paso, siguieron retirando escombros a un par de metros de distancia.

Agacharse, coger un cascote, tirar de él. Si podía retirarlo, lo retiraba. Si no, apartaba los trozos vecinos hasta liberarlo.

Aunque los gritos no habían cesado en ningún momento, de pronto se volvieron más agudos, más urgentes. Poco después, las exclamaciones de gratitud a Alá se multiplicaron. Un cuerpo menudo, cubierto de polvo y sangre, fue pasando de mano en mano hasta que uno de los miembros de la patrulla de rescate civil lo tomó en brazos y lo llevó a la ambulancia.

Marcos y Bárbara cruzaron una mirada. El hallazgo les dio fuerzas renovadas. También les permitió contar con la ayuda de un voluntario con una maza, que los ayudó a desmenuzar los bloques más grandes.

Cuando les llegó un débil lamento bajo unos cascotes, Marcos le arrebató la maza al hombre, que miró a Bárbara, molesto.

—Es su primer día —le aclaró ella, y el hombre asintió.

Marcos ni se dio cuenta. Había empezado a demoler un bloque que impedía el acceso por un lado, golpeándolo con todas sus fuerzas. Cuando se abrió una grieta en el centro, le entregó la maza a Bárbara y le pidió al hombre que tirara de un lado mientras él tiraba del otro.

Por un momento pensó que no lo lograrían. A punto de reclamar la maza una vez más, tiró por última vez, soltando un grito ronco. Y el bloque cedió.

Al principio no distinguió la cabeza de las piedras que la rodeaban, pero Bárbara, mucho más acostumbrada, la identificó enseguida. Hablando con tranquilidad, pero con firmeza, le dijo a la persona que gemía bajo sus pies que aguantara y que no se moviera; que pronto la sacarían de allí.

Marcos empezó a ver borroso. La idea de estar atrapado bajo metros de escombros fue superior a él. Hasta ese momento había sido algo teórico, pero ahora era real, demasiado real. Sin darse cuenta, habían ido excavando, creando en una especie de pozo cuyas paredes empezaron a cernirse sobre él.

Quería liberar a la persona cuanto antes para poder salir de allí, pero Bárbara le atrapó la muñeca al verle las intenciones.

—Éste es el momento más delicado —le recordó—. Cualquier movimiento en falso...

Marcos sintió un zumbido en los oídos. Bárbara reconoció la palidez que se había adueñado de su rostro y lo ayudó a salir de allí. Cuando él trató de protestar, le apoyó una mano en el hombro con firmeza.

—Si te desmayas ahí abajo nos vas a retrasar, Marcos. Esto es un trabajo de equipo. Ya has hecho tu parte; déjanos acabar.

Él resopló y, una vez más, maldijo su debilidad. Pero Bárbara tenía razón. Esa mujer llevaba dos años en aquel infierno. Nunca recibiría una condecoración ni un reconocimiento oficial, pero al menos él podía respetar su experiencia obedeciéndola.

Otra oleada de gritos de alegría a unos metros de distancia alteró el ambiente de opresión. Al mirar hacia allí, Marcos vio cómo sacaban a un niño herido. Los gritos a Alá se convirtieron en susurros de duelo cuando sacaron dos cuerpos más. Ensangrentados y desmadejados, ya no volverían a ver el atardecer sobre el cielo de Alepo.

Varios voluntarios se acercaron a su zona, pero se quedaron cerca de Marcos, ya que el hueco que había excavado sólo permitía el acceso de dos personas. Oyó que se ofrecían a sustituir a Bárbara, pero ella se negó.

Pocos minutos después, la oyó soltar un grito eufórico: la primera víctima había sido liberada. Marcos se levantó y ayudó a sacar la niña del hueco entre los escombros.

Con más nervios que antes, el equipo retomó el rescate. Marcos tuvo que hacer un gran esfuerzo para no asomarse constantemente al hueco, pero no quería tirar ningún cascote dentro por descuido.

Aunque no tardaron más de un cuarto de hora en sacar a la madre y al pequeño de dos años, a Marcos se le hicieron eternos.

En cuanto estuvieron fuera del hueco, y las víctimas salieron en una ambulancia en dirección al hospital, el equipo de rescate se dirigió hacia otro bloque de pisos derribado.

—Conduce tú, anda. Voy a descansar un poco —le pidió Bárbara.

—¿Adónde vamos?

—Sigue a ese jeep —le indicó ella antes de cerrar los ojos.

—Bárbara —la llamó al cabo de unos momentos, mientras recorrían una calle de aspecto apocalíptico.

—¿Mmm?

—La madre y el pequeño, ¿estaban bien?

La miró de reojo y vio que ella tragaba saliva con dificultad.

—Déjame descansar, maño; nos queda mucho día por delante. —Él no insistió. Por desgracia, la había entendido perfectamente—. Y cuidadito cuando llegues a la primera plaza. Hay un francotirador.

Él la miró de reojo. No dudaba de su palabra, pero parecía totalmente relajada, con el asiento echado hacia atrás y los ojos cerrados.

—¿Qué se supone que tengo que hacer para evitarlo?

Ella se encogió de hombros.

—Yo le rezo a la virgen del Pilar. ¿Cuál es la patrona de tu pueblo?

Marcos trató de recordar cuál era el patrón de Almendralejo, pero no fue capaz. En cambio, sí recordó las fiestas patronales de Aranjuez, que se celebraban casi pegadas a las celebraciones del motín.

—La virgen de las Angustias —respondió.

—Pues aquí se va a sentir como en casa —murmuró Bárbara.

Al llegar a la rotonda, Marcos sintió que se le erizaba el pelo de la nuca. Aunque Bárbara no le hubiera advertido del peligro, su instinto lo habría hecho igualmente. Había sido una décima de segundo, un leve destello, pero su cuerpo se había puesto en alerta. Se detuvo en un lateral.

—¿Qué haces? —le preguntó Bárbara, abriendo un ojo.

—Conduce tú. Creo que sé dónde se oculta el francotirador.

Bárbara se despejó de golpe.

—¿Vas a disparar desde aquí?

Él negó con la cabeza.

—No tengo ángulo.

Un disparo alcanzó una ambulancia que pasaba por el trozo de plaza que acababan de recorrer. Por centímetros no alcanzó al conductor, que aceleró y salió de allí, maldiciendo con el puño.

—Da la vuelta a la plaza —le pidió Marcos a Bárbara—. Despacio.

Ella alzó las cejas.

—¿Piensas disparar en marcha?

Marcos no respondió. Se sentó en la parte descubierta de la camioneta, preparó el fusil, y cuando llegaron al punto donde había detectado el brillo del arma enemiga, se puso en pie y disparó al mismo tiempo que el francotirador.

—¡Marcos! —gritó Bárbara, acelerando para salir de allí—. ¿Estás bien?

—¡Mejor que nunca! —exclamó, al ver que el francotirador caía al vacío desde la ventana del edificio. No fue el único que lo vio. Una ambulancia y una camioneta empezaron a tocar la bocina en señal de celebración.

# 10

*Aranjuez, 2009*

—Salvador, salgo un rato. —Lucas no veía el momento de volver a ver a la camarera del Limbo rock. Se había pasado la noche soñando con ella, sueños que lo habían llevado al cielo, aunque más de uno lo condenaría al infierno por ellos—. ¿Vamos, Marcos?

—No, Lucas —lo detuvo el cura—. Os necesito aquí; tenemos visita.

El de Vigo resopló.

—Oh, vamos, padre. Las señoras de misa no nos van a echar de menos.

—No son señoras de misa. Son una amiga y su hija.

—Una amiga que va a misa.

—No juzgues a la gente por las apariencias, Lucas. Hace años que no puedo oficiar misa. Y las personas son personas, más allá de sus creencias o aficiones.

Lucas iba a volver a protestar, pero Marcos lo interrumpió, preguntando con el ceño fruncido:

—¿No puede dar misa? ¿No es un cura de verdad?

—Tuve mis diferencias con los de arriba —respondió Salvador, suspirando—, y no estoy hablando de Dios.

El timbre sonó en aquel momento.

—Anda, Lucas, abre y no las asustes.

El de Vigo resopló, agachando la cabeza. A Salvador no le habría extrañado verlo rascar el suelo con el pie, como un toro a punto de embestir, pero cuando abrió la puerta se quedó inmóvil y hasta perdió el color.

—¿Lena?

—¿Os conocéis? —preguntó Magda, la madre de Lena.

—De vista —respondió la camarera del Limbo rock, discreta.

—¡Mateo, Jon, bajad! —gritó Salvador—. Tenemos visita. Pasad, pasad —

invitó a las recién llegadas—. Sentaos. Ana ha preparado una tarta de manzana. Marcos, ¿puedes traerla?

Él asintió en silencio, casi tan sorprendido como Lucas por la presencia de la guapa camarera en la casa. ¿Iría a denunciarlos a Salvador por haberse tomado una birra en su bar? Lo dudaba mucho. El bar tenía más que perder que ellos.

Cuando volvió de la cocina con la tarta en una mano y siete platos en la otra, vio que Mateo había bajado ya y permanecía de pie junto a la mesa. Jon bajó en ese momento, deslizándose por la barandilla.

Salvador no tuvo tiempo ni de reprenderlo, porque el vasco exclamó alegremente:

—¡Lena! ¿Qué haces aquí? Anda, dile a Salvador quién es el puto amo de los dardos. ¡Menuda paliza que os metí a todos! ¡Ja!

—¿Ya conocéis el bar? —El cura frunció el ceño—. ¿Lo sabías, Magda?

—No —la defendió su hija—. Los atendí yo.

—Lo descubrimos por casualidad. Entramos a escuchar música y a tomar un refresco —respondió Marcos.

—¡Ja, un refresco, dice! —Jon se sentó junto a Lena y Lucas lo miró mal, por bocazas y por haber elegido el lugar que él no se había atrevido a ocupar. El resto tenía también la vista fija en Jon, pero Lena lo hizo callar, diciendo:

—Qué buena pinta tiene esa tarta, ¿no? Yo la reparto. Anda, no hay cuchillo. ¿Puedes ir a por uno, Jon?

El de Bermeo se levantó y fue corriendo a la cocina.

Mientras Lena partía la tarta en ocho trozos, Salvador hizo las presentaciones.

—Bueno, pues como parece que ya conocéis a Lena, os presento a Magda, su madre y una buena amiga.

Magda le dirigió una mirada cálida.

—Son ya muchos años, Salva.

—Hija...

—Perdón, padre Salvador.

Mateo agachó la vista, pero antes Lena vio que los ojos azules se le habían iluminado de risa. Volvía a ir vestido con un polo, del mismo tono de azul que sus ojos. Entre la planta de regatista, los rizos rubios y esos ojos como dos trozos de iceberg, era uno de los chicos más guapos que habían pasado por el pueblo.

—Ellos son Mateo, Marcos, Jon y el que no se aparta de la puerta es Lucas.

—¿Tarta? —le ofreció Lena y Lucas avanzó hacia ella, perdiéndose en sus ojos, tan oscuros como los suyos y envueltos en una nube de kohl.

—Lena vive con su madre, en el piso que hay sobre el bar —siguió diciendo Salvador—. Es un año mayor que vosotros, este año acaba el Bachillerato.

—Es muy buena estudiante —apostilló su madre.

—Mamá —protestó la joven vestida con shorts negros y un top lencero del mismo color, incómoda—. No pienso volver al instituto, ya te lo he dicho.

—Sería una lástima que no volvieras, Lena —dijo Salvador—. ¿Dónde han quedado tus ganas de estudiar Derecho para ayudar a las mujeres víctimas de las injusticias?

La joven reaccionó tal como el religioso había esperado, sacando el fuego que llevaba dentro.

—Las ganas siguen igual de fuertes, pero no pienso acercarme por ese instituto. Esperaré a cumplir los dieciocho, me iré a Madrid, encontraré trabajo y retomaré los estudios.

—Sería un crimen, Lena —dijo su madre—. Una manera absurda de perder un año.

—Tu madre tiene razón. No podemos desperdiciar el don de la vida, el más grande de todos los dones de Dios.

—Es mi vida y soy yo la que debe decidir cómo pasarla, digo yo.

—Mientras seas menor de edad, tengo algo que opinar en tu vida, digo yo —protestó su madre.

Marcos y Mateo cruzaron una mirada incómoda; no entendían qué pintaban en aquella discusión familiar. Lucas contemplaba a Lena embobado mientras Jon cogía un segundo trozo de tarta y seguía zampando.

—¿Te han seguido molestando? —preguntó Salvador.

Lena frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—No.

—¿Quién te molestaba? —Lucas se puso en guardia inmediatamente, igual que Marcos, que se echó hacia delante en la silla.

—Nadie.

—Los guais del instituto —la contradijo su madre—. O eso se creen ellos.

—¿Quiénes son? —insistió Lucas—. Si hay que hacerles una visita, se les



hace.

Salvador inspiró hondo antes de responder.

—Lucas, la violencia no soluciona nada, eso para empezar, y nadie va a visitar a nadie. Lo que hay que hacer es ir a clase y aprobar el curso para que los cinco podáis seguir adelante con vuestras vidas, ser hombres y mujeres de provecho y alabar a Dios con vuestras obras.

—¿Qué dice, Salvador? No pretenderá que nos metamos a curas, ¿no? —protestó Jon, con la boca llena—. Ya les dije en Bermeo que no estaba interesado.

—No, Jon. —Suspiró—. Para alabar al Señor no hace falta vestir los hábitos. Cada uno de nosotros hemos de descubrir para qué nos ha enviado al mundo. Todos tenemos una misión asignada; alabar al Señor es llevarla a cabo lo mejor que podamos.

Todos lo miraron con escepticismo.

—Pues podría adjuntar un manual de instrucciones, la verdad —murmuró Marcos, haciendo sonreír a Lena.

—Ahora mismo, mi misión en la vida es impedir que malgastes un año por culpa de Jorge y los borregos que lo siguen —declaró Magda—. Y si para eso he de pedirle a los chicos de Salvador que te protejan en el instituto, lo hago.

—¿Quién es Jorge? —preguntó Marcos.

—Jorge Aguado —respondió Lena, con rabia—. Por ser hijo de un guardia civil se cree que es el guardián de la ley y el orden. ¡Pero no lo es! Es un puto abusón, que tiene acojonado a medio instituto. O se hace lo que él quiere o pasan cosas.

—¿Qué tipo de cosas? —Lucas entornó los ojos, que brillaban como dos obsidias pulidas.

—Cosas malas —susurró ella.

—Jorge y su hermana gemela van a vuestro curso —les explicó Salvador—. El año pasado Simón, Felipe, Tomás y Santi los mantuvieron a raya. Eran menos que el grupo de Jorge, pero al ser dos años mayores, las fuerzas quedaban compensadas. Este año...

—Este año se van a enterar de quién es Lucas Ulloa como se atrevan a ponerte un dedo encima —aseguró el de Vigo y a nadie le cupo ninguna duda de que a Jorge y su banda más les valía no hacerlo enfadar.

—Lo mismo digo —corroboró Marcos.

—Cuenta conmigo —añadió Mateo.

—Yo soy vasco —dijo Jon, sacando pecho, lo que hizo sonreír a Lena—. Más les vale no meterse contigo si estoy cerca.

Salvador cerró los ojos unos instantes. No iba a ser un año fácil, lo sabía, pero no le venía de nuevas; ninguno lo era.

—¿Significa eso que vas a ir a clase? —le preguntó a Lucas.

El de Vigo frunció el ceño, como si hubiese olvidado su decisión de dejar los estudios.

—Por supuesto.

—¿Y tú, Lena? —Magda se volvió hacia su hija, que inspiró hondo antes de responder:

—Cualquiera dice que no. Menuda encerrona me habéis montado entre todos; ya os vale.

Salvador miró al cielo y dio gracias por una batalla ganada.

«Día a día», se recordó.

—Bueno, pues esto hay que celebrarlo con un poco de tarta. ¡Si es que has dejado algo, Jon!

El de Bermeo se encogió de hombros.

—Tengo que crecer para poder proteger a Lena.

—No sabe nada el canijo —protestó Lucas, pero la tensión había desaparecido y la camaradería se había instalado en el salón.

Durante el resto de la tarde, los cuatro y Lena charlaron de sus cosas. Salvador y Magda se retiraron a la cocina para darles intimidad, dejando que se conocieran mejor y formaran equipo antes de que empezaran las clases.

Marcos habló poco. Cuando Lena le preguntó a qué quería dedicarse, él respondió que quería ser mecánico, pero no dijo más. Prefería escuchar y observar. Mientras Lena les hablaba de los profesores, las asignaturas y las actividades que se encontrarían dentro de pocos días, Marcos se preguntó qué sorpresas les tendría preparada el curso, porque aunque acababa de cumplir dieciséis años, tenía ya suficiente experiencia para saber que la vida no se rige por temarios ni planes de estudio.

# 11

*Alepo, 2015*

—Ahí, para ahí. —Bárbara le señaló un local en una esquina. La persiana metálica estaba levantada y dentro había un par de neveras conectadas a un generador y un tablero que servía de mesa. Frente al local, un hombre cocinaba pinchos en la calle.

Antes de bajar del viejo Toyota, Marcos ya había hecho un estudio detallado de su entorno. Había diez hombres: dos cocinando, dos despachando y seis clientes. Por su aspecto y actitud, contrarios al régimen de Al-Ásad, lo que era lógico teniendo en cuenta que se encontraban en uno de los distritos rebeldes de la ciudad.

A lo largo de los últimos tres días, Bárbara le había dado un cursillo intensivo de supervivencia en Alepo. Le había presentado a cabecillas rebeldes, que al saber que tenía formación militar le habían dado un rifle Kalashnikov para que protegiera a los equipos de rescate. Había conocido también a miembros de ONGs internacionales, a reporteros de grandes agencias de noticias y, sobre todo, a los principales conseguidores, los que te sacaban de cualquier apuro, obteniendo cualquier cosa que uno pudiera necesitar, ya fuera una dosis de insulina, una caja de bombones o una botella de cava catalán. A pesar de las dificultades y las numerosas bajas a causa de los bombardeos y los francotiradores, la red comercial que llevaba siglos uniendo Europa y China no había desaparecido. El comercio era la savia que mantenía con vida esas tierras y a sus habitantes. La guerra lo hacía todo más difícil, pero mientras quedaran dos habitantes con vida en Alepo, se seguiría comerciando.

—¿Qué quieres? —le preguntó Bárbara.

—Lo que pidas tú.

Con una sonrisa coqueta, ella se acercó a los vendedores. Aunque se movía

con soltura y sin rastro de miedo, a Marcos no le hicieron ninguna gracia las miradas interesadas de los clientes. Cuando iba a pagar, Marcos comprobó sorprendido que no le aceptaban el dinero. Dijeron algo en sirio, que no entendió, pero Bárbara sí, porque se echó a reír y les dio las gracias.

De nuevo en la camioneta, le preguntó qué le habían dicho.

—Se ha corrido la voz de que has liquidado al francotirador de la plaza.

Marcos alzó una ceja.

—Vaya, las noticias vuelan.

—Ni te lo imaginas. El nuevo compañero de Barbie Granadas, acabado de llegar a la ciudad, que liquida de un solo disparo al cabrón que había matado a casi cien personas escondido como una rata. ¿Cómo supiste dónde estaba, por cierto?

Marcos sacudió la cabeza. No podría explicarlo, lo supo y punto.

—¿Barbie Granadas? —le preguntó, y no pudo evitar que la mirada se le fuera al pecho.

Ella se echó a reír.

—Perdona, guapo, pero soy hija de mi madre y nieta de abuela. En mi familia nada de granadas. Las Ramastué tenemos artillería mucho más pesada.

A Marcos se le escapó la risa por la nariz.

—No dudo del poderío de las Ramastué, pero entonces, ¿a qué viene el mote?

—No eres el único que tiene su leyenda en la ciudad. —Abrió la guantera del cuatro por cuatro, sacó una granada de mano y, sin dejar de conducir, se la guardó en el bolsillo—. Hay chicas que no salen de casa sin su barra de labios; a mí me gusta llevar un par de éstas en el bolsillo siempre que puedo. Nunca sabes con quién te vas a encontrar.

Él soltó un silbido.

—Ya veo que será mejor no hacerte enfadar, compañera.

Ella alzó una ceja.

—No lo dudes. Y no te burles de mi mote, porque a ti también te han puesto uno.

Él cerró los ojos. Por unos momentos, volvió al instituto de Aranjuez y la voz de Jorge le susurró al oído: «asesino».

—No sé si quiero oírlo.

Ella se encogió de hombros.

—Te han llamado «el león». Dicen que pareces calmado pero que eres

letal.

—¿El león? Y eso que no me vieron con la melena...

Ella sonrió y él inspiró hondo. Había sido un día muy largo.

—¿Podemos ir a cenar a un sitio alto? Lo más alto posible.

—Podemos ir a la azotea del hospital.

—Más alto.

Ella lo miró de reojo.

—Lo más alto es la ciudadela, pero no es un lugar seguro. Queda demasiado expuesto a las balas.

Él entornó los ojos y dio unas palmaditas al AK-47 que llevaba sobre las rodillas.

—Pues que se anden con cuidado.

Bárbara se echó a reír.

—Te veo subidito, maño. ¡Oh, venga! De acuerdo, te enseñaré la entrada secreta.

Suspiró y siguió avanzando por la ciudad a oscuras. Los hombres eran su debilidad, y si eran guapos, valientes, un poco locos y la hacían sonreír de vez en cuando, estaba perdida.

\*\*\*

—¿Qué tal? —le preguntó Bárbara, una hora más tarde, con la espalda apoyada en una de las pocas cúpulas tachonadas que quedaban enteras en la fortaleza de Alepo.

A su lado, Marcos asintió frotándose el estómago.

—Buenísimos. Los mejores faláfeles que he probado en mucho tiempo.

—No te preguntaba por la cena.

Él la miró de reojo.

—La compañía, inmejorable y las vistas, espléndidas.

Bárbara sonrió, sacudiendo la cabeza.

—¿Vas a soltarme todo tu repertorio de zalamerías para no contarme cómo coño estás, soldado?

—Soy mecánico. Lo de soldado es temporal —replicó él, molesto.

Marcos se había ganado la admiración y el agradecimiento del personal del hospital al reparar una de las ambulancias y el motor de una nevera en los pocos días que llevaba allí. Reparar cosas, hacer que volvieran a funcionar, le

hacía sentir bien. Matar no. Lo hacía para proteger las vidas de la gente que quería, pero cada vez que acababa con una vida, sentía que su alma se hundía un poco más en un pozo del que cada vez era más difícil salir.

Ella alzó una ceja.

—Ya, y no veas lo bien que nos va a venir tu buena mano con los motores, pero reconozco a un militar a cien metros, maño. No sé por dónde has pasado para llegar hasta aquí, pero no me digas que has salido de la Opel de Zaragoza porque no me lo voy a creer. Tú no miras alrededor, tú escaneas el entorno. Estoy segura de que podrías describirme a los tipos de la tienda de faláfel en detalle. ¿Me equivoco?

Él negó con la cabeza, pero no aportó ningún dato sobre su pasado.

—Eres demasiado joven para haber estado en los Balcanes —reflexionó Bárbara—. ¿Iraq? ¿Afganistán? ¿Pakistán?

Marcos soltó el aire por la nariz y, en vez de contarle cosas que no necesitaba saber, optó por algo que no iba a poder ocultarle durante mucho tiempo.

—No entré en el ejército porque era menor de edad, así que no soy soldado. Durante un tiempo fui mercenario en Afganistán, aunque no tuve una entrada demasiado gloriosa.

—¿Y eso?

—Por la prueba de los túneles. Me hicieron arrastrarme como un gusano y salir por el otro lado, pero no fui capaz de llegar al final. A medio camino perdí el mundo de vista. —Inspiró hondo al recordar la angustia de aquellos momentos en que lo había visto todo rojo y habría matado a quien se hubiera interpuesto entre él y la salida—. Por suerte, no eran túneles reales, porque la habría palmado. Me puse de pie, gritando como un loco y les desmonté el chiringuito. Eran placas metálicas cubiertas por un poco de tierra. No sé si te has dado cuenta, pero tengo claustrofobia.

Ella asintió.

—Sí, algo he notado. ¿Por eso querías subir aquí arriba?

Él inspiró hondo.

—Sí, no me preocupa que me peguen un tiro, pero no soporto estar en sitios cerrados.

—Vamos, que si te pierdes en Alepo, ya sé dónde encontrarte, ¿no?

Marcos se volvió hacia ella y le dirigió una sonrisa ladeada.

—Es un buen sitio, sí.

—¿No te reclamarán las fuerzas militares que te contrataron?

Él negó con la cabeza.

—Lo dudo mucho. Entré con una identidad falsa. Me cambiaron la edad y también el nombre. Así se aseguraban de no tener que pagar pensión a los supervivientes. Además... —se perdió en los recuerdos.

—¿Sí?

Marcos se sobresaltó.

—Además, seguro que me han dado por muerto. —Cambió de tema—. ¿Y tú? ¿Me vas a contar en qué guerras has luchado antes de llegar aquí?

Bárbara se puso en pie de un salto y se sacudió las manos.

—¿Pero tú has visto la hora que es? Venga, vamos, que ya pasa de la hora del toque de queda.

Marcos sacudió la cabeza.

—Claro, el toque de queda.

—No veas cómo se pone sor Miriam si llegamos tarde.

La mirada de Marcos se ensombreció. El alma se le cayó a los pies y la fuerza que lo había impulsado a seguir adelante lo abandonó de golpe.

—¿Sor Miriam?

—Ajá. —Sin dejar de caminar hacia la calle abovedada por la que habían entrado en la ciudadela, Bárbara echó la vista atrás, pero Marcos bajó la mirada para que no viera cómo lo había afectado su revelación. Sin embargo, su lenguaje corporal se lo dijo todo: el soldado de fortuna era la viva imagen de la derrota. Pensó en sacarlo de su error, pero su parte más gamberra se negó a ponerle las cosas más fáciles a su rival. Si Miriam no quería que Marcos pensara que era monja, ¡que dejara de comportarse como una misionera!

A su espalda, Marcos sintió que las paredes de la angosta calle se cernían una vez más sobre su alma.

«¡Monja! ¡Tenía que ser monja!» Se mordió el puño con rabia y miró hacia arriba. «Tenías que quedártela para ti, ¿no? Me cago en...» A punto de cagarse en Dios, recordó a Salvador y se contuvo. «¡Me cago en mi puta vida!»

## 12

*Aranjuez, 2009*

—Por aquí —dijo Salvador. A su espalda, sus cuatro Evangelistas lo seguían con distintas expresiones. La de Lucas era hostil, amenazadora; la de Mateo, incómoda. La de Jon, de curiosidad y la de Marcos, recelosa. Cubriendo la retaguardia, miraba a lado y lado, como si quisiera proteger a sus compañeros de cualquier peligro—. Ya hemos llegado.

Salvador llamó a la puerta del despacho del director, que la abrió poco después.

—Pasad, pasad. No hay sillas para todos, pero siéntese, Salvador.

A regañadientes, los cuatro nuevos alumnos del instituto Godoy entraron y se quedaron lo más cerca posible de la puerta.

Marcos miró a su alrededor. Se había imaginado que, más tarde o más temprano, acabaría en el despacho del director, pero no antes de empezar el curso. No se le ocurría peor manera de integrarse con el resto de compañeros que entrar en el edificio siguiendo a un cura y llegando tarde a clase por haber tenido que visitar al director.

Pero Salvador no les había dado otra opción. La visita con el director era un requisito ineludible; pronto entendieron por qué.

—Bueno, un año más es un placer dar la bienvenida a los pupilos del padre Salvador al instituto Godoy —dijo con ironía—. ¿Cuántas remesas son ya, padre?

—Ellos son la décima —respondió el sacerdote y Jon le dirigió una mirada cargada de curiosidad.

—No os mentiré —siguió diciendo el director—. Durante estos veinte años ha habido de todo: promociones muy tranquilas y otras muy problemáticas. Vuestros predecesores dejaron el listón muy alto. Tomás sacó la nota más alta de su clase en Selectividad y los demás lo aprobaron todo. Además, Simón se



encargó de que nadie se desmandara. Mantener el orden es básico para que todo funcione como es debido. —Hizo una pausa y los miró a los ojos, uno a uno—. Espero poder contar con vuestra colaboración este año.

Todos asintieron en silencio, aunque Marcos tuvo un mal presentimiento. Cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas equivocarse, pero llevaba muchos años confiando en su intuición para saber cuándo su padre entraba en casa con intenciones violentas y, por desgracia, su intuición nunca le había fallado.

\*\*\*

Si los marcadores de alarma se habían activado en el despacho del director, al entrar en clase se dispararon. Tras la charla en su despacho, el director se despidió de Salvador y acompañó a los chicos a las que serían sus nuevas aulas durante el curso. Al llegar al final del pasillo, señaló una puerta marcada como B1-A.

—Ulloa y Amengual, estáis en el grupo A.

Lucas y Mateo asintieron y esperaron a que el director llamara a la puerta.

Desde el pasillo, Marcos vio entrar a sus compañeros y no pudo evitar la sensación de que iban a la guerra. Sintió un dolor casi físico por no poder entrar con ellos y compartir su destino.

«No seas peliculero», se dijo. «Van a clase; no va a pasar nada.»

Unas cuantas risitas nerviosas de las chicas al ver a los recién llegados lo calmaron.

Instantes después, el director repitió la operación en el aula B1-B, la que sería su clase durante los próximos nueve meses.

Pero no hubo risitas nerviosas cuando Jon y él cruzaron el umbral. Hubo miradas, muchas miradas. Algunas de curiosidad, otras de advertencia, otras de puro odio.

La de odio le llegó desde la última fila de la clase, donde un chico castaño parecía perdonar la vida de los que lo rodeaban con su actitud de rey de la selva. Estaba sentado con las piernas muy abiertas, echado hacia atrás en una pose aparentemente relajada, pero sólo hacía falta fijarse en cómo agarraba el bolígrafo, como si fuera un puñal, y lo clavaba rítmicamente en el cuaderno para darse cuenta de que la corriente subterránea que movía esas aguas

aparentemente tranquilas era muy peligrosa.

No hizo falta que se lo presentaran para saber de quién se trataba. Entendió perfectamente que Lena no quisiera volver a clase si aquel tipo se la tenía jurada. Algo en su mirada hizo que se le erizara el vello de la nuca.

—Sentaos aquí, en primera fila —les dijo la profesora.

Jon le dio un toque a Marcos, que seguía enzarzado en el duelo de miradas con el que estaba seguro que era Jorge, el gallito de la clase.

«¿Te crees que eres el rey de la selva, Jorge?», lo provocó alzando una ceja. «Pues tengo malas noticias. Dice Salvador que al evangelista Marcos se lo representa en las imágenes bíblicas con un león. Y esta clase es muy pequeña para dos leones.»

# 13

*Alepo, 2015*

Miriam se miró en el pequeño espejo agrietado que colgaba de la pared del baño y suspiró. La cara que le devolvía la mirada era la de una mujer agotada: ojeras, ojos rojos, un pañuelo blanco anudado en la nuca cubriéndole el pelo, esa melena sin brillo, tan mate y resaca como su piel.

Suspiró. Lo que le pedía el cuerpo era darse un baño caliente, hidratarse de arriba abajo y meterse en la cama, pero su cuerpo iba a tener que conformarse con una rápida ducha con agua templada... si había suerte. Nada de hidratación y, por supuesto, nada de secador de pelo.

Sonrió por dentro tratando de recordar la última vez que se había alisado el pelo con secador.

«Creo que fue en Tortosa, cuando la boda del primo Luis».

Llevaba dos años en Alepo y, durante ese tiempo, no había echado de menos «ponerse guapa». Durante los primeros meses, vivió en una especie de cueva negra; como si alguien la hubiera cubierto con un caldero de hierro y la hubiera dejado debajo. Levantarse de la cama, ir de un lado a otro, comunicarse con la gente... todo le resultaba durísimo, porque tenía que empujar las paredes del caldero, que estaba lleno de rabia, odio, frustración y, sobre todo, de culpabilidad. Por mucho que sus amigos le recordaran que los únicos culpables de la muerte de sus padres habían sido los talibanes que los ejecutaron en el teatro romano de su querida Palmira —la ciudad a la que habían dedicado sus vidas— no podía librarse de la voz que la culpaba. Una voz que le echaba en cara no haberlos obligado a marcharse de allí, aunque fuera dejándolos inconscientes y llevándoselos a rastras.

No servía de nada decirse que había sido menor de edad cuando sus padres la obligaron a subir al convoy que se la llevó de la antigua ciudad, Patrimonio de la Humanidad. Todavía oía la voz de su madre:

—No llores, Miriam. Nos reunimos pronto. En cuanto acabemos de organizarlo todo nos reuniremos contigo, te lo prometo.

—¡Ven conmigo, mamá!

—No puedo dejar solo a tu padre —fueron sus últimas palabras, mientras el vehículo se alejaba.

El padre de Miriam ni siquiera se había acercado al convoy. La última vez que lo vio, mientras la camioneta se alejaba, estaba a lo lejos dando órdenes a cinco personas a la vez, en su salsa. Palmira era su vida. Había ido allí por primera vez para realizar las prácticas, antes de acabar la carrera, y le faltó tiempo para volver en cuanto tuvo el título de Historia y el máster en Arqueología bajo el brazo. No hizo caso de los que le dijeron que necesitaba un patrocinador para llevar a cabo sus estudios. Se plantó en Palmira y se ofreció voluntario para trabajar en un campamento subvencionado por la universidad de Oxford.

Allí vivió los mejores momentos de su vida. Pasó mucho frío y mucho calor. Vivió momentos de euforia, como cuando la ciudad fue declarada Patrimonio de la Humanidad en 1980 o cuando, tras muchos años de soledad, se enamoró de una compatriota veinte años más joven que él, que había venido como becaria. Él le enseñó todos los secretos de Palmira y ella le demostró que nunca es tarde para enamorarse.

El fruto de ese amor, Miriam, sacudió la cabeza para librarse de la melancolía que la había asaltado, fruto del cansancio, sin duda. Aunque lo peor del duelo ya había pasado, el contacto diario con la muerte y con el dolor de los familiares que tenían que despedirse de sus seres queridos de manera brusca reabría las heridas.

Pero si algo aprendían los habitantes de Alepo era a vivir el momento. Era imposible saber dónde caería la siguiente bomba. Uno tenía que elegir: meterse en la cama temblando como un ratón asustado o plantarle cara a la vida.

Y desde hacía unos días, Miriam tenía un incentivo extra para seguir adelante. Un incentivo de ojos castaños que la miraba de una manera que le llegaba muy adentro. La miraba con la misma pasión con la que su padre solía hablar de las pinturas con escenas de la *Ilíada* halladas en uno de los mausoleos de Palmira, o con la que su madre le contaba la historia de la hermosa reina Zenobia.

Se duchó rápidamente, se puso unos pantalones de lino color tabaco y una

camisa blanca, se peinó como pudo y trató de darse volumen en el pelo sacudiéndoselo con las dos manos.

Los cooperantes extranjeros que no tenían parientes o amigos en la ciudad se alojaban en el edificio anexo al hospital. Miriam tenía amigos o, mejor dicho, conocidos de sus padres, pero había preferido instalarse junto al hospital por varias razones. La oficial era el cansancio. Las jornadas de trabajo resultaban tan largas y agotadoras que al acabar para lo único que le quedaban fuerzas era para tirarse boca abajo en el camastro y no moverse hasta que alguien la avisaba de que era hora de levantarse, pero no era la única razón.

Aunque en otros tiempos a Miriam le encantaba recorrer las calles de Aleppo, tan llenas de comercio y de vida, ahora le daba miedo. La posibilidad de salir a comprar pan y no volver nunca estaba demasiado presente.

Por eso la vida de Miriam transcurría entre los dos edificios. Normalmente no echaba de menos salir. No le sobraban ni el tiempo ni las fuerzas. Y casi todas las personas que había conocido en su infancia estaban muertas o se habían marchado. No le importaba cubrir a compañeros que le pedían el favor de sustituirlos. Durante largos meses, sumergirse en el trabajo había sido la única manera de no pensar en el trágico fin de sus padres; de ahí que hubieran empezado a llamarla santa Miriam o sor Miriam. Nunca le había importado; allí todo el mundo tenía apodo, pero desde la llegada de Marcos, el mote empezaba a sobrarle. El soldado le hacía sentir muchas cosas, pero «santa» no era una de ellas.

El edificio anexo tenía dos plantas. En la superior estaban los dormitorios, con una zona para hombres y otra para mujeres, aunque nadie controlaba quien se colaba tras las cortinas que separaban las camas. Los baños sí estaban separados, y eran igual de austeros. Cuando había agua ya se daban por satisfechos.

El número de cooperantes variaba constantemente. No todo el mundo servía para estar allí. Había voluntarios que habían llegado a Aleppo movidos por la buena fe, la solidaridad y el sentido del deber, pero no habían durado ni una semana. El récord lo batió un seminarista estadounidense que aguantó hasta que cayó la primera bomba y salió corriendo de allí. Nadie se burló de él; al contrario, solían decir que era el único tipo sensato que había pisado el hospital.

En la planta inferior había una sala común con sofás recogidos de pisos

bombardeados y abandonados, y también una cocina-comedor. Mientras bajaba la escalera para reunirse con sus compañeros, Miriam pensó que Marcos tenía ese algo que hacía que la gente se quedara en Alepo a pesar de todos los pesares: tenía una historia.

*Aranjuez, 2009*

Las dos primeras clases pasaron lentamente. La profesora de Filosofía se había mostrado amable, ofreciéndoles su ayuda fuera de clase si la necesitaban. El profesor de Lengua, en cambio, los había ignorado por completo, y cuando sonó el timbre salió disparado, igual que los alumnos.

Marcos fue el último en abandonar el aula. Al salir al pasillo, vio que Jon estaba charlando animadamente con Lucas y Mateo, que lo escuchaban apoyados en la pared.

—Vamos. —Lucas señaló con la cabeza en dirección a los alumnos que se alejaban pasillo abajo—. Necesito fumar.

Jon alzó las cejas.

—No creo que se pueda.

Lucas habría podido encender el cigarrillo con la mirada que le dirigió.

—Pues si alguien quiere impedirlo, que venga y me lo diga. ¿Vas a impedirlo tú?

Jon alzó las manos y se apartó de su camino.

—Ni hablar. Es tu cuerpo y te lo jodes como quieras.

—Exacto —refunfuñó el de Vigo.

Al salir al patio, rodeado por una alta valla metálica, los cuatro se quedaron quietos, examinando el entorno.

Lucas buscó nubes de humo que le señalaran una zona de fumadores. Al principio no vio nada, pero poco después una nube se alzó en la zona más alejada del patio, tras un edificio bajo que parecía un cobertizo. Con una sonrisa irónica, se dirigió hacia allí.

Marcos, que había estado buscado posibles salidas, llegó al mismo lugar que Lucas. Desde el cobertizo se podía acceder a las ramas de un gran plátano de sombra, que permitía saltar al otro lado de la valla.

—¿Venís? —les preguntó a Mateo y a Jon, que parecían impresionados por los ruidosos grupos que se saludaban con gritos y empujones.

—Sí, vamos —respondió Jon.

—No veo a Lena —comentó Mateo, siguiéndolos.

Durante el paseíllo, grupos de chicos, de chicas y mixtos los examinaron con curiosidad. Algunos bajaban la voz para cotillear a sus espaldas, pero otros no se molestaban en disimular.

—Mira, los nuevos.

—¿Qué habrán hecho estos?

—El rubio está bueno.

—Sí, pero tiene mirada de psicópata; prefiero al pecoso.

Marcos vio de reojo que Mateo apretaba los puños.

—No te quejes —le dijo Jon—. Al menos se fijan en ti. Yo soy invisible.

—Eso me gustaría a mí —replicó Mateo, cuyos rizos rubios, casi blancos, llamaban la atención allá donde fuera—, ser invisible.

Al dar la vuelta a la esquina del cobertizo, Marcos se puso instantáneamente en alerta. Lucas estaba rodeado por un grupo de unos seis o siete chicos, y uno de ellos era Jorge.

—Ya tardabais —comentó el cabecilla del grupo, soltando el humo de su cigarrillo y sacudiéndolo en el aire como si se tratara de una batuta—. Por el humo se sabe dónde está el fuego. Y hay gente que se siente atraída por el fuego como una polilla por la luz, ¿no es cierto, Ulloa?

Marcos notó que Lucas se tensaba y fue a colocarse a su lado.

—No sé, tú sabrás —le respondió el de Vigo, en voz aparentemente calmada—. Yo sólo quiero fumarme un cigarro en paz antes de volver a entrar.

—Claro, claro. —Jorge empezó a caminar, mientras el resto del grupo tomaba posiciones, rodeándolos a los cuatro.

Instintivamente, Marcos se dio la vuelta, colocándose espalda contra espalda con Lucas. Al verlo, Mateo lo imitó, haciendo lo mismo con Jon.

Jorge se echó a reír.

—Pero bueno, qué costumbres más raras tenéis los desarrapados del cura rojo.

—En cambio tú eres igual que todos los abusones en todas partes del mundo —replicó Marcos, mirándolo de arriba abajo y comprobando aliviado que le sacaba varios centímetros—. Un cobarde que sólo se atreve a meterse con alguien si va en manada.



—¡Guau! Vas fuerte, Jerónimo.

—Marcos. Mi nombre es Marcos.

Jorge se echó a reír y se acercó hasta quedar casi rozándole la barbilla con la nariz.

—Y tu apellido Jerónimo, por mucho que te joda —le soltó—. Puede que hayas matado a tu padre, pero su sangre corre por tus venas y su apellido te acompañará hasta el final de tus días, desgraciado.

Marcos oyó a Jon contener el aliento y sintió que el odio se adueñaba de él. ¿Quién coño se creía que era ese niño para sacar a la luz sus vergüenzas y secretos más ocultos?

Se acercó a él en actitud amenazadora.

—¿Qué sabrás tú de mi vida, imbécil?

La sonrisa irónica de Jorge lo encendió aún más.

—Todo, Jerónimo. ¿Te crees que mi padre va a dejar que su hija comparta instituto con cuatro indeseables sin saberlo todo sobre ellos? Un padre hace cualquier cosa por proteger a sus hijos y mi padre es guardia civil, vive para proteger a la población. Es como si todos los habitantes de Aranjuez fueran sus hijos. Si una plaga amenaza el pueblo, se acaba con ella.

Marcos trató de abalanzarse sobre él, pero alguien se lo impidió. Se resistió, pensando que se trataba de las hienas de Jorge, pero la voz de Lucas al oído lo calmó.

—Calma, tío. Están buscando que nos expulsen el primer día.

—Escucha a tu compinche..., tío —siguió diciendo Jorge—. Eso es exactamente lo que estamos buscando. Éste es un instituto decente en una ciudad decente. Somos gente de orden, que vamos a misa a las Angustias o a san Antonio y tomamos el aperitivo en El Rana Verde como nuestros padres y nuestros abuelos. Su padre —señaló a uno de sus amigos— es policía nacional. El suyo —señaló a otro— es bombero. El suyo, notario. El mío es teniente coronel de la Guardia Civil. Lo dicho: gente de orden. ¿Sigo o lo vais pillando?

A Jon se le escapó un gemido y a Jorge se le iluminaron los ojos.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó alegremente, recorriendo la distancia que lo separaba de él—. Tú tienes que ser Iturralde; tienes cara de etarra.

El calmado y alegre Jon se transformó.

—¡Me cago en tus muertos! ¡Etarra lo será tu puta madre!

Mateo y Marcos intercambiaron una mirada alarmada que venía a decir:

«¡En qué momento se le ocurre sacar el carácter a Jon!» antes de agarrarlo uno por cada brazo para salvar la situación.

Jorge chasqueó la lengua con desaprobación y se acercó al de Bermeo, que parecía estar a punto de escupirle, con las aletas de la nariz muy abiertas, y los dientes apretados.

—A mi madre ni mentarla, chavalín, si no quieres que te corte la lengua y la tire a los barbos del Tajo. Y aprovecho para advertiros. Como os vea tocar, charlar..., aunque sólo sea mirar a mi hermana Eva o a cualquiera de las chicas de la clase, estáis muertos. —Hizo el gesto de cortarles el cuello—. Y no te molestes en llamar a tus socios mafiosos —añadió, mirando a Mateo a los ojos y alzando una ceja—. En esta zona no controlan nada.

—Muy bien, bonito discurso de bienvenida —dijo Marcos, que había logrado recuperar el control y quería poner fin a la situación antes de que se saliera definitivamente de madre. No le daba la gana que ese capullo se saliera con la suya el primer día. Estaba seguro de que el director estaría encantado de expulsarlos y de no verles el pelo nunca más, pero Salvador estaba dando la cara por ellos; no quería fallarle—. Ya veo que estás muy bien informado, así que sabrás que mi padre también era policía. Gente de orden —repitió, masticando las sílabas con desprecio—. Podríamos hablar sobre si es legal que alguien haga pública información que está en expedientes privados, pero esa conversación va a tener que esperar a otro día, porque nos largamos de aquí.

Las risas del grupo los rodearon y Marcos tuvo que apretar con fuerza los párpados y los puños para controlar la furia que se estaba adueñando de él. A su lado, Jon trataba de contener los sollozos.

—Os iréis cuando yo lo diga —les advirtió Jorge—. Y eso será cuando oiga que no vais a acercaros a mi hermana ni a ninguna de nuestras mujeres.

—Habló el Neanderthal —dijo una voz femenina cargada de desprecio a espaldas de Jorge. Al reconocer a Lena, Marcos cerró los ojos y se rindió a la evidencia. No iban a salir de ahí indemnes—. Las mujeres no son vuestras y tienen derecho a decidir con quién quieren estar.

La risa que se le escapó a Jorge por la comisura de los labios hizo que a Marcos se le despertara el instinto asesino. Y por el gruñido que soltó Lucas a su lado, no era el único.

—Ya estamos todos. —Jorge se volvió hacia ella lentamente—. Sólo faltaba la hija de la puta. ¿O puedo decir ya la puta a secas? ¿Has empezado a

cobrar por abrirte de piernas o sigues haciéndolo gratis?

Lucas gritó y se abalanzó sobre Jorge, pero dos de sus seguidores tiraron de él, impidiéndole que lo alcanzara. Mateo y Marcos fueron al auxilio de Lucas y lograron liberarlo, a base de puñetazos y patadas, que no quedaron sin respuesta.

Al ver que Jorge estaba pegando a Jon, Marcos saltó como un león, lo agarró por el cuello del polo y lo estampó contra la pared del cobertizo. Poco después, notó el familiar olor a gasolina del Zippo de Lucas a su lado y un instante más tarde vio arder la llama.

—¡Socorro! ¡Está loco! —gritó Jorge, desesperado—. ¡Me quiere quemar vivo!

Marcos lo agarró por el cuello y apretó hasta que Jorge no pudo hablar. Al ver el terror en sus ojos, sintió una satisfacción demasiado grande.

La llama del encendedor ya no estaba a la altura de sus ojos, pero eso no significaba que Lucas la hubiera apagado. A su espalda, Mateo, Jon y Lena trataban de apartar a los colegas de Jorge. Algún puñetazo le alcanzó la cabeza y alguna patada le llegó a las piernas, pero Marcos siguió sosteniendo a Jorge a peso, con la fuerza que le daban el odio y la frustración.

Cuando Jorge levantó la rodilla en una brusca sacudida que lo alcanzó en la entrepierna, Marcos lo soltó. Y entonces fue cuando empezaron los gritos de verdad.

—¡Joder, joder, joder! —Jorge daba botes en el sitio y giraba en redondo, como si estuviera bailando la danza de la lluvia. Sus colegas lo miraban sin entender nada—. ¡Quema, quema! —Trataba de librarse de los pantalones, pero tanto la cremallera como el botón ardían tras haber estado en contacto con la llama del encendedor y al hacerlo se quemaba los dedos.

—Si alguien más quiere que le queme las pelotas, que me avise —amenazó Lucas, mientras Jorge se quitaba el polo y se lo metía entre la piel y el pantalón para dejar de quemarse—. ¿Nadie más? —Tras cerrar el Zippo con decisión, hizo un gesto a los suyos—. Pues nos vamos.

Marcos esperó a que todos rodearan la caseta y lanzó una última mirada amenazadora a Jorge.

—¡Esto no quedará así, Jerónimo! —gritó el cabecilla, tratando de recuperar parte de su dignidad perdida.

—Eso me temo —susurró Marcos, antes de seguir a sus compañeros.

*Alepo, 2015*

Marcos llevaba tres días sin ver a Miriam. Dos noches atrás, ella tenía turno nocturno y no quiso molestarla. La noche anterior, ya dormía cuando él volvió con Bárbara de la ciudadela. Había pasado buena parte del día esperando a la noche para poder verla, pero cuando al fin acabó la jornada estaba demasiado cabreado con el mundo por no haber podido rescatar con vida a un niño. Así que, durante el camino de vuelta al hospital, Bárbara consiguió un pack de seis cervezas y lo llevó a la ciudadela, donde mantuvieron una charla que le hacía mucha falta.

Como cooperante experimentada, Bárbara lo dejó beber en silencio y cuando lo tuvo bien macerado en zumo de cebada, le pegó una bronca que lo dejó suave, suave.

—Sabes que estás aquí para ayudar y no para arreglar todo lo que está mal en el mundo, ¿no?

Marcos la miró de reojo.

—Claro.

—Y sabes que simplemente tu presencia física en la ciudad es una ayuda, ¿no? Si los equipos de rescate abandonáramos la ciudad, ¿cómo se sentirían los habitantes?

Marcos tardó unos segundos en responder:

—Como Jesucristo al pie de la cruz, gritando: «Padre, ¿por qué me has abandonado?»

Bárbara le había dirigido una mirada de curiosidad.

—No te hacía tan religioso, maño.

Él había resoplado.

—Es una larga historia.

—La noche es joven, soldado —Bárbara había meneado las cejas, pero

Marcos le había dado un empujón con el hombro, un empujón de colega.

Por eso Bárbara se guardó las ganas de abalanzarse sobre él y hacerle olvidar el dolor a polvos y le dio un consejo de amiga.

—No lledes la cuenta, Marcos.

Él la miró de reojo y fingió no entender de qué hablaba, pero al cabo de un rato, asintió en silencio.

—Diez niños perdidos, ocho salvados —murmuró.

Bárbara, con la espalda apoyada en la cúpula tachonada, las rodillas dobladas y la lata de cerveza entre las manos, replicó rápidamente:

—Dieciocho niños ayudados. Y otros tantos adultos. Lo demás no es una cuenta, es una trampa del demonio, que se pone la capa de la culpabilidad; no caigas en ella.

Ambos dieron un trago y permanecieron un rato en silencio. Al cabo de unos minutos, Marcos le rodeó el cuello con el brazo en lo que parecía más una llave de artes marciales que un gesto cariñoso. Pero ella cerró los ojos, esperando un milagro.

Y sí, el besó llegó, pero no se parecía en nada al de sus sueños eróticos.

Marcos le plantó los labios en la coronilla y los mantuvo allí durante unos segundos, los suficientes para que ella se diera cuenta de que la veía como a una hermana.

Algo que el cabrón de su hermano Bastián no fue capaz de hacer.

«No era pedir tanto, hijo de puta; no era tan difícil.»

La frustración de los lejanos recuerdos se unió a la del presente.

—¡Suéltame, pulpo! —Bárbara se liberó del frustrante abrazo, retorciéndole el brazo mientras se ponía de pie—. Volvamos a cubierto antes de que nos vuelen la cabeza.

\*\*\*

Habían pasado casi veinticuatro horas desde la charla en la ciudadela y el número de víctimas había aumentado, igual que el de supervivientes rescatados, pero, gracias a Bárbara, Marcos ya no llevaba la cuenta; esa cuenta que había empezado a aplastarlo, robándole el aire de los pulmones. Desde que había dejado de hacer balance y de juzgar el éxito o el fracaso de una jornada por el número de niños que había arrebatado de las garras de la

muerte, respiraba mejor.

Tenía que agradecerse a Bárbara y lo haría cuando se reencontraran después de la ducha, pero mientras se secaba, se ponía unos pantalones de camuflaje, una camiseta color caqui y se peinaba con los dedos, en su mente sólo había sitio para una mujer: Miriam. Sabía que era ridículo, pero verla, aunque fuera un instante al cruzarse con ella en el pastillo de admisiones cuando traían un herido, le cargaba el alma de energía. Era como abrir un tragaluz y dejar entrar aire fresco y claridad en la celda de un prisionero.

Bajó la escalera, nervioso, como cuando entraba en casa de los Maier para verse con Úrsula. Era una buena comparación. Marcos, que había llegado a Alepo arrastrando los pies y la vida, había rejuvenecido tanto en los últimos días que volvía a sentirse un adolescente. Mucha gente diría que era lógico sentirse así a los veintidós años, pero es que él no se había sentido joven ni durante su infancia. La juventud muere cuando te haces responsable de otras personas, y Marcos se había sentido responsable de la seguridad de su madre desde muy niño. Luego sintió la necesidad de proteger a sus compañeros de Aranjuez, especialmente a Jon, y también a Lena. En Waziristán su instinto protector lo llevó a cometer la peor jugada de su vida. Más tarde, mientras cruzaba páramos y montañas, se juró que, si salía de allí con vida, se encerraría en el egoísmo y no trataría de proteger a nadie nunca más.

Porque si Dios le había concedido el don de ser protector, el diablo le había endilgado al mismo tiempo la maldición de hacer daño a las personas que más le importaban. Cuanto más trataba de protegerlos, peor acababan las cosas. Tal vez fuera la manera que Dios tenía de recordarle que sólo era un ser humano, y que bastante tenía con tirar adelante su propia vida como para pretender salvar al resto de la humanidad.

«¡Que vivas, coño!», se hizo un resumen antes de entrar en el salón. «Vive un poco y deja de comerte la cabeza.»

—¡Marcos!

—*Come here*, español!

—*Come vai?*

Él se abrió camino entre el personal de rescate y los enfermeros voluntarios que lo habían acogido con los brazos abiertos. Respondió con educación a varias cooperantes que le habrían abierto algo más que los brazos, pero no se detuvo más de lo necesario ya que, aunque sus miradas no se habían cruzado, su radar había detectado la presencia de Miriam en cuanto

atravesó el umbral.

«Al fondo a la derecha, acompañada por un hombre y una mujer.»

Los tres habían seguido hablando. Cuando Marcos se acercó a ellos, Miriam alzó la cara y lo deslumbró con el brillo de sus ojos verdes.

—¡Marcos, qué alegría verte! Hacía días que no coincidíamos.

—Dos días y veintitrés horas —replicó él, sin darse cuenta de lo que acababa de admitir hasta que oyó la risa apagada de la directora del hospital y de su colega médico.

Tras intercambiar una mirada, los dos sanitarios se levantaron y se despidieron.

—Tengo que acabar de cuadrar los turnos para el resto de la semana. Hasta mañana —se despidió Alma—. Me alegra verte tan recuperado, Marcos. Gracias por echarnos una mano.

—Pero, ¿ya os vais? Por mí no hace...

El médico lo interrumpió dándole una palmada en el hombro y dirigiéndole una mirada de complicidad.

—Yo acompaño a la directora y me aseguro de que no trabaje más de la cuenta. Miriam, te dejo en buenas manos.

Ella musitó una despedida, pero agachó la cabeza tratando de disimular el rubor que se había apoderado de su cara y su cuello. Cuando se quedaron a solas, al ver que él no decía nada ni se sentaba, se armó de valor para alzar la cara.

Cuando sus miradas volvieron a encontrarse, Marcos reaccionó.

—¿Has cenado? —le preguntó al mismo tiempo que ella le decía:

—Siéntate, si quieres. —Ambos bajaron la vista y disimularon una sonrisa ante lo absurdo de la situación. Mientras Marcos se sentaba, ella respondió—: Sí, he cenado. Gabriel ha preparado unas empanadas.

A Marcos se le iluminó la mirada recordando la empanada de atún y cebolla que había preparado Lucas durante la Navidad que pasaron juntos, pero enseguida recordó que Gabriel era argentino, no gallego. De todos modos, tenía tanta hambre que su estómago rugió al pensar en las empanadas.

—Venga, ve a buscar la cena —lo animó ella, sonriendo, pero él permaneció quieto, contemplándola. Cuando ella ladeó la cabeza, pidiéndole explicaciones, él hizo una mueca.

—No quiero que me quiten el sitio —le confesó, en un susurro conspirador.

Miriam se echó a reír. Llevaba el pelo castaño suelto y vestía con

sobriedad, pero entre el rubor de las mejillas y el brillo de sus ojos, a Marcos le pareció la mujer más hermosa que había visto en toda su vida.

Poniéndose en pie, Miriam le apoyó una mano en el hombro antes de dirigirse hacia Gabriel y sus celebradas empanadas.

—Iré en busca de provisiones, soldado —murmuró—. Te necesitamos fuerte.

Marcos tragó saliva porque la garganta se le había quedado más seca que los páramos que había cruzado para llegar hasta Alepo. De no ser porque Bárbara le había advertido que Miriam era religiosa, habría jurado que acababa de tirarle la caña. Y una parte de su anatomía había saltado con el entusiasmo de un salmón río arriba.

A regañadientes se volvió hacia la pared, perdiendo a Miriam de vista mientras ocultaba bajo la mesa su indiscreción. Cuando dos cooperantes canadienses se acercaron y le preguntaron si podían sentarse con él, Marcos respondió con un gruñido poco sociable pero muy efectivo. Los dos chicos se alejaron en busca de otra mesa y al cruzarse con Miriam, que volvía con un plato lleno de empanadas y una jarra de agua, le advirtieron que el nuevo no estaba de humor.

—¿Qué les has dicho? —le preguntó ella, divertida, dejando las cosas sobre la mesa antes de sentarse. La cara de inocencia de Marcos la hizo reír—. No te he podido traer vaso, me faltaban manos. ¿Vas a buscar uno?

Él había apoyado el codo en la mesa y la cara en la mano y negó con la cabeza, sin dejar de contemplarla. Miriam puso los ojos en blanco. Plantó las manos sobre la mesa y se levantó.

—¡Ya voy yo!

Pero él se lo impidió, apoyándole una mano sobre la suya.

—No te vayas —le susurró.

—Pe... pero, el vaso... —balbuceó Miriam. La mirada de Marcos la estaba haciendo arder por dentro. Cogió la jarra con la otra mano, llenó su vaso y lo vació en segundos. Marcos no perdió detalle de su cuello, ondulándose mientras bebía.

—Podemos compartirlo —propuso él, con la voz ronca, cuando ella acabó de beber—, si no te importa.

Un sonido agudo salió de la garganta de Miriam, como si se le hubiera quedado un gatito atascado ahí. Cuando Marcos la miró con curiosidad, ella asintió en silencio y le ofreció el vaso. No se lo llenó porque no se fiaba de su



pulso. Estaba obsesionada con Marcos desde que llegó. Era guapo, pero no era el hombre más guapo que había pasado por el hospital. No era su pelo oscuro y fuerte lo que había llamado su atención, ni las mil pecas que le cubrían la nariz, las mejillas y los brazos; ni los anchos hombros ni los fuertes brazos. Fue la intensidad de su mirada. Cuando la miraba, sentía que su alma le estaba pidiendo ayuda, aunque también sabía que él nunca lo admitiría, ni ante ella ni ante nadie.

Había tratado de no pensar en él. Se había recordado que los cooperantes vienen y van; que —como siempre decía Bárbara— había que disfrutarlos mientras estuvieran allí y dejarlos marchar, sin ataduras y sin rencores, pero cuanto más se lo repetía, más se obsesionaba con él.

Se sentó y arrastró el vaso sobre la mesa, acercándose.

Sin dejar de mantenerla presa de su mirada, Marcos alargó la mano y se apoderó del vaso y de la mano de Miriam al mismo tiempo.

Ella no apartó la mano ni la mirada.

Y él se lo tomó como un sí.

*Aranjuez, 2009*

Suspirando, Salvador cerró la puerta y se quedó unos instantes con la espalda apoyada en la madera, tratando de recuperar la paz de espíritu que la señora Aguado —la madre de Eva y Jorge— le había robado.

Al oír que el coche se alejaba, Salvador se dirigió a la escalera y empezó a subir, pero su corazón eligió ese momento para regalarle una de las arritmias que cada vez lo asaltaban con más frecuencia. Volvió al comedor y se sentó.

—Chicos, bajad —les pidió, y al ver que nadie respondía, levantó la voz —: ¡Chicos!

Marcos fue el primero en bajar, seguido de Lucas y de Mateo.

—¿Y Jon?

—Está enganchado al ordenador —respondió el mallorquín—. No escucha.

—Pues bajadlo a costas —replicó Salvador, cansado—. No quiero tener que contar las cosas dos veces.

Lucas y Marcos intercambiaron una sonrisa irónica y subieron corriendo. Poco después regresaban con Jon, al que uno agarraba de los tobillos y otro de las muñecas.

—Podríais decir las cosas como personas normales, no sé, digo yo —protestó Jon, cuando lo dejaron caer al suelo.

—Te he avisado cuatro veces, tío —le dijo Mateo—. No escuchas.

Jon se levantó ágilmente, se sacudió los vaqueros y se sentó, preguntando:

—¿Qué pasa? ¿De qué va el cónclave de hoy?

Salvador le dirigió una sonrisa. Aunque estaba muy cansado de luchar contra lo que le parecía injusto, siempre encontraba algo que le devolvía la fe en la humanidad y en la lucha. Y Jon le transmitía algo especial, probablemente porque se veía reflejado en él.

—No vamos a elegir Papa, de eso puedes estar seguro.

—¿Quién era la estirada que ha venido? —preguntó Marcos, que la había estado observando por la ventana—. ¿Alguien de Servicios Sociales?

Salvador suspiró.

—No. Era la señora Aguado.

Lucas resopló.

—¡Arrecarallo, padre! A Jorgito le ha faltado tiempo para irle con el cuento a su mamá. ¡Menudo papaostias!

—Sí, y da las gracias que la madre ha venido a hablar conmigo y no con el director del instituto o ya tendríais la primera mancha en el expediente.

—Pero si nos estaban esperando. ¡Nos provocaron! —protestó Jon, poniéndose de pie y empezando a andar de un lado a otro—. ¡Me llamó etarra el hijo de la gran...

—Jon, no te dejes arrastrar por la ira —lo reprendió Salvador.

—¿Y cómo se hace eso, padre? ¿Hemos de dejar que llamen puta a Lena? —siguió protestando Jon, mientras la mirada de los otros se oscurecía—. ¡Lena es tan puta como yo etarra o Marcos asesino!

Se hizo un silencio tenso en el comedor de la casa.

—Yo, desde luego, de mafioso no tengo nada. —Mateo fue el primero en hablar, pasados unos segundos.

—Lo sabemos, Mateo.

—Ése es el problema —siguió diciendo el mallorquín, en tono calmado, pero con preocupación en la mirada—. Que hay gente que sabe demasiado. Si lo saben estos niñatos, ¿cómo no lo van a saber —Salvador negó con la cabeza—... los demás?

Salvador respiró hondo.

—¿Por qué no me habíais dicho nada?

Marcos se encogió de hombros.

—No queríamos preocuparlo. Pensábamos que la cosa quedaría entre nosotros.

Salvador se volvió hacia Lucas.

—Me ha dicho que su hijo tiene una quemadura en... en sus partes, de arriba abajo, que parece una vía de tren.

—¡Quién le mandaba ir por el mundo sin calzoncillos, padre!

Los chicos se esforzaron por aguantarse la risa, pero cuanto más aguantaban, más ganas tenían de reír. El pecho de Mateo subía y bajaba bruscamente y a Jon empezó a caerle una lágrima de risa por la mejilla.

Cuando se tiró al suelo y empezó a revolcarse, los demás se contagiaron, incluso Salvador, que tardó un rato en poder seguir hablando.

—Sé que Jorge puede ser muy —Salvador movió los brazos en el aire, buscando una palabra diplomática—... vehemente, pero si queremos que todo vaya bien, tenéis que confiar en mí y en el director. Estamos aquí para ayudaros.

Lucas resopló.

—Venga, padre, no me joda. No dudo de sus buenas intenciones, pero el director estaría encantado de perdernos de vista.

Salvador suspiró, recordando las charlas inacabables que había tenido con Julián a lo largo de los años: el docente partidario de segregar a los alumnos por la capacidad adquisitiva de sus padres para que no se sintieran fuera de lugar, el religioso partidario de la integración.

—Sé que ahora os cuesta entenderlo —les explicó—, pero estos dos años que ahora os parecen inacabables, pasarán. Y aunque Jorge y sus compañeros intentarán molestaros para que metáis la pata y os expulsen, en el instituto hay más gente. Y los contactos que hagáis ahí os servirán para toda la vida. Os ayudarán a encontrar un trabajo, a pedir ayudas si las necesitáis... Mil cosas. No somos como Simeón el estilista, que vivió treinta años en lo alto de una columna, al norte de Siria...

Los chicos lo miraron extrañados e interesados.

—Menudo flipado —comentó Lucas.

—El ascetismo es una forma de buscar iluminación, aunque no está al alcance de todos. —Salvador suspiró. Aunque le encantaría dedicarse a cultivar a los chicos con historias bíblicas, había cosas más urgentes—. No puedes ir tratando de iluminar a Jorge con el mechero, Lucas —añadió, y sus cuatro pupilos volvieron a aguantarse la risa. Hemos llegado a un acuerdo con la señora Aguado: no volverás a llevar ese encendedor tuyo a clase y no te acercarás a sus hijos. Si lo cumples, no te denunciará al director.

Lucas se metió la mano en el bolsillo y apretó el Zippo con fuerza.

—Pero ese cabrón... ¿quién se cree que es? —musitó.

—Si no quieres hacerlo por él, hazlo por mí. Yo tendré mucha más paz de espíritu si sé que no vas...

—¡Asando longanizas a la barbacoa! —acabó la frase Jon por él, echándose a reír otra vez y contagiando a los demás.

—No voy a pedir os que pongáis la otra mejilla, pero sí que seáis más

listos que ellos. Tenéis mucho más que perder que esos chicos. Si ellos se equivocan, la sociedad les dará todas las oportunidades que hagan falta; a vosotros no os dejarán pasar ni una.

—Pero, ¿por qué? —Jon seguía sentado en el suelo, abrazándose las rodillas con los brazos. A Salvador le pareció tan menudo y desamparado que le rompió el corazón—. No hemos hecho nada.

—Bueno —replicó Lucas—. Yo algo hice.

—Y yo —admitió Marcos.

Mateo resopló.

Salvador miró a su alrededor.

—Chicos, dejadnos un momento a solas, por favor. —Marcos, Mateo y Lucas subieron a las habitaciones—. Vamos a la cocina, voy a prepararme una tila que tengo la garganta seca. ¿Te apetece una?

Jon negó con la cabeza.

—No, gracias. Lo que quiero saber es por qué estoy aquí. Ellos no tienen padres, pero yo sí. ¿Por qué me han enviado aquí, lejos de mi colegio, de mis amigos, de todo?

—Quieren protegerte, Jon.

—¡Pues bonita manera! ¡Dejándome en un pueblo donde me llaman etarra sólo por ser vasco! No se esfuerce, mis padres no me quieren, no hay otra explicación.

Salvador suspiró.

—Te han enviado el ordenador que les pediste.

—¡Para que los deje en paz y no vuelva a pedirles que me lleven a ver a Julen! ¿Cuándo voy a poder ver a mi hermano? —A Jon se le quebró la voz y a Salvador otro trozo de corazón.

—Es por tu seguridad, Jon. Tu seguridad es lo más importante. Piensa siempre en que quieren protegerte.

Jon se dirigió a la puerta, cabizbajo.

—Ya, ¿pero protegerme de quién?

*Alepo, 2015*

Cuando Bárbara entró en el comedor del hospital, buscó a Marcos con la mirada y no tardó en encontrar su nuca, esa nuca que reconocería entre mil. Él por supuesto, no la vio. Sentado frente a Miriam, en esos momentos podría haber caído una bomba en la habitación y probablemente no se habría dado cuenta. Por suerte, a ella compañía nunca le faltaba.

—Por fin llegaste, mi bárbara Bárbara. Pensé que te habías olvidado de mí. —Gabriel la recibió con entusiasmo—. Vení, sentate aquí conmigo. Te reservé las mejores empanadas.

—¡Eh, me has dicho que no quedaban más! —le recriminó Antonio, un combatiente español que se pasaba de vez en cuando por el hospital porque echaba de menos hablar en su idioma.

—No me seas garronero, boludo. ¿Vos no sos comunista? pues a compartir, camarada.

Bárbara se sentó a la mesa mientras el tipo sentado frente a Antonio, Francisco, reía con ganas.

—Mucho comunismo de boquilla tiene éste.

—¡Ya habló el meapilas! —protestó Antonio—. Si es que ni en Siria me libro de los putos fachas católicos. ¡Qué hartos me tenéis!

—¡Pues venga, vete con tus amigos los rusos! Ahí en Siberia hay sitio para todos.

—¿Vais a parar un rato o me largo? —protestó Bárbara—. ¡Jodó, vaya dos! Cuando os juntáis dais más por saco que el putito Daesh.

—No me dejés solo acá con Pimpinela —le rogó Gabriel, plantándole delante un plato de empanadas y una lata de cerveza.

Ella le dirigió una mirada agradecida.

—Tú sí que sabes lo que una mujer necesita. —Gimió al dar el primer

bocado a la jugosa empanada—. Qué manos tienes, Gabriel.

—Siempre a tu disposición, bella.

—Estarán cansadas hoy de tanto amasar —lo provocó ella.

—¡Ni modo! Eso ha sido el calentamiento. —Le guiñó el ojo.

—Mira, Barbie. Le estaba enseñando a Paquito la foto de mi niño. Ha cumplido cinco años.

Sin dejar de comer, ella miró en la pantalla del móvil la foto de un niño delgado que soplabla las velas de un pastel. En otra, abría un paquete y en otra mostraba orgulloso un balón de fútbol.

—¡Qué mayor está! —comentó ella—. Y cómo se parece a ti. Es un Toñito en miniatura. ¿Le has enseñado ya a cantar la Internacional?

—No lo quiera Dios. —Francisco puso los ojos en blanco.

Antonio hizo una mueca y negó con la cabeza.

—Su madre y sus abuelas no quieren que se meta en política. No saben que si no te metes, te meten. ¡Me cago en los clavos de Cristo!

—¡Antonio, no blasfemes!

—¡Déjame vivir, Paco! Si quisiera que me tocaran los cojones, me habría quedado en casa.

Bárbara se aguantó la risa y siguió comiendo.

—¿Y tus hijas, Francisco? ¿Cómo les van los estudios?

—Muy bien. La pequeña ha empezado ballet. —Le mostró una foto en su viejo teléfono Nokia a prueba de guerras y siguió hablando de sus cuatro hijas, que habían nacido seguidas y cuyas edades iban de los doce a los dieciséis. Tras el nacimiento de la cuarta, y dado que Francisco se negaba a usar anticonceptivos, su mujer le había exigido que durmieran en habitaciones separadas.

—¿Hay novedades en el frente? —preguntó Bárbara poco después, mientras atacaba la segunda empanada.

Antonio se encogió de hombros.

—Parece estabilizado, aunque nunca se sabe. El Daesh hace incursiones, pero no ha ganado ni un metro. Al revés, los peshmerga los están haciendo retroceder.

—Y las mujeres de Rojava, ¿siguen con su lucha?

Bárbara se refería a las integrantes de las YPJ —Unidades de Protección de la Mujer—, la división femenina de las YPG —Unidades de Protección del Pueblo—, las mujeres kurdas que, hartas de ser secuestradas por el ISIS para

ser usadas como esclavas sexuales, se habían levantado en armas.

Francisco resopló antes de responder.

—Más que nunca. Entrenan como fieras y se han convertido en la pesadilla del ISIS.

Antonio sonrió de medio lado.

—Esos desgraciados son tan machistas que piensan que si los mata una mujer no entrarán en ese paraíso donde los aguardan setenta y dos huríes.

Francisco y Antonio compartieron una sonrisa irónica. Antonio sonreía porque, como solía decir, era ateo por la gracia de Dios y no concebía que hubiera nada más allá de la muerte. Francisco porque la idea de un paraíso no espiritual le resultaba igual de inconcebible.

Francisco era de Granada, muy devoto de la Virgen de las Angustias y del Sevilla F. C. Tras una larga carrera en el ejército de tierra, pidió una excedencia voluntaria para ir a luchar contra los talibanes a Siria. No podía soportar la idea de que el Estado Islámico siguiera creciendo y acabara llegando a España. Las pesadillas en las que los terroristas llegaban a su ciudad, la reclamaban en medio de una sangrienta reconquista y se llevaban a sus hijas no lo dejaban dormir por las noches.

Nada lo detuvo, ni la falta de implicación del ejército español en el conflicto, ni las amenazas de su esposa, nada. Una noche, en medio de una de las peores pesadillas, el apóstol Santiago se le apareció montado a caballo y lo tuvo claro. Pidió la excedencia, le rogó a su mujer que lo esperara y se plantó primero en Damasco y luego en Aleppo, donde había entrado a formar parte de un grupo de milicias internacionales de lo más variopintas.

Cuando un par de meses después se incorporó al grupo otro español —andaluz como él, aunque no de Granada sino de Almería—, tuvo una gran alegría, que le duró hasta que se enteró de que Antonio había pertenecido a un partido comunista ya extinguido ya que, de tan radical, se quedó sin integrantes. Y por si todo aquello fuera poco, era del Betis.

Sin embargo, durante los casi dos años que llevaban luchando en la cambiante frontera entre Siria y Turquía, habían llegado a la conclusión de que había más cosas que los unían que no que los separaban. Sabían que nunca se pondrían de acuerdo sobre temas religiosos o políticos, pero habían encontrado varios terrenos seguros —aparte de su odio común al Daesh— y mientras criticaban a sus respectivas suegras, los ronquidos de los compañeros o el arroz roto y las alubias que comían día sí y día también, entre



ellos se fraguó una amistad tan incomprensible como la propia guerra.

—Me han dicho que Mario volvió a casa —comentó Francisco—. ¿Sabes algo de su madre?

Ella negó con la cabeza.

—Y nos han dicho también que tienes un nuevo compañero. —Antonio meneó las cejas y bajó la voz para decir—: El león de Alepo.

—Pues el león parece que vino a cazar gacelas —bromeó Gabriel—, una en concreto.

Al volverse hacia ellos, Bárbara vio que Marcos y Miriam estaban charlando, perdidos en un pequeño mundo donde sólo cabían dos e intercambiándose miradas tímidas pero cargadas de promesas.

«¡Yo lo vi primero!», protestó su parte competitiva.

—Pues dejemos a los tórtolos que disfruten, ya lo saludaremos otro día —comentó Antonio.

—¡Ni hablar! —Bárbara se puso en pie con tanto ímpetu que los tres hombres se la quedaron mirando sorprendidos—. Venid, os lo presento.

—Pero...

—Ni peros ni hostias en vinagre. —Se agachó y les dijo en tono cómplice—. Él dice que es mecánico, pero es evidente que es soldado. Vosotros conocéis a todo el mundo por aquí. A ver si le sacáis de dónde ha salido.

Antonio y Francisco intercambiaron una mirada. Si algo abundaba en Siria eran personas que huían de los fantasmas de su pasado. No serían ellos quienes incomodaran a un recién llegado, y menos al que había conseguido que una de las rotondas de la ciudad fuera un lugar más seguro. —Un nuevo francotirador había ocupado el lugar del primero, pero no era igual de letal, por suerte para ellos—. Pero Bárbara no les dio opción.

Desde la mesa del fondo, los llamó a gritos para que se unieran a ellos.

—Antonio, Paquito, venid para acá.

Cuando se acercaron, hizo las presentaciones.

—Marcos, te presento a unos compatriotas. Chicos, él es Marcos Jerónimo, el famoso león de Alepo.

*Aranjuez, 2009*

Si alguien hubiera entrado en la capilla —que siempre tenía las puertas abiertas para que las personas sin recursos o los peregrinos de paso pudieran refugiarse entre sus humildes paredes— habría pensado que estaba vacía, pero no lo estaba. Salvador llevaba un rato meditando, o, dicho de otro modo, sumido en una silenciosa pero animada charla mental con su confidente favorito, que lo miraba desde la cruz.

—¿Preocupado por los chicos?

—Siempre, pero al menos se llevan bien. Si se apoyan entre ellos, saldrán adelante.

—Entonces, ¿a qué se debe la visita?

Salvador suspiró.

—El obispo me ha llamado para hacerme llegar más quejas sobre la capilla. Un grupo de feligresas de Las Angustias quieren que el obispado la clausure porque me niego a cerrarla con llave por las noches. Dicen que es un nido de vagabundos que van a llenar la ciudad de piojos.

—Muy caritativas —murmuró el hijo de Dios, clavado en la cruz—. ¿Quieres que me aparezca en sus sueños y les pida que laven los pies de los desheredados?

Salvador sonrió al imaginarse la escena.

—No hace falta.

—Ay, Salvador, te echaron del Vaticano, de Nicaragua... Tienes algo que molesta a la gente, eso lo tenemos en común.

Sentado en el primer banco de la capilla, el religioso alzó la cara.

—Sí, trato de ayudar a los que lo necesitan, a los que sufren. ¿Puede

saberse por qué hay tanta gente que se siente amenazada por ello?

Un suspiro inundó la mente de Salvador.

—Si hubiera tenido la respuesta a eso, me habría ahorrado que me clavaran en una cruz después de recibir cuarenta latigazos.

—Ya, perdona, no pretendía hacerte revivir esos momentos.

—No pasa nada. Es la vieja historia: los que más tienen no quieren compartir por miedo a quedarse con menos.

—Pero tu padre fue generoso. Nos regaló un planeta rico. Si lo gestionáramos todo con sentido común, habría para todos.

—Ya, bueno. Mi padre fue generoso con todo menos con el sentido común. Quien llamó «común» al sentido común tenía un gran sentido del humor.

—O muy mala leche.

—Como prefieras llamarlo.

—A veces entiendo lo que hiciste en el templo con los mercaderes.

—¡Ah, fueron buenos tiempos!

—A veces me vienen ganas de entrar en el instituto con un palo y echar a los que quieren crear conflictos donde no lo hay.

—Ya, bueno, lo entiendo, pero no lo hagas. Ya sabes que yo tengo enchufe por ser el hijo del Jefe, pero la violencia nunca es la solución. Mira cómo están en mi tierra. Con tanto ojo por ojo y diente por diente, todos tuertos y desdentados.

—Ya, que se lo digan a Jon. ¿Alguna idea de cómo hacerle entender que sus padres lo hayan abandonado?

En la mente de Salvador, Jesucristo volvió a suspirar.

—Sé lo que se siente cuando crees que tu padre te ha abandonado. Es muy duro, pero el ser humano es resistente. A Jon le quedan muchas pruebas que superar. Su alma es grata a los ojos de Dios, igual que la de los demás pupilos, igual que la tuya, Salvador.

Salvador cerró los ojos.

—Pues que Dios les dé fuerzas para soportar todas las pruebas que les mande.

# 19

*Alepo, 2015*

El toque de queda había pasado ya hacía rato. Los cinco españoles — incluyendo a Miriam, que había vivido en Siria toda la vida, pero nació en Tortosa, ya que su madre quiso estar junto a las mujeres de su familia en aquellos momentos— y el argentino pasaron una velada muy agradable.

La primera reacción de Marcos fue fulminar a Bárbara con la mirada por interrumpir su cena con Miriam. La segunda, desconfiar de los dos militares. Pero las puyas constantes entre Francisco y Antonio hicieron que pronto todos se sintieran cómodos e intercambiaran recuerdos, anécdotas e información.

Cuando Francisco sacó un periódico doblado del bolsillo de su chaqueta, a Marcos se le iluminaron los ojos y se lo pidió para hojearlo. No recordaba la última vez que había pasado las páginas de un periódico español en papel. Al pie de una noticia sobre prostitución y trata de mujeres, algo le llamó la atención. El reportaje estaba firmado por un tal Lucas Ulloa. Buscó información sobre el reportero, pero no encontró nada, tampoco una foto que le permitiera comprobar si se trataba de Lucas.

—¿Qué pasa? —le preguntó Miriam, al ver que fruncía el ceño.

—Es una puta vergüenza —afirmó Bárbara, al fijarse en el reportaje que había llamado la atención de Marcos—. Por si las guerras no fueran lo bastante cabronas. La mitad de las mujeres que consiguen huir acaban en manos de mafias que las explotan sexualmente en todas partes. ¡Desgraciados!

—¿Puedo quedármelo? —preguntó Marcos.

Francisco se echó a reír y le dio una palmada en la espalda.

—Claro que sí. No hay nada como el placer de ir al wáter con el periódico, ¿eh? —Todos se echaron a reír—. ¡Cómo se echan de menos esas pequeñas cosas!

—¿Cagar en el wáter de uno? ¡Joder si se echa de menos! —exclamó

Antonio.

—¿Por qué te crees que lo del comunismo no cuaja, alma de Dios? — Francisco sacudió la cabeza—. Hay cosas que no apetece compartir.

—No querría dejarte sin lectura —dijo Marcos—. Con un trozo me vale.

Francisco sacudió la mano.

—Todo tuyo. Será un honor ayudar al león de Alepo, aunque sea a regular su tránsito intestinal. —Le guiñó el ojo.

Marcos estuvo a punto de pedirle que dejaran de llamarlo así, pero las risas generales apagaron su voz y lo dejó correr.

—Bueno, compatriotas, la compañía es muy grata, pero la charla y los mates de Gabriel me han dado ganas de me... —Antonio miró a Miriam y cuidó su lenguaje— de cambiar el agua a las mandarinas.

Miriam se echó a reír.

—Puedes decir «mear», Antonio. Llevo dos años trabajando como enfermera, pocas cosas me escandalizan ya.

Francisco y Antonio se quedaron a dormir en el dormitorio general. Si recorrer las calles de Alepo durante el día era inseguro, de noche aún lo era más.

Gabriel le dijo algo al oído a Bárbara, que asintió.

—Me quedo a ayudar a Gabriel, id tirando —dijo la maña.

—¿Os ayudamos y así acabáis antes? —se ofreció Marcos.

—Que tires —insistió ella.

—No necesitamos ayuda —replicó Gabriel, abrazando a Bárbara por la cintura desde atrás, para que Marcos se diera cuenta de que sobraba.

—Oh, claro. Buenas noches.

Pero Marcos no tenía sueño ni ganas de separarse de Miriam. En circunstancias normales la habría invitado a dar un paseo o a tomar una copa...

«¿Qué dices, idiota? En circunstancias normales no te habrías pasado la noche embobado, contemplando a una monja como si fuera un poster de Lara Croft. Vete a la cama y mañana será otro día.»

—¿Me acompañas al terrado? —le propuso Miriam, al ver que él no decía nada—. No tengo ganas de meterme en la cama todavía.

«¡Aleluya!»

—Claro. —Con un gesto de la mano, le indicó que pasara delante y la siguió escaleras arriba. Sólo cuando alcanzó la puerta, la detuvo e hizo que se

esperara en el descansillo mientras él se aseguraba de que el lugar era seguro.

Poco después, contemplaban las estrellas sentados contra el muro coronado con sacos de tierra, muy cerca el uno del otro, pero sin tocarse. Marcos sentía una paz muy poco habitual en él. Una paz que había sentido por última vez en el tejado de garaje de Salvador, en Aranjuez.

«Supongo que es lo que pasa con los religiosos. Son como embajadas de la paz divina en la Tierra.»

Miriam estaba hablando sobre Antonio y Francisco.

—Discuten como perro y gato, pero al final acababan poniéndose de acuerdo en casi todo.

—Menos en el fútbol —apostilló Marcos, haciéndola reír—. Peleas de vecinos, tan viejas como el hombre —comentó, recordando sus años en Waziristán del Sur. Cuando una tierra se parte y le ponen un «del norte» o un «del sur» detrás, suele ser señal de que el diablo ha pasado por allí, sembrando la discordia.

Miriam lo observó de reojo mientras hablaba, con la vista fija en sus labios.

—Tan viejas como el hombre... o más. ¿Has leído a Jane Goodall?

—No —admitió Marcos. Se volvió hacia ella y casi la descubrió devorándolo con la mirada. Sobresaltada, ella se volvió a observar el cielo—, pero la vi en un capítulo de los Simpson.

Miriam rio por la nariz.

—Sus estudios son fascinantes. Llegó a la conclusión de que la guerra está en los genes de los primates. —Marcos la escuchó con atención, y esta vez fue él quien quedó preso de sus labios—. Los chimpancés viven en comunidad, sin demasiados problemas, durante años, pero llega un momento en que la comunidad se divide en dos. Al cabo de un tiempo, empiezan a tratarse como extraños hasta que se atacan y una parte destruye a la otra.

Marcos sintió un escalofrío mientras los recuerdos de su corta pero intensa vida se amontonaban. Su padre y su madre, felices, creando una familia antes de destruirse. Salvador y los Evangelistas creando una nueva familia en Aranjuez antes de que otra parte de la comunidad decidiera que no había sitio allí para ellos. Waziristán, el rincón más apartado de todos los rincones apartados, donde ni británicos ni pakistaníes ni afganos se atrevían a entrar, partido en dos...

—Me gustaría creer que no estamos predestinados a matarnos por un

impulso genético —murmuró—. Ya sé que a los religiosos os gusta creer que Dios es infalible y que lo tiene todo previsto desde el inicio de los tiempos, pero francamente, prefiero creer en el libre albedrío, llámame iluso.

Miriam frunció el ceño y se volvió hacia él.

—¿A los religiosos nos gusta?

Él se tensó. A pesar de la frustración que le provocaba no poder rendirse al deseo que ella le despertaba, estaba disfrutando mucho de la noche. No quería volver a quedarse sólo, sin más compañía que los mosquitos.

Apartando la espalda de la pared, alzó las manos en señal de paz.

—No pretendía ofenderte. Respeto totalmente tus creencias y tu vocación de servicio a los demás. Creo que las misioneras realizáis una labor admirable y...

—Marcos —lo interrumpió ella. Incluso con el ceño fruncido estaba preciosa.

—¿Sí?

—Yo también admiro la labor de los voluntarios, laicos o religiosos. He visto a ateos como mi padre convertir su trabajo en una religión y su vida en un sacerdocio. He visto a gente matar con el nombre de su Dios en los labios. La única religión en la que creo es en amar a nuestros semejantes. —Separó los brazos y los elevó hacia el cielo con ímpetu—. ¡La vida es amor! Cuando el amor desaparece, la muerte se apodera del tablero de juego... ¿Marcos? ¿Me estás escuchando?

Él se aclaró la garganta.

—He dejado de escucharte cuando has dicho que tu única religión es amar a los demás —admitió—. Pero... te llaman sor Miriam. ¿No eres monja?

Ella agachó la cabeza y soltó todo el aire antes de volver a alzarla y dirigirle una mirada llena de fuego.

—No, no soy monja, ni enfermera. Llegué aquí acompañando a un amigo herido, me pidieron que aguantara un gotero... y aquí me quedé. Y no me mires así, no soy una santa. Te aseguro que tengo muy mal carácter cuando me hacen cabrear.

Marcos le dirigió una sonrisa lenta.

—Pues yo que me alegro.

—Eso es porque no me has visto cabreada.

A Marcos se le escapó la risa.

—Procuraré no hacerte enfadar —le dijo, aunque le costaba imaginarse

algo menos amenazador que esa criatura angelical.

«No la idealices. Es una mujer. De carne y hueso. Y con los ovarios bien puestos si no se ha ido de aquí.»

—¿No eres enfermera?

—Aquí sí, aquí somos lo que haga falta, pero fuera no me admitirían. No tengo estudios. Estaba a punto de ir a la universidad cuando...

Marcos asintió.

—La puta guerra.

A ella se le había cerrado la garganta al pensar en sus padres y asintió en silencio.

Marcos quiso animarla, decirle que la guerra pronto acabaría, que tenía toda la vida por delante para estudiar lo que quisiera, pero se habría sentido un hipócrita y si algo no valoraban los habitantes de la ciudad eran las palabras vacías. Llevaba cinco años en Asia y había aprendido a no hacer planes. Uno nunca sabía si un aliado se convertiría en enemigo, si una frontera seguiría estando en el mismo sitio después de una batalla o si la persona que te calentaba la cama una noche estaría muerta al día siguiente.

Hasta ese momento, no había tenido problemas para encontrar compañía. Sus compañeras de cama habían sido mujeres como Bárbara, con las que se entendía con poco más que una mirada; mujeres que buscaban el calor de un pecho, unas caderas que empujaran con brío y unos brazos que las rodearan de madrugada. Y él había estado encantado de darles lo que buscaban.

Pero con Miriam sabía que estaba jugando en una liga distinta. Cuando lo miraba, no veía en sus ojos provocación ni invitación a compartir unas horas de placer sudoroso. Veía algo mucho más tentador y peligroso: una invitación a compartir miedos y esperanzas.

—Yo tampoco tengo estudios —dijo simplemente, al cabo de un rato, encogiéndose de hombros.

Miriam, que se había sumido en sus pensamientos, lo miró y él hizo una mueca.

—Así nos va —comentó ella, devolviéndole la mueca irónica.

Marcos trató de aguantarse la risa, pero se le acabó escapando y ella se unió a sus risas, haciendo que Marcos se sintiera libre, despreocupado, una sensación que no tenía precio y que lo trasladó a Aranjuez, a los ratos robados junto a Úrsula. Las mujeres con las que se había acostado hasta ese momento habían sido como un vaso de agua, fresca y deliciosa cuando uno tiene sed.



Pero Miriam prometía ser como la piscina de los Maier: una superficie pura y cristalina de la que salir nuevo, tras un bautismo de amor.

«O donde perder pie y ahogarte sin darte cuenta, embobado en sus ojos», se dijo.

Se volvió hacia ella y la descubrió observándolo. Al verse descubierta, ella apartó la mirada con timidez y la alzó hacia el cielo.

Marcos la imitó. Alzando la vista hacia el cielo estrellado, supo que si en aquel momento le hubieran ofrecido un pasaje de salida de Alepo, lo habría rechazado. Miriam era una misión peligrosa, que podía acabar haciéndole saltar el corazón en mil pedazos, pero lo tenía claro: se presentaba voluntario.

## 20

*Aranjuez, diciembre de 2009*

Los pasillos del instituto Godoy estaban adornados con decoración navideña. Los alumnos se despedían a gritos y se deseaban felices vacaciones. Marcos y Jon salieron antes y esperaron en el pasillo a que Lucas y Mateo salieran de su clase.

—¿Qué tal las notas? —preguntó Jon al verlos aparecer con caras apagadas.

Mateo se encogió de hombros y Lucas respondió:

—Como el puto culo.

Jon frunció el ceño. Había pasado muchas horas estudiando con Mateo y sabía que había ido bien preparado a los exámenes.

—¿A ti también?

A Mateo no le apetecía refregarle sus buenas notas en las narices a Lucas, por eso volvió a encogerse de hombros como respuesta.

—No, él ha sido de los mejores de la clase. La tutora lo ha felicitado —respondió Lucas, sacudiendo la cabeza. Al ver que el mallorquín parecía incómodo le dio una fuerte palmada en la espalda—. ¡Eh, levanta la cara! Venga, larguémonos de aquí de una puta vez. Y quiero verte orgulloso de las notas. Yo estoy orgulloso de ti.

Mateo le dirigió una mirada sorprendida y agradecida a la vez. Asintió, y se volvió hacia los otros dos.

—Y a vosotros ¿cómo os ha ido?

A Marcos se le escapó la risa por la comisura de los labios.

—Sin novedad en el frente, Jon ha sido el mejor de la clase.

—Pero a mí el tutor no me ha felicitado; ni me ha mirado al darme las notas.

—¿Qué esperabas? Un capullo es un capullo —sentenció Lucas—. Y en

Navidad no deja de ser un capullo; se convierte en un capullo navideño.

Jon se echó a reír y como siempre, su risa contagiosa hizo que los demás sonrieran.

—¿Y tú, Marcos? —preguntó Lucas—. ¿Cuántos cates han caído?

El de Almendralejo resopló.

—Pregúntame cuántas he aprobado y acabamos antes.

—¿Has aprobado alguna, cabrón?

—Educación Física y Tecnología. ¿Tú no? ¿Ni Educación Física?

Lucas dio un puñetazo a la pared por encima de la cabeza de Jon.

—¡No, joder! Me ha suspendido por la actitud. ¡Ya ves! Porque me pilló fumando una vez en el gimnasio. ¡Ni que fuera yo Bin Laden! ¡Será cabrón!

Riendo llegaron al vestíbulo de la planta baja y pasaron junto a un grupo de chicas, que los miraron con distintos grados de disimulo.

—¡Vacaciones, por fin! —exclamó Eva, la hermana de Jorge.

—Esta noche hay fiesta en el Babel —les informó Tere, la mejor amiga de Eva—. ¿Por qué no os pasáis?

Ellos se detuvieron. Tras echar una mirada hacia la puerta del edificio para asegurarse de que no entraba nadie, Marcos respondió:

—Ya sabéis que no nos dejan entrar. Si vamos, tu hermano y los demás se encargarán de liarla bien y echarnos las culpas.

Eva pateó el suelo.

—¡Es injusto! —protestó Tere, comiéndose a Mateo con la mirada—. ¡El pueblo no es suyo!

—Iremos al Limbo Rock. La madre de Lena no se achanta por las amenazas de cuatro niñatos. Si queréis venir, ya sabéis —las invitó Lucas. Al pensar en Lena, miró a su alrededor y no la vio.

—Mis padres no me dejan ir —admitió Tere—. Y les he pedido una moto estas navidades. Más me vale no hacerlos enfadar.

—¿Habéis visto a Lena? —preguntó Lucas.

Cuando las chicas negaron con la cabeza, Lucas se alejó pasillo abajo sin despedirse.

—¡Eh, espera! —lo llamó Marcos—. ¡Ya vamos!

Pero Lucas no aflojó el paso hasta que no salió a la calle y la vio, sana y salva, esperándolos en un banco.

—Ya era hora —lo recibió ella, con una pierna cruzada sobre la otra, haciéndola rebotar nerviosamente.

—¿Me echabas de menos, Lenita? —Lucas apoyó el pie en el banco, pero ella se lo apartó de un manotazo, se levantó y se acercó a él, hasta que quedaron muy cerca, casi rozándose.

—Ni te lo imaginas, Lucas. —Los ojos del del Vigo se encendieron—. Me muero por fumar y mi tutor me ha quitado el mechero.

Los otros los alcanzaron. Mientras se dirigían a la puerta, Lena cacheaba a Lucas, tratando de encontrar su encendedor. Él se dejaba tocar, pero no permitía que nadie le arrebatara su tesoro, que había seguido llevando a clase, aunque se cuidaba de que nadie lo viera.

—Qué vicio tienes, Lena —la reprendió Jon, que no entendía la afición de la gente al tabaco.

—Ni te lo imaginas, chavalín —replicó ella, en un tono sugerente que hizo que los otros tres se pusieran malísimos.

Al llegar a la puerta, Lucas se encendió un cigarrillo y, tras dar una profunda calada se lo dio a Lena y se encendió otro.

—¡Eh! —Una voz que ninguno de ellos había echado de menos los llamó desde la calle. Era Jorge, apoyado en el coche de su madre, la cual estaba hablando por el móvil, encerrada dentro del coche para que la niebla que cubría Aranjuez no le estropeará el pelo tras pasarse toda la mañana en la peluquería—. ¡Eva, al coche! ¡Tere, sube tú también. Te llevamos a casa.

—No hace falta —protestó ella, poniéndole ojitos a Mateo—. Me acompañáis, ¿verdad?

—Claro —Mateo le sonrió—. Hay mucho impresentable por estas calles.

Marcos se aguantó la risa. Mateo era muy callado, pero de vez en cuando las soltaba.

Jorge había abierto la puerta del copiloto y todos pensaron que la charla acabaría ahí, pero era pedir demasiado. La señora Aguado bajó la ventanilla y se dirigió a Tere, mostrándole el móvil.

—Es tu madre. Dice que subas ahora mismo o te quedas castigada en casa hasta que vuelvan a empezar las clases.

—¡Oh, qué asco de chivato! —refunfuñó Tere, dirigiéndose al coche. Antes de entrar, se volvió hacia ellos—. Si no nos vemos, feliz Navidad, chicos.

—Dos semanas sin veros los caretos —les dijo Jorge—. No se me ocurre mejor regalo de Navidad. Menos mal que mis padres ya se encargarán de pensar en otras cosas que regalarme. Me encanta levantarme el día veinticinco y ver el suelo del salón lleno de paquetes. Es un día tan especial para disfrutar

de la comida y los regalos con los seres queridos. ¿Y vosotros? ¿Pasaréis las fiestas con la familia? —Se llevó la mano a la boca, fingiendo haber metido la pata—. ¡Ay, que no tenéis de eso! ¡Qué fallo!

—Que te den, Jorge —le deseó Marcos, con las manos en los bolsillos.

Lucas dio un paso en su dirección y a Jorge le faltó tiempo para meterse en el coche y pedirle a su madre que arrancara a toda prisa.

—Menuda rata cobarde —se burló Mateo, tratando de hacer reír a Jon, pero Jorge había logrado su objetivo: el buen humor con que el grupo había salido del instituto se había desvanecido.

—¡Venga, vamos! —exclamó Lucas, enlazando su brazo con el de Lena y echando a andar—. En algo estoy de acuerdo con ese *cagán*. Dos semanas sin verle esa cara de percebe. ¡Eso hay que celebrarlo, carallo!

Mateo agarró a Jon por el cuello, mientras Marcos le daba un empujón con el hombro para activarlo.

—Vamos, no dejes que te afecte ese *cap de fave*. ¿Te cambiarías por él?

Jon se volvió hacia su compañero de habitación.

—Claro que no, pero me ha hecho recordar la Goxua que preparaba mi madre... Y que seguirá preparando... Supongo... A menos que se haya olvidado de la receta, igual que de sus hijos.

Caminaron en silencio unos instantes.

—A tu madre no puedo traértela —comentó Mateo al cabo de un rato—, pero la Conchúa ésa que dices podemos prepararla nosotros, ¿no?

Jon sonrió.

—Goxua.

—Como se llame.

—No sé la receta.

—Pues la busquemos en internet.

A Jon se le iluminó la mirada.

—Podemos preparar un menú especial Evangelistas. Cada uno que prepare un plato típico de su tierra.

—Ése puede ser nuestro regalo para Salvador —comentó Marcos—, porque por más que pienso, no se me ocurre qué regalarle.

—¡Sí! ¡Qué buena idea!

Al oírlos tan animados a su espalda, Lena y Lucas se volvieron hacia ellos.

—¿Qué estáis tramando?

—¡Sorpresas navideñas! —exclamó Jon.

Lena rio y Lucas la abrazó por los hombros mientras caminaban junto al río en dirección a casa de Salvador.

—Yo también tengo una sorpresa navideña para ti —le susurró él, con la boca pegada a su oreja, haciéndola estremecer.

—¿No me digas? —murmuró ella, apoyando la cabeza en su hombro—. Pues a lo mejor... y sólo a lo mejor... yo tengo la misma sorpresa para ti.

Con las manos en los bolsillos del anorak, Marcos los observó caminar ante él, de dos en dos como los animales del arca. Llevaba meses temiendo la llegada de la Navidad, la primera que pasaría sin sus padres. Sabía que nada volvería a ser igual y en parte se alegraba, aunque la melancolía aprovechaba los meses de invierno para colarse en las almas, espesa como la niebla que brotaba del Tajo y cubría el valle. Sin embargo, ni siquiera el discurso de despedida de Jorge había logrado empañar la esperanza que brotaba cada vez que estaba junto a sus compañeros. A su lado se veía capaz de superar las fiestas navideñas. Y no sólo eso, se veía capaz de disfrutarlas.

—¡Marcos! —lo llamó Jon.

Él sonrió.

—¡Voy!

## 21

*Alepo, Nochebuena de 2015*

—Dos días sin bombardeos —comentó Bárbara, sentada en el frío suelo de la calle, junto al hospital, abrazándose las rodillas—. ¿Crees que respetarán la tregua navideña?

Marcos sacó la cabeza del motor de la ambulancia que estaba reparando.

—Eso espero. Pásame el cable.

Bárbara alargó el brazo, cogió la bovina de cable mecánico y se la tiró, protestando.

—No muevas el culo, no.

Marcos alzó una ceja.

—¿Para qué? Dicen las entendidas que mi culo debería ser patrimonio de la humanidad. Y el patrimonio no se toca, se protege.

—Que subidito te veo. ¿Sor Miriam ya te ha tomado medidas para catalogarlo?

Él soltó un gruñido.

—No la llames así.

Bárbara estaba a punto de seguir metiéndose con él cuando un jeep se acercó circulando lentamente. Bárbara se levantó a saludar a los ocupantes; eran soldados rebeldes.

—¿Qué hay de nuevo? —les preguntó.

—Un partido de fútbol.

—¿Cómo?

—A Al-Asad se le ha ocurrido que celebrar un partido de fútbol en Navidad es lo que necesitamos —respondió uno de los dos combatientes, molesto.

—Los bombardeos se han intensificado en las últimas semanas. Hay centenares de muertos y otro hospital destruido. ¿Y quieren ponerse a jugar al

fútbol? —protestó el otro—. Quieren que la gente que celebra la Navidad en Europa y Estados Unidos vea las imágenes en los informativos y piensen que todo está bien. ¡Pero nada está bien!

Marcos, que se había acercado a ellos, miró a su alrededor. La nieve que había caído dos días atrás cubría el paisaje desolado y le daba un aire menos apocalíptico, pero no se dejaba engañar por la belleza del manto blanco. Sabía que el frío no hacía más que complicar la vida de los hombres, mujeres, niños y ancianos que aún resistían en la ciudad.

—Nosotros no vamos a participar en esa pantomima —dijo el primero—, pero vosotros sois neutrales. Si os apetece, ya sabéis.

Bárbara y Marcos cruzaron una mirada.

—No —respondió Bárbara—, nos quedaremos aquí, pero gracias.

—¿Avisáis al resto del personal?

—Sí —respondió Marcos—. Ya avisamos a todo el mundo, tranquilos.

Los combatientes se despidieron y siguieron su ronda informativa. Marcos se fijó en que, a pesar de que había una tregua oficial declarada, no se separaban de sus fusiles de asalto. Si algún día acababa la guerra, iba a hacer falta tiempo para recuperar la confianza perdida entre vecinos de la misma ciudad.

—Listo —dijo Marcos, poco después.

—¿La has reparado?

—Me faltan piezas, pero la he apañado un poco; ya veremos lo que aguanta.

Juntos entraron en el hospital.

—¿Antonio y Francisco están por aquí? —le preguntó Marcos mientras se lavaba las manos en el baño de la zona de cooperantes—. ¿Pasarán la Navidad con nosotros?

Ella estaba apoyada en el quicio de la puerta.

—No, se fueron a España hace unos días. Sus esposas han preparado una cena conjunta.

Marcos frunció el ceño.

—¿Conjunta?

—Sí, se han hecho amigas. Comparten preocupaciones y se ayudan mutuamente. —Bárbara alzó una ceja—. Y juntas los amenazaron con hacer lo peor si no volvían a casa por Navidad.

—¿Lo peor?



—La mujer de Francisco lo amenazó con divorciarse. Y la de Antonio con bautizar al niño.

Marcos soltó un silbido.

—Sacaron la artillería pesada.

Mientras recorrían el hospital, avisando al personal de la invitación al partido de fútbol, siguieron hablando.

—Gabriel me ha invitado a cenar esta noche en casa de una familia siria católica —dijo Bárbara—. Estás invitado, pero ya te advierto que Miriam no quiere ir. Dice que la Navidad es para pasarla con la familia y que su familia son los pacientes. —Hizo una mueca y bajó la vista hacia la cintura de Marcos y más abajo—. ¿Por qué no sacas tú también la artillería pesada y la convences?

Él le dirigió una sonrisa canalla.

—Sutil, Barb, muy sutil. Lo intentaré. —Resopló, y al ver que una enfermera salió de detrás de una cortina, le preguntó—: ¿Has visto a Miriam?

—Está durmiendo; esta noche tiene guardia.

Bárbara y Marcos se miraron y fueron en busca de la directora del hospital, a la que encontraron pasando visita en Urgencias.

—Alma, ¿cómo se te ocurre ponerle guardia a Miriam en Nochebuena? —la increpó Bárbara.

La doctora y directora se encogió de hombros.

—Me lo ha pedido ella —respondió sacudiendo la cabeza—. Los días especiales no son fáciles; cada uno los lleva como puede.

—¿Te has enterado de lo del partido de fútbol?

Alma asintió con la cabeza.

—Sí, pero nadie quiere participar; la moral está muy baja. He colgado un cartel en la entrada, pero lo han arrancado. Dicen que no quieren limpiar la imagen de Al-Asad en el extranjero. —Alma se encogió de hombros—. Ojalá acabe todo pronto —añadió, bajando la voz.

Marcos y Bárbara asintieron y la dejaron trabajar.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Marcos a su compañera de rescates.

Ella le guiñó el ojo y se cubrió la boca con un dedo.

—Voy a buscar regalos para esta noche —susurró—. ¿Te vienes?

Marcos la acompañó hasta la puerta del hospital, pero negó con la cabeza. Acababa de tener una idea, pero tenía que madurarla.

—No, me quedo.

Bárbara lo miró por encima del hombro.

—¿Qué estás maquinando, Jerónimo?

Él alzó las dos cejas un par de veces, pero no respondió. Por primera vez desde hacía muchos años, el espíritu navideño se había apoderado de él.

—Cuídate, Barb. Nos vemos luego.

\*\*\*

Miriam retiró el termómetro y consultó la temperatura de la niña con bronquitis.

—Está estable —le dijo a la madre, que soltó el aire que había estado conteniendo y le dio las gracias—. Si nota que vuelve a subirle la fiebre, me avisa enseguida, ¿sí?

Siguió haciendo la ronda, ofreciendo un analgésico, un vaso de agua o un poco de compañía a los ingresados. Recordó el lema que le había recitado Miluda el día en que se presentó en el hospital ofreciéndose a ayudar en lo que pudiera: «Si puedes curar, cura. Si no puedes curar, alivia. Si no puedes aliviar, consuela. Si no puedes consolar, acompaña.»

Tanto Miluda como los demás compañeros le habían enseñado muchas cosas durante los últimos dos años. Tanto había aprendido que ahora era ella la que formaba a los voluntarios recién llegados. Pero, sobre todo, había aprendido que la de enfermera era una profesión preciosa, que curaba tanto el cuerpo de los que sufrían como el alma de los que la ejercían.

—¿Miriam? —Una compañera se acercó a ella—. ¿Tú sabes qué es eso que hay en la escalera?

Miriam la acompañó y vio que alguien había colgado un cartel que ponía «Navidad» junto a una flecha que señalaba hacia el terrado.

—¿Entiendes lo que pone? —le preguntó su compañera.

—Sí —respondió, con un nudo en el estómago.

Llevaba todo el día tratando de no pensar en la Nochebuena. Los recuerdos de las cenas en Tortosa, en casa de la abuela, con sus tíos y sus primas. La sopa de galets, la carne y los garbanzos, los canelones... —«No, los canelones se comían otro día. Por san Esteban, eso es»—. Fue subiendo la escalera lentamente, pensando en los turrónes. A su madre le gustaba el de yema quemada; a su padre, el de Alicante. Siempre bromeaba diciendo lo bien

que le iría su martillo geológico para partirlo. A ella le encantaba el de chocolate, claro.

Miró hacia arriba, sin saber qué encontraría. Deseó que fuera Marcos, pero él se había despedido de ella para ir a una cena con Bárbara, Gabriel y unos cuantos católicos más que celebraban la Nochebuena. Habían tratado de convencerla para que los acompañara, pero cuando se negó con firmeza, no insistieron.

Al llegar a la puerta, vio que alguien había colgado una estrella forrada con tela de camuflaje. La estrella le trajo recuerdos del Belén viviente que había visitado junto a sus primas. Recordó la emoción de los pastorcillos al anunciar la llegada del niño Jesús, los murmullos de admiración al ver llegar a los Reyes de Oriente, pero también las estampas que reproducían escenas de la vida tradicional: la masía, la carpintería, el molino...

Abrió la puerta e inspiró agradecida el frío aire de la noche, ya que las emociones que había tratado de evitar se le estaban agolpando en el pecho. Al entrar, vio un cable del que colgaban adornos que le costó identificar en la oscuridad. Se acercó uno de ellos y vio que era un árbol de Navidad.

—¿Marcos? —llamó.

—Miriam —le llegó su voz profunda desde el otro extremo de la azotea, mientras se encendía una lucecita.

—¿Has hecho tú esto? —preguntó, acariciando lo que parecía un muñeco de nieve, también camuflado.

—Ajá. —Marcos siguió acercándose, encendiendo los trozos de vela cortada que había colgado del cable mecánico, alternadas con los adornos en forma de Rey Mago, de regalo, de zambomba y de todo lo que se le ocurrió que pudiera tener relación con la Navidad—. ¿Te gustan?

Ella sonrió, sujetando otra estrella que Marcos había cubierto con la tela de una vieja camiseta.

—Me encantan, pero... ¿por qué has camuflado las estrellas?

Al llegar a su lado y ver que ella temblaba, Marcos se quitó la gruesa cazadora —también de camuflaje— y se la puso. Luego descolgó la estrella y se la colocó alrededor del cuello como si fuera un colgante. La sujetó por los hombros y la miró a los ojos mientras trataba de responder, con poco éxito.

—Yo... He pensado que... Para... —Miriam ladeó la cabeza. Marcos era un hombre de acción. La elocuencia no era su fuerte, pero no la necesitaba, porque lo transmitía todo con la fuerza de las manos o la intensidad de su

mirada—. Las estrellas son como tú, Miriam. Brillan demasiado. Y no sé cómo protegerlas... No sé cómo protegerte. —Miriam le devolvió la mirada en silencio, porque el nudo que se le había formado en la garganta era demasiado fuerte. Sin poder retener las lágrimas, se abalanzó contra su pecho. Marcos la acogió en él, con los ojos cerrados, y le susurró al oído—: Si pudiera te guardaría dentro de mi corazón para que el mal no te encontrara nunca.

Mientras ella se desahogaba llorando, él le acarició el pelo, llenándoselo de besos. Llevaba horas preparando la sorpresa, horas durante las que había tenido tiempo de perderse en los recuerdos de Navidades pasadas. Los primeros años en Almendralejo, cuando los Reyes le traían pistolas, arcos y flechas y chapas de sheriff. Bendita inocencia, jugando a morir y matar con sus amigos, sabiendo que cuando las madres llamaban a cenar, todos volverían a casa sin un rasguño.

Mientras cortaba la vela a trozos había recordado la única Navidad que pasó en Aranjuez, con Jon disfrazado de Olentzero, repartiendo regalos para todos; Lucas y Lena, inseparables; Salvador regalándole una libreta con un león grabado en la cubierta, libreta que había dejado atrás, igual que todo lo demás...

Al notar que los sollozos de Miriam aflojaban, le secó las lágrimas con los dedos, le dio la mano y le ofreció una visita guiada.

—¿Qué es esto? —preguntó ella, señalando una de las figuras que colgaban del cable de motor—. ¿Un dinosaurio de Navidad?

Él hizo una mueca.

—Es un camello, obviamente.

Miriam se tapó la boca con la mano.

—Obviamente.

—No te rías —dijo él, con fingida severidad, y a Miriam se le escapó la risa. Contagiándose de su alegría, él la levantó en brazos y se dirigió con ella hasta un punto cubierto por un tejadillo donde había colgado una ramita.

Miriam levantó la mano para tocarla, y sintió una punzada de excitación pensando que se trataba de muérdago y que pensaba besarla. Pero no, no era muérdago, lo que era normal teniendo en cuenta que estaban en Siria, donde no abundaban los bosques húmedos.

—¿Olivo?

Marcos la dejó en el suelo lentamente, haciendo una mueca.

—No he encontrado muérdago.

—Mucho mejor olivo —replicó ella, convencida—. Ojalá el año que viene Alepo pueda celebrar la Navidad y todas las demás fiestas en paz.

—Amén —dijo él—. Pero ya que no tenemos paz, este año déjame que pida otra cosa a los Reyes.

Ella asintió, con los ojos brillantes.

—Yo también voy a pedir algo —dijo, cerrando los párpados con fuerza.

No se dijeron lo que habían pedido, al menos, no con palabras. Pero cuando abrieron los ojos, el amor que brillaba en ellos les dijo que no tendrían que esperar a Reyes para que su deseo se hiciera realidad.

—Feliz Navidad, Marcos —le echó los brazos al cuello.

—Feliz Navidad, Miriam. —Abrazándola por la cintura, la atrajo hacia él y la pegó a su cuerpo. Y aunque el Marcos de diez años habría protestado si alguien le hubiera ofrecido un beso como regalo de Navidad, al Marcos adulto le pareció el mejor regalo del mundo, imposible de superar.

# ***SEGUNDA PARTE***

*Alepo, primavera de 2016*

*Sharbat, la joven con los ojos verdes más impresionantes que había visto nunca, lo miraba desde la esquina. Llevaba semanas buscándolo cuando se quedaba a solas. La reconocería entre mil mujeres, a pesar de que sólo se le veían los ojos tras el burka negro de tres piezas. Cuando Marcos habló con ella por primera vez, le había preguntado si no le molestaba el burka. Ella se había echado a reír y le había aclarado que el de tres piezas era comodísimo, que tenía mangas y le permitía ver, no como el de su madre, de color azul y una sola pieza, que le cubría los ojos con una red que casi no permitía ni respirar. Todo era relativo, había pensado Marcos, recordando los vaqueros negros de Lena y el bikini amarillo de Úrsula antes de obligarse a concentrarse en proteger a la población. Los talibanes podían aparecer en cualquier momento. Sharbat era muy joven y tentadora. Marcos echaba mucho de menos la compañía femenina, pero sabía que un paso en falso con ella o con cualquier otra de las habitantes de la aldea podía suponer un estallido en el polvorín que era la frontera entre Afganistán y Waziristán.*

*Sharbat se había marchado, pero al poco tiempo volvió. Corría hacia él con un bebé en brazos, lo que lo puso en alerta inmediatamente. Estaba asustada. ¡Debía protegerla y al bebé también!*

Un crujido en el suelo lo despertó. Había estado soñando con Waziristán una vez más. Una vibración lo recorrió en segundos, una alarma más efectiva que cualquiera que pudiera instalar una empresa de seguridad. Sin necesidad de códigos, de huellas dactilares ni de reconocimiento ocular. Una vibración

que le nacía en la nuca y le avisaba de que algo iba mal. No era un artefacto sofisticado, era el instinto de supervivencia, un reflejo antiguo, prehistórico, de cuando unas milésimas de segundo marcaban la diferencia entre seguir vivo un día más o morir a manos de un depredador. Algo muy útil cuando eres un hombre primitivo.

O un soldado en Siria en el siglo XXI.

Sin acabar de abrir los ojos, se incorporó, abalanzándose sobre el peligro. Mientras inmovilizaba al enemigo contra el suelo con el peso de su cuerpo, llevó la mano hacia el cuchillo que guardaba en la funda del cinturón, mucho más fácil de maniobrar que la pistola o el AK-47, sobre todo con una sola mano. Era un gesto que había practicado tantas veces que no necesitaba pensarlo; le salía de manera tan natural como a otras personas cubrirse la nariz cuando intuían un estornudo. Con el cuchillo a pocos centímetros del cuello del atacante, una nueva alerta sensorial le gritó que abortara la primera misión:

«Cuerpo agradablemente mullido bajo el codo.»

«Olor a jabón de Aleppo.»

Abrió los ojos.

—Si vas a matarme, que sea a polvos, Marcos. —Unos ojos color miel lo miraban con una mezcla de diversión y provocación.

—¡Joder, Bárbara! —protestó, levantándose ágilmente y guardando el cuchillo en la funda.

—Pues eso es lo que quiero, joder contigo, pero no hay manera. Sólo tienes ojos para sor Miriam. —Aunque el tono de voz de Bárbara era burlón, como siempre, a Marcos no lo engañaba. Tantos meses trabajando codo con codo en una ciudad en guerra dan para conocer bien a alguien, por muchas barreras protectoras que construya a su alrededor—. ¿Vas a follarme o qué?

Maldiciendo entre dientes, Marcos se sentó, apoyando la espalda en una de las pocas cúpulas tachonadas que quedaban enteras en la bombardeada fortaleza de Aleppo.

—Ya sabes que no.

—¡Qué suerte la mía! Me toca de compañero un chalado que se escapa para dormir en la ciudadela sin importarle los francotiradores ni el toque de queda, pero en cambio, me trata como un caballero. Hay que joderse, maño.

—Tengo claustrofobia —le recordó él, con brusquedad—. Duermo mejor al aire libre.



Bárbara sacudió la cabeza.

—Anda, toma. —Se sacó dos barritas energéticas del bolsillo y le dio una —. A ver si comiendo te mejora el humor.

—¿No habrás traído café? —refunfuñó él con la voz ronca.

Ella alzó las cejas.

—¿Sin un polvo a cambio? Ni hablar, Marquitos.

Él volvió a maldecir en todos los idiomas que había aprendido a lo largo de los últimos años. Rompió el envoltorio de la barrita de cereales y se lo guardó en el bolsillo de la camisa de camuflaje en tonos beige y canela. La ciudad era un montón de ruinas, pero la ciudadela era uno de los castillos más grandes del mundo, Patrimonio de la Humanidad. Había tardado cuatro siglos en construirse y no le daba la gana de que la huella de su paso por aquel sitio fuera más basura.

Al ver que Bárbara no tenía tantos miramientos, le llamó la atención.

—Recoge eso, no seas guarra.

Ella se sentó sobre su regazo, ágil como una gata del desierto.

—¿Me llamas guarra por tirar un envoltorio al suelo? Si vas a llamarme guarra, al menos deja que me gane los galones. —Se frotó contra su entrepierna—. Mmm, ¿llevas un AK-47 en el bolsillo o es que te alegras de verme?

Marcos la sujetó por las caderas y le dirigió su mirada más letal y autoritaria, la mirada con la que se había abierto camino a través de media Asia tras su huida de Waziristán. Una mirada que había despertado el terror de sus enemigos... pero que no surgía ningún efecto en su compañera.

Sintió un temblor y por un instante pensó que volvían los helicópteros. Se tensó, dispuesto a levantarse de un salto y salir corriendo colina abajo, pero se dio cuenta de que todo seguía en paz. El temblor provenía de Bárbara, que finalmente dejó de aguantarse y se echó a reír a carcajadas.

Él volvió a apoyar la espalda en la cúpula, malhumorado.

—¿Puede saberse qué es tan gracioso?

Ella se secó las lágrimas de la comisura del ojo.

—Tú, Marcos. ¿Por qué te crees que vengo a verte? Por las noches de sexo salvaje y sudoroso no será. Deja al menos que disfrute tomándote el pelo.

Marcos apretó los puños. Estaba en uno de los puntos más inseguros del planeta, donde diariamente se enfrentaba a las bombas, la muerte y la desolación. La mitad de la población desearía verlo muerto y la otra mitad no

se fiaba de él.

Compartía objetivos con gente llegada de todas partes del mundo. No formaba parte ni de las fuerzas rebeldes, contrarias al presidente Bashar al-Asad, ni del régimen oficial. Eran rebeldes dentro de los rebeldes, dedicados a proteger a los más vulnerables de la locura que se había desatado a su alrededor.

Compartía mesa con americanos que habían perdido a algún ser querido en las Torres Gemelas y venían a vengar su muerte, pero que no se fiaban de las motivaciones de su propio gobierno, que apoyaba al ejército de Al-Asad. Compartía guardias y silencios con miembros de Voluntarios españoles contra el ISIS que habían venido a defender a los cristianos de los ataques del Daesh, pero también con comunistas que no creían en las fronteras, pero que se habían presentado para luchar contra la tiranía del régimen. Todos cargaban pesadas mochilas personales, más pesadas que sus petates y más difíciles de soltar que un Kalashnikov.

Lo último que había esperado al llegar allí había sido tener que luchar una guerra sucia contra una compatriota tocacojones que se había encaprichado de él.

—No soy gracioso, Bárbara. De hecho, tengo la gracia en el culo, todo el mundo me lo dice.

Ella no dejó pasar la oportunidad para meterle mano en la nalga y darle un pellizco.

—Ya sabes lo que pienso de tu culo: debería ser patrimonio de la humanidad y no estos viejos pedruscos que tanto le ponen a Miriam.

Al oír ese nombre, Marcos apartó la mirada. Aunque las pesadillas sobre Almendralejo o sobre Waziristán lo dejaban tocado, las prefería mil veces a las que habían empezado a asaltarlo durante las últimas semanas, en la que se encontraba a Miriam bajo los escombros y la cargaba en brazos, desmadejada y sin vida, por las calles de la ciudad. Las otras pesadillas eran recuerdos, pero esto no había pasado y no podía evitar tomárselo como una advertencia. Tenía miedo, pánico, de que la pesadilla se hiciera realidad. Tanto, que había empezado a rehuir a Miriam.

Bárbara le sujetó la barbilla, lo obligó a mirarla a los ojos y le dirigió su sonrisa ladeada marca de la casa.

—Qué lástima que tus erecciones y tus pensamientos tengan dueña. —Le dio un beso en los labios y se levantó ágilmente—. Venga, Romeo. Vamos, que

los bombardeos empezarán en cualquier momento y alguien tiene que poner algo de orden por aquí.

Bárbara empezó a recorrer la gran ciudadela en dirección al túnel que llevaba directamente a la ciudad, situada al pie de la fortaleza.

Marcos contempló Alepo por uno de los boquetes abiertos en la muralla. Aunque los primeros rayos de sol habían envuelto la ciudad en un manto rojizo que había ocultado el grado de devastación, pasados unos minutos era imposible no encogerse al ver los edificios convertidos en escombros grises, retorcidos, desesperanzados. La ciudad que durante dos mil años fue famosa por su jabón se había convertido en la entrada más directa al infierno.

Algunos, como él, habían elegido estar ahí; cada uno cargaba sus culpas y las expiaba como podía. Pero muchos otros no habían tenido elección. Los miles de niños que vivían y morían en la ciudad cada día no habían tenido tiempo de nada, ni tan siquiera de pecar.

Las sirenas rompieron la calma de la mañana.

—¡Marcos, date prisa!

—Mierda, no se cansan los hijos de puta. —Apretó los puños y echó a correr tras Bárbara, mirándola fijamente para no pensar en los muros del túnel que lo envolvían. Al salir al aire libre, ya en la ciudad, echó la vista atrás. La ciudadela acababa de perder otro trozo.

Sabía que a Miriam le iba a doler como si le hubieran arrancado una mano, pero no había tiempo para llorar por el arte perdido, por muy patrimonio de la humanidad que fuera. Cada niño herido o atrapado bajo los escombros era también patrimonio de la humanidad. Un muro podía volver a alzarse, una infancia perdida no tenía remedio.

La ciudad volvía a lo que se había convertido en una maldita rutina: sirenas, rotores de helicópteros, bombas, gritos, disparos, llantos. En Siria todo era urgente. Esa gente lo necesitaba, ahora. Cuando no sabes si habrá un futuro, no hay tiempo para pensar en el pasado. Por eso él estaba allí. Sí, entre esa gente que sufría y maldecía se sentía como en casa.

Se llevó la mano al cuello y apretó las chapas. Al entrar en contacto con su viejo amuleto, le vino a la mente un recuerdo. Una tarde, al poco de llegar a Aranjuez, entrando en el Limbo Rock mientras los M-Clan cantaban que las calles estaban ardiendo. La vida le había estado avisando de lo que le tenía preparado y no se había dado cuenta. Bendita ignorancia. Bendita inconsciencia.

«Gracias, papá. Gracias por tu legado. Gracias por señalarme el camino del infierno.»

*Aranjuez, 2010*

—Cuidado, niño, no te vayas a caer —susurró Ana, la cocinera, cuidadora y abuela postiza de los chicos, retorciéndose las manos.

Marcos resopló. ¿Es que ese día no iba a acabar nunca?

—Ana, no soy un niño.

—Qué me vas a contar, alma de Dios, ¿quién te crees que te lava las sábanas?

—Joder —refunfuñó.

—Shhhhh —lo hizo callar Ana, viuda de un anarquista amigo de Salvador que se ocupaba de las labores domésticas de la casa a cambio de un sueldo no muy alto pero que le permitía salir adelante.

A esas horas de la tarde normalmente Ana ya se había marchado, pero ese día, cuando Marcos acabó el castigo que le había impuesto Salvador por haber sido expulsado de clase de inglés —copiar la carta del apóstol Pedro en la que llamaba «hijo» a Marcos el evangelista— se la había encontrado pegada al muro que protegía la finca vecina, llamado a un gato. Estaba cabreado — porque lo habían expulsado por culpa de Jorge y le parecía muy injusto— y cansado, pero no iba a permitir que Ana se partiera la crisma tratando de saltar el muro, por muy pesada que fuera a veces.

—Yo no veo nada —le dijo, sentado con una pierna a cada lado del muro.

—Tiene que estar ahí —insistió ella—. Lo he oído.

Marcos resopló y, de un salto, se dejó caer en la finca vecina, propiedad de una familia alemana que sólo la usaba para pasar los veranos. Con las manos en la cintura, miró a su alrededor y aguzó el oído. Aparte de los alocados

chillidos de las golondrinas, no se oía nada.

—¿Lo ves, Marcos? —le llegó la voz de Ana, amortiguada por el muro.

—Aquí no hay ningún gato.

—Meew.

—¿Lo has oído ahora?

Marcos no respondió, pero se dirigió hacia el maullido. Tras recorrer unos metros, llegó a la zona de la piscina. Estaba vacía, claro. Mayo acababa de empezar y con él habían llegado las golondrinas y las cigüeñas, pero los turistas tardarían aún unas semanas.

—¡Fiiiiiiii! —Un gato con la espalda erizada le dio el recibimiento que Marcos solía recibir allá donde iba.

—Tranquilo, minino. No soy un ladrón.

—Meeew. —De nuevo le llegó el lastimero maullido que había oído hacía unos momentos.

Al mirar hacia el fondo de la piscina, de unos dos metros de profundidad, distinguió un gatito gris.

—¡Ah, amiguito! Te has metido en líos, ¿eh?

De un salto, bajó al fondo y se acercó lentamente al cachorro mientras la que suponía que era su madre lo observaba y bufaba amenazadora.

—Calma, señora; no voy a hacerle nada —trató de tranquilizarla, mostrándole las manos, pero el gesto sólo sirvió para que la gata bufara con más fuerza—. Hola, pequeño. Vamos a salir de aquí, ¿vale? —Se acercó lentamente—. Ya es hora de cenar, debes de tener hambre.

—Mew.

—Normal, a mí también me rugen las tripas. Espero que Ana no haya preparado verdura esta noche.

El gatito hizo una mueca, como si la verdura le resultara tan ofensiva como a él, haciéndolo sonreír.

Marcos lo tomó en una mano y le acarició la cabeza con la otra. Miró a su alrededor y al ver que no había ninguna zona menos honda que las demás, se acercó a la escalerilla. Necesitaba las dos manos para alcanzar las barras, por lo que dejó al gatito en el suelo, se remitió la camiseta por dentro de los vaqueros y se coló al cachorro por el cuello.

—No me arañes, colega —le advirtió, mirándolo a los ojos antes de dejarlo caer camiseta abajo—. Vamos a llevarnos bien.

De un ágil salto se agarró a la parte inferior de las barras y se alzó hasta

alcanzar el primer barrote. Al llegar arriba, la madre lo esperaba como un sargento a punto de pasar revista a sus hombres.

—Sí, sí, señora, todo suyo. —Se levantó la camiseta, cogió al gatito y lo dejó junto a la madre, que lo agarró por el pescuezo y salió corriendo sin darle las gracias.

«¿Qué esperabas?»

Siguió con la vista a la gata y al ver que desaparecía en el porche, la siguió con cautela. La casa tenía dos plantas y lo que parecía una buhardilla encima. Un porche rodeaba al menos dos alas de la casa. Y al fondo de una de esas alas había una caseta de perro. Aunque llevaba casi un año viviendo allí, Marcos no había estado nunca en casa de los alemanes. La caseta tenía un nombre pintado: Boss. Pero por suerte para él, no había ningún perro amenazador dentro, sino una madre tumbada, amamantando a unos cuantos gatitos.

Se apoyó en la caseta y contempló la escena con una media sonrisa en la cara.

«Todo en orden por aquí. Misión cumplida.»

Regresó al muro, lo escaló y saltó por el otro lado. Ana lo miraba expectante.

—¿Qué has encontrado?

—Hay una gata okupa en casa de los vecinos. Se ha instalado en la caseta del perro con un montón de gatetes. Uno se había caído a la piscina y la madre no podía sacarlo. Ya está, arreglado —respondió, con su mejor expresión de fastidio extremo, pero cuando Ana le dio un abrazo, sintió un agradable calorcillo en el corazón.

—Gracias, Marcos. Esos maullidos me estaban partiendo el alma—. Se separó de él y le dio una afectuosa palmada en la mejilla—. Venga, a cenar. Te están esperando.

—Dime que no hay verdura, anda.

Ella hizo una mueca.

—Eso no puedo decírtelo porque sería mentira, pero mañana te prepararé un bizcocho.

Marcos trató de reaccionar con su estoicismo habitual, pero su estómago lo delató, haciendo sonreír a Ana, que se despidió con otro abrazo. Aunque los chicos siempre protestaban cuando los abrazaba o les alborotaba el pelo, sabía que necesitaban el contacto humano tanto como la verdura.

—Venga, a cenar. Y no te metas en más líos por hoy.

—Yo nunca me meto en líos. —Se encogió de hombros—. ¿Qué culpa tengo yo si los líos me vienen a buscar?



*Alepo, 2016*

—¡Vamos, Marcos, ayúdame, me cago en mi vida! —Bárbara, con un pañuelo verde caqui atado a la frente para que el sudor no le entrara en los ojos, estaba apartando de los escombros a unos niños que tiraban del cuerpo de la que suponía que era su madre. Un cuerpo que, por mucho que esos niños gritaran, no iba a volver a responderles nunca más. Pero ellos aun no lo sabían.

Otro pequeño tiraba del pantalón de Marcos y le suplicaba con la mirada que ayudara a su madre.

—¡Voy! —Levantó al pequeño en brazos y lo sentó en el rincón que le pareció más seguro, fuera del paso y sin cornisas que pudieran caerle encima en cualquier momento. Luego pidió a los demás que cuidaran de su hermano.

Instantes después, estaba apartando escombros junto a Bárbara. Tal como se temía, cuando sacaron a la mujer de allí, no pudieron hacer nada más que confirmar su muerte. Los bombardeos eran un bingo perverso, una lotería salida de una mente diabólica. Imposible saber dónde iba a caer la siguiente bomba. Lo único seguro era que, fuera donde fuera, iba a dejar muerte y dolor a su paso.

—Yo la llevo. —Marcos la cargó en brazos—. Tú ocúpate de los niños.

Había demasiados escombros como para que la ambulancia pudiera llegar hasta allí. Por eso Marcos los sorteó tratando de no clavarse ningún hierro con la mujer ensangrentada entre los brazos.

Al principio no hizo caso de los gritos de los niños. Pensaba que lloraban la pérdida de su madre, pero la voz de Bárbara lo hizo detenerse en seco.

—¡Marcos! ¡Queda un niño ahí dentro!

«¡Mierda, joder!»

Dejó a la mujer sobre una gran piedra, maldiciendo tener que dejarla en una postura tan poco digna, pero si algo bueno tenía aquella situación de mierda era que las prioridades estaban claras. Y si cabía la posibilidad de encontrar a alguien con vida bajo los escombros, los muertos debían esperar.

—¿Dónde? —preguntó en árabe a la niña mayor, que señaló el lugar donde su compañera había empezado a apartar cascotes.

—¿Oyes algo? —le preguntó.

Bárbara negó con la cabeza, muy seria.

Marcos conocía muy bien esa expresión. La había visto en la cara de su compatriota cientos de veces. Bárbara no creía en la brujería. Era una mujer prosaica, con los pies en el suelo, una maña recia como el Moncayo pero, a fuerza de práctica, había desarrollado una especie de sexto sentido, intuición probablemente. Su intuición le estaba diciendo que no había nadie vivo bajo sus pies, pero a su espalda, tres niños de unos siete, cinco y tres años estaban observándolos.

—¿Vuestro padre? ¿Dónde está? —les preguntó.

La niña negó con la cabeza, y Marcos no insistió y se entregó al desescombros. Había bloques más grandes que él, imposibles de mover sin maquinaria, pero entre ellos quedaban trozos más pequeños y a ellos se dedicaron, poniendo en la tarea toda su atención. Cualquier detalle podía proporcionarles información valiosa: un trozo de tela, un mechón de pelo.

Los niños no lloraban ni se quejaban, y su silencio era más desgarrador que cualquier gemido: era el sonido de la desesperanza.

Marcos se secó el sudor del rostro con la manga y siguió apartando piedras tan deprisa como podía hasta que volvió a oír la voz de Bárbara.

—Marcos, para.

Cerró los ojos con fuerza y apretó los puños antes de darse la vuelta para ayudar a su compañera. Una piernecita, ensangrentada y quieta, asomaba entre las piedras. A su espalda, los niños habían empezado a llorar.

Un nuevo día.

El dolor de siempre.

«¿Hasta cuándo, joder, hasta cuándo?»

\*\*\*

Bárbara y Marcos estaban a punto de salir a buscar más víctimas bajo los escombros cuando oyeron una voz familiar.

—¡Marcos, Barb!

Bárbara se revolvió la melena rizada y señaló hacia la puerta mientras le dirigía una sonrisa irónica.

—¿Os dejo a solas, Romeo?

Él la fulminó con la mirada antes de volverse.

Y el sol salió por fin ese día.

En el pasillo del hospital de la Media Luna Roja, Miriam avanzaba hacia él con una sonrisa.

«Aléjate de ella», le recordó su conciencia. «Todos tus seres queridos acaban mal. Si le pasa algo y no puedes protegerla...» No se lo quería ni imaginar.

—No. Te espero fuera —le dijo a Bárbara y salió, despidiéndose de Miriam con una inclinación de cabeza.

—Vaya —le dijo Miriam a Bárbara al llegar a su lado, señalando a Marcos con la cabeza—. ¿Día duro?

—¿Y cuál no lo es? —comentó Bárbara—. Felicidades, por cierto.

Miriam le dirigió una sonrisa triste. Si Bárbara sabía que era su cumpleaños, Marcos también tenía que saberlo. Y, sin embargo, se había marchado como si estuviera apestada. Suspiró antes de hablar.

—Quería comentaros que los tres hermanos huérfanos que trajisteis ayer saldrán en el próximo convoy hacia el este. Los periodistas franceses se han ofrecido a llevárselos. Pensé que te gustaría saberlo. A Marcos también, pero se ha ido. No sé qué le pasa últimamente; me rehúye. —Se armó de valor y le hizo la pregunta que llevaba días atormentándola—: ¿Estáis juntos? Se dice que pasáis las noches juntos en la ciudadela.

Bárbara puso los ojos en blanco.

—Vaya par —musitó la de Zaragoza. En voz más alta, añadió—: Bien, me alegro por los chicos. —Hizo una pausa—. Y sobre Marcos, no, no estamos juntos, ya me gustaría. Dice que no quiere liarse con nadie mientras dure la guerra.

A Miriam se le ensombreció la mirada.

—Ya. —Lo entendía. Ella tampoco había tenido el cuerpo para líos amorosos desde que sus padres murieron. Se había sumergido en el trabajo

para no pensar. Sin embargo, la llegada de Marcos la había pillado en un momento de cambio vital. Se sentía preparada para arriesgarse. Y Marcos tenía algo, no había definirlo, algo que la atraía con mucha fuerza. Tras la noche mágica que vivieron en Navidad, pensó que la vida le levantaba el castigo, que podría volver a levantarse de la cama con cierta ilusión por las mañanas, pero cuando acabó la tregua, los bombardeos volvieron con intensidad renovada. Marcos pasaba los días sacando a gente de debajo de los escombros y su claustrofobia no lo dejaba dormir. Estaba malhumorado, furioso con la vida, y lo pagaba con sus seres más cercanos. —Pues, sea como sea, esta noche hay fiesta. Díselo a Marcos, ¿vale?

—No te preocupes. No faltará, aunque tenga que arrastrarlo —le aseguró Bárbara. Las emociones encontradas que leyó en los ojos de Miriam le parecieron entrañables. Hasta en los lugares más despiadados del planeta, el amor convierte a los seres humanos en adolescentes inseguros—. Voy a hacerte un regalo de cumpleaños, sor Miriam.

—No hace falta...

—Sí hace falta... Lo hago por ti, pero también por Marcos. —Miriam frunció el ceño, sin comprender—. El ababol de mi compañero está loquito por ti. —Miriam trató de protestar, pero Bárbara le tapó la boca con la mano—. Tiene no sé qué absurda idea de que hace daño a todos los que se le acercan. Ponte bien guapa esta noche y lánzate.

Miriamladeó la cabeza.

—¿Estás segura?

Bárbara suspiró.

—Si no estuviera segura iba a avisarte tu tía Rita. Te aseguro que lo he probado todo, pero no me hace ni caso. —Inclinándose hacia ella, añadió en un susurro—: Dice tu nombre en sueños.

Miriam se quedó boquiabierta unos segundos y se ruborizó pensando en el Marcos que se colaba en sus sueños. Si los suyos se parecían en algo a los de ella... Al ver la mirada divertida de Bárbara, carraspeó.

—Pero, y si me rechaza, ¿cómo lo miro a la cara después?

La maña le apretó el brazo y le aseguró, mirándola a los ojos.

—Créeme, no te va a rechazar. Y aunque lo hiciera, no pasaría nada. —Se encogió de hombros—. A mí me rechaza cada día y trabajamos juntos.

Miriam sonrió.

—Pero yo no soy tan valiente como tú.

—Te he dicho que era un regalo de cumpleaños, ¿no? Hazme caso. Coquetea un poco con alguno de los médicos y asegúrate de que él lo ve.

Las dos mujeres cruzaron una mirada cómplice en medio del pasillo del hospital.

—¿Crees que es buena idea?

Bárbara asintió.

—Infalible. A por él, leona —la animó, guiñándole el ojo, antes de dirigirse a la salida.

\*\*\*

Marcos lo esperaba en el viejo y polvoriento cuatro por cuatro. Al verla aparecer, lo puso en marcha y arrancó antes de que ella acabara de apoyar el culo en el asiento.

«La vida es corta. Ya que yo no puedo disfrutarlo, que lo haga otra», se dijo Bárbara.

—Venga, que hay más casas afectadas junto a la gran mezquita.

—Vamos, Romeo.

Marcos la miró de reojo y resopló. Sabía que no debía protestar por el apodo si no quería que se le quedara eternamente, pero le tocaba los cojones.

No entendía por qué Miriam lo afectaba tanto. Era guapa, tenía el pelo color canela y los ojos de un verde intenso. La suya era una belleza natural, de ésa que no necesita maquillaje porque nace del alma, pero no era la única mujer guapa de Alepo. Sin ir más lejos, su compañera de misión era preciosa, mucho más exuberante y llamativa que la catalana.

—Deja de llamarme Romeo, Barbie Granadas.

Ella se echó a reír.

—Nueve y diez. He ganado.

—¿Qué demonios has ganado?

—Había apostado conmigo misma que no aguantabas diez segundos sin quejarte por el mote, *Lover boy*. No te gusta que te llamen «león», ni «Romeo». Eres un poco muermo, maño.

—Y tú eres muy tocapelotas.

—Nah, en realidad soy más rompepelotas, pero no puedes verlo porque estoy aquí, metida en este culo del mundo sin poder entrar en acción.

—En eso estamos de acuerdo. Preferiría estar luchando contra los cobardes hijos de puta que atacan a familias indefensas en sus casas, que tener que sacar a esta gente de entre los escombros. Esto es, es...

—Descorazonador, sí.

—Iba a decir una puta mierda.

—Eso también. —Bárbara escupió por la ventanilla—. ¿No quieres saber qué quería Julieta?

Marcos se volvió en el asiento y la fulminó con la mirada, pero se mordió la lengua.

—¿Qué quería?

—Es su cumpleaños, y a pesar de que hayas salido corriendo al verla como si tuviera pulgas, te ha invitado a la fiesta de esta noche.

—¿Es su cumpleaños? —susurró Marcos.

—Ajá.

Marcos dio un puñetazo al volante.

—Joder, Barb. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—¡Uy, perdone el señor! No sabía que ahora me encargaba de llevarte la agenda.

El viejo Toyota negro con la parte trasera descubierta avanzaba lentamente por las calles. En cualquier momento, los aviones podían volver a bombardear. El siglo XXI había traído consigo una guerra maquiavélica y cobarde, donde las grandes potencias se enfrentaban lejos de sus fronteras, cercandando y bombardeando ciudades llenas de civiles con la excusa del terrorismo.

Mientras pasaban junto a columpios incendiados y un tobogán retorcido, Marcos volvió lentamente la cabeza.

—¿Y ahora qué hago?

—Pues esta noche vas a la fiesta y te disculpas por haberte portado con ella como un capullo.

Marcos la fulminó con la mirada.

—Con amigos como tú, ¿quién necesita enemigos?

—Me adoras, maño.

Él resopló.

—¿Y qué demonios voy a regalarle?

—Lo tienes fácil, ababol. Ponte un lacito y preséntate ante ella. Eres el mejor regalo disponible en la ciudad.

Marcos le dirigió una mirada cargada al mismo tiempo de afecto y de fastidio. La de Zaragoza se preocupaba por él, trabajaba duramente a su lado y se reía de él cada vez que abría la boca.

«¡Qué suerte la mía! Me he convertido en el payaso favorito de la maña más tocapelotas al este del Ebro y al oeste del Éufrates.»

*Aranjuez, 2010*

Marcos estaba tumbado en su lugar habitual —el tejado del garaje pegado a la casa— y allí lo encontró Lucas. Al principio, Salvador se había preocupado cuando Ana le contó que Marcos no dormía en su cama muchas noches pero, conociendo su historia, no le extrañó demasiado que buscara el aire libre. Había hablado con él y, convencido de que el chico no tenía intención de marcharse saltando por los tejados como un gato callejero, lo dejó a su aire.

Lucas se sentó a su lado, con la espalda apoyada en el muro de la casa y empezó a jugar con su encendedor.

Marcos, que estaba tumbado sobre una manta, con los brazos cruzados tras la nuca y la vista perdida en el cielo estrellado, se incorporó y apoyó también la espalda en la pared.

—¿Qué pasa, tío? ¿Tienes un piti?

Lucas sacó la cajetilla, se la dio a Marcos y le encendió un cigarrillo antes de encenderse otro para él.

—La semana que viene es el cumpleaños de Lena y no sé qué regalarle.

—¿Habrá fiesta?

Lucas hizo un ruido despectivo con la boca.

—No, claro que no. Como si fuera a ir alguien.

—¿Cuántos cumple?

—Dieciocho.

—Jodó, ya será mayor de edad.

—Sí.

—¿Tendrá ganas de largarse de aquí, supongo?



Lucas se tensó a su lado y luego se encogió de hombros.

—Supongo. ¿Qué se les regala a las tías?

Marcos resopló.

—Y yo qué sé. ¿Bombones? ¿Colonia?

—Joder, tío, ni que fuera una abuela.

—¿Y por qué me preguntas a mí? Pregúntaselo a Mateo; él tenía novia antes de venir aquí.

—Ya. Como que le gusta tanto hablar de su vida en Mallorca.

Marcos dio una calada y lanzó el humo en dirección a Orión. Lucas tenía razón. A ninguno de los cuatro les gustaba hablar de los hechos que habían provocado su llegada a Aranjuez, todos distintos, todos dramáticos.

Marcos se alegraba de que el infierno de su infancia hubiera desaparecido, pero, pasados los primeros meses de shock, había tenido que admitir algo que nunca pensó que fuera posible: echaba de menos su casa y echaba de menos a sus padres.

Y si él, que había crecido en una sencilla casa de Almendralejo, echaba de menos todo aquello, no se podía imaginar lo que debía de ser para Mateo, hijo de una rica familia mallorquina, que no sólo había tenido que dejar atrás a sus padres, sino también una mansión, un yate y, sobre todo, a su novia.

Al igual que Mateo, Lucas echaba de menos el mar, pero no era el Mediterráneo el que batía las costas de sus sueños sino el bravo océano Atlántico, ya que Lucas —el toro, como lo llamaba Salvador— había nacido en Vigo.

Jon era vasco, nacido en Bermeo, y cuando sus tres compañeros se enteraron de que sus padres no habían muerto, no entendieron por qué lo habían enviado a vivir con el viejo sacerdote. Lo peor del caso era que Jon tampoco lo entendía. Su hermano estaba en la cárcel, acusado de pertenencia a banda armada, pero él no era su hermano. Igual que Mateo, Jon había encontrado en los libros un buen refugio. Y si algo no faltaba en la casona eran libros.

Marcos y Lucas preferían los deportes y las actividades al aire libre. El golf y la hípica quedaban muy cerca de la casona, pero aquello era terreno vedado, por lo que, en realidad, les quedaban igual de lejos que la luna. Para quemar la energía y la rabia que solían acumular en el instituto iban a correr o en bicicleta por la pista de tierra que serpenteaba paralela al río Tajo.

Y Salvador no dejaba pasar ninguna oportunidad para integrarlos en la vida

comunitaria. Los enviaba a comprar verdura a los agricultores de la zona para que los conocieran y, cuando alguno de ellos necesitaba que le echaran una mano en las granjas, enviaba a alguno de los chicos. Marcos no tenía ninguna intención de confesarlo, pero trabajar hundiendo las manos en la tierra lo relajaba y lo hacía sentir bien.

Si en las actividades físicas no tenían rival, no lo tenían tan fácil con las chicas. Y eso que las miradas que ellas les dirigían mientras se secaban el sudor al acabar de entrenar eran francamente interesadas, pero sus padres les prohibían salir con los chicos descarriados del cura y sus compañeros de clase se encargaban de vigilarlos como si fueran sus perritos falderos.

Lena era distinta. Se llamaba Magdalena, igual que su madre, pero no respondía a otro nombre más que Lena. Aunque no le gustaba hablar de ello, había acabado admitiendo ante Lucas que su madre se había dedicado a la prostitución antes de que ella naciera. Cuando se quedó embarazada de ella, el dueño de la whiskería le dijo que o se deshacía del bebé o no hacía falta que volviera. Y Magda, que nunca había tenido instinto maternal, se vio incapaz de deshacerse de ese bebé al que había empezado a querer.

Una de sus compañeras le habló de un cura que se había instalado a las afueras de Aranjuez y que abría las puertas de su casa a todo el que lo necesitara. Allí se plantó y el resto era historia; una historia de respeto mutuo y complicidad.

Salvador la ayudó a encontrar trabajo en el Limbo rock y más de una vez sus chicos y él habían cuidado de Lena mientras Magda trabajaba. La pequeña morena de ojos negros y mirada curiosa había ido creciendo y se había sentado en las rodillas de muchos de sus pupilos. Pero lo que durante los primeros años había sido un inocente galope para entretener a una niña, se había convertido en algo distinto durante los últimos años, sobre todo tras la llegada de Lucas.

El de Vigo se encontraba ahora sentado junto a Marcos, tratando de encontrar un regalo para impresionar a la morena que siempre vestía vaqueros y camisetas negras y que se tapaba media cara con la melena.

—¿Qué le gusta?

—El punk.

—¿Algo más?

—Ni puta idea.

—¿Por qué no le echas un vistazo a su habitación para ver si tiene algún

hobby?

Lucas casi se atragantó con el humo.

—¿Qué dices, pailán? Si pudiera entrar en su habitación no me entretendría en mirarle los estantes. Yo sería su nuevo y definitivo hobby.

A Marcos se le escapó la risa al mismo tiempo que el humo.

—Pues tira por el punk. Cómprale un CD.

—No tengo pasta.

—Ya, qué ganas de que acabe el curso para poder currar un poco y ganar algo.

—No puedo esperar a que acabe el curso; su cumpleaños es la semana que viene.

—Pues tocará ir a mangar algo al Corte Inglés.

—¿Me acompañas?

—Venga.

—¿Crees que Salvador nos dará pasta para el tren?

—¿Vas a pedirle pasta para ir a mangar?

Los dos chicos intercambiaron una mirada y se lo dijeron todo. Los trenes entre Aranjuez y Madrid eran su territorio, no tenían secretos para ellos.

*Alepo, 2016*

Marcos, Bárbara y otros miembros de la brigada de voluntarios internacionales dormían en una de las dependencias anexas al hospital de la Media Luna Roja, uno de los sitios más seguros de la ciudad, aunque por desgracia varios hospitales y centros de salud habían sido bombardeados. Nada ni nadie estaba a salvo en aquel infierno.

—¿Estás decente, soldado? —preguntó Bárbara, asomando la cabeza—. Ya veo que sí —Se acercó a él y le guiñó un ojo—. Lástima.

—¿Cómo estoy?

Bárbara aprovechó la excusa para observarlo de arriba abajo.

Seguía llevando el pelo más largo de lo habitual en las Fuerzas Armadas, lo que no era de extrañar ya que no formaba parte de ningún ejército. Se notaba que se había esforzado en ponerse guapo porque se había peinado y afeitado la barba de varios días. También se había puesto unos pantalones limpios —de camuflaje de desierto— y una camisa militar color arena. Al llegar a las botas negras volvió a ascender y quedó prisionera del lunar que tenía entre la boca y la mejilla izquierda.

—Mmm.

—¿Qué?

—Es lo que hay. No podemos hacer milagros.

—¿Tan mal?

Bárbara se echó a reír. Le tomó la cara entre las manos y le plantó un beso en el lunar.

—Hoy triunfas, machote; no sufras.

—No sufro. Ya sabes que no quiero...

Ella puso los ojos en blanco y lo hizo callar tapándole la boca con la mano.

—Marcos, eres guapo y buen tipo, pero a veces eres muy plasta, maño. Déjate de rollos por una noche y disfruta. —Él trató de apartarle la mano y protestar, pero ella la mantuvo firme y añadió—: Y si no eres capaz de disfrutar, al menos deja que disfrute Miriam. He oído decir que el doctor Alab quiere compartir con ella algo más que pan de pita.

Marcos gruñó y Bárbara habría jurado que oía rugir a un león en su pecho.

—Vamos —dijo él, con los dientes tan apretados que nadie habría sospechado que iba a una fiesta de cumpleaños.

—No te dejes el regalo —le recordó Bárbara—, con lo que te ha costado.

—No me lo recuerdes —refunfuñó él, cogiendo la botella envuelta en un burdo papel y dirigiéndose hacia la puerta. Al ver que ella no lo seguía, se dio la vuelta—. ¿No vienes?

—Estaba esperando a que me dijeras que yo también voy bien, pero no hay manera.

—Oh. —Marcos la miró de arriba abajo y volvió a ascender en medio segundo—. Perfecta. ¡Vamos!

Riendo, Bárbara se apresuró a seguirlo y juntos recorrieron el pasillo.

—Te preguntaba si estaba guapa, no lista para revista, pero déjalo. Tienes ceguera selectiva; sólo tienes ojos para tu Julieta.

—¡Oh, cállate, Barb, que me tienes las pelotas a punto de explotar!

—¡Ésa es la acusación más injusta que me han hecho en la vida! —Lo apunto con el dedo—. ¡Y lo sabes!

Resoplando, Marcos abrió la puerta de la escalera y entre puyas y bromas subieron los cinco pisos que llevaban a la terraza del hospital, reconvertida en almacén y temporalmente en sala de fiestas. Sobre los muros, sacos de arena los protegían de los francotiradores pero, al menos, tenían el cielo estrellado sobre sus cabezas, una decoración más festiva que cualquier banderola o farolillo.

Con el corazón desbocado, y no por el esfuerzo, Marcos miró a su alrededor buscando a la persona cuya llegada al mundo se habían reunido para celebrar. Los recuerdos de la pasada Nochebuena lo asaltaron pero, a diferencia de esa noche, la azotea estaba llena de gente.

Como si del portal de Belén se tratase, personas venidas desde muchas partes del planeta se habían dado cita allí, llevando presentes... pero no para

un niño. Bajo el cielo de Alepo, la estrella de oriente era la propia cumpleañosera que en medio de un grupo bastante numeroso de médicos, enfermeros y voluntarios iluminaba la noche con su risa.

Y aunque Marcos era uno entre tantos, vestido con ropa casi idéntica a los demás, los ojos de Miriam lo detectaron con la precisión de un misil localizador de calor, cosa bastante normal por otro lado, teniendo en cuenta su estado de excitación.

Miriam iba vestida con pantalones color camel y camisa blanca. En vez de llevar la melena ondulada recogida y oculta tras un pañuelo verde o blanco como habitualmente, se lo había dejado secar al aire de la noche, lo que le daba un aspecto mucho menos recatado.

—Vaya, sor Miriam se nos ha soltado el pelo. Voy a tener que cambiarle el nombre —murmuró Bárbara a su lado.

Marcos se volvió hacia ella sorprendido. Se había olvidado de su existencia. Pero enseguida volvió a observar a Miriam. Las cosas en Siria cambiaban de un instante para otro. Un ataque sorpresa o la explosión de una bomba abandonada podían poner fin a la fiesta en cualquier momento. No quería perderse ni un instante.

—Vamos, mueve el culo —lo animó Bárbara, pero al ver que él seguía inmóvil, se adelantó, sacándose un objeto redondo del bolsillo—. ¡Miriam, felicidades! Te he traído un regalito.

—¡Gracias, Barb! ¡Oh, una cebolla! Me vendrá genial, muchas gracias.

Marcos miró a una y a la otra, tratando de averiguar si el agradecimiento de Miriam era sincero o pura ironía.

—A mandar. —Bárbara se llevó dos dedos a la frente en un saludo militar y se alejó hacia un grupo de hombres que la recibieron con entusiasmo amortiguado.

—Hola, Marcos —lo recibió ella, cuando se quedaron a solas—. Gracias por venir.

Él carraspeó.

—Esta mañana no sabía que era tu cumpleaños.

—Ya.

—Vamos, que... felicidades.

—Gracias —murmuró ella—. ¡Oh! —Bajó la vista hacia sus manos, que sostenían un regalo—. ¿Es para mí? No tenías que haberte molestado.

—No ha sido ninguna molestia.

Sólo había tenido que localizar a unos esquivos periodistas americanos y acceder a llevarlos a la línea del frente donde se encontraba la avanzadilla de las tropas de Estado Islámico a cambio de algo que en la tienda de Aranjuez le habría costado quince euros.

—¡Whisky! —exclamó ella, ocultando el licor con el papel rápidamente.

—Es Bourbon —especificó Marcos, para que no pensara que era mudo además de idiota. Voz tenía, lo que dejaba de funcionarle era el cerebro cada vez que estaba cerca de ella. Algo tan molesto como inevitable que no le había pasado desde... ni se acordaba.

—¡Gracias! —Miriam se acercó y lo besó en la mejilla, dejándolo aún más fuera de la circulación con su delicioso olor a... ella. A tierra y a sol. A arena y calor. Un aroma que por un momento cubrió el dichoso olor a metal que lo acompañaba a todas partes.

—¿Brindamos? —le propuso él. Un poco de alcohol era lo que necesitaba para soltarse.

Ella sonrió.

—Claro, pero con té. Ven, está aquí.

Miriam lo agarró del brazo y lo acompañó a una esquina donde Bárbara había empezado a liar cigarrillos.

Miriam dejó la botella envuelta en una caja de cartón donde los invitados que llegaban iban dejando los regalos de cumpleaños más raros que Marcos había visto nunca. Vio más cebollas, ajos, y paquetes de varios tamaños envueltos en papel tan burdo como el suyo.

—¿Y ese bodegón? —le preguntó.

Miriam sonrió y le señaló los paquetes.

—Pimienta, eficaz para detener hemorragias. Ajo y vinagre, muy buenos para las infecciones... igual que el whisky, que además sirve como anestésico y relajante. Centella para infusiones y la cebolla...

—¿Para la tos? —probó Marcos.

—Muy buena para la tos —asintió Miriam—, pero yo la uso para poner láminas sobre las heridas y quemaduras. Hidrata y desinfecta.

Marcos le dirigió una mirada de admiración.

—Caramba, eres un pozo de sabiduría.

Ella se encogió de hombros.

—Qué va. Mis padres eran sabios; yo no sé más que lo que me enseña la gente. Aprendo sobre la marcha.

—¡Miriam, felicidades! —los interrumpió el doctor Alab.

Marcos maldijo en silencio.

—Disculpa. —La anfitriona se encogió de hombros.

—Claro.

Marcos se acercó a Bárbara, que empujó a su vecino para hacerle sitio a su lado. Ya antes de sentarse, lo envolvió un olor dulzón.

—Tu amiguita no nos deja beber nada con alcohol porque lo guarda para los heridos —refunfuñó—. Una fiesta sin alcohol. ¿Dónde se ha visto?

Marcos alzó una ceja.

—¿En cualquier país musulmán?

Ella hizo un gesto con la mano.

—He bebido en todos los países en los que he estado, musulmanes o no. Es cuestión de no hacerlo delante de las barbas de según quien. Pero, si la cumpleañera no nos deja beber... —Le guiñó el ojo, pasándole el porro—, habrá que fumar.

Marcos dudó. No quería causarle mala impresión a Miriam.

—¡Oh, vamos! —Bárbara le dio un codazo—. ¡Espabila, Marcos y que rule!

Alguien puso música y el doctor Alab se puso a bailar con Miriam, que le siguió el ritmo, riendo y echando la cabeza hacia atrás.

Marcos miró el porro que sostenía entre el índice y el pulgar y le dio una profunda calada antes de pasárselo a su vecino, un voluntario de Alepo con quien había coincidido en muchos rescates. Demasiados.

La música, que debía salir del MP3 de alguien conectado a unos altavoces, era una selección variada de temas instrumentales y de éxitos del pop occidental. Sonaron los Beatles, los Rollings y otros que Marcos no reconoció. La fiesta alcanzó su apogeo cuando Christina Aguilera y Pitbull los animaron a *Feel this moment*<sup>[iv]</sup>.

Bárbara se levantó y tiró de la mano de Marcos, que trató de resistirse, en vano. Instantes después, saltaba y daba vueltas, coreando: «*Enjoy this moment, dale*».

Y contra todo pronóstico, Marcos se sorprendió disfrutando del momento. Rodeado de personas llegadas de todas partes del mundo, personas que habían viajado a Alepo porque sentían que sobraban en la vida, se sintió cómodo, aceptado, en casa.



Se secó el sudor de la frente con el antebrazo, sonrió y bailó con Bárbara, hasta que ella le gritó al oído:

—Misión: «Rescatar a la enfermera Miriam». Aprovecha el impulso y abórdala.

—No, Barb, ¡que no estamos en el instituto, joder!

Actuando con la ponderación que la caracterizaba, la maña le dio un empujón.

«Joder», repitió Marcos al entrar en contacto con la mujer que había plantado bandera en su mente.

La había agarrado por la cintura para alejarla de su pareja y una vez que sus dedos se hundieron en su cuerpo, sintió que se fundía con ella; como si hubiera saltado un mecanismo de seguridad, que permitía la entrada pero no la retirada.

Miriam había ahogado un grito al notar el impacto, pero al ver quién la había abordado, sonrió y le dio la bienvenida con la mirada.

La canción cambió.«*We found love in a hopeless place*»<sup>[v]</sup>, cantó Rihanna. Y mientras la cantante de Barbados se maravillaba por haber encontrado el amor en un lugar donde la esperanza se había rendido, Marcos se sorprendió al no poder controlar la sonrisa que amenazaba con romperle la cara. Era una sensación tan olvidada como agradable. Ver saltar a Miriam, despreocupada y feliz, le contagió una gran euforia. Unas veces era ella la que le rozaba el hombro, otras era él quien la sujetaba por la cintura para apartarla del paso de algún colega desbocado. Sin darse cuenta —sin querer darse cuenta—, se fueron apartando de los demás.

Cuando la canción volvió a cambiar, unos acordes de timbal y guitarra tiñeron la noche de nostalgia. Miriam lo miró expectante. Le brillaban los ojos, verdes como los jardines de Aranjuez en primavera. El pecho le subía y bajaba y tenía los labios entreabiertos.

Marcos no podía apartar la mirada de esos labios que lo obsesionaban tanto como su dueña. Labios que había besado en ese mismo lugar y por los que había rechazado las proposiciones de Bárbara, de una periodista americana y de varias mujeres más. Aunque no eran sólo sus labios los que lo habían hechizado. Miriam tenía algo que no sabía definir; algo que lo atraía con tanta fuerza como el fuego a Lucas, el agua a Mateo, o las alturas a Jon.

—¿Cómo vas a ser mi amiga —murmuró Marcos, al mismo tiempo que Pau

Donés—, si por ti me perdería?

Uniendo las manos en la parte baja de la espalda de Miriam, Marcos se meció con ella al ritmo de la música, creando un círculo perfecto que dejaba la realidad fuera.

—Si confundo tus caricias —le susurró al oído, mientras Miriam le acariciaba la nuca—, por camelo si me mimas.

Pero no había nada de camelo en la actitud de Miriam. Era transparente, clara como un amanecer en el desierto; algo muy difícil de encontrar en un territorio donde la guerra transformaba a la gente en supervivientes. A su lado Marcos tenía la sensación de que el mal no tenía cabida, que lo repelía como si llevara una capa aislante..., pero eso no era posible, porque lo estaba tocando.

A él.

Marcos Jerónimo.

Hijo de Antonio Jerónimo, mil veces maldito.

—Pasión y ley, difícil mezcla.

Miriam alzó la vista hacia él y susurró al mismo tiempo que el cantante:

—Agua<sup>[vi]</sup> y sed, serio problema.

Marcos tragó saliva porque la garganta se le había secado bruscamente. Ni durante la travesía del desierto de Sham recordaba haber tenido tanta sed.

—Cuando uno tiene sed, pero el agua no está cerca —cantó Pau Donés, mientras Marcos y Miriam se acercaban muy lentamente—. Cuando uno quiere beber, pero el agua no está cerca.

Cuando un disparo sonó a poca distancia, la pareja se separó de un brinco y Miriam leyó en los ojos de Marcos la culpabilidad.

—¡Oh, no! —Ella se volvió hacia el ruido al mismo tiempo que Marcos, que la colocó a su espalda de manera instintiva—. ¡Déjame! —protestó, tratando de abrirse paso, pero Marcos lo impidió.

—¡Quieta aquí! —le ordenó—. ¡Bárbara! ¡Barb!

Marcos miró a su alrededor, pero la fiesta seguía igual; nadie parecía hacer caso de la amenaza. Unas risas le llamaron la atención. Al acercarse al lugar de donde procedían vio a Bárbara en el suelo. Se acercó a toda prisa, con el corazón en un puño, pero al echarse al suelo a su lado vio que se estaba retorciendo de la risa junto a Gabriel.

—¡Miriam, lo siento! —logró excusarse Bárbara, que no lograba parar de

reír—. Me he caído sobre esta caja y algo ha explotado. No sabía que escondieras explosivos entre el material. Si ya lo decía mi abuela, que las mosquitas muertas son las peores.

Marcos se volvió hacia la enfermera con el ceño fruncido.

—Te he dicho que te quedaras allí.

La mirada de Miriam no se quedaba atrás en autoridad.

—Ni estamos en el ejército ni eres mi superior, así que guárdate tus órdenes.

—Uy, sor Miriam sacó las uñas —el argentino—. Y con ese pelo, parece una leona. Tené cuidado, Marquitos.

Miriam, con los brazos en jarras, esperaba a que Bárbara y Gabriel se levantaran para poder examinar los daños en el equipamiento. Al ver que no hacían más que retorcerse en el sitio, miró a Marcos, exasperada.

Él tiró de los brazos de Gabriel, apartándolo, mientras Miriam hacía lo mismo con Bárbara. Luego ella se dejó caer de rodillas al suelo y examinó el contenido de la caja. Sacó unas cuantas bolsas con jeringuillas y se las mostró a Marcos porque los otros dos estaban dando vueltas como si fueran dos croquetas rebozándose por el suelo en dirección a la zona de baile.

—Han explotado las bolsas protectoras. ¡A tomar por culo la esterilidad! —exclamó Miriam. Marcos habría sonreído al oírla renegar, pero la expresión de su cara hizo que se contuviera—. ¡Con lo difícil que es conseguir antisépticos por aquí, joder!

Marcos se puso en cuclillas a su lado.

—¿Habrá que tirarlas?

—Aquí no se tira nada, pero habrá que esterilizarlas. —Suspiró—. Hervirlas y rezar para que sea suficiente. ¿Me ayudas a bajarlas para que no se llenen de polvo?

—Claro.

Tras asegurarse de que no había más paquetes afectados, Marcos cogió la caja y siguió a Miriam, conteniendo una sonrisa. La caja de jeringas no pesaba nada. Había visto cómo Miriam apartaba a Bárbara sin dificultad; estaba fuerte, no lo necesitaba para cargar cuatro jeringas. Pero si Miriam quería que la acompañara a un lugar privado, no iba a ser él quien le hiciera cambiar de idea. Llevaba meses tratando de mantenerse alejado de ella, pero cuanto más distancia trataba de poner, con más fuerza la deseaba. Era el cumpleaños de Miriam y al parecer ella había decidido que él fuera su regalo.

«Ni se te ocurra dejarla sin regalo, capullo», se dijo.

*Aranjuez, 2010*

Marcos abrió la puerta del Limbo Rock y sonrió al oír que sonaba *Judas el miserable*<sup>[vii]</sup>, algo imposible de escuchar en casa de Salvador —al menos sin auriculares— donde lo más transgresor que había cruzado sus muros era la banda sonora de *Jesucristo Superstar*. Aunque a base de oírla, se había enganchado a la banda sonora y le parecía un buen disco, no lo habría reconocido ni bajo tortura.

Lucas entró tras él y se dirigió directamente a la barra, donde le pidió a Magda tres cervezas y una limonada mientras Marcos se unía a Mateo y Jon que ya estaban sentados en su mesa de siempre, en el rincón.

—No os puedo vender alcohol —le advirtió Magda—. Pero nadie me ha dicho que no os pueda invitar. —Le sirvió lo que había pedido y le guiñó el ojo.

—Gracias, Magda. —Lucas cogió la bandeja y se dirigió a la mesa esquinera—. Echa *p'allá*, pardal —Con el brazo, apartó a Jon, que hizo una mueca al quedar aprisionado contra la pared. Cuando quiso protestar, Lucas le plantó el botellín delante—. Bebe y deja de dar por saco.

Jon se puso de pie en el asiento y se sentó en el respaldo que separaba los bancos opuestos.

Lucas resopló.

—¿Te vas a quedar ahí como una paloma en un palomar?

—Déjalo en paz —intervino Mateo—. ¿Has pedido las chapas para Jon?

—¡Cómo no! —Lucas puso los ojos en blanco, se sacó cuatro chapas del bolsillo y las puso ante el de Bermeo, que bajó de un salto y empezó a formar

figuras geométricas con ellas y con las que había ido recogiendo de las mesas vecinas.

—¿Qué le has comprado? —preguntó Mateo, mirando de reojo a Magda.

Marcos y Lucas cruzaron una mirada irónica.

—Lo que se dice comprar, nada —respondió Marcos.

—¿Pero tienes regalo para Lena? —insistió el mallorquín.

—La duda ofende.

—¿Se puede ver? —Mateo se apartó los rizos rubios de la cara, que tardaron menos de un segundo en volver a cubrirle los ojos azules.

Lucas le hizo un gesto a Marcos, que se levantó la camiseta y sacó un CD que escondía bajo la cintura de los vaqueros.

—*Fallen*<sup>[viii]</sup>, de Evanescence.

Mateo hizo un gesto de aprobación.

—Le gustará.

—No es punk —comentó Jon.

—Si se lo regala Lucas, le gustará —insistió Mateo, haciendo una mueca irónica.

—¿No estaba el guardia que te tiene echado el ojo, Lucas? —preguntó Jon.

—Oh, sí. No se separó de mi culo; yo creo que le gusto.

Mateo alzó la ceja.

—¿Y cómo lo hiciste?

—Me metí un CD por el cuello de la camiseta para que me viera, pero lo dejé caer al suelo por el camino. Mientras los guardias me llevaban al cuartito y hacían que me quedara en pelota picada, Marcos se ocupó de todo.

—Se cabrearían como monas al no encontrar nada —comentó Jon.

—Uno me pegó un par de hostias, mientras el otro me aguantaba los brazos a la espalda. —Se apoyó la cerveza fría en el labio, partido y algo hinchado—. Son muy valientes los cabrones cuando el otro no puede defenderse. —Los otros tres asintieron y soltaron insultos solidarios—. Pero dije que Lena no se iba a quedar sin regalo por mis santos cojones, y regalo tiene.

—¿Robasteis papel de regalo? —Quiso saber Jon, que había escrito su nombre con chapas.

—Pues mira, no —respondió Marcos con ironía—. Se nos pasó.

Jon miró a su alrededor, volvió a subirse al respaldo y bajó por el otro lado.

Mientras Mateo formaba una ele con las chapas, Marcos ladeó la cabeza, interesado al ver entrar a Eva y a Tere. Aunque la misión de Jorge en la vida era impedir que su hermana se acercara a los chicos de Salvador, no había nada más atractivo para una adolescente que un chico malo.

Bueno, sí, cuatro chicos malos.

Sobre todo, si eran tan guapos como ellos.

Tere se había enamorado de Mateo a primera vista y no podía disimularlo. Sola no se atrevía a acercarse a ellos; por eso le rogaba a su amiga del alma que la acompañara. Y Eva se dejaba convencer porque no era inmune a los encantos de Marcos. El problema era que a Jon le gustaba Eva, le gustaba mucho. Marcos la veía como a una cría. Ni siquiera la posibilidad de tocarle los cojones a Jorge hacía que sintiera la menor atracción hacia ella. Podría hacer como Mateo: dejarse querer; usar la compañía de sus compañeras para que los meses pasaran más deprisa, pero en su caso era distinto, porque dejarse querer por Eva significaba hacerle daño a Jon, al que consideraba una especie de hermano pequeño.

Aranjuez tenía mucho de pueblo, nunca faltaban bocas aficionadas a contar chismes y menos aún orejas dispuestas a escucharlos. Salvador jamás hablaba del pasado de sus chicos y esa falta de noticias era el acicate que necesitaban las lenguas ociosas para dar rienda suelta a su imaginación. Pero ni Eva ni Tere los juzgaban por la fama que los precedía, sino por sus actos.

—Hola, chicas —las saludó Marcos, viendo de reojo como Lucas escondía el CD.

Tere lanzó sus cosas por encima de Lucas, y las dejó en el rincón que había ocupado —a regañadientes— Jon. Sin sentarse, se dirigió al estante donde se guardaban los juegos de mesa y cogió la caja de los dardos.

—¿Una partida? —propuso, en general. Tere era un remolino; incapaz de estarse quieta ni en clase ni en misa, lo que le hacía coincidir de vez en cuando con los chicos en el despacho del director.

Marcos la siguió, sonriendo.

—Menudas ansias traes de que te pateen el culo, Telele.

—¡No me llames así, capullo! Te voy a dar una paliza, ¡como siempre!

En la mesa, Lucas se fijó en Mateo, que había formado otra ele con las chapas y estaba cambiándolas de posición, jugando con las formas, afición que había heredado de su padre, famoso arquitecto y constructor. Abriendo mucho las ventanas de la nariz, apoyó ambas manos en la mesa y le dirigió a su

compañero una mirada de advertencia.

—¿Qué carallo haces con esas letras?

Mateo pareció volver del mundo en que solía perderse y sonrió con ironía ante la reacción de Lucas.

—¿Qué pasa? ¿Eres el dueño y señor de las eles? ¿No dejas que nadie toque a Lena, pero tampoco podemos tocar su inicial? ¿Nadie va a poder usarla a partir de ahora? Pues empieza por hablar con las autoescuelas, que las quiten de los coches de los novatos.

—Mira, Mateo, no me toques los cojones.

—Venid a jugar y dejaos de capulladas —gritó Tere, que desde que frecuentaba a los chicos había empezado a soltar tacos, para disgusto de sus padres.

—Sí, será mejor. —Mateo se levantó y Lucas no tardó en seguirlo.

—¡Vente, Eva! —la llamó su amiga.

—Luego —se excusó ella, colocándose el pelo por detrás de la oreja al ver que Jon volvía—. Hola —lo saludó con timidez, porque le habían llegado rumores de que el vasco estaba por ella y quería comprobar si era verdad—. ¿Qué llevas ahí?

Él dejó sobre la mesa un montón de posavasos variados, ruborizándose al verla.

—Te vas a reír si te lo cuento.

Eva le dirigió una media sonrisa.

—Pues llevo un día de mierda, así que no me importaría reírme un rato, la verdad.

—Había pensado en juntar esto con un poco de arte y hacer un papel de regalo original para el regalo de cumpleaños de Lena.

Eva alzó las cejas.

—Eh, me gusta la idea. —Dio palmadas a su cartera, que había dejado a su lado—. He ido a clase de Bellas Artes. Llevo material. Si quieres...

—¿En serio? —Los ojos grises de Jon se iluminaron—. Eres un ángel, Eva. A ver, ¿qué tienes ahí?

—Tijeras, pega, fixo...

—¿Fixo?

Ella le mostró la cinta adhesiva.

—Ah, celo. ¡Genial, sácalo todo!

Mientras él iba a pedirle el CD a Lucas, Eva dejó el material en la mesa. Y



cuando Tere ganó la tercera partida, el regalo estaba listo, con un original envoltorio hecho con trozos de posavasos y una chapa colgando de un cordel como adorno.

*Alepo, 2016*

—¿Aquí va bien?

Marcos dejó la caja encima de otra, junto a un lavamanos. Al no recibir respuesta, se volvió y se encontró con Miriam, mucho más cerca de lo que había esperado. Su actitud no tenía nada de abnegada enfermera y mucho de gata de las arenas, una gata que había recorrido muchos kilómetros buscando por el desierto algo con lo que saciar su sed y que, al parecer, lo había encontrado. No entendía por qué lo había elegido a él, pero no pensaba darle tiempo para que cambiara de idea. Esa noche no.

Alargó la mano y volvió a apoderarse de su cintura. Y, como minutos atrás, sintió que aquél era el lugar donde debía estar.

Ella parecía estar pensando algo parecido, porque recuperó el terreno perdido trazando sus pectorales por encima de la camisa mientras lo empujaba hacia la pared.

—¿Por dónde íbamos? —murmuró Marcos, al notar la pared a su espalda.

—Sed —susurró ella.

—¿Tienes sed, preciosa? —Le apartó el pelo de la cara con la otra mano y cuando le acarició la mejilla con el pulgar, ella volvió la cara bruscamente y se lo mordió, entrecerrando los párpados. Cuando volvió a abrirlos, las pupilas se le habían dilatado, oscureciendo su mirada verde.

Sin responder, Miriam le rodeó el cuello, le sujetó el pelo a la altura de la

nuca y lo atrajo hacia ella. Sus bocas se unieron en un beso que tenía muy poco de caricia y mucho de necesidad.

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed...»

Las bienaventuranzas del evangelio según san Mateo, que Salvador les había leído más de una vez, resonaron un instante en su cabeza mientras Miriam y él seguían explorándose, devorándose, gruñendo y gimiendo, tratando de descubrir todos los secretos de sus bocas.

Mientras se besaban, lo invadió una sensación de calor casi incandescente, como si la propia luz divina los iluminara. Se sintió purificado, vuelto a nacer, lleno de energía y de un gran optimismo, algo que hacía mucho tiempo que no sentía.

Las manos se le elevaron solas, buscando la cara de Miriam, que lo besaba con fruición, gimiendo y frotándose contra su cuerpo. Necesitaba mirarla a los ojos. Necesitaba entender qué demonios le estaba pasando y si ella sentía lo mismo.

Ella se resistió a romper el beso, agarrándolo con fuerza por el pelo, y mordiéndole el labio inferior como una fiera que se niega a soltar a su presa. Cuando gruñó de frustración, Marcos le dirigió una sonrisa canalla.

—Tranquila —susurró—. No me voy a ningún sitio a menos que me echés.

—¿Cómo quieres que esté tranquila teniéndote delante? —protestó ella, con la respiración entrecortada.

Sin dejar de sonreír, Marcos estampó los labios sobre los de ella, que aceptó el beso con un nuevo gemido que le llegó directamente al alma. Sujetándola por la cintura la elevó en el aire y guio sus piernas para que le rodeara las caderas con ellas. Se apartó de la pared y se dirigió a la mesa que ocupaba el centro del cuarto de enfermeros. La sentó sobre ella y, agarrándola por las caderas la atrajo hacia él, hasta que no quedó nada entre ellos: ni barreras, ni vergüenza, ni pudor; sólo necesidad.

—Dime que pare si no quieres que... —le susurró, con la boca pegada a sus labios, dejándole notar su erección.

—Ni se te ocurra parar. —Miriam le desabrochó los pantalones con las manos temblorosas y él estaba a punto de hacer lo mismo cuando alguien entró sin llamar.

Sólo entonces Marcos se dio cuenta de que no habían cerrado la puerta.

Miriam saltó al suelo y se puso ante él, que aprovechó para abotonarse los pantalones, maldiciendo por dentro en arameo, fenicio y babilonio tardío.

—¡Oh, perdón! No sabía... —Miluda, la enfermera de guardia, los miraba ruborizada—. Bruno ha empeorado. Ha pedido un sacerdote católico. Quiere confesarse y está pidiendo a gritos la extremaunción.

Miriam se acercó a su alterada compañera, una joven de Alepo que había perdido a toda su familia durante un bombardeo.

—¿No le ha bajado la fiebre?

—No, la sepsis se ha disparado y los antipiréticos no le hacen nada. ¿De dónde sacamos un sacerdote católico?

Miriam sacudió la cabeza, apenada. Bruno, un soldado voluntario de Nápoles, se había ganado el corazón de todos por su carácter abierto y alegre, a pesar de la gangrena que había obligado a cortarle el trozo de pierna que no se había llevado la mina antipersona que pisó a las afueras de la ciudad.

—La parroquia de san Francisco de Asís queda del otro lado del bloqueo. Imposible; los francotiradores lo abatirían antes de que llegara. —Miriam suspiró, recordando las agradables comidas que sus padres y ella habían compartido con el padre Paolo cuando la ciudad era un crisol de culturas y tolerancia, y no la embajada del infierno en la tierra—. Lo siento, pero no vamos a poder concederle su último deseo.

Marcos se acercó a la caja de jeringas y partió un trozo de cartón blanco. Con unas tijeras, cortó una delgada tira que se colocó a modo de alzacuellos.

—¿Tenéis alguna cruz por aquí?

Miriam y Miluda cruzaron una mirada y negaron con la cabeza.

Otros dos trozos de caja unidos por una goma elástica se convirtieron en una cruz improvisada.

—Necesito una funda de almohada y una bacinilla con agua —les pidió. Miriam se apresuró a conseguirle la funda, que él dobló por la mitad y se colocó alrededor del cuello, como una estola. Cuando Miluda le entregó la bacinilla, señaló la puerta con la barbilla—. Vamos.

Recorrieron el pasillo hasta llegar a la última habitación, donde el compañero de Bruno se había vuelto hacia la pared y tapado la cabeza con la sábana, tratando de dormir.

Los recuerdos de una lejana noche en Aranjuez en que había acompañado a Salvador a casa de un anciano moribundo se abrieron paso y, como si el sacerdote hablara por su boca, enunció con decisión:

—La paz sea en esta casa.

—Pater, gracias al cielo —replicó Bruno en napolitano, con la voz pastosa,

tranquilizándose al momento.

Marcos le ofreció la cruz de cartón, que el enfermo besó con sus labios cuarteados por la fiebre. Luego mojó la punta de los dedos en el agua de la bacinilla y salpicó con ella el cuerpo de Bruno, de la cabeza a los pies.

—Bendice, Señor, a tu hijo Bruno y no permitas que el maligno se apodere de su alma durante su último viaje. Bruno, ¿quieres confesar? —le preguntó en un italiano de andar por casa, pero que cumplió su función.

—Sí, Pater.

Miluda y Miriam se apoyaron en la pared más lejana para darles intimidad. A lo largo de unos minutos, Bruno murmuró y Marcos asintió, pronunciando alguna palabra de vez en cuando.

Cuando Marcos se levantó, las dos voluntarias se acercaron de nuevo.

—Que los ángeles, arcángeles, apóstoles y todos los santos te acompañen en el viaje a tu morada celestial. Te lo pedimos, Señor, a ti que eres santo y misericordioso por los siglos de los siglos.

Miriam respondió:

—Amén.

Bruno no respondió porque acababa de abandonarlos.

Mientras Miluda comprobaba que no tenía pulso y lo cubría con una sábana, las miradas de Miriam y Marcos se cruzaron por encima de la cama. La noche no había acabado como habían esperado, pero se sentían unidos por un lazo muy fuerte.

«Ten cuidado, Miriam», se dijo ella. «Lo último que necesitas es enamorarte.»

Marcos no se dijo nada. Para él, ya era tarde.

*Aranjuez 2010*

—¡Ya vienen! —exclamó Jon, bajando la escalera a toda velocidad.

Cuando Salvador se enteró de que Lena no pensaba celebrar su cumpleaños, permitió que los chicos le organizaran una fiesta sorpresa en la casa. Era muy cuidadoso con esas cosas. Sabía que estaba bajo el escrutinio constante del obispado y de las fuerzas vivas de la ciudad. Sus chicos cargaban una cruz invisible a la espalda, un estigma que los diferenciaba de los demás chicos del instituto. Cualquier problema que surgiera en la ciudad —cualquier robo o desperfecto en el mobiliario— les sería adjudicado automáticamente.

Salvador llevaba ya veinte años en Aranjuez. Bajo su techo habían encontrado cobijo y consuelo varias generaciones de chicos heridos, cada uno de ellos distinto, con sus motivaciones, sus miedos y sus esperanzas pero, para las mentes más cerradas de la villa, esos chicos eran todos iguales, intercambiables y, por supuesto, todos culpables. Sus chicos llegaban a Aranjuez cargando un pecado original que, casi siempre, había sido regalo de sus padres. Del estigma sólo podía librarlos la sociedad; la labor de Salvador era librarlos de la culpa en la medida de lo posible. No era fácil, lo sabía perfectamente ya que sus propios demonios seguían azotándolo todos los días. Sí, muchas veces se sentía el hombre más cínico del mundo, pero así era el mundo al que lo había enviado Dios. Y había aprendido a quererlo con toda su alma, con todas sus contradicciones.

—¡Todo el mundo a cubierto! —gritó Marcos, saltando por encima del viejo sofá de escay granate y yendo a parar junto a Tere y Mateo, que habían

elegido el mismo escondite.

Cuando la puerta se abrió oyeron la voz sexy y profunda de Lena, protestando.

—¡Que no! Que no entro. Coge la cartera y vámonos, que va a empezar la peli.

Lucas, que había usado la excusa de invitarla al cine por su cumpleaños, la había atraído hasta allí diciéndole que se había olvidado la cartera. Y cuando ella propuso pagar las entradas, él fingió ofenderse mucho. ¡Menuda mierda de regalo de cumpleaños, si lo pagaba ella!

Pero Lena no se lo estaba poniendo fácil al resistirse a entrar en la casa.

—Joder, joder, ¿qué hago? ¡No quiere entrar! —susurró Lucas, hecho un saco de nervios.

—Túmbate en el suelo —le ordenó Mateo, antes de ponerse a gritar—: ¡Lucas! ¡Lucas, joder, tío! ¿Qué te pasa? ¡Reacciona!

Lena entró con la cara desencajada y se lanzó sobre Lucas, que tenía los ojos cerrados y un brazo sobre la cara.

—¡Lucas! —gritó—. ¿Qué te pasa? —Lena le apartó el brazo de la cara y, cuando el de Vigo vio el miedo en sus ojos, sintió que el que cumplía años era él.

—No sé, pero podrías hacerme el boca a boca para asegurarte de que no sea grave. —Alzó una ceja y le dirigió una sonrisa ladeada que hizo que a Lena se le retorcieran las entrañas y no precisamente de preocupación.

Odiando que un hombre la afectara de esa manera, lo agarró del pelo y le golpeó la cabeza contra el suelo con rabia hasta que la detuvieron entre varios.

Solo al ver a Eva y a Tere, se calmó.

—Pero ¿qué coño hacéis aquí?

Las chicas se miraron entre ellas y luego a los demás. Marcos cogió un par de globos de detrás del sofá y los lanzó al aire.

—¡Sorpresa!

Ella miró a su alrededor y volvió a bajar la mirada hacia Lucas, que se había apoyado en un codo y la miraba con la ilusión de un niño desde su cuerpo de hombre.

—Feliz cumpleaños, Lena.

—Pero, ¿y la peli?

Él se levantó y se sacudió las manos.

—Otro día.

Lena no acababa de creerse lo que estaba viendo. Era la primera vez en sus dieciocho años de vida que celebraba su cumpleaños con amigos.

—¿Qué quieres tomar? —le preguntó Marcos—. Alcohol no hay, ya te lo advierto.

—Una Coca-Cola, gracias —respondió, feliz.

—Yo se la traigo. —Lucas apartó a Marcos del camino.

—Vale, vale, tío. —Marcos alzó las manos y sacudió la cabeza al ver a su amigo tan alterado—. ¿Puedo ofrecerle un sándwich o tampoco?

Lucas gruñó algo parecido a «tampoco».

Disimulando la risa, Lena se acercó a la mesa cuadrada donde los cuatro chicos solían hacer los deberes antes de cenar y que estaba llena de sándwiches, gusanitos y patatas fritas.

—Soy capaz de cogerlo sola —protestó—. ¡Cumplo dieciocho, no cincuenta!

Cuando la mirada de Lena se cruzó con la de Salvador, que hacía tiempo que había dejado los cincuenta atrás, tuvo la delicadeza de ruborizarse.

—No lo decía por... Lo siento —murmuró.

Salvador se echó a reír. Los preparativos de la fiesta lo habían hecho contagiarse del ambiente, olvidarse de las preocupaciones; por unas horas se había sentido joven. Recordó su entrada en el seminario. Los profesores que le impartieron clase le habían parecido terriblemente ancianos y, sin duda, habría alguno de su edad, pero otros, como el de Latín o el de Derecho canónico probablemente no pasaran de los cuarenta.

—Te sorprenderá saber que hay vida después de los cincuenta. —Al ver que ella no decía nada, siguió hablando—. ¿Y tu madre?

Lena se encogió de hombros.

—Bien, con su novio nuevo, ya sabe.

Salvador asintió y se alegró de haberse dejado convencer por Lucas para celebrar el cumpleaños de Lena. Magda no era mala persona, pero tenía un punto débil: los hombres. Era muy romántica y soñaba con encontrar a su príncipe azul. Cada vez que empezaba a salir con alguien, el resto del mundo desaparecía, incluso su hija.

—No hagáis ninguna tontería —les advirtió antes de retirarse a su habitación para darles un poco de intimidad—. Asomaré la cabeza cuando menos os lo esperéis.

Aunque estaban nerviosos, dándose órdenes unos a otros entre risas



nerviosas e insultándose sin saña, todo salió bien. Comieron, bebieron y los regalos fueron a parar a manos de Lena. Le encantó el top negro y la máscara de pestañas que le regalaron entre todos; quiso escuchar inmediatamente el disco de Evanescence y se emocionó cuando le sacaron el bizcocho de chocolate relleno de mermelada de ciruela que Ana les había enseñado a preparar.

Antes de soplar las velas, Lena cruzó una mirada con Lucas y sopló con decisión.

Mientras se comían el pastel, Lucas le pidió algo a Jon, que no tardó en cambiar de música. Cuando empezó a sonar *Left outside alone*, de Anastasia, Lucas se acercó a ella lentamente. Si se lo hubieran dicho cuando llegó al pueblo, no se lo habría creído, pero casi un año después Lena tuvo que admitir que Lucas se le había colado bajo la piel.

Él alargó la mano y alzó una ceja. Lena bajó la vista hacia su mano y sintió un nudo en el estómago. En el Limbo rock odiaba que los hombres le rozaran la mano sin permiso cuando les servía una copa, pero Lucas no tenía nada en común con esos hombres. Cuando apoyo la mano en su palma, sólo notó un agradable calor y un cosquilleo en el brazo.

Lucas guio el brazo de Lena, que siguió su orden silenciosa y se colgó de su cuello. Mientras tanto, él se apoderó de sus caderas. A su alrededor, Marcos y Eva bailaban sueltos, frente a frente, igual que Mateo y Tere.

—Esto no es una lenta, Lucas —protestó Lena, sonriendo

Él le apoyó la mano en la nuca y le pegó la cara a su hombro sin demasiada delicadeza, haciéndola sonreír aún más.

—Tú ya has pedido tu deseo, ¿no? Pues ahora me toca a mí el mío —le susurró él al oído—. Y como sé que la única manera de que se cumpla es ocuparme personalmente, calla y baila.

Salvador, que había salido de su despacho cuando sacaron el pastel, se acercó a Jon.

—¿Tú no bailas?

Jon lo miró de reojo.

—Soy vasco. Los vascos estamos diseñados para levantar piedras, no para mover las caderas.

Salvador se echó a reír.

—Tenías que haber visto al hermano Satrústegui en el seminario. Ese hombre llevaba el ritmo en el cuerpo.

Jon sacudió la cabeza, poco convencido.

—Tendría antepasados caribeños. ¿Usted no baila?

El sacerdote negó con la cabeza.

—No, me vuelvo al despacho...

Pero no llegó a irse, porque el sonido de varias motos que se detuvieron frente a la puerta hizo que se asomara a la ventana.

Eva no necesitó asomarse para saber de quién se trataba.

—¡Oh, no! Parece que seamos siameses en vez de mellizos. ¡Es que no puede dejarme nunca en paz!

Salvador abrió la puerta, pero fue Marcos quien se plantó en el umbral.

—Vengo a buscar a mi hermana —dijo Jorge, sin saludar.

—Pues tu hermana no se va contigo porque mamá me ha dado permiso para venir —replicó la interesada, asomándose junto a Marcos, que apoyó las manos a ambos lados del quicio, creando una barrera protectora a la altura de la cintura de Eva.

—Déjate de niñerías y sal de ahí. Te he dicho mil veces que no quiero verte con estos degenerados.

Los amigos de Jorge dieron gas, haciendo sonar las motos amenazadoramente, pero Marcos no se dejó amilanar.

—Y ella te ha dicho que te metas en tus asuntos. ¿No tienes vida propia, Jorge? ¿Qué pasa? ¿No superas que no te hayamos invitado a la fiesta?

El hermano de Eva y sus amigos se echaron a reír.

—¿A la fiesta de los pringados? ¿Qué tomáis, calimocho con vino de misa?

—Al oír las risas de los amigos, se vino arriba—. ¿Qué bailáis, el *Juntos como hermanos*?

Salvador apartó a Marcos y se encaró a los moteros.

—Entra y lo verás. Entrad todos, mi casa está abierta a todo el mundo.

Las risas se volvieron burlonas.

—Paso, gracias, padre —replicó Jorge—. Con la misa del domingo ya tengo bastante.

—Pues si no vais a aportar nada positivo, ya os podéis marchar —les dijo, con serena autoridad.

—Me largo, pero con mi hermana.

—Tu hermana está bien aquí; se irá cuando ella quiera.

—Como le pase algo, padre, lo haré responsable personalmente. —La mirada de Jorge se oscureció.

—Id con Dios, hijos. Que él os ilumine. —Salvador cerró la puerta, se apoyó en ella y suspiró—. Que siga la fiesta. Me vuelvo a mi despacho.

El religioso dejó a los jóvenes a sus cosas y Jon no tardó en imitarlo. Odiaba los conflictos, desde niño, y el choque con Jorge y sus amigos le había dejado mal cuerpo. Subió a la azotea y se sentó tras la gran chimenea de piedra rematada con un tejadillo a dos aguas y con un agujero redondo en la parte superior. Aunque esta vez, a la luz del atardecer, prefirió esconderse tras la construcción de piedra, por las noches le gustaba sentarse a caballo sobre el tejadillo. Más de una vez lo había encontrado allí Marcos, camino de su refugio, situado sobre el garaje vecino.

«Pareces un pajarraco ahí arriba», solía decirle.

Salvador le había regalado un diario con un águila grabada en la cubierta. Aunque prefería que le llamaran águila que no pajarraco, en esos momentos se sentía como un asustadizo gorrión, temblando en la mano de un chico con malas intenciones.

Todavía no había logrado calmarse cuando oyó el ruido de un motor acercándose. Esta vez no eran motos. Desde su mirador privilegiado, vio acercarse el coche de la Guardia Civil. Aunque parte de él quiso bajar corriendo para proteger a Eva y que no se la llevaran como se habían llevado a su hermano, el miedo lo paralizó.

«Es su padre, idiota», se recordó. «No le va a hacer nada.»

Esta vez fue Lucas quien abrió la puerta.

El sargento Aguado saludó y habló con la autoridad del que está acostumbrado a hacerse obedecer.

—Se acabó la fiesta. Eva, a casa.

Cuando Marcos abrió la boca para protestar, Eva le apretó la mano.

—Déjalo, igualmente ya casi es la hora que me dijo mi madre. ¡Voy, papá!

—Eva cogió sus cosas y se despidió—. Tere, ¿te dejamos en casa?

Ella miró a Mateo, que sonrió.

—Si quieres te acompaño.

A Tere se le iluminó la mirada.

—Vale —susurró, sonriente.

—Tere, te vienes con nosotros —replicó Aguado, que había entrado en el recibidor—. Le he dicho a tu madre que te dejaría en la puerta.

Mateo apretó los puños y Tere resopló, pero no protestó. No tenía ganas de arriesgarse a que la castigaran sin salir de casa cuando se acercaban las

vacaciones de verano,

Ya en la calle, Eva se volvió hacia los demás con el ceño fruncido.

—¿Y Jon? No me he despedido de él.

Desde su escondite, Jon levantó la cabeza y sonrió, pero la sonrisa se le heló en la cara al oír al padre de Eva:

—Mejor; no quiero que te acerques a ese chico, ¿me oyes?

A Marcos se le abrieron las ventanas de la nariz. Las injusticias lo sacaban de quicio, pero lo de Jon se llevaba la palma. No conocía a nadie de más buena pasta que él. Estaba casi seguro de que seguiría los pasos de Salvador en la Iglesia. Que lo trataran como si fuera el terrorista más buscado le parecía una atrocidad.

Tanto él como Lucas y Mateo se plantaron frente a la casa, con los brazos cruzados ante el pecho, como un comité de despedida. Salvador despidió a las chicas con la mano. Lena no salió en ningún momento.

Mientras el coche de la Guardia Civil se alejaba, un turismo se cruzó con él y se detuvo poco después frente a la verja de la casa vecina.

—Anda —comentó Salvador—, los Maier. Han venido pronto este año.

A Marcos no le pasó desapercibida la mirada de desconfianza del conductor del coche. Pero cuando sus ojos se encontraron con los de una chica rubia con los ojos claros en el asiento trasero, se olvidó de todo lo demás.

—Cómo ha crecido Úrsula —comentó Salvador, abriendo los brazos para animar a los chicos a entrar en la casa—. Dios la bendiga y nos dé a todos un verano tranquilo —añadió, mirando al cielo.

La mirada que Marcos cruzó con sus dos compañeros le dijo a Salvador que poca paz iba a haber ese verano en Aranjuez.

*Alepo, 2016*

Cuando Miluda les aseguró que se ocupaba ella de todo y los había enviado de vuelta a la fiesta de cumpleaños de Miriam, Marcos la había mirado y le había dado la mano para sacarla de la habitación de Bruno, pero no habían vuelto a la fiesta. Habían ido al edificio adjunto al hospital que ambos compartían con todos los cooperantes extranjeros y tras la cortina que separaba el camastro de Marcos del resto, se entregaron mutuamente.

Se quitaron la ropa con parsimonia. La urgencia que los había asaltado en el cuartito de enfermería se había transformado en algo mucho más pausado e intenso. Y cuando se quedaron desnudos uno frente al otro, siguieron desprendiéndose de capas aún más íntimas.

Mientras las manos de Marcos recorrían las sutiles curvas de las caderas de Miriam, ella trazaba un mapa de su pecho. Y aunque sus bocas seguían sedientas, se contuvieron, respirando el mismo aire, porque no podían dejar de mirarse a los ojos.

Cuando menos se lo esperaba, a Miriam la asaltaban los recuerdos de un tiempo de paz. Alepo, la ciudad habitada más antigua del mundo era también la más hermosa a sus ojos. Pero últimamente la belleza casi no se atrevía a asomarse por allí. Era como si los guardianes del Apocalipsis se hubieran instalado en los cuatro puntos cardinales, impidiendo la entrada de todo lo bueno y poniendo un carril directo a la maldad y la destrucción. Por eso las excepciones brillaban con tanta fuerza. Y eso era Marcos: una maravillosa excepción.

Mientras le acariciaba la mejilla hundida, la mandíbula firme y los labios

que parecían trazados por un escultor renacentista, Miriam supo que la belleza se había saltado los controles de seguridad —oculta tras la larga barba y la ropa harapienta— y se había colado en Aleppo. Y si el cuerpo de Marcos la obsesionaba desde hacía semanas, esa noche se había asomado a su alma generosa.

Sintió miedo. Miedo de que la parca se diera cuenta y se lo llevara. Los últimos años había sido un pozo sin fondo de pérdida: sus padres, las obras de arte de Palmira, sus amigos de Aleppo, compañeros del hospital... Entendía por qué él se había resistido tanto a este momento. Sabía que, si se entregaba a él para perderlo luego, el dolor sería insoportable. Sólo habría una cosa peor: tener la oportunidad de unirse a él y no hacerlo, por miedo.

Se dio cuenta de que él la estaba observando, leyendo las señales de su cuerpo.

—Miriam, te deseo desde el día en que llegué a Aleppo, pero no tenemos por qué seguir si no quieres...

Ella le cubrió la boca con la mano. Sus dedos formaban una especie de barrotes tras los que se adivinaban sus labios. Cuando él le rozó un dedo con la punta de la lengua, ella se estremeció.

«Hazme el amor», le pidió con la mirada.

Él la levantó en brazos y se sentó en el camastro con ella encima. La tumbó lentamente, acompañándola en la caída y ella separó las piernas para acogerlo entre ellas.

El león se alzó en el interior de Marcos, que se deslizó camastro abajo con la intención de devorarla. Ella, que había esperado una unión silenciosa y discreta bajo el refugio las mantas —varias personas dormían a pocos metros, separados sólo por cortinas— ahogó una exclamación.

Él se llevó un dedo a los labios y la mantuvo presa de su mirada mientras se perdía entre sus piernas. Miriam cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, tratando de mantenerse en silencio, pero el entusiasmo de Marcos no se lo puso fácil. Él le había sujetado las piernas y le acariciaba la sensible parte interna de los muslos con sus rugosos pulgares. Al ver que no tenía intención de parar de devorarla, Miriam se cubrió la cara con la almohada y se entregó al placer. El orgasmo, brusco e intenso, la sorprendió poco después. Marcos se alzó sobre ella, le apartó la almohada de la cara y la besó, bebiéndose los restos de su placer.

Mientras los últimos coletazos del orgasmo le recorrían el cuerpo, él le

susurró con la boca pegada a sus labios.

—Sed, nunca logro saciar la sed que tengo de ti.

Ella gimió y hundió los dedos en su pelo, ofreciéndole su boca para que bebiera.

—Miriam...

—Ven, te necesito —le susurró ella, aferrándose a sus caderas.

Él cerró los ojos un instante, enmarcándole el rostro ruborizado con las manos, y volvió a abrirlos para mirarla a los ojos mientras le preguntaba:

—¿Eres virgen? —Cuando ella abrió más los ojos, sorprendida, él se apresuró a añadir—: Ya sé que no es asunto mío, pero necesito saber si tengo que ir con cuidado.

Y cuando ella negó con la cabeza, Marcos pensó que ni una imagen de Murillo había sido nunca tan preciosa. Prefería no pensar en quién había sido el cabrón afortunado que le había descubierto los placeres del cuerpo. Por suerte no tenía que pensar, ni en eso ni en nada. Podía al fin hacer realidad lo que tantos meses llevaba deseando, visualizando, soñando.

Miriam alzó las caderas y gimió, impaciente, clavándole las manos en las caderas.

Él gruñó, le agarró las manos y se las levantó por encima de la cabeza, clavándolas en el colchón. Aprovechó el impulso y un instante después estaba dentro de ella, que gimió y luchó por liberar las manos. Pero el león había agarrado a su presa y no pensaba soltarla. Con embestidas fluidas y certeras Marcos fue encendiendo de nuevo una hoguera en el vientre de Miriam, que se mordía el labio para no gemir.

El nuevo orgasmo no la sorprendió. Lo notó acercarse lentamente, casi milimétricamente, mientras sus vientres se acoplaban, sus bocas respiraban el mismo aire y sus ojos compartían en silencio las sensaciones que los embargaban: incredulidad, euforia, placer.

Cuando Marcos se abandonó al goce, ella se liberó y volvió a abrazarlo con fuerza por la nuca. Él escondió la cara en el cuello de Miriam para acallar sus gritos de placer.

Ninguno de los dos pensó en usar protección. Hacía rato que Marcos era incapaz de pensar en absolutamente nada que no fuera la mujer cálida y acogedora que le acariciaba la cabeza con cariño sincero. Cuando una lágrima le resbaló por la mejilla, se dio cuenta de lo mucho que había echado de menos el amor de su madre.

Lo que Miriam le ofrecía iba mucho más allá que un polvo rápido en unos baños públicos o en el cobertizo de una torre de veraneo. Los sentimientos que le despertaba eran mucho más amplios y complejos. Sentía la necesidad de protegerla, pero también de poseerla, de mantenerla a su lado, de hundirse en ella como un labrador y hacer brotar de su vientre la vida.

—¿En qué piensas? —le preguntó ella, acariciándole la cara.

Marcos cerró los ojos, abrumado, convencido de que iba a ser incapaz de expresar las emociones que se habían apoderado de su pecho, pero al abrir la boca, resultó que era fácil. Con Miriam, todo era fácil.

—En lo mucho que te quiero —susurró, y sintiéndose en paz como un bebé en brazos de su madre, se quedó dormido.

\*\*\*

Cuando Bárbara se asomó tras la cortina que separaba el camastro de Marcos del suyo, puso los ojos en blanco al ver su cabeza pegada a una melena castaña. Sacudió la cabeza al verlo dormir como un angelito, empujando la punzada de celos a lo más hondo de su alma.

«Nada como una noche de sexo para curar el insomnio, ¿eh, Marquitos?»

Sabía de lo que hablaba. Ella misma se sentía descansada tras haber pasado la noche con Gabriel. El argentino le había dado justo lo que necesitaba: unas horas de risas y placer sin poner en riesgo el corazón. Ni el suyo ni el de nadie más. Marcos le gustaba mucho más que Gabriel, pero era demasiado peligroso para su paz mental. Podía sentir el tormento en su alma, un tormento que le recordaba demasiado al suyo propio.

Aunque la mayoría de personas se sentirían prisioneras en un sitio como Alepo y no pararían hasta escapar de allí, Bárbara no era una de esas personas. Ella había conocido una cárcel mucho peor, el infierno disfrazado de vida cotidiana de una familia perfecta. En Siria, Bárbara había recobrado la libertad.

Marcos se revolvió en el camastro y Miriam gimió.

Con una sonrisa irónica, Bárbara se hizo con una toalla y ropa limpia antes de dirigirse a la ducha.

Esa mañana no iba a tener que subir a la ciudadela a despertar a su silencioso y huraño compañero de equipo. Al parecer, la monja leona había



logrado que se olvidara de la claustrofobia.

\*\*\*

Miriam oyó cerrarse la puerta. Aunque había dejado que Bárbara creyera que estaba dormida, llevaba un rato despierta. Ver al estoico Marcos plantarse una funda de almohada alrededor del cuello y administrar liturgia y consuelo al moribundo como si lo hubiera hecho toda la vida la había afectado profundamente. El napolitano habría muerto igual, nadie se habría enterado. Marcos habría podido volver a la fiesta, fumar, beber a sus espaldas, montárselo con Bárbara o con cualquiera de las otras mujeres que estarían encantadas de compartir su cama, pero no lo había dudado. Había visto la oportunidad de llevar consuelo a un desconocido durante sus últimos minutos de vida y había saltado como un león, un león con alzacuellos que había derribado las defensas de su corazón, que estaban ya a punto de ceder.

Al despertar, Marcos se encontró con la mirada de Miriam, franca como un libro abierto. En ella Marcos leyó la épica batalla que tenía lugar ante sus ojos. Era evidente que lo quería tanto como él a ella, pero no menos obvio era el miedo que la paralizaba.

Habría podido tomar la iniciativa. Apoderarse de su boca, acariciarla entre los muslos y hacer que se perdiera en una nebulosa de sensaciones placenteras hasta que se olvidara de sus miedos. Pero el momento de la pasión a palo seco había pasado; ya no era suficiente, era la hora de la honestidad brutal y desgarrada. Si Miriam prefería mantener la distancia de seguridad, no sería él quien se lo impidiera.

Con su mirada le estaba pidiendo que se lo entregara todo, pero que tomaría lo que ella estuviera dispuesta a darle. Si era sólo su cuerpo, lo adoraría como hombres y dioses habían venerado a Ishtar, diosa del amor y la belleza, de la vida y la fertilidad.

Ella había cerrado los ojos y Marcos supo que era el momento de la verdad. Cuando volvió a abrirlos, una euforia contenida se apoderó del corazón de Marcos al leer la rendición en ellos.

—Con todo, Miriam. Voy con todo —le susurró, sujetándole la cara entre las dos manos.

—Eso es lo que me da más miedo —admitió ella.

Él asintió y la agarró por la nuca.

—Estamos en Aleppo, Miriam. Si quieres a alguien sensato a tu lado, busca en otra parte.

Ella no pudo contener una sonrisa y él aprovechó el momento para colarse de nuevo en su boca.

Miriam lo recibió con un gemido más elocuente que cualquier armisticio. Curiosa guerra, en la que ambos entregaron las armas al mismo tiempo.

*Aranjuez, 2010*

El curso llegaba a su fin. Las clases habían acabado y Marcos ya sólo tenía que ir al instituto para los últimos exámenes. Mateo y Jon se habían librado de varios finales porque tenían notas medias muy altas; los dos pasaban más rato con la cabeza metida en los libros que fuera de casa. Lucas y él, en cambio, tenían que presentarse a todos los exámenes. Y aunque Lucas había tirado la toalla antes de empezar y daba por hecho que le quedarían varias para septiembre, él aún tenía la esperanza de quitárselo todo de encima en junio. No por nada. No tenía padres a los que presentar la cartilla y pedirles una moto o cualquier otra cosa por su buen rendimiento, pero odiaba estudiar en verano, lo odiaba con todas sus fuerzas. El verano se había hecho para pasarlo al aire libre. Para nadar en el río, para salir de excursión de buena mañana y no volver hasta la noche. Para salir con los colegas, charlar y reír al fresco hasta el amanecer. Y también para sacarse un dinero con los trabajos de verano.

Los cuatro querían trabajar y lo habían hablado con Salvador, que no podía estar más de acuerdo. Y no sólo porque el dinero nunca sobraba en la casa, también porque la experiencia le demostraba que relacionarse con otra gente y ganar su propio dinero hacía maravillas con la autoestima de los chicos. Salvador tenía un acuerdo con varias empresas de la localidad, que se habían comprometido a dar prioridad a sus pupilos a la hora de contratar personal temporal en verano. Tenían que pasar una entrevista, como el resto de candidatos, pero si no la cagaban demasiado el trabajo era suyo.

Cuando todos —menos Jon— se habían pedido el trabajo de vigilante en la

piscina municipal, Salvador resolvió el conflicto diciendo que podría elegir el que sacara mejores notas. Y aunque Marcos se había esforzado un poco durante la última semana antes de los exámenes, no había podido competir con el historial de Mateo. Cuando Marcos lo acusó de empollón, Mateo le dirigió una mirada irónica.

—Tampoco me habrías ganado en las pruebas físicas. —Se encogió de hombros—. He pulverizado el récord de los cien metros en piscina descubierta de la zona.

Lucas y Marcos cruzaron una mirada exasperada.

—Hi pilvirizidi il riquird di lis ciin mitris... —repitió Lucas, con la madurez que lo caracterizaba.

Jon fue el siguiente en elegir. Con un brillo en los ojos muy raro de ver en él, pidió trabajar en la hípica, cuidando de los caballos.

—¿Quién quiere trabajar en el club de golf? —preguntó Salvador—. Es turno de tarde. El de mañana ya lo tienen cubierto.

—¡Yo! —exclamó Lucas—. Todas esas niñas ricas, meneando el culito con sus modelitos de marca y... —al ver la mirada reprobatoria que le estaba dirigiendo Salvador, guardó silencio mientras sus compañeros se aguantaban la risa.

—¿Y tú, Marcos?

Él se encogió de hombros.

—¿Qué opciones hay?

—Las bodegas de Carlos III, el huerto de Roberto o cuidar jardines. Cinco casas, una cada día de lunes a viernes. Incluye la limpieza de la piscina.

—¿Dónde ganaría más?

—Con los jardines.

—Pues no se hable más —dijo Marcos—. ¿Qué casas son? ¿Están muy lejos?

—La de los Martínez y los Fuentes están a las afueras, pero las otras tres no están muy lejos. De hecho, la de los Maier no puede estar más cerca.

—¿Los Maier? —repitió Jon, pero Salvador no tuvo ni tiempo de responder porque Marcos se puso de pie dando una palmada en la mesa.

—¡Míos! Los jardines son míos.

Lucas miró a su amigo con ironía y musitó algo que Salvador no entendió del todo, aunque le pareció reconocer el nombre de Úrsula.

*Alepo, 2016*

—¿Dónde la dejamos? —preguntó Marcos al llegar al hospital con la camilla en la que una mujer se debatía entre la vida y la muerte. No era el primer ni el segundo herido que transportaba esa mañana, tampoco sería el último.

—Donde puedas —respondió Miluda, agobiada.

Tras encontrar un rincón libre y asegurarse de que el personal sabía que la mujer estaba allí y que su estado requería intervención inmediata, se dirigió a los lavamanos para quitarse la sangre de los brazos antes de volver a las calles, aunque hablar de calles era un acto de optimismo. A medida que aumentaban las montañas de escombros, disminuía el número de calles por las que desplazarse. Y a las calles impracticables por los cascotes había que sumar las que quedaban en la línea de fuego de los francotiradores.

Mientras abría el agua pensó en que pronto tendrían que moverse por túneles, como los topos.

«Y cuando eso pase, será cuando yo me largue», le advirtió su claustrofobia.

Ahuecó las manos para coger en ellas un poco de agua. Al lavarse la cara, hizo una mueca. Aunque ya no le quedaba sangre en las manos, el sabor metálico nunca acababa de irse del todo. Llevaba años impregnando su vida: La sangre que limpiaba de la cara de su madre cuando su padre se quedaba dormido. La que le salía por la nariz y se colaba entre los labios cuando se peleaba con los «buenos» chicos en Aranjuez. El que le quedaba en las manos tras los combates a vida o muerte en Waziristán. Sólo cuando besaba a Miriam, su sabor lograba eclipsar todos los demás, hasta el de la sangre.

Volvió a la sala de primeras curas y la buscó. Tenía que volver a las calles, pero tal vez tuviera tiempo de robarle un beso mientras Bárbara volvía de cambiarse. ¿Había algo peor que pasarse el día rescatando víctimas de bombardeos en Alepo? Sí, hacerlo con la regla.

—¿Puedo invitarla a un café, señorita Casaldáliga?

Miriam se volvió hacia él, sorprendida, y le regaló el brillo de su mirada.

—No puedo irme.

—Estoy herido, necesito atención médica —insistió él, con su mejor cara de cachorrito.

—Marcos...

Él la agarró por la muñeca y tiró de ella.

—Necesito un chute de energía para poder seguir rescatando gente inocente. Vamos, enfermera, no le negarás un beso a un abnegado cooperante.

—¡Menuda jeta tienes tú! —lo reprendió Miriam, aguantándose la risa y dejando que la llevara a un rincón privado, algo nada fácil de encontrar en aquel hospital abarrotado.

—Al fin solos —susurró Marcos, apoyándola en la pared y abandonándose sobre ella.

Miriam gimió al notar la dureza de sus músculos, pura roca.

—¿Te chafó?

Ella negó con la cabeza.

—Esta abnegada enfermera también necesita un chute de energía, cooperante. —Buscándolo con las caderas, le agarró el pelo de la nuca, húmedo y revuelto, y lo atrajo hasta que sus bocas se fundieron en un beso hambriento.

Marcos la sujetó por la cadera y apretó la pelvis contra el acogedor vientre de Miriam, un trozo de paraíso en aquel infierno.

Ambos abrieron la boca para dejar escapar los gemidos que no les cabían en el alma, pero no por ello dejaron de besarse.

—Miriam...

—Marcos...

—No voy a poder esperar hasta esta noche... —Jadeó él, mordiéndole el labio inferior —. Te deseo tanto.

—Pues no esperes —susurró ella, buscándole el cinturón, frenética.

—Joder, Miriam, me vuelves loco. —Maldijo en silencio, deseando que llevara falda en vez de pantalones mientras tiraba de ellos hacia abajo.

—¡Marcos! —la voz de Bárbara llegó hasta ellos—. ¡Miriam!

—No respondas —le rogó Marcos, con la voz ronca, levantándola del suelo y empotrándola contra la pared.

Ella gimió, respirando entrecortadamente.

—Vaya, mira dónde se habían metido los tórtolos. —Bárbara los había encontrado.

—Joder, Barb. Danos cinco minutos —gruñó Marcos, sin mirarla.

—¿Cinco minutos? —La maña chasqueó la lengua—. Yo por cinco minutos, ni me pongo. —Cuando Marcos se volvió y la pulverizó con la mirada, añadió—: Miriam, tienes que venir; Miluda está mal.

Miriam miró a Marcos, que cerró los ojos y maldijo mientras la dejaba caer al suelo.

—¿Qué le pasa? —le preguntó a Bárbara, recolocándose la ropa.

—La chica que acabamos de traer.

—¿La conoce?

Bárbara soltó el aire antes de responder:

—La conocía; acaba de morir. Era su amiga, Fadwa.

—Joder. —Marcos fue tras Miriam, que había echado a correr al oírlo. Las encontró junto a la camilla. Aunque al sacar a la mujer de debajo de una pared que había caído a su paso no se había fijado en su edad, ahora que le habían lavado la cara, vio que no podía tener más de veinte años—. ¡Joder! —repitió, apretando los puños.

—¡Es tan injusto! Justo cuando había decidido irse al norte a luchar con las YPJ —se lamentó Miluda, entre sollozos—. Tengo que avisar a sus padres.

—Ve, yo te cubro —se ofreció Miriam.

—Pero, no puedo dejarte...

—Despierta a John antes de irte y dile que venga.

—Pero, apenas ha dormido...

—Pues como tú. —Miriam le indicó a Marcos con un gesto que se la llevara de allí—. ¡Vete! Vuelve cuando puedas.

—Vamos. —Marcos agarró a Miluda del brazo y la apartó de su amiga—. Te acercaremos. ¡Bárbara!

—Eh, eh, que no soy yo la que se entretiene por los cuartitos —protestó la maña, ganándose una nueva mirada asesina de su compañero de equipo.

Por el camino, entre sollozos, Miluda les contó que la familia de Fadwa, los Sukkar, la habían acogido en su casa cuando la de sus padres se vino abajo

por los bombardeos. Aunque durante muchos años ambas familias habían competido por arrebatarse clientes mutuamente, cuando se iniciaron los bombardeos cualquier rivalidad anterior había desaparecido.

Miluda los guio por el laberinto de calles y ruinas y, al cabo de una media hora, los hizo detenerse frente a una casa polvorienta. Al entrar en el vestíbulo, fue como dejar atrás el caos y entrar en un oasis de tranquilidad. Era una especie de almacén, con grandes paquetes a lado y lado. Marcos quiso preguntar qué había en ellos, pero le pareció una falta de respeto.

Miluda cruzó un patio cuyos ventanales estaban protegidos por parapetos formados por más de esos paquetes. Sólo una delgada franja de dos dedos en la parte superior dejaba pasar la luz y el polvo. Era como vivir en una trinchera.

Cuando Miluda entró en las estancias más internas de la casa, un grito desgarró la paz de la casa.

—¿Qué hacemos? —susurró Miriam.

—Espera un momento, por si hay que atender a los padres.

Un río de gente empezó a llegar de lado y lado, aunque no se abrió ninguna puerta. Marcos no se extrañó porque no era la primera vez que cruzaba las casas de los vecinos para llegar hasta alguna vivienda derrumbada. Como demostraba el cuerpo sin vida de la joven que habían dejado en el hospital, salir a la calle se había convertido en una actividad muy peligrosa. Los habitantes de la ciudad habían abierto puertas entre las casas colindantes y las habían cubierto con cortinas para poder recorrer la ciudad arriesgándose lo menos posible.

Movido por la curiosidad, se acercó a uno de los paquetes, alzó un trozo de envoltorio desgarrado y vio que contenía libros, encuadernados con mimo. Recordó a Salvador, animándolo a estudiar y diciéndole que los libros eran los mejores aliados contra la barbarie. Sacudió la cabeza, pensando que en Alepo se habían convertido literalmente en una barricada contra el terror.

Miluda se asomó a la puerta.

—¿Podemos hacer algo? —preguntó Marcos.

Ella negó con la cabeza.

—No, pronto irán a buscar a Fadwa al hospital, pero tienen quien los lleve, no os preocupéis. Gracias por traerme. Yo volveré con ellos.

—Pues nos vamos. —Bárbara se dio la vuelta.

—Diles que lo sentimos mucho —Marcos golpeó el casco con el puño y



dio media vuelta para seguir a su compañera.

\*\*\*

Horas más tarde, Marcos descansaba tumbado en el camastro con un brazo detrás de la cabeza y la mirada fija en el techo. Al ver a Miriam volver de su inacabable jornada, pálida y ojerosa, desplegó el brazo, invitándola a refugiarse en él.

Ella se tumbó a su lado, apoyó la cabeza en su pecho desnudo y cerró los ojos, mientras él le acariciaba la espalda y la besaba rítmica y suavemente en la coronilla. Tras pasarse el día tratando de aliviar el sufrimiento ajeno, el calor y cariño de Marcos fueron la mejor tregua. Estaba extenuada, física y mentalmente. Mantener la serenidad y la sonrisa ante los heridos era agotador, pero necesario. Mientras se daba una ducha antes de acostarse, se había imaginado que se metería en la cama, se encaramaría sobre el cuerpo de Marcos, duro como una piedra, y montaría sobre sus caderas hasta que un orgasmo la hiciera olvidarse de todo.

Le acarició el pecho y él se apoderó de su mano y la besó con reverencia.

—Marcos —susurró y no pudo seguir. La angustia le cerró la garganta.

—Shhh. —Él le abrazó la cabeza con fuerza y la pegó a su pecho, sabiendo lo que necesitaba—. Estás en casa, estás a salvo.

Miriam soltó las barreras que llevaba todo el día sujetando y rompió a llorar hasta que se vació.

*Aranjuez, 2010*

—¡Lucas! ¡Haz la cama antes de empezar las clases! —gritó Ana, al verlo dirigirse a la escalera a toda velocidad.

—No puedo, Anita —replicó, contento y zalamero—. Lena está llegando, la he visto por la ventana.

Ella puso los brazos en jarras y cruzó una mirada con Jon, que estaba escribiendo una carta en su escritorio.

—Si hubiera puesto ese entusiasmo en estudiar durante el curso, lo habría aprobado todo.

El callado Jon le dirigió una sonrisa por encima del hombro y siguió escribiendo.

—¿Todo bien, hijo? —se interesó ella.

—Sin novedad.

El hermano mayor de Jon estaba en la cárcel. Jon llevaba un año queriendo visitarlo, pero no se lo permitían. Sus padres no querían saber nada de su hijo mayor, Julen, después de que lo detuvieran y encarcelaran por pertenencia a banda terrorista. Furiosos, desorientados y muy asustados, habían pedido ayuda al sacerdote de su parroquia, que les había hablado de Salvador. Tras dejar a un destrozado Jon en Aranjuez para apartarlo del entorno de su hermano, habían desaparecido. Y si el joven no acababa de asimilar que su hermano fuera un terrorista, todavía entendía menos que sus padres pudieran dar carpetazo a su familia de esa manera. Sentía que lo habían condenado por los crímenes de su hermano y que cumplía pena en casa de Salvador, junto a sus compañeros.

Al menos, su vida había mejorado muchísimo desde que empezó a trabajar en la hípica. Acostumbrado al rechazo, casi no hablaba con nadie, pero cuando se quedaba a solas con los caballos, podía relajarse y mostrarse tal como era. Algunas personas que visitaban la hípica por primera vez mostraban miedo de los caballos, pero Jon no. Ningún animal le daba miedo, sólo el ser humano.

Dejó la carta para más tarde y bajó a desayunar a la cocina.

—¿Me habéis dejado algo, alimañas? —preguntó a Mateo y a Marcos, que estaban charlando mientras tomaban leche con cacao y madalenas.

—Solo porque Ana nos ha amenazado con cortarnos la mano si nos comíamos las tuyas —admitió Mateo, encogiéndose de hombros.

—Dice que tienes que crecer —añadió Marcos, por tocarle las narices.

—No ha dicho eso.

Jon se sentó junto a los otros dos y comió sin mucha hambre. ¡Qué ganas tenía de pegar el dichoso estirón! Ana siempre le decía que no tuviera prisa; que cuanto más tardara en crecer más crecería luego, pero él no lo veía nada claro. Se temía que, de tanto andar encogido para que nadie se fijara en él, iba a quedarse hecho un hobbit toda la vida.

Lucas entró en la cocina y trató de llevarse el plato de madalenas, pero Marcos se lo arrebató y lo colocó fuera de su alcance.

—Ni de puta broma, tío. ¿De qué vas?

Lucas le dirigió una mirada homicida.

—Lena no ha desayunado. ¡No va a dar clases con el estómago vacío!

—¿Por qué no? —replicó Mateo—. Así lo tendrá a juego con tu cerebro.

Lucas se abalanzó sobre él.

—¡Será capullo el niño pijo!

Mateo se defendió, riendo.

—¡Haya paz! —Jon golpeó la mesa con las dos manos—. Ve con Lena, Lucas. Ahora os saco desayuno para los dos.

Tras señalar a Mateo con un dedo amenazador, el de Vigo se alejó de la mesa.

—No me calientes —le advirtió al mallorquín antes de marcharse—, que ya sabes que me enciendo.

Sus tres compañeros intercambiaron una mirada.

—Lo sabemos, lo sabemos —murmuró Marcos.

*Alepo, 2016*

Varios días más tarde, Marcos, Miriam, Bárbara, Miluda y Gabriel compartían cena y charla en la residencia de cooperantes. Aunque Miluda seguía viviendo en casa de los padres de Fadwa, esa noche estaba de guardia.

—¿Cómo están los padres de tu amiga? —le preguntó Marcos.

—Muy mal. El padre no se perdona no haberse marchado cuando su mujer se lo pidió. Y la madre... no le dirige la palabra. Lo acusa de haber puesto el negocio por delante de la vida de Fadwa.

Miriam sacudió la cabeza.

—Las bombas destrozan mucho más que cuerpos; destrozan familias.

—Él le recuerda que Fadwa quería quedarse; que los libros eran su vida y que quería mantener el negocio familiar, pero ella no escucha. El dolor no la deja razonar.

—¿Qué van a hacer ahora?

Miluda hizo una mueca.

—La madre de Fadwa quiere irse al Líbano con su hermana. Dice que la casa se ha convertido en una tumba; que odia a los libros que los han enterrado en vida. Los acusa de no dejar pasar las balas, pero tampoco la luz.

Marcos sacudió la cabeza.

—No es culpa de los libros.

—No piensa con claridad. ¿Puedes culparla?

Marcos negó con la cabeza y preguntó:

¿Y el padre?

—Quiere irse con ella. Aunque la madre dice que no lo dejará entrar en

casa de su hermana, él está decidido. Se culpa de haber acabado con la vida de su hija y de los hijos y nietos que su hija ya no podrá tener. Dice que ha roto la cadena de la vida y que no va a haber perdón para él. Que su único objetivo en la vida es proteger a su mujer. Quiere verla a salvo en casa de su hermana; lo que le pase después le da igual.

—Jodida culpa —maldijo Marcos entre dientes.

—Ay, Dios —susurró Miriam—. Qué pena.

—Mucha —siguió diciendo Miluda—. Está buscando comprador para los libros. Bueno... en realidad está dispuesto a regalarlos. Sólo busca a alguien que le prometa ocuparse de ellos. —Sacudió la cabeza—. Ojalá mi padre estuviera aquí y pudiera...

—¿Por qué no te los quedas tú? —le preguntó Bárbara.

Miriam y Miluda sacudieron la cabeza a la vez.

—Ojalá, pero es imposible. No tengo dinero y los clientes se han marchado.

—Esto no puede durar mucho. —Marcos negó con la cabeza—. Tiene que acabar de una manera o de otra.

—Hace cuatro años que oigo decir lo mismo —replicó Miluda, desesperanzada—. Parece que el Daesh se retira a Irak, pero temo que contraataquen en cualquier momento. Si imponen sus leyes, las mujeres no podremos comerciar.

—No podremos hacer nada —corroboró Miriam con rabia.

—Cada vez lo tengo más claro. —Miluda cruzó una mirada con Miriam y al ver que ésta negaba con la cabeza, dejó la frase a medias.

—¿El qué? —preguntó Marcos.

—Nada; tengo que volver, descansad si podéis. —Miluda salió del comedor, pero regresó poco después—. Miriam, están preguntando por ti.

Marcos se puso en alerta.

—¿Quién? —preguntó, lo que hizo que Miriam le dirigiera una mirada molesta.

—¿Quién? —repitió ella.

—Dos hombres. Dicen que eran amigos de tu padre.

Miriam suspiró y se levantó.

—Voy.

—Te acompaño —dijo Marcos. No fue una pregunta, ni una sugerencia. A Miriam le sonó como una orden, y tras la charla que había mantenido con

Miluda aquella tarde, no estaba de humor para aceptar órdenes de nadie. Miluda se iba al norte para unirse al ejército de mujeres de Rojava, a luchar contra el Daesh, pero también contra las costumbres que oprimían a las mujeres en todas las culturas. Aunque odiaba la violencia, Miriam había sentido unas tremendas ganas de acompañarla, de salir de la ratonera que era Aleppo y de sentir el viento en la cara.

—No, Marcos —le dijo con decisión—. Me buscan a mí, no a ti. No necesito guardaespaldas y desde luego, no necesito carcelero.

Él se echó hacia atrás, como si acabara de darle un puñetazo. Con una diferencia: un puñetazo le habría dolido menos.

\*\*\*

Horas más tarde, Marcos regresó. Había subido a la ciudadela con la idea de pasar la noche allí. La acusación de Miriam había abierto la caja de los recuerdos. Todo volvió de golpe: la angustia de los meses pasados en una cárcel de Afganistán —por llamar de alguna manera a aquel agujero en el suelo en una cueva en las montañas—, el hambre, el frío, el miedo, el sudor cuando la claustrofobia se volvía insoportable, los benditos desmayos que ayudaban a pasar el tiempo más deprisa pero que lo dejaban cada vez más débil y desorientado, la seguridad de que nunca volvería a ver la luz del sol...

Pero para su desesperación, la ciudadela había dejado de ser un refugio contra la ansiedad. Ni siquiera allí había conseguido el aire suficiente para dejar de notar la banda metálica que le oprimía el pecho. Sólo en brazos en Miriam era capaz de relajarse.

—¡Maldita sea! —gritó, desde lo alto de la ciudad cuatro veces milenaria—. ¡Maldita sea, Miriam! ¿Qué me has hecho?

Como un loco, se adentró en el túnel y recorrió las calles oscuras sin prestar atención a posibles francotiradores. Se obligó a calmarse antes de llegar al hospital. Saludó a los soldados que guardaban las puertas y entró en el edificio anexo, al que —tras tapiar la puerta de la calle— se accedía desde el vestíbulo del hospital para aprovechar la protección de los guardias.

Al llegar junto al camastro de Miriam, se quedó observándola en silencio. Ella parecía dormida, con el brazo sobre los ojos, pero no lo estaba. Al oírlo respirar, apartó el brazo y se sentó de un brinco.

—Gracias a Dios —exclamó Miriam y él se lo tomó como una invitación a acompañarla. Corrió la cortina y se sentó, quedando frente a ella. Separados del resto del mundo por la delgada cortina, Miriam lo miró preocupada—. ¿Estás bien?

—Dímelo tú —susurró él.

Miriam hizo un ruido exasperado y sacudió la cabeza. Sin querer pensar en ello, llevaban meses preparándose para este momento. Ambos sabían que estaban en una especie de purgatorio personal, expiando sus culpas y sus traumas y precisamente por eso no podían embarcarse en una relación. Sabían que era suicida poner el bienestar y la felicidad en manos de alguien tan inestable como uno mismo, pero la atracción entre ellos había sido más fuerte que la cordura.

—Ya te he dicho que no es sano depender de otra persona para estar bien, Marcos.

Él la agarró por el pelo y la obligó a mirarla a los ojos.

—Cierto, me lo has dicho, pero mi corazón es sordo o analfabeto. No lo entiende, Miriam. Y yo tampoco entiendo qué está pasando aquí. ¿Por qué de repente Miluda y tú me miráis como si fuera el enemigo? Si quieres acabar conmigo, pégame un tiro, me dolerá menos.

Ella trató de liberarse de su agarre, pero no pudo.

—Suéltame.

Marcos cerró los ojos, expulsó el aire lentamente y la soltó.

—¿Qué pasa, Miriam? ¿Qué le pasa a Miluda?

—Pregúntaselo a ella.

A Marcos se le abrieron las ventanas de la nariz. Inspiró hondo y buscó dentro de sí la fuerza que necesitaba para no perder el control. Sabía que de lo que pasara en los próximos minutos podía depender toda su vida. Volvió a inspirar y soltó el aire contando hasta diez.

—Eso haré, cuando la tenga delante. Pero ahora te tengo delante a ti, así que, dime, Miriam, ¿qué te pasa a ti? ¿Qué querían esos hombres?

Ella llevaba un par de horas repitiéndose que no tenía por qué darle explicaciones a Marcos. Que era una mujer libre, que tomaba sus propias decisiones, pero verlo abatido, buscando respuestas, abriéndole su alma y dejándole ver lo importante que era para él, derribó sus barreras... una vez más.

—Quieren que los acompañe al norte.

A él se le abrieron las ventanas de la nariz.

—¿A luchar? ¿No eran arqueólogos?

Ella asintió.

—Sí, uno de ellos, John Swindon, fue alumno de mi padre. El otro es el doctor Livingston; pertenece a CyArk, una organización que conserva el legado cultural, trazando mapas en 3D para ayudar a la conservación y a la reconstrucción llegado el caso. Luchan contra el genocidio cultural.

Marcos ladeó la cabeza.

—¿Y qué hay al norte? ¿No hay bastante patrimonio que proteger en Aleppo?

—Sí, muchísimo, pero aquí hay equipos organizados y ya se hizo un gran trabajo cuando empezaron los bombardeos. Parece que el Daesh se dirige hacia un antiguo asentamiento donde se encontraron mosaicos griegos y romanos de gran valor. Se ha logrado que la UNESCO aporte fondos para protegerlos. La idea es trasladar todo lo que se pueda al museo de Zeugma, en la ciudad de Gaziantep.

Marcos ladeó la cabeza.

—Parece que lo tienen todo organizado. ¿Para qué te necesitan?

Ella le dirigió una mirada irritada.

—No me necesitan —repitió la última palabra con énfasis—. Nadie es necesario, ya nos lo recuerda la guerra cada día. Pero han pensado que si mi nombre aparece en el proyecto, será una manera de hacerle un homenaje a mis padres.

Marcos sintió que la situación se le escapaba de las manos. Quería proteger a Miriam de la maldad de los terroristas, pero no sabía cómo hablarle para no ahuyentarla.

—No vayas, por favor —susurró al fin—. Estoy seguro de que tus padres preferirían saber que estás a salvo; no querrían que te pusieras en peligro por su culpa.

Miriam apretó los puños. Odiaba la palabra «culpa» con toda su alma.

—¿No sería por su culpa! —replicó, susurrando con rabia—. La culpa es de los que atacan y destruyen, no de los que cuidan y defienden el patrimonio de todos.

Marcos se llevó las manos a la cabeza y se tiró del pelo hacia atrás, con impotencia.

—Lo sé, lo sé. ¡Joder, Miriam! Es que no sé cómo decirte que no quiero



que vayas. No soportaría perderte. —Se volvió hacia ella y le sujetó la cara entre las manos para obligarla a mirarlo a los ojos—. ¡Deja al menos que vaya contigo!

Miriam trató de bajar la mirada, pero él no se lo permitió. La vulnerabilidad y honestidad que vio en sus ojos se le clavaron en el corazón. Si seguía mirándolo, se le colaría dentro y sería incapaz de negarle nada. Cerró los ojos y Marcos sintió que le cerraba en la cara las persianas metálicas de su alma.

Derrotado, se echó hacia atrás, soltándola.

—Será una misión rápida y secreta —susurró ella, con la vista clavada en su regazo. No podía mirarlo a los ojos o perdería la fuerza para hacer lo que tenía que hacer—. No hay sitio para nadie más en el coche. —Era una excusa absurda. Sabía que Marcos pararía el primer vehículo que pasara y la seguiría al norte si ella se lo permitiera. Sabía que la seguiría corriendo si hiciera falta, pero necesitaba hacerlo sola—. Iremos, nos llevaremos lo que se pueda y lo que no lo camuflaremos y lo protegeremos con yeso y sacos de arena. Haremos fotografías de todo para poder reconstruir en el lugar exacto. Visitaremos el museo de Gaziantep y grabaremos un vídeo para que esos asesinos vean que no acabaron con la misión de mis padres.

Marcos asintió y, aunque su orgullo le estaba gritando que dejara de arrastrarse, comprobó que había sentimientos más fuertes que el orgullo.

—Lo entiendo, pero deja que te acompañe, por favor. No sabrás ni que estoy ahí. Me mantendré en segundo plano.

Ella negó con la cabeza. Se había pasado la vida a la sombra de alguien. Siendo la hija del prestigioso profesor Casaldáliga y de la brillante doctora Santaolaya. Ni siquiera había ido a la universidad porque la guerra lo había desbaratado todo, pero, como le decía todo el mundo, en ninguna facultad habría aprendido todo lo que había mamado junto a sus padres.

Aunque no lo había reconocido nunca en voz alta, la muerte de sus padres había supuesto una liberación. Adoraba a sus padres, los echaba de menos y maldecía a los desgraciados que habían acabado con sus vidas, pero en Alepo había encontrado una vida nueva, distinta a la que todo el mundo le había adjudicado. Era como si, en vez de arqueólogos, sus padres hubieran sido reyes de Palmira y ella la princesa heredera, cuyo destino hubiera estado decidido desde el día en que nació.

En el hospital de Alepo había encontrado una nueva vida, una nueva

familia. Y esa sensación de liberación, de haber huido de un destino marcado la hacía sentir la persona más despreciable del mundo. ¿Cómo podía sentirse liberada por algo tan espantoso? Debería de estar sintiendo odio, ansias de venganza, eso podría entenderlo, pero ¿liberación?

Le había costado mirar a los arqueólogos a la cara. Tenía la sensación de que descubrirían su secreto, que sabrían que no estaba haciendo el duelo de sus padres como debería, que todo el mundo sabría que no era digna hija de sus padres. Cuando le hablaron del proyecto —que se grabaría en vídeo y se distribuiría por las televisiones internacionales—, sintió pánico. ¡No quería que el ISIS supiera de su existencia, que le pusieran cara y se enteraran de su paradero! ¡No quería que la mataran! Llevándose la mano al cuello de manera instintiva, respiró hondo varias veces hasta que las ganas de salir corriendo se calmaron.

Como si supieran por lo que estaba pasando, los arqueólogos le dieron todo el tiempo que necesitó. Y cuando el pánico disminuyó, Miriam se dio cuenta de que la vida le estaba ofreciendo una oportunidad única de redimir su culpabilidad, de demostrar que era tan valiente como sus padres, digna de llevar sus apellidos.

A su lado, Marcos malinterpretó su silencio.

—Ya veo —dijo, soltando el aire por la nariz—. No quiero avergonzarte delante de esos importantes arqueólogos. No te preocupes, no te molesto más.

Miriam se volvió hacia él y le acarició la mejilla, pero él fijó la vista en la pared.

—Marcos. Eres lo mejor que me ha pasado en Alepo. Te miro y siento muchas cosas, pero te aseguro que vergüenza no es una de ellas. —Le acarició el torso—. Volveré y cuando regrese haremos cosas juntos. No quiero que estés en segundo plano; te quiero a mi lado, pero necesito hacer esto sola. Espero que lo entiendas —le dijo con más seguridad de la que sentía en realidad.

«Te quiero», le dijo con los ojos, pero él no lo vio porque seguía con la mirada clavada en la pared. Estuvo a punto de decírselo con palabras, pero tuvo miedo de que él se lo tomara como una muestra de debilidad y aprovechara su amor para exigirle que le permitiera acompañarla. Se habían jurado vivir al día, sin promesas ni ataduras mientras estuvieran en la ciudad sitiada. Ambos sabían que enamorarse y perder luego al ser amado sería la peor tortura que pudieran experimentar, y no querían causarle al otro más

daño.

—¿No dices nada? —murmuró ella.

Marcos negó con la cabeza.

—Te lo diré cuando vuelvas, Miriam.

—¿Te quedas a dormir conmigo?

Marcos oyó un crujido y no supo si era su corazón partiéndose en mil pedazos o el camastro, del que acababa de levantarse. No había nada en el mundo que deseara más que pasar la noche con la cara hundida en el pecho de Miriam, el único lugar en el mundo donde podía respirar, pero sabía que, si la abrazaba, nada ni nadie lograrían convencerlo de que la soltara. Y ella necesitaba marcharse. Había tomado una decisión y su mente ya se había marchado de Alepo, dejando atrás las ruinas del corazón de Marcos.

—Vuelve, Miriam —le rogó, porque la posibilidad de que no lo hiciera era demasiado aterradora—. Te estaré esperando.

Y aunque Miriam lo vio desaparecer tras la cortina y oyó sus pasos dirigiéndose a la puerta, él ya no estaba en el hospital. El suelo se había abierto bajo sus pies, dejándolo caer directo al infierno, una vez más.

# ***TERCERA PARTE***

*Aranjuez, 2010*

—Me voy, Ana. —Salvador salió de su habitación—. ¿Necesitas algo de Alcalá?

—No, gracias, padre. Cuidado en la carretera.

—Me encomendaré a san Cristóbal, hija.

—Bien hecho, pero igualmente vaya con cuidado que los camiones van como locos.

Salvador sonrió y bajó la escalera. Al ver que Lucas y Lena estaban enfrascados dando clases, se llevó un dedo a los labios y se metió en la cocina donde encontró a Marcos, desayunando solo.

—Buenos días nos dé Dios.

Marcos hizo un ruido con la boca llena que podría pasar por un «buenos días» echándole imaginación y buena voluntad.

Salvador llevaba cuatro horas levantado. Había desayunado, reflexionado y escrito un rato y había quedado en Alcalá con su amigo y hermano en la fe, el padre Román. Mateo y Jon ya habían salido en bicicleta hacia sus respectivos trabajos en la piscina y la hípica.

—¿Todo bien?

Marcos se metió otra madalena en la boca y asintió. Salvador disimuló una sonrisa. Le encantaba verlo así, relajado, seguro de sí mismo.

—¿Quieres que te acerque a la casa? ¿Dónde te toca hoy?

A Marcos se le encendió la mirada.

—No hace falta —Señaló con el pulgar—. Voy aquí al lado.

Salvador estuvo a punto de decirle que fuera con cuidado y no se metiera en líos con Úrsula, la hija de los Maier, pero se mordió la lengua.

Lucas apareció en la puerta y Marcos agarró el plato de madalenas, aunque ya sólo quedaban dos. Que el gallego no reaccionara amenazando a su compañero le dijo a Salvador que estaba concentrado en algo que le interesaba mucho más que la comida o las broncas con sus colegas.

—Padre, hoy es viernes.

Salvador alzó las cejas, sin saber a qué venía el recordatorio.

—Lo sé. ¿Em, quieres confesarte?

A Marcos se le escapó la risa por la nariz y esta vez Lucas sí que lo amenazó con el puño antes de aclararle las cosas al sacerdote.

—No. Quedamos que Lena cobraría las clases una vez a la semana, los viernes.

—¡Ave María purísima! Tienes razón, me olvidaba; voy a buscar el dinero.

Salvador subió la escalera y volvió a encontrarse con Ana, que salía del baño.

—El que no tiene cabeza... —comentó ella.

—Más vale que tenga pies —acabó él, resoplando.

Entró en la habitación, donde la cama deshecha se estaba ventilando; cogió la llave de su escondite, abrió el cajón y sacó el dinero acordado del sobre donde guardaba el dinero para las clases de todo el verano. Tras hablarlo con Lucas, acordaron que Salvador se quedaría con parte del dinero que ganaba en el club de Golf para pagar las clases. Lena tendría un trabajo de verano lejos del club y Lucas tendría la motivación necesaria para aprobar el curso en septiembre. Todos salían ganando.

—Me voy a currar —llegó la voz de Marcos desde la puerta.

—¡Ten cuidado, no vuelvas a quemarte la espalda! —le gritó Ana, pero él ya no la oyó porque ya estaba fuera de la casa, mirando hacia el chalet de los vecinos, los Maier, con cuya hija Úrsula llevaba toda la semana fantaseando.

*Alepo, 2016*

Una vez más.

Un puto círculo del infierno más.

Cuando creía que había acabado el descenso y que al fin podría regresar a la superficie y dar una bocanada de aire no viciado, la vida se encargaba de recordarle que de allí no se salía.

«Abandonad toda esperanza», le recordó su conciencia, que solía tomar prestada la voz de Salvador.

Bárbara lo había arrancado de la cama donde se había despertado solo. Su idea era despedirse de la directora y acompañar a Miriam en su expedición arqueológica aunque fuera en contra de su voluntad, escondido, siguiéndola a distancia, pero Bárbara le había leído la cartilla mientras desayunaban. Le dijo que seguir a Miriam sería la mejor manera de perderla para siempre. Tenía que demostrarle que la respetaba a nivel personal y profesional si quería mantener una relación con ella.

Las bombas se habían encargado de recordarle que la actividad en el infierno no se detenía por mucho que a él le hubieran roto el corazón. Bárbara tenía razón, su presencia en la ciudad podía suponer la diferencia entre la vida y la muerte para familias indefensas. Y Miriam... Miriam llevaba guardias armados en su equipo. Estaría bien.

Eso se obligó a creer.

Con el orgullo herido, en carne viva, se había dejado convencer para ponerse en marcha como si fuera un día cualquiera. El sol estaba ya en lo más alto del cielo; habían rescatado a un joven con vida y habían liberado de los

escombros a cuatro cadáveres: en eso se había convertido su día a día.

—¿Vamos a comer algo? —propuso Bárbara.

Marcos hizo una mueca.

—No tengo hambre. —Se le había cerrado el estómago; tenía la sensación de que no iba a poder comer nunca más. A medida que el orgullo se había ido deshinchando, la ansiedad había ocupado su lugar. Llevaba horas sin ver a Miriam, horas que se le habían hecho eternas. ¿Cómo iba a poder sobrevivir días o semanas sin saber si estaba viva y a salvo?

«Imposible», se dijo.

Un débil sonido le hizo girar la cabeza bruscamente, como si fuera un radar. Más que el oído, fue la intuición la que le dijo que había alguien bajo unas ruinas. Sin responder a su compañera, se dirigió corriendo a otra zona de la casa bombardeada donde llevaban toda la mañana desescombrando.

—¡Marcos, joder! —protestó ella—. Vamos, no queda nadie.

—Ve a comer algo, ¡yo me quedo! —gritó antes de lanzarse de rodillas sobre los cascotes. Notó que la piel se rasgaba bajo los pantalones, pero no se detuvo. Siguió agarrando piedras y lanzándolas hacia atrás, por encima de la cabeza.

El mismo ruido le alcanzó los oídos, débil, mucho más débil que los gritos de su cerebro.

«Joder, parece un bebé, pero es imposible, alguien lo habría echado de menos.»

Cuando se encontró con una losa de granito, había entrado en una especie de trance. Sabía que no podía levantarla solo, pero su cuerpo ya no obedecía las instrucciones de su mente. Arrancó un hierro de entre las ruinas, despellejándose las manos, e hizo palanca. Era imposible que se moviera, pero a su rabia le daba igual. Con un grito de impotencia, apoyó todo el peso en la barra de hierro y empujó con el pie en unos cascotes cercanos.

Y el infierno se abrió bajo sus pies.

Cayó en un hueco que acababa de abrirse entre los cascotes, un hueco que pareció crearse sólo para engullirlo, porque volvió a cubrirse con una nueva avalancha de cascotes.

Trató de gritar pidiendo ayuda, pero el polvo que se había levantado le provocó un ataque de tos. Arañó los cascotes que tenía ante la cara al darse cuenta de que se había quedado encerrado y la sensación de ahogo se multiplicó por mil.



«Hasta aquí he llegado», se dijo. «Perdóname, madre, por no protegerte.»

\*\*\*

En la superficie, Bárbara se tiraba de los pelos. Había parado un cuarto de hora para comer algo y descansar los brazos y al volver al lugar donde había dejado a su compañero, había encontrado los escombros envueltos en una nube de polvo.

—¡Marcos! ¿Dónde coño estás? ¡Marcoooooooooos! —Se estremeció al oír un gemido bajo los cascotes—. ¡Marcos, aguanta! ¡Voy a buscar ayuda! ¡Te sacaré de ahí! ¡Te lo juro por la virgen del Pilar!

\*\*\*

—¿Dónde está Miriam? —preguntó Bárbara a Gabriel, mientras agarraba los tobillos de Marcos para trasladarlo de la camilla de emergencias a la del hospital.

—Se ha ido ya.

—¡Joder! ¡Sin despedirse ni nada!

—Me ha pedido que te dé esto. —Le entregó una nota doblada, que Bárbara se guardó en el bolsillo.

—¿Y el médico?

—Está avisado, vendrá en cuanto pueda. ¿Has detectado alguna posible hemorragia interna?

Bárbara negó con la cabeza.

—La tensión y el pulso son normales.

—¿Heridas en la cabeza que justifiquen la falta de consciencia?

—No parecen profundas. —Bárbara apartó el pelo ensangrentado de la cara de su compañero—. Él... tiene claustrofobia. Probablemente se desmayó al no poder soportar estar encerrado bajo los cascotes.

Gabriel sacudió la cabeza.

—Lo mejor que le podía pasar. ¿Y ese gatito?

Bárbara contempló el cachorro muerto que Marcos se negaba a soltar y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Quítaselo tú, tío. Yo no he sido capaz.

\*\*\*

Mientras a su alrededor el sufrimiento y la desesperanza se convertían en rutina, Marcos seguía sumido en la oscuridad más asfixiante. En su mente, volvía a tener doce años y volvía a estar preso en el armario de su habitación, donde su madre lo encerraba y escondía la llave para que su padre no lo encontrara cuando volvía a casa convertido en un monstruo violento.

—¡Mamá! ¡Ábreme! ¡Sácame de aquí! ¡Quiero salir!

Pero su madre no lo oía y la noche parecía no tener final.

Cuando la puerta del armario se abrió al fin, horas y horas más tarde, no fue su madre quien lo liberó sino la policía, acompañada de la vecina.

—¿Dónde está mi madre? —le preguntó, con la garganta seca.

—En el hospital. Va a tener que quedarse unos días —respondió la vecina.

—¿Y mi padre?

—En comisaría —respondió el compañero de su padre y, por la expresión de su cara, Marcos supo que esta vez estaba del otro lado de los barrotes del calabozo—. ¿Se queda usted con el niño entonces? —le preguntó a la vecina.

—Si la madre vuelve antes del viernes, sí. Si no, yo misma los avisaré para que alguien se ocupe de él.

La vecina no era mala mujer, pero bastante tenía con lo suyo, así que, en cuanto la policía se marchó, dejó a Marcos en su casa, solo. Le había prometido a su madre que no dejaría que se lo llevaran los de servicios sociales, pero no se había comprometido a cuidarlo. La conocía y sabía que saldría del hospital en cuanto pudiera tenerse en pie. Y así fue. Al día siguiente, una ambulancia la dejó en la puerta.

Con la cabeza vendada, igual que el torso para aliviar el dolor de las costillas rotas, entró en la que era su casa y su cárcel.

Marcos la recibió en el sofá. Aunque había luz natural, tenía todas las luces del salón encendidas y todas las ventanas abiertas. Tardaría tiempo en poder volver a dormir a oscuras y mucho menos en un lugar cerrado.

—¡Marcos, hijo! ¿Estás bien? —Se acercó a su lado y trató de abrazarlo, pero él se negó.

—Nunca más, mamá. No vuelvas a encerrarme nunca más —le advirtió muy serio—. Tengo doce años, ya no soy un niño. Si vuelves a encerrarme, me

iré de casa y no volveré. —Su madre contuvo el llanto al ver que en esos dos días su hijo había perdido un trozo más de infancia.

\*\*\*

Bárbara se sentó junto a la cabecera de Marcos, que seguía inconsciente, y no se separó de él. Le tomó la mano, le acarició la frente y no pudo resistir la tentación de darle un suave beso en los labios. Hacía años que había dejado de creer en los cuentos de hadas pero, para su sorpresa, Marcos había desenterrado una parte de sí misma que creía muerta bajo los cascotes de su vida. Le había devuelto la ilusión por un amor auténtico, limpio y puro, no el sucedáneo de amor que le había servido la vida.

—Vamos, despierta, soldado —le susurró, acariciándole la mejilla—. Si no despiertas, estarás a mi merced esta noche. Solos tú y yo. Ni te imaginas lo que puede pasar.

A Bárbara le pareció que él le dirigía una de sus sonrisas irónicas, pero probablemente se la imaginó. Marcos siguió respirando acompasadamente, ajeno al mundo, ajeno al dolor. O eso quería creer.

Suspirando, ella se sentó en la silla, sacó la nota que había guardado en el bolsillo de la camisa y le dio vueltas en las manos sin decidirse a leerla. Se estaba resistiendo porque no quería sentir ningún tipo de lealtad hacia Miriam. Quería disfrutar de esa burbuja en el tiempo y el espacio que la vida acababa de regalarle, una en la que sólo existían Marcos y ella. Sabía que la burbuja explotaría pronto. ¿Por qué no alargarla un poco más?

Se guardó la nota en el bolsillo. Cerró los ojos y trató de descansar, pero no pudo. Imágenes de Miluda, a la que había ido a despedir esa madrugada, se colaron en su mente.

—Cuídate —le había dicho Miluda, agarrándola por los brazos.

—Claro, por mí no te preocupes. Tú dales caña a esos desgraciados.

Miluda la había abrazado y luego ambas mujeres se habían quedado mirando a los ojos unos instantes.

—Éstas van a ser las últimas lágrimas de impotencia que voy a derramar. ¡Lo juro! ¡Lo juro por Fadwa! —Miluda se había secado las lágrimas con el antebrazo.

Bárbara asintió, leyendo la determinación en los ojos de la librera

transformada en enfermera y pronto en soldado. No había vuelta atrás, era el momento de luchar contra los que querían aniquilarlas. De conseguir la libertad o dejar la vida en el intento.

Fadwa lo había entendido.

Miluda lo había entendido.

Hasta Miriam, a su manera, se había rebelado.

—La madre que parió a sor Miriam —refunfuñó. Volvió a sacar la nota, la desdobló y tras frotarse los ojos, leyó:

*Bárbara, me voy al norte. Necesito hacer esto; por mis padres, pero también por mí. Necesito saber que puedo decidir qué hago con mi vida, aunque sea por una vez.*

*No dejes que Marcos me siga. Si le pasara algo, no podría perdonármelo. Si me pasa algo a mí, cuida de él, por favor.*

*Vienen a buscarme. Tengo que irme. ¡Volveré!*

*Tienes mi bendición ;)*

*Sor Miriam*

Con el dorso de la mano, Bárbara se secó una lágrima a la que no había dado permiso para salir.

«Venga, va. Ahora me va a tocar sufrir por Miriam además de por Miluda y por Marcos. Si es que el día que nació un hada me lanzó un maleficio. ¡Ababol, que eres un ababol de seco, maña!»

\*\*\*

Cuando abrió los ojos, Marcos tardó unos momentos en recordar dónde estaba.

«¿Mamá?».

Pero no. No estaba encerrado en el armario de Almendralejo. Al girar la cabeza, vio que alguien dormía a su lado.

—¿Lucas? —murmuró, pero cuando el hombre gimió y dijo algo en el dialecto árabe que se hablaba en Siria, los recuerdos volvieron con la intensidad de una catarata. Al incorporarse bruscamente, le dio vueltas la cabeza y sintió náuseas—. ¡Miriam! —gritó y varias voces chistaron,

pidiéndole silencio—. ¡Miriam!

—Ya, ya, tranquilo. —Bárbara, que se había quedado dormida en la silla a su lado, se levantó y lo obligó a tumbarse de nuevo—. Ya, ya. —Le apartó el pelo de la cara—. ¿Cómo estás?

—¿Seguimos en el infierno?

Bárbara sintió una punzada en el corazón.

«Sí, Marcos. Verte sufrir por otra mujer es un auténtico castigo del demonio.»

—Esto no ha sido más que el principio, Marcos. Tu infierno va a empezar ahora; me las vas a pagar por haberme dado más trabajo.

Él le dirigió una sonrisa ladeada que no la ayudó en nada.

—Lo siento, Barb. Había un gatito enterrado. —Miró a su alrededor—. ¿No lo encontraste a mi lado?

El nudo de la garganta de Bárbara se estrechó un poco más. Tragó saliva con dificultad y negó con la cabeza.

—Ha sido un sueño, Jerónimo —lo llamó por el apellido para marcar distancias—. No quedan gatos en Alepo.

—No es cierto, Ramastué —susurró él con la voz ronca—. ¿No te acuerdas? Vimos a aquel tipo que los cuida en su jardín.

—Pues si tu gatito era real se habrá escapado y habrá ido a buscar al guardián de los gatos de Alepo.

Marcos suspiró.

—¿Tienes agua?

—Voy a preguntar si puedes beber.

Bárbara volvió poco después, con un enfermero que le ofreció un vaso de agua y le aconsejó que bebiera despacio si quería que le quitara la vía. Aparte de un leve malestar en el estómago y del dolor de cabeza, Marcos estaba bien. Esperaría a la mañana siguiente y se iría de allí. Su papel en esa guerra era llenar las camillas con heridos, no ocuparlas él.

—Vete a la cama, Bárbara.

—¿Ya quieres librarte de mí? ¿Es que la única manera que tengo de llevarte a la cama es dejarte inconsciente? Vale, vale, ya me voy.

Él la agarró por la muñeca, impidiendo que se alejara.

—Ven aquí, joder. Dame un abrazo. —Ella no se hizo de rogar y Marcos la abrazó con toda la fuerza que le permitió su hombro dolorido.

—¿Abrazos, Marcos? —le susurró ella al oído—. La cosa ha sido más

grave de lo que parecía.

Él le pellizó el costado, haciéndole cosquillas.

—Se ha ido ya, ¿verdad?

Bárbara se incorporó y le acarició la cara.

—Esta noche, no; mañana hablamos. El médico ha dicho que tienes que descansar. —Desde los pies de la camilla, añadió, apuntándolo con el dedo—. Y no se te ocurra irte a la ciudadela esta noche. Déjame descansar un rato, que cuidar de ti es agotador, maño. Si lo sé, pido el traslado a una guardería o a unas colonias de verano. —Los dos fingieron estremecerse, horrorizados—. Vale, no, no estoy tan loca, pero va en serio. Duerme un rato. Vendré a buscarte por la mañana. ¿Me prometes que te encontraré aquí?

Marcos cerró los ojos un instante y asintió.

—Aquí estaré.

—Bien.

—¿Barb?

—¿Sí?

—Gracias por salvarme el culo.

Ella le dirigió una sonrisa canalla.

—Ya sabes lo que opino de tu culo.

—Que debería ser declarado patrimonio de la humanidad —murmuró él.

—Exacto.

«Lástima que Miriam no opine lo mismo», pensó Marcos y aunque no lo dijo en voz alta supo que Bárbara lo había oído alto y claro.

*Aranjuez, 2010*

Marcos se secó el sudor de la frente con la camiseta que se había quitado y que le colgaba de los vaqueros. Había limpiado el fondo de la piscina, cortado el césped del jardín trasero, y había empezado a igualar los setos que bordeaban la finca. La señora Maier le había dicho que no hacía falta que terminara de recortarlos ese día.

Una vez más, miró por encima del hombro hacia las ventanas de la planta superior, pero no encontró ni rastro de Úrsula. Las tres horas estaban a punto de terminar. ¿Todos los nervios de la semana para nada?

Siguió recortando las puntas irregulares de los setos con la podadora. Estaba en un lateral de la casa, a la altura del final del porche. Boss —el pastor alemán en cuya caseta había encontrado a la mamá gata con los gatitos a finales de primavera— no paraba de gruñir amenazadoramente. Marcos estaba seguro de que el señor Maier —que había vuelto a Alemania porque aún no tenía vacaciones— le había encargado que no quitara el ojo de encima a los vecinos en todo el verano.

—Tranquilo, chico —le dijo. Aunque no sentía la misma devoción que Jon por los animales, se llevaba bien con ellos.

—¿Con quién hablas? —preguntó Úrsula, en español, desde la esquina del porche.

«¡Por fin!»

—Con mi amigo —respondió él, señalando al pastor alemán con la cabeza. Boss gruñó con más fuerza, haciendo reír a Úrsula.

—¿Te llevas igual de bien con todos tus amigos?

Él le dirigió una sonrisa ladeada.

—Más o menos.

Ella cruzó los brazos ante el pecho y Marcos fue incapaz de no bajar la mirada hacia allí. Si al verla pasar en coche le había parecido guapa, de cuerpo entero era espectacular. Llevaba el pelo rubio recogido en una trenza que le colgaba sobre un hombro. Tenía los ojos claros —no sabía definir el color desde donde se encontraban— y el pecho mucho más generoso que el de Lena y que las demás compañeras de clase. Las larguísimas piernas hacían que pudiera mirarla a los ojos sin tener que bajar la mirada.

—¿Dónde está Simón? —preguntó ella, ladeando la cabeza.

Marcos frunció el ceño. ¡Qué pesados con Simón! El director, Lena, ahora Úrsula. No lo conocía personalmente, pero le estaba cogiendo manía.

Salvador les hablaba a veces de los chicos que habían pasado por la casa antes que ellos. Su objetivo era motivarlos, hacerles ver que había un sitio en la sociedad para ellos cuando salieran de allí, pero la verdad era que cuando empezaba a leer las cartas que los chicos le enviaban, Marcos desconectaba. No le interesaban sus vidas. En ese momento, lamentó no haber prestado más atención, pero lo disimuló echando mano de su arrogancia.

Se acercó a ella lentamente. Úrsula no retrocedió. Al contrario, acabó de doblar la esquina, apartándose de la vista de quien estuviera en la piscina. Cuando llegó frente a ella, alargó la mano:

—No sé nada de Simón, pero yo soy Marcos. Espero servirte igual.

Ella le dirigió una mirada irónica de arriba abajo.

—¿Cuántos años tienes, Marcos?

Él carraspeó y respondió con su voz más grave.

—En agosto cumpliré diecisiete.

A ella se le escapó la risa por la nariz.

—Mejor vuelve el año que viene, eres muy crío para mí.

Marcos se encendió. Le agarró la trenza y se la enrolló en la muñeca. De un empujón, la empotró contra la pared y se acercó hasta que sus caras quedaron casi pegadas.

Boss se echó a ladrar y no paró ni siquiera cuando Úrsula le ordenó que lo hiciera.

Cuando echó las caderas hacia delante, ella ahogó una exclamación y Marcos alzó una ceja.

—¿Te sigo pareciendo un crío?



Ella forcejeó en silencio.

—¿Qué pasa, Boss? —La voz de la señora Maier les llegó desde la puerta de la casa.

Úrsula trató de apartarlo de un empujón, pero Marcos se mantuvo firme.

—Aparta, idiota. ¡Te va a ver mi madre!

—Te he hecho una pregunta.

Cuando Úrsula se dio cuenta de que Marcos no tenía intención de soltarla aunque eso le costara el trabajo, su mirada cambió y él supo que había ganado la primera partida.

—No, no me pareces un crío —susurró ella con urgencia. Esta vez, cuando volvió a empujarle el pecho, él se apartó.

—¿Qué está pasando aquí? —Renate Maier, una mujer de unos cuarenta y cinco años, que se había recogido el pelo en un moño alto y rubio, los miró a los tres con desconfianza.

—Nada, Mutti. ¿Qué quieres que pase? En este pueblo nunca pasa nada.

—No le gusta estar atado —comentó Marcos, señalando al pastor alemán—. Lo entiendo. A mí tampoco me gusta que me aten.

—¿No te importa que lo suelte? Lo tenía atado por ti.

Marcos se acercó a Boss y lo soltó, sin hacer caso de sus ladridos. Cuando Úrsula se acercó al perro, se agachó y lo acarició entre las orejas, se calmó. Marcos ahogó un gruñido, sintiendo un gran deseo de que ella le acariciara la nuca.

—Por cierto —señaló hacia la caseta—. ¿Qué pasó con la gata que vivía aquí?

Las Maier lo miraron con extrañeza.

—Aquí no ha vivido ninguna gata.

«Oficialmente, no, pero en invierno ha tenido okupas, señora Maier», pensó pero no dijo nada, sintiendo un vínculo de lealtad con la gata y sus cachorros.

—Creo que te ha dado demasiado sol en la cabeza —comentó Úrsula con ironía.

—Oh, vaya —comentó Renate con preocupación—. ¿Quieres una bebida fría? Úrsula, tráele algo de beber.

La joven le dirigió una mirada de advertencia y Marcos no pudo resistirse a la tentación de tocarle un poco las narices. Habría preferido tocarle otras cosas, pero por alguna tenía que empezar. La pálida Úrsula tenía alma de gata.

Ese verano la haría maullar de placer con la trenza enrollada en la muñeca.

«Lo juro por lo más sagrado.»

—Sí, por favor. Tráeme algo, Úrsula —le pidió mirándola fijamente—. Me muero de sed.

*Alepo, 2016*

Bárbara dio un paso al lado cuando el sol asomó entre dos edificios, cegándola. No había pegado ojo en toda la noche. Las emociones que se agolpaban en su interior estaban creando una mezcla más explosiva que una bomba caminera. Mala conciencia por tener que guardar secretos ajenos, envidia, dudas y —era inútil negárselo a ella misma— también celos.

Llevaba varios años en Alepo, y durante parte de ese tiempo había formado tándem con Marcos. El extremeño no sólo había sido su compañero de rescates, también el protagonista de muchos de sus sueños eróticos, sueños que no había podido hacer realidad porque una virginal arqueóloga con aire inaccesible llegada desde Palmira le había ablandado el cerebro y las pelotas.

El león de Alepo se había convertido en un gatito, tan inofensivo como el que habían tenido que arrancarle de las manos mientras estaba inconsciente. ¡El muy idiota había estado a punto de morir por rescatar a un gatito, pero a ella parecía no verla!

Bárbara se había enamorado sin querer del niño asustado que vivía dentro del musculoso cuerpo de Marcos, el niño que subía por las noches a la ciudadela porque tenía miedo de quedarse encerrado. Y cuando te enamoras de alguien, te resistes a odiarlo y buscas mil excusas para justificar su comportamiento. Es mucho más fácil odiar a una rival, una con apellidos largos y raros. ¿Casaldáliga? ¿Santaolaya? ¿Quién coño se llamaba así?

Lo había intentado; había tratado de odiarla. Se había burlado de ella llamándola misionera o sor Miriam, pero ella había aceptado sus bromas con buen humor y lo que era aún más grave, había hecho feliz a Marcos; le había

devuelto el brillo a su mirada.

La odiaba por ello..., pero le estaba agradecida al mismo tiempo.

Y ahora, encima, la dichosa arqueóloga se había lanzado de cabeza a la aventura. Lo había dejado todo atrás, todo, hasta el amor de Marcos, y se había ido al norte, esquivando aviones y balas perdidas. ¡Y le pedía que lo cuidara! ¿Cómo iba a cuidarlo si para él era invisible?

Dio una patada a un cascote y siguió andando. Harta, estaba muy harta de todo. Se sentía a punto de estallar como una de las granadas de su apodo. No sabía hasta cuándo iba a poder aguantar.

*Aranjuez, 2010*

—Vamos a ver, chicos. Dos birritas por aquí, una Coca-Cola y unas patatas por allá y... —Lena se volvió hacia Jon, que le dirigió una mirada ilusionada — la cosecha de la semana. —Lena dejó una bolsa llena de chapas delante del vasco, que se abalanzó sobre ellas con entusiasmo.

Marcos sacudió la cabeza.

—Si te viera el padre de Jorge, pensaría que te estaba pasando alguna sustancia ilegal.

Pero Jon ni lo escuchó, examinando el contenido de la bolsa.

—¿Hay alguna especial? —le preguntó, revolviendo las chapas.

—Sí, una holandesa.

Mateo y Marcos cruzaron una mirada por encima de la cabeza agachada de Jon e hicieron chocar los botellines antes de darles un buen trago mientras Lena volvía a la barra.

—Hablando de holandesas... —Marcos dejó la frase en el aire.

—¿Idò? —Mateo ladeó la cabeza.

—No te hagas el sueco. Sabes de qué te hablo. ¿Has vuelto a hablar con ella?

—Puede ser.

—No te hagas el interesante.

—No me hago el interesante, pero estoy harto de hablar yo siempre y de que luego los demás no soltéis prenda. Lucas nunca habla de Lena...

—Pero si no hace otra cosa —lo interrumpió Jon, que había empezado a construir una estrella de cinco puntas con las chapas de cervezas y refrescos

varios.

—Ya, Lena ha dicho esto, Lena ha dicho lo otro, pero si le preguntas por los momentos que pasan en silencio, te parte la cara.

—Se llama respeto —intervino Marcos—. ¿Te suena de algo, mallorquín?

Mateo guardó silencio cuando el rostro de Margalida se coló en sus recuerdos. Su amiga del alma, de toda la vida, con la que había compartido juegos y confidencias hasta el último verano, en que empezaron a compartir algo más. Deseo, besos, promesas de futuro. Recuerdos que guardaba enterrados en el fondo de su corazón como el más valioso de los tesoros y que no tenía intención de compartir con ninguno de sus compañeros, ni siquiera con Jon.

—No, no me suena de nada. Si quieres que hable de la holandesa de la piscina, suelta tú algo antes sobre la vecinita alemana.

Marcos dio otro trago a la cerveza, recordando los instantes que había compartido con Úrsula.

—No hay nada que contar.

—Claaaro, y yo soy Tomeu Penya. Si te brillan los ojos, cabrón. ¡Cuenta! ¿Os quedasteis a solas? ¿La invitaste a salir?

Hasta Jon levantó la vista de sus chapas, a la espera de la respuesta.

—Nos quedamos a solas —admitió, sin poder ocultar la satisfacción—. Me habló de Simón, ¡cómo no! —Cogió un puñado de chapas de la mesa y formó con ellas una cruz—. Pero voy a hacer que se olvide de Simón. ¡Por ésta!

Mateo y Jon intercambiaron una sonrisa.

—¿Acabo de oír rugir al león? —bromeó Mateo, usando el apodo que Salvador solía usar.

—No lo dudes —admitió Marcos—, pero por mucha cara de ángel que tengas, ricitos, tienes un cuerpo de pecador igual que los demás. ¿Qué hay de la holandesa? ¿Le has hecho ya el boca a boca en la piscina? ¿Has quedado con ella para que pueda agradecerte tu dedicación?

En la jukebox del bar Alejandro Sanz y Shakira se tentaban mutuamente mientras cantaban *Te lo agradezco, pero no*<sup>[ix]</sup>.

Mateo se rio por la nariz y dejó el botellín sobre la mesa.

—No, habría quedado raro que le hiciera el boca a boca para curarle un araño en el muslo.

—No creo que ella hubiera protestado. —Marcos le dirigió una sonrisa canalla, que Mateo le devolvió.

—Probablemente no, pero su madre no me quitaba ojo.

Marcos chasqueó la lengua.

—Madres.

—¿Qué tal la señora Maier? ¿Es peor que el Rottweiler ése que ladra desde la verja?

—No es un Rottweiler, es un pastor alemán —aclaró Jon—. Precioso, por cierto.

—No, es maja la Mutti. Me trata bien. Y el perro también es buena gente.

—¿Se llama Mutti? —preguntó Jon—. Qué nombre más raro.

Mateo sacudió la cabeza.

—*Mutti* significa «mamá» en alemán.

Jon se volvió hacia Marcos.

—¿Ya la llamas «amatxo»? Si que vas rápido.

Marcos se encogió de hombros.

—Pensaba que se llamaba así. ¿Cuántos idiomas hablas, tío? —le preguntó a Mateo.

Esta vez fue el mallorquín el que se encogió de hombros.

—Unos cuantos. ¿Y tú, Jon? ¿Le has echado el ojo a alguna?

El de Bermeo, que estaba apilando chapas, le dirigió una mirada de reojo.

—Sí, hay una hembra que me quita el sueño.

Marcos y Mateo cruzaron una mirada interesada y se echaron hacia delante en la silla.

—¿Quién es?

—¿Cómo se llama?

—Céfiro. Es una belleza. Tendríais que verla saltar.

Marcos tardó un par de segundos más que Mateo en darse cuenta de que hablaba de una yegua. Trató de darle una colleja a su compañero, pero él se apartó ágilmente subiéndose al respaldo del reservado.

—A éste no lo desvirgamos —murmuró Marcos, echándose hacia atrás y llevándose el botellín a los labios.

—¿Vamos al golf a tocarle los cojones a Lucas? —propuso Mateo.

Marcos se acabó la cerveza de un trago y dejó el botellín en la mesa con decisión.

—Me gusta el plan.





## *Al norte de Alepo, 2016*

Miriam Santaolaya Casaldáliga podría haber estado de camino a una casa de la Costa Brava. O de compras por el paseo de Gracia de Barcelona o escuchando una representación de ópera en el Liceu, pero estaba en un cuatro por cuatro descubierto, traqueteando en dirección norte, hacia algún lugar entre Alepo y la frontera de Turquía, aunque el concepto de frontera era más cambiante que las dunas del desierto y tenía menos valor para ella que los granos de arena.

Miriam había crecido rodeada de arqueólogos venidos de todas partes del mundo y había aprendido a respetar y a admirar el legado de las generaciones pasadas al mismo tiempo que a caminar. Daba las gracias porque su padre hubiera insistido en ponerle el nombre de su abuela paterna, ya que, de haber sido por su madre se llamaría Zenobia, como la más famosa reina de Palmira.

La veneración y el respeto que su entorno mostraba por el patrimonio arqueológico era tan grande que le costó mucho asumir el hecho de que seres humanos pudieran destruirlo por motivos ideológicos, ya fueran políticos o religiosos. Cuando el Daesh empezó a ocupar Siria, sus padres trataron de enviarla a España, pero ella se negó a separarse de ellos hasta el último momento.

Y aunque el asesinato de sus padres la dejó traumatizada y le costaba interesarse por lo que pasaba en el mundo, cuando le llegó la noticia de la destrucción del templo de Bel en Palmira sintió que le arrancaban un trozo de alma. ¿Cómo era posible que el mundo no hiciera nada para detener aquella barbarie? No estaba ciega; vivía en Alepo, sabía que el ser humano daba poco

valor a las vidas de sus hermanos, pero pensaba que reaccionarían ante el ataque a un legado que era oficialmente Patrimonio de la Humanidad desde 1980.

Pero no, ni Bel —también llamado Baal—, ni Ishtar, ni Astarté ni ninguna de las viejas divinidades habían podido poner freno a la oleada de terror que avanzaba desde el este sin que nadie supiera como frenarla. Las noticias que llegaban a través del aparato propagandístico de los terroristas islámicos eran cada vez más escalofriantes. Y cuando Palmira se convirtió en el escenario de la peor de las pesadillas, Miriam se sintió morir de culpabilidad por no haber estado al lado de sus padres hasta el final.

Durante una pausa en el camino, mientras charlaba con los miembros del equipo, un grupo de mujeres entró en el local donde se habían detenido.

—¡Miluda! —exclamó Miriam al verla—. ¡Qué alegría verte! —Las dos mujeres se fundieron en un abrazo y luego Miluda le presentó a las compañeras que se habían alistado con ella.

Cuando Miluda les contó que su amiga Fadwa había estado a punto de alistarse a un ejército de mujeres kurdas tanto Bárbara como ella habían sentido la tentación de unirse a las combatientes para vengar su muerte. Como le había dicho Miluda: «Si una mujer es válida para morir en la guerra, también lo es para matar». Casi todas las que viajaban al norte odiaban la violencia con todas sus fuerzas pero, como decía Fadwa, hasta el más manso se harta de que lo pisen, de que maten a su gente y destrocen sus casas y sus vidas.

Miriam se unió a ellas mientras comían algo y sintió una gran camaradería con todas aquellas mujeres. Ninguna de ellas estaba allí para defender una patria o una bandera. Estaban allí porque las mujeres yazidíes se habían alzado contra todo, hartas de ser tratadas como objetos, y habían decidido unirse a ellas. La suya les parecía una guerra más digna de ser luchada que la que enfrentaba a sus vecinos en Aleppo.

—Miriam —la llamó el doctor Livingston desde la puerta—, nos vamos.

John se acercó un momento y saludó a las mujeres antes de salir.

Miriam les deseó suerte y se fundió en un abrazo fuerte con Miluda.

—Cuídate mucho. Quiero verte cuando todo esto acabe. Tal vez podamos llevar juntas tu librería.

La combatiente sacudió la cabeza.

—Esto no una comedia romántica; es una guerra, una maldita guerra que

nos lo ha arrebatado todo. Podemos escondernos hasta que nos caiga una bomba sobre la cabeza o ir a luchar. Al menos, no pueden arrebatarme la libertad de elegir cómo irme de este infierno.

—¿Miriam? —la llamó John desde la puerta, donde los agentes de seguridad privada los esperaba para reemprender la marcha.

—Voy. —Miriam se dirigió a la puerta y se volvió para despedirse de todas con la mano antes de marcharse. Sabía que le esperaban pruebas duras en el camino, pero acababa de superar la primera: se había despedido de sus hermanas sin llorar.

*Aranjuez, 2010*

Marcos y Mateo escuchaban sólo a medias la charla de Jon, que les iba contando entusiasmado que el encargado de la hípica le había dicho que tenía madera de jockey y le había prometido enseñarle los trucos de la doma cuando pasara la temporada de verano.

—Me ha dicho que soy el mejor mozo de cuadra que ha pasado por ahí; que tengo una conexión especial con los animales y que...

—Jon —lo interrumpió Marcos.

—¿Sí?

—Es por aquí. Sube tú primero, jockey.

Jon miró el muro de tres metros que se alzaba ante él. Iba tan distraído pensando en montar a Céfiro que ni siquiera se había planteado que no iban a entrar en el club de Golf por la entrada principal. Al bajar la mirada, vio que Marcos había unido las manos formando un estribo. Moviéndose por instinto, apoyó un pie en las manos de Marcos, el otro en el hombro de Mateo y se lanzó hacia arriba, yendo a parar a lo alto del muro, donde quedó sentado a horcajadas. Al volver la cabeza hacia el interior del club, vio que tras los árboles se escondía un mundo aparte, de césped verde y cuidado, aunque no tan exuberante como los montes de su tierra.

—Agárrate, que voy —le advirtió Marcos, que impulsándose en las manos de Mateo y ayudándose de la pierna de Jon, se plantó a su lado. Poco después, Mateo escaló parte del muro y con ayuda de sus compañeros llegó hasta arriba.

—Vamos —dijo Marcos, que no era la primera vez que visitaba a Lucas—.

Por aquí.

—Eh, ¿vamos a entrar? —preguntó Jon con el ceño fruncido.

—Claro.

—Yo paso, tío. No quiero líos, no quiero que me echen de la hípica.

—Vamos a saludar a nuestro amigo, no vamos a robar un carrito ni nada — lo animó Marcos.

—Pues dadle recuerdos. Nos vemos en casa. —Jon se colgó de las manos y se despidió antes de desaparecer por donde habían subido—. ¡Agur!

Marcos y Mateo cruzaron una mirada.

—¿Tú también te rajas? —preguntó Marcos.

Mateo se encogió de hombros.

—Nah. La piscina está bien para un rato, pero prefiero las aguas abiertas —replicó antes de dejarse caer hacia el interior—. Si me echan, te ayudaré a desbrozar el jardín de Úrsula.

Sonriendo, Marcos lo siguió.

—Ni hablar, ese jardín lo desbrozo solo. ¿Por dónde estará Lucas? Esto es enorme.

—Demasiado para ir a pie —corroboró Mateo.

—Como diría Salvador —Marcos señaló un carrito verde sin ocupantes a poca distancia—: Pedid y se os dará.

Mateo miró hacia un par de hombres de unos sesenta años que discutían a unos metros de distancia.

—Es de ellos... Además, acabas de decirle a Jon que no íbamos a robar carritos.

Marcos se encogió de hombros.

—Jon ya no está. Y esos han venido a hacer ejercicio, ¿no? Pues que caminen un rato, que están echando panza. —Subió al carrito y lo puso en marcha—. ¡Vamos!

Mateo montó en marcha y sonrió al notar el viento en la cara, recordando las excursiones en el cuatro por cuatro de su madre, en busca de alguna cala desierta. Su padre era muy aficionado a navegar, pero gracias a su madre había conocido todos los rincones de su isla, Mallorca, una auténtica perla del Mediterráneo y, como el tesoro que era, ambicionada por todo tipo de piratas... entre ellos su padre.

Cuando los recuerdos le retorcieron el corazón, le dio un empujón a su amigo.

—¡Aparta! Ahora conduzco yo.

—¿Qué haces, capullo?

—Déjame conducir.

Marcos vio en los ojos de Mateo la rabia y la impotencia. Era como una cortina mate que había contemplado demasiadas veces en el espejo y en los ojos de Lucas. Se sentó en el respaldo del asiento y saltó al lado mientras Mateo ocupaba su lugar.

—Pues vale, pero no hace falta empujar. —Poco después, tras dejar el lago atrás, vio una silueta familiar—. ¡Ahí está!

Mateo se acercó a Lucas, que arrastraba un carro lleno de palos de golf. Al llegar a su altura, Marcos se acercó a él y le arrebató la gorra.

—Pero ¿qué hace? —protestó Lucas antes de darse cuenta de quiénes eran—. ¡Seréis idiotas! —Bajó la voz—. ¿Qué hacéis aquí?

—Encima que venimos a saludarte para que no te aburras —protestó Marcos con ironía.

—No me aburro, capullo —murmuró Lucas, recuperando su gorra—. Voy siguiendo aquel culito de allí. ¿Te suena?

Al seguir la dirección que les indicaba con la cabeza, se dieron cuenta de que Lucas no era el único conocido. Úrsula era la cliente que había contratado los servicios de Lucas como caddie. Y no estaba sola.

Cuando Marcos se dio cuenta de que el acompañante de Úrsula era un tipo que tendría unos veinticinco años, cuya ropa y complementos debían de costar dos mil euros por lo bajo, su autoestima sufrió un revés, aunque se encargó de disimularlo con su mejor sonrisa lenta y canalla.

El sonido de un carro eléctrico les llegó por detrás, seguido de unos gritos.

—¡Eh, dejad ese buggie! ¡Estaba alquilado!

Mateo echó la vista atrás, mientras Marcos seguía con la vista fija en Úrsula, que alzó una ceja.

—Vista la poca ilusión que le hace la visita, yo iría tirando —propuso Mateo, con la sangre fría que lo caracterizaba.

—Sí, nos vamos. ¡Hasta luego, Lucas! —exclamó Marcos, para tocarle las narices—. ¡Dale gas!

—Tampoco te flipes, que este trasto es eléctrico —refunfuñó Mateo.

Marcos se mordió el puño para no darle una colleja a su amigo.



*Gaziantep, Turquía, 2016*

Sentada a una larga mesa con mantel de hule, bajo el emparrado del patio del hostel donde se albergaba el equipo de arqueólogos, Miriam se sentía cansada, pero satisfecha de su trabajo. Durante varios días había medido, catalogado, ayudado a decidir qué mosaicos podían transportarse y cuáles debían quedarse en el sitio —cubiertos por yeso, sacos de arena y oraciones para que los terroristas no los encontraran—. En tan poco tiempo apenas habían podido llevarse nada, sólo algunos pequeños objetos con valor simbólico para llevar a cabo el objetivo primordial de la misión: grabar en vídeo la entrega oficial a las autoridades del museo y poder así enviar un mensaje al mundo.

El equipo se había trasladado a Gaziantep, una ciudad situada al sudeste de Turquía, a unos cincuenta kilómetros de la frontera con Siria y a unos ciento veinticinco de Alepo, pero Miriam tenía la sensación de encontrarse en otro planeta o, más concretamente, de haber retrocedido en el tiempo, a antes de la guerra, a cuando podía pasear por Damasco o Alepo sin preocuparse de nada más que de elegir el menú de la cena.

La ciudad no era ajena al terror. El año anterior un terrorista suicida se había hecho estallar durante una boda, causando numerosos muertos y heridos, pero esa noche, cenando en el sencillo restaurante en medio de la torre de Babel que era el grupo de arqueólogos, Miriam se sintió relajada, en paz, como si se hubiera despertado de una pesadilla.

Al grupo que había ido a buscarla a Alepo se habían unido muchos arqueólogos más. Todos querían presentarle sus respetos y darle el pésame



por la muerte de sus padres. Miriam perdió la cuenta de cuántas fotos se hizo esa noche y tampoco pudo memorizar los nombres de todas las personas que le presentaron. Las conversaciones habrían podido resumirse en: saludo – presentación – condolencias – muestras de admiración por su valor – invitación a quedarse del otro lado de la frontera y a unirse a sus proyectos en... completar sobre la línea de puntos.

En otro momento de su vida, se habría entusiasmado al recibir invitaciones para trabajar en prestigiosos museos de Europa, Australia o Estados Unidos o en la recuperación del legado arqueológico de Tombuctú.

Cuando su colega inglés le propuso, de parte del director de su equipo, trabajar con ellos en el British Museum de Londres, se quedó con la boca abierta por la sorpresa. Todavía recordaba el impacto que le causó la grandeza del edificio y el respeto reverencial que las momias expuestas causaban en los visitantes. Tenía diez años y por primera vez fue consciente de la importancia del trabajo que desempeñaban sus padres; por primera vez los vio como a superhéroes que luchaban contra la destrucción del olvido.

Rechazó la propuesta con educación y firmeza y tuvo que contenerse para no recordarles que ella no era nadie. ¡Si ni siquiera había estudiado la carrera de arqueología! Todo lo había mamado de sus padres, como quien aprende a hacer pan en el regazo de su madre. Tuvo que morderse la lengua para no decirles que había miles de arqueólogos más válidos que ella en el mundo y que el hecho de que los terroristas hubieran usado a sus padres para extender su mensaje de odio y maldad no le daba derecho a vivir a costa de su martirio. No era así como quería pasar el resto de su vida, siendo admirada como un símbolo. Quería vivir su propia vida, dejar su huella por pequeña que fuera y, sobre todo —cada día estaba más convencida— quería vivirla junto a Marcos.

Había pasado más de una semana desde que mantuvieron la última conversación en su cama y cada día lo echaba más de menos. Todo el mundo daba por hecho que tenía que sentirse muy aliviada por no sufrir bombardeos diarios. Y sí, evidentemente, no tener que preocuparse por si se le caía la casa encima era algo a lo que había aprendido a dar valor, pero también había descubierto que el ser humano era capaz de acostumbrarse a casi cualquier cosa.

No echaba de menos los bombardeos ni ver el sufrimiento constante a su alrededor. Había aprovechado cada micrófono y cámara de vídeo que le habían puesto delante para pedir a los gobiernos que intervinieran y pusieran

fin al vergonzoso sitio de los barrios rebeldes de Alepo. Sabía que ella no era nadie y que los generales y políticos que daban las órdenes de atacar no la escucharían, pero al menos lo había intentado.

No se había cansado de repetirlo en los vídeos que había grabado para periodistas, arqueólogos y cualquiera que se le había acercado, pero tenía ganas de volver a casa, y en ese momento de su vida su casa era un duro camastro, entre los brazos de Marcos.

Alargó el brazo para tomar otro montoncito de pistachos. La cena a base de lamahcun —muy parecida a la pizza, pero sin queso—, y hojaldres de verduras acompañados por cerveza y ayran —una especie de yogur líquido— le había parecido deliciosa. De postre, estaba disfrutando de unos pistachos impresionantes y de la charla de sus compañeros.

—Es la vieja discusión de siempre —estaba diciendo un arqueólogo francés—. Cada vez que se lleva a cabo una operación de salvamento de legado cultural hay quien se lleva las manos a la cabeza, escandalizado porque ese dinero se podría estar empleando en salvar vidas humanas. No entienden que la destrucción de la memoria es un ataque igual de grave contra esas personas.

—Es genocidio cultural —asintió una compañera turca que estaba sentada junto a Miriam—. Se intenta borrar la huella de esos pueblos; si no hay pruebas de que existieron, nadie puede acusar a los asaltantes. Sus crímenes quedan impunes.

—Es doblemente grave —opinó el doctor Livingston— porque las personas alcanzan la inmortalidad al transmitir su legado genético a sus hijos y nietos...

—¡Cierto, mira! —Un compañero italiano sacó una foto de la cartera—. Es mi pequeña. Tiene tres meses. ¿Ves esa nariz? Es igual que la de la *mia mamma*. —Le dio besos a la foto entre las risas de los demás.

—Como iba diciendo —retomó el hilo Livingston, al que le gustaba mucho escucharse y que le escucharan—, los edificios se construyen para sobrevivir a las personas. Son patrimonio de todos, los que vinieron antes de nosotros y de los que vendrán cuando ya no estemos. Cuando cruzamos el puente de Mostar, pisamos las mismas piedras que generaciones y generaciones antes de nosotros. Destruir un puente no es sólo cortar las comunicaciones, es un crimen mucho mayor.

—¡Qué alegría me llevé al ver condenados a los oficiales que ordenaron el

bombardeo de Dubrovnik! —exclamó Miriam—. Ojalá Lemkin pudiera verlo —añadió, refiriéndose al jurista polaco que dedicó su vida a que se persiguieran los genocidios y no se permitiera que cayeran en el olvido.

—Cuesta mucho que se entienda, pero poco a poco se va consiguiendo que el tribunal de la Haya tome medidas —comentó su colega francés.

—Cuesta tan poco destruir y tanto reconstruir. —Miriam suspiró—. Es fácil perder la esperanza. ¿Cuánto tiempo tendrá que pasar para que la ciudadela de Alepo vuelva a ser la de antes? ¿Podrá recuperarse el Crac de los Caballeros, el templo de Baal... —Se hizo un silencio solemne a su alrededor.

—Los Balcanes, Irak, Afganistán, Siria, Mali... —enumeró John Swindon—. Tienes razón. El nuestro es un trabajo lento y minucioso que gente sin alma y sin conciencia destruye en segundos, pero tengo fe en la tecnología. Cada vez que capturamos digitalmente un sitio arqueológico, tenemos más posibilidades de poderlo reconstruir en el futuro con la máxima fidelidad.

—Ojalá. ¿Crees que volveremos a ver a Alepo como antes?

—¡Claro! —la animó la compañera turca, apoyándole la mano en el brazo—. Esta guerra no puede durar eternamente.

—Hace cinco años que oigo estas palabras. —Miriam sacudió la cabeza—. Yo ya no sé qué pensar.

—No pierdas la esperanza —dijo Livingston—. Mi madre me hablaba de los bombardeos nazis sobre Londres durante la Segunda Guerra Mundial. Todas las guerras son eternas mientras duran, pero el ser humano se sobrepone y las culturas sobreviven. —Todos lo miraron en silencio, conscientes de la cantidad de culturas que habían desaparecido a lo largo de los siglos—. Aunque sólo sea a través de su legado. Para eso estamos aquí.

—Brindemos —propuso el joven padre italiano para aligerar el ambiente—. Por Rafael Lemkin.

—¡Por Lemkin!

*Aranjuez, 2010*

Si julio había sido caluroso, agosto no lo estaba siendo menos. Tras limpiar la piscina y cortar el césped, Marcos se acercó a la manguera, abrió el agua y la usó como ducha para librarse del sudor que le empapaba pecho y espalda. Para evitar que le cayera en los ojos se había anudado alrededor de la frente un pañuelo rojo como el de Bruce Springsteen.

«Es una bandana», le había dicho Magda en el Limbo Rock cuando se la pidió. «Me ha dicho Lena que pronto es tu cumpleaños; puedes quedártela. Tengo más».

Con esas palabras y un guiño, Magda le había arrebatado el factor sorpresa a la fiesta que sus colegas le habían preparado en el Limbo Rock, pero a Marcos no le importó. Disfrutó igual de la fiesta, que fue sencilla —cervezas, limonadas, patatas chips y aceitunas—, que de los regalos y de la partida de billar que ganó Eva para sorpresa de todos. Entre los regalos había una cadena de bolas que Jon había conseguido en los baños del instituto con cuatro chapas agujereadas colgando. Según le había explicado Jon, la chapa verde era la suya, la azul, la de Mateo y la roja, la de Lucas. «Y la dorada la mía», había añadido, entusiasmado. «Dorada como el águila y eso.»

Sólo había echado de menos una cosa: la presencia de Úrsula, la vecina que llevaba media hora comiéndoselo con los ojos disimuladamente mientras él cortaba el césped y ella tomaba el sol junto a la piscina.

—Úrsula, *Schatz*, ven a buscar la limonada —llegó la voz de Mutti desde la ventana de la cocina con vistas al jardín.

Ella bajó el libro que fingía leer pero que en realidad usaba como parapeto

desde el que contemplar al guapo jardinero y le dirigió una mirada molesta, que para Marcos actuó como el mejor afrodisiaco. Se pasaba la semana fantaseando con su guapa vecina, imaginándose que se apoderaba de sus morritos fruncidos y le mordía el labio inferior mientras la acorralaba en el porche hasta derribar sus defensas.

—Eso, *Schatz*, ve, que me tienes muerto de sed —la picó.

—¿Sabes lo que significa «Schatz»? —le preguntó ella, alzando una ceja de lo más aristocrática.

—¿Chata? —probó él.

La risa de Úrsula le dijo que no había acertado, pero le dio igual. Se equivocaría mil veces por hacerla reír.

Aunque no lo habría reconocido ni bajo tortura, ella también llevaba toda la semana deseando volver a ver al jardinero sexy, tan distinto de los hijos de los amigos de sus padres. Dejó el libro sobre la tumbona y entró en la casa. Cuando salió con dos vasos de limonada, no vio a Marcos. Frunció el ceño y disimuló una sonrisa traviesa por si su madre la estaba observando desde la cocina mientras se dirigía al extremo delantero del porche y lo rodeaba. Tampoco lo encontró allí. Boss estaba echando una siesta a la sombra del porche y no se inmutó cuando pasó por su lado. Siguió rodeando la casa, pero no vio a Marcos por ninguna parte.

«¿Se habrá ido ya?», pensó, dándose cuenta de que no quería que se fuera. «No, tiene que entrar en casa si quiere cobrar», se tranquilizó. Estaba a punto de rodear la casa por el otro lado cuando oyó el sonido metálico de la puerta del cobertizo al fondo del jardín. Mordiéndose el labio inferior y sintiéndose Caperucita, se dirigió hacia allí, en busca de algo salvaje para animar los aburridos días. ¿Tal vez un lobo feroz?

—¿Marcos? —lo llamó al llegar al cobertizo, pero él no respondió.

Ella sintió un estremecimiento que le erizó los pelos de la nuca. Su instinto le decía que huyera de allí, pero el aburrimiento le gritaba que entrara. Y cuando tienes dieciocho años, ganas de vivir emociones fuertes y la única compañía de tu madre, la supervivencia pasa a un segundo plano.

Empujó la puerta con el pie y la recibió la oscuridad, acogedora en medio de un día de sol implacable, sin una sola nube.

Y mientras sus ojos se ajustaban a la falta de luz, Marcos le arrebató los vasos, los dejó en un estante junto a los insecticidas y herbicidas, se volvió hacia ella, la agarró por la cintura y la sentó sobre una vieja mesa, de la que

había apartado una regadera, un saco de tierra y varias macetas para hacer sitio. Cuando le apoyó las manos en las rodillas y las separó —lentamente pero con decisión— para colarse entre ellas, las pupilas de Úrsula se habían dilatado para verlo mejor.

—¿No tenías sed, Marcos?

—Tremenda —respondió él con la voz ronca.

Ella le señaló la limonada con un movimiento de cabeza.

—¿No te la bebas?

Él le acarició los muslos, trazando pequeños círculos con los pulgares callosos a su paso.

—Pronto —respondió, sin detener su asalto sensual hasta alcanzar la línea fronteriza de su pequeño bikini negro.

Úrsula lo estaba mirando a los ojos y su mirada tenía un fuego ambiguo. Marcos sabía que ella podía detenerlo con una patada, un empujón en el pecho o una simple palabra, pero tal vez no lo hiciera. No tenía nada que perder.

—¿No vas a invitarme a salir antes, Marquitos?

Él ladeó la cabeza.

—Me encantaría, pero he visto los coches de tus acompañantes. Yo sólo puedo ofrecerte una vuelta en la cortacésped de tu padre o en un carrito de golf robado. Gracias por no denunciarme, por cierto.

Ella se echó hacia atrás, relajándose y apoyando las manos en la mesa.

—Para eso están los buenos vecinos.

La sonrisa de Marcos iluminó el cobertizo. Retirándose momentáneamente del territorio conquistado en la frontera sur, la sujetó por la nuca y se acercó a ella bruscamente hasta quedar a un centímetro de su boca entreabierta y jadeante.

Ella lo deseaba. Estaba seguro de que si se colara bajo su bikini la encontraría húmeda y receptiva, pero no le dio lo que quería. Todavía no. La quería desesperada.

Úrsula alzó la barbilla y echó las caderas hacia delante, ofreciéndose. Niños ricos como el que Marcos había visto en el campo de golf no faltaban en su vida. Tampoco le faltaban propuestas entre los empleados ambiciosos de su padre, que la invitaban a cenar a restaurantes exclusivos o a navegar en el lago de Como los fines de semana, pero ninguno de ellos le ofrecía lo que le daban los chicos del cura. Tenían una rabia dentro que los convertía en amantes muy fogosos. Sentían que la vida los había tratado de manera injusta,

dándole a otros lo que a ellos les había arrebatado: coches, casas lujosas, acceso a clubs exclusivos. Muchas de esas cosas no podrían conseguirlas nunca, pero de vez en cuando tenían acceso a una niña rica y su universo se equilibraba durante unos instantes.

Úrsula lo sabía de primera mano. Simón había dejado el listón muy alto, y tenía ganas de repetir. Y por la mirada retadora que le estaba dirigiendo Marcos, no era la única que tenía ganas de algo más que limonada fresca.

«¿Quieres que me lance yo? ¿Quieres que saque las uñas? Sin problemas.»

Úrsula se echó hacia delante, atrapando el labio inferior de Marcos y tirando de él mientras le sujetaba la nuca con una mano y lo agarraba de la camiseta con la otra.

Marcos la premió sujetándola por las costillas mientras sus bocas se fundían en un beso. Ella gimió al mismo tiempo que él gruñía en su boca. Los pulgares de Marcos exploraron el terreno, echando a los lados la tela del bikini de cortinilla.

Ella no se quedó quieta. Mientras Marcos se apoderaba de sus pechos y jugaba con sus pezones, Úrsula se revolvió inquieta sobre la rugosa superficie de la mesa y alargó las manos, buscando el botón de sus vaqueros.

Al notar el contacto de sus dedos ansiosos sobre su piel, Marcos contrajo los abdominales. Ella gimió, dudando entre reseguir las ondulaciones de sus músculos o desabrocharle los vaqueros y él aprovechó esos instantes de vacilación para arrebatarse el control.

Volviéndola a agarrar por la cintura, negó con la cabeza y la bajó al suelo. Le dio la vuelta, le separó las piernas y, colocándole una mano en medio de la espalda, la inclinó hasta que ella apoyó las manos en la mesa.

Úrsula hizo un ruido lastimero.

—Quiero tocarte —protestó.

—Otro día.

Ella lo miró por encima del hombro y casi se olvidó de lo que iba a decir al verlo sacar un preservativo del bolsillo, soltarse el botón, agarrarse la erección con una mano y cubrirse con la otra.

—¿Quién te ha dicho que vaya a haber otro día, Marquitos?

Él le pinzó la clavícula con una mano mientras con la otra le mostraba el efecto que el diminuto bikini y su dueña le causaban.

—¿No crees que ya es hora de que te olvides del diminutivo, Ursulita?

Sin darle tiempo a responder, le apoyó la mano en la nuca y la obligó a

agachar la cabeza. Ella protestó, pero cuando Marcos deshizo uno de los lazos que le sujetaban el bikini, se agarró la erección y recorrió con ella su húmeda entrada antes de clavarse en su interior, Úrsula se olvidó de todo. El aburrimiento del verano había desaparecido; Simón, olvidado. ¿Quién era Simón?

Marcos echó la cabeza hacia atrás y abrió la boca, gritando en silencio su placer. Pero a ella la brutal embestida la tomó por sorpresa, y no pudo controlar un grito. Él frunció el ceño. Había cerrado la puerta, pero no quería arriesgarse a que Mutti fuera a buscarlos. Inclinandose sobre ella, le cubrió la espalda con su torso empapado y le susurró al oído:

—Ssshhh. Tranquila. No querrás que te oigan todos los vecinos, ¿no?

Úrsula echó las caderas hacia atrás, dejándole saber lo que quería. Por suerte, Marcos quería exactamente lo mismo.

Sujetándola por las caderas, volvió a penetrar en ella, esta vez con lentitud y parsimonia. Con las manos, le recorrió el cuerpo como si fuera un escultor moldeando sus curvas en barro. Se hundió en su cintura, resiguió sus costillas una por una, se entretuvo en sus pechos, amasándolos y aplastando los pezones con los pulgares. Le acarició el cuello y le buscó la cara. Cuando ella tuvo sus dedos delante, se apoderó del pulgar, se lo metió en la boca y succionó.

A Marcos le temblaron las rodillas.

«Más, Úrsula. Habrá más encuentros, como me llamo Marcos Jerónimo», se dijo, fantaseando ya con notar esos labios mullidos y ansiosos en otra parte de su anatomía.

Pero eso sería en otra ocasión. Cuando la embistió con fuerza, ella gimió otra vez y él amortiguó un gruñido enterrando la cara en su cuello. Su cuerpo, firme, caliente y tembloroso, era un sueño, era mejor que cualquier sueño. Marcos supo que no iba a aguantar mucho cuando diera rienda suelta a su deseo.

La abrazó a la altura de las caderas y la acarició entre los muslos. Al notar las rugosas yemas de sus dedos en su entrada, a Úrsula le temblaron las piernas. Él la sujetó por la cintura con un brazo mientras con el otro la acariciaba íntimamente, sin dejar de embestirla en ningún momento.

El calor y la humedad que generaron sus cuerpos se elevó en el reducido espacio del cobertizo. Ambas nubes chocaron contra el techo y volvieron a descender. Al encontrarse, se enroscaron una en la otra y empezaron a girar cada vez más deprisa, generando un tornado de pasión que arrasó con todo: la



cordura, la prudencia y las diferencias de clase, dejando a su paso un reguero de bienestar y relajación.

Si instantes atrás, Marcos había sentido las contracciones del vientre de Úrsula abrazándolo íntimamente mientras él se derramaba en su interior, en ese instante notó otro tipo de contracciones.

—¿Estás bien? —le susurró al oído.

Ella, desmadejada sobre la mesa, respondió con un gemido de placer antes de que las contracciones volvieran a apoderarse de ella: se estaba riendo.

Marcos sintió que una enorme satisfacción se apoderaba de él.

—¿Te estás riendo de mí, bruja? —le preguntó, haciéndole cosquillas en la cintura, aunque sabía que no; la suya no era una risa burlona sino una de esas que se te escapan cuando la vida te sorprende para bien.

—Si te digo que sí, ¿qué vas a hacer, Marquitos? —replicó ella, con una voz que era pura provocación.

—Mala bruja —murmuró él, con una sonrisa. Le dio una palmada en la nalga que hizo que ella contuviera una exclamación y se separó. Tras librarse del preservativo en la bolsa donde había guardado el césped cortado, se abrochó los vaqueros. Ella, mientras tanto, se había recolocado el bikini. Con una sonrisa irónica, Marcos cogió los dos vasos de limonada y le dio uno—. Te diría que bebieras, Úrsula. Es evidente que el calor te ha reblandecido el cerebro.

Ella aceptó el vaso y lo vaciaron a la vez, sin dejar de mirarse mientras bebían el líquido fresco y azucarado con un toque ácido, como la pasión en verano, que siempre tiene fecha de caducidad.

*Gaziantep, 2016*

Esa noche, Miriam durmió en una cama cómoda. Había comido bien, bebido más de lo habitual, estaba tranquila y se sentía realizada. Había vencido sus miedos y había enviado un mensaje a los terroristas que habían acabado con la vida de sus padres. Eso la hacía sentir mejor, como si hubiera superado una nueva fase del duelo.

Por otro lado, los apasionados encuentros con Marcos la habían hecho germinar. Aunque las condiciones para dar rienda suelta a su amor no habían sido las más adecuadas, se sentía distinta, como una flor que se hubiera abierto en medio de los bombardeos.

Se moría de ganas de volver, de abrazarlo, de decirle lo importante que era para ella, de pedirle que se marcharan de Alepo, que se fueran a otro sitio donde poder ser útiles sin tener que sufrir por si una bala lo alcanzaba durante una de sus misiones de salvamento o por si el hospital desaparecía alcanzado por una bomba.

Estaba lista para empezar a vivir de verdad, sin sordina. Las ganas de castigarse por haber sobrevivido a unos padres mucho más valiosos que ella habían desaparecido. Por desgracia, nunca faltaban almas heridas que no se sentían dignas de vivir y que buscaban lejos de casa la redención a sus pecados. Otros hombres y mujeres incapaces de perdonarse ocuparían su lugar en el hospital.

Con los ojos abiertos y fijos en el techo, dio gracias a Inanna, diosa mesopotámica del amor y de la guerra, por haberle concedido lo primero en medio de lo segundo.

Visualizando en su mente los besos y las palabras que le diría a Marcos cuando lo viera, se durmió.

\*\*\*

A la mañana siguiente, muy temprano, John Swindon y el Doctor Livingston se reunieron con ella en el comedor. Miriam había dado por hecho que la acompañarían durante el viaje de vuelta, pero no fue así.

—No tiene sentido que te acompañemos —se excusó el doctor Livingston—. Hemos de montar el vídeo, enviarlo a los medios de comunicación internacionales...

—Claro —replicó ella, tratando de sonar despreocupada.

—Hay que racionalizar gastos y recursos —añadió Swindon, que al menos tuvo la decencia de parecer avergonzado.

—No os preocupéis. Voy bien acompañada —señaló a los dos agentes de seguridad privada que la esperaban junto a la puerta, pero mientras subía al vehículo y se alejaba camino de la frontera, no pudo evitar sentirse abandonada y su conciencia eligió ese instante de debilidad para recordarle que Marcos nunca la habría dejado sola.

La ilusión por volver a un yacimiento arqueológico había hecho que se olvidara del miedo durante el viaje al norte, pero el silencio de la vuelta la hizo ser más consciente del peligro al que se enfrentaba. Iba a tener que cruzar una de las fronteras más peligrosas del mundo y recorrer una distancia corta en kilómetros pero llena de peligros. El trayecto que en una autopista española podía durar una hora, les llevaría el día entero.

A lado y lado de la carretera se extendían campos de refugiados llegados de Siria, pero también de Irak. Le sorprendió ver antenas parabólicas sobre algunas casas prefabricadas y también huertos y pimientos puestos a secar sobre maderas, pero enseguida se dio cuenta de que era lógico. La guerra llevaba cinco años manteniendo a las personas lejos de sus casas y de sus ciudades, tiempo más que suficiente para organizarse, aunque fuera en aquellas condiciones.

Miriam inspiró hondo. Las casas prefabricadas y las tiendas de campaña se extendían durante kilómetros. Toda esa gente estaba allí huyendo del infierno de las bombas, las balas de los francotiradores y de los ataques cuerpo a

cuerpo. Muchos de ellos habían huido de Aleppo. Y hacia allí se dirigía ella en contra de lo que le gritaba la cordura. Sólo tenía que dar una orden sencilla, pedir a los agentes que dieran media vuelta y sería libre. Desde Turquía podría volver a España o a cualquier lugar del mundo que quisiera. Podría estudiar lo que quisiera, o trabajar o viajar. Podría ducharse con agua caliente y lavarse el pelo con champú y no con una pastilla de jabón; podría dormir en una cama cómoda y comer una pizza en un restaurante o ver una película en el cine.

Podría, pero no lo hizo porque en su mente sólo había sitio para Marcos y la mirada herida que le había dirigido antes de que se fuera.

En silencio siguió observando los campos de refugiados y no pudo evitar pensar que se parecían más a una cárcel que a un refugio.

Horas más tarde, ya en territorio sirio, los miembros del equipo de seguridad decidieron hacer una pausa. Se detuvieron en la misma casa donde durante el viaje de ida se habían encontrado con Miluda y las demás combatientes. Tampoco había muchos locales donde elegir. Al entrar en la casa y no verlas, Miriam se preguntó dónde se encontrarían en ese momento, si estarían bien, si volvería a ver a Miluda alguna vez.

No tenía hambre, por lo que pidió sólo un té. Quería llegar de una vez a Aleppo, cenar junto a Marcos, Bárbara, Gabriel y los demás... llegar a casa.

Pasado un rato, se levantó y salió al patio interior en busca del lavabo. Y mientras se aliviaba, oyó el primer disparo. Cortó en seco y se subió bragas y pantalones sin entretenerse. Más disparos siguieron a los primeros, acompañados de gritos.

Con la adrenalina disparada, salió del retrete y buscó una escapatoria, pero se encontraba en un patio cerrado, donde guardaban gallinas y sacos de comida. No había ventanas. La única manera de salir era por la puerta o escalando los muros.

Aunque estaban en medio de la nada y huyendo no llegaría muy lejos, el instinto de supervivencia la impulsó a subir a un saco de grano y, desde ahí, saltar para alcanzar el tejado. Si era capaz de subir al muro, podría tumbarse sobre el tejado. Y tal vez si permanecía muy quieta, pasaría desapercibida hasta que los atacantes se marcharan.

Lo que Miriam no sabía era que difícilmente pasaría desapercibida ya que el comando del Daesh que había entrado en la humilde casa de comidas la buscaba a ella. En plena era de las comunicaciones, hasta en ese rincón de

mundo las imágenes viajaban de prisa.

Uno de los arqueólogos que había cenado con el grupo la noche anterior había colgado un vídeo en su Facebook donde de fondo se oía a Miriam dando la entrevista que sus colegas ingleses tenían previsto editar y compartir más adelante, cuando ella hubiera alcanzado la relativa seguridad del hospital de Aleppo. Era un vídeo corto, no oficial, pero el mensaje de Miriam llegaba alto y claro: habían matado a sus padres, pero allí estaba ella, dispuesta a defender su legado. Y no había tardado mucho en llegar a ojos del Daesh, que se lo había tomado como una provocación.

Con el primer salto, rozó el borde superior del muro. Con el segundo, se agarró de una mano, pero no aguantó mucho. Bajó del saco, cogió otro más pequeño y lo apiló sobre el primero. Volvió a subir y, esta vez sí, se agarró del borde con facilidad y empezó a trepar.

Los disparos se habían detenido.

«Tal vez han robado ya lo que querían y se han marchado», trató de convencerse, sosteniéndose con las manos sudorosas. «¡Venga! ¡Un poco más!»

Una mano firme como una tenaza de hierro la agarró por el tobillo.

Miriam sintió que un calambre de terror le recorría brazos y piernas, dejándola sin fuerzas ni siquiera para gritar. Se resistió a soltar el muro, pero fue inútil. La mano que la sujetaba por el tobillo no la soltó y pronto otra mano se coló entre la pared y ella. Un hombre se había subido a los sacos, la había agarrado por la cintura y había saltado con ella al suelo. Miriam no le veía la cara, pero se imaginó que no sería muy distinta de las otras cinco caras que la estaban observando desde el patio, caras de hombres morenos, barbudos, que la miraban con una mezcla de odio, desprecio y burla en los ojos.

«¡Maldita sea! ¡No quiero! ¡Tengo que volver junto a Marcos, se lo prometí!»

De pronto pensó que daría todo lo que tenía por abrazarlo, por pasar con él una noche de pasión, por pasear juntos por el mercado, por ver salir el sol a su lado en la ciudadela de Aleppo, por ver brillar sus ojos cuando le dijera lo mucho que lo quería..., pero no se engañaba. Sabía que, probablemente, no volvería a ver salir el sol.

# ***CUARTA PARTE***

*Aranjuez, 2010*

Cuando Marcos entró en casa de Salvador con el sueldo en el bolsillo, el cuerpo cansado pero satisfecho por la actividad física —y, sobre todo, por el tórrido encuentro con Úrsula— y el optimismo invadiéndole el alma, se encontró a Jon, sentado a la mesa con Lucas. Mateo no acababa de trabajar hasta más tarde y comía en la piscina.

—Salvador, ya está Marcos aquí —lo llamó Ana—. ¡Baje a comer!

—Voy —llegó la voz del sacerdote desde su habitación.

Marcos, muerto de hambre, decidió que ya se ducharía más tarde. Se lavó las manos y la cara en la cocina y llevó la fuente con el lomo rebozado que había preparado Ana de segundo plato. Ella ya estaba en la mesa, sirviendo cinco platos de judías verdes hervidas con patatas y huevo duro antes de sentarse.

Lucas se había agarrado la cabeza entre las manos y la sacudió.

—¿Por qué, Anita? ¿Por qué otra vez verdura?

—No protestes, Lucas, que te he hecho lomo rebozado de segundo.

El de Vigo alzó la cara, esperanzado.

—¿Libritos?

—¡No, sin libretar! Si tuvieras tanta afición por los libros de papel como por los de comer no tendría que venir Lena a darte clases, cebollino.

—¿Qué quieres, Anita? No doy a más.

Salvador había llegado a la planta baja y se había apoyado en el respaldo de la silla. Hasta retirar la silla le suponía un esfuerzo. Miró a los chicos con afecto y envidia. Hubo un tiempo en que él también había dado por sentado

que nunca se le acabarían las fuerzas. ¡Qué felicidad es vivir en la ignorancia de lo que nos espera en la vejez!

—¡Déjate de tanto Anita por aquí, Anita por allá, zalamero! ¡Si tú eres tonto, yo soy Marisol! —protestó Ana, que no podía disimular el cariño que sentía por los chicos—. Son judías de la huerta de Aranjuez. ¡La mejor del mundo!

Marcos chafó las patatas, las judías y el huevo duro todo junto, le echó aceite de oliva y vinagre y empezó a comer con ansia.

—Hay apetito, ¿eh, Marcos? —comentó Salvador, con una sonrisa—. ¿Ha ido bien en casa de los Maier?

Marcos asintió con la boca llena y cuando tragó, dijo:

—Me han pagado.

—Se te ve contento —comentó Ana.

Marcos se encogió de hombros y siguió comiendo sin parar. Cuanto antes se acabara la verdura, antes podría atacar la carne rebozada. Y de paso, menos posibilidades tendría de meter la pata.

—A mí también me han pagado —comentó Jon.

Lucas miró a sus dos compañeros mientras se comía la verdura acompañada con mucho pan y mucha agua, para pasar el mal trago. Llegó a la conclusión de que sí, el vasco estaba contento, pero no irradiaba satisfacción sexual por los cuatro costados, como otros.

—¿Qué tal la vecinita, Marcos?

La mirada asesina de su compañero de habitación le dio mucha información.

—Bien, supongo —respondió. En ese momento, recordó algo—. ¿Qué significa *Schatz*, por cierto?

A su alrededor todos se encogieron de hombros o negaron con la cabeza.

—Pregúntaselo a Mateo —propuso Salvador—, él sabe alemán.

Jon, que se había acabado la verdura, se levantó y echó a correr escaleras arriba antes de que nadie pudiera detenerlo.

—¡Jon, no te levantes de la mesa hasta que hayamos acabado! —lo regañó Ana.

—Es un momento; volveré antes de que Lucas se haya acabado las vainas.

—Es que se me hacen bola —protestó el de Vigo, con la cabeza apoyada en el puño.

—¡Cómo se te van a hacer bola! —Ana echó las manos al cielo—. Señor,



dame paciencia.

—¡Tesoro! —exclamó Jon, bajando la escalera por la barandilla—. Ana lo miró, se volvió hacia Salvador y suspiró antes de seguir comiendo. Si los seguía riñendo, no acabaría nunca de comer—. *Schatz* significa tesoro, lo he buscado en internet.

Marcos alzó las cejas y permaneció en silencio. A Lucas se le escapó la risa por la nariz.

—¿Te llama «tesoro» la vecinita, Marcos? —le preguntó, burlón—. Si que te aprecia, ¿no?

Marcos se ruborizó, pero mantuvo la cara imperturbable.

—No. Es su madre la que la llama a ella así. Tenía curiosidad.

—Bien, está bien que aprendáis idiomas —lo animó Salvador—. El mundo es muy grande y variado. —Volviéndose hacia el de Vigo, añadió—: Y se come de todo. Más te vale abrir la mente y acostumbrarte a platos nuevos; no puedes alimentarte sólo a base de macarrones y libritos.

Lucas asintió con entusiasmo.

—¡Sí puedo! Se lo prometo, póngame a prueba.

Salvador cruzó una mirada con Ana, antes de que ésta la elevara al cielo.

—Señor, danos paciencia a los dos.

—Amén —corroboró Salvador, suspirando. Mientras Ana servía el segundo plato, preguntó—: ¿Cómo se presenta el fin de semana? ¿Tenéis algo previsto?

A Lucas se le iluminó la mirada, y no sólo por haberse acabado la verdura.

—Voy a hacerme un tatuaje.

Salvador lo miró, preocupado.

—¿No tienes que ser mayor de edad para eso?

—No se preocupe, padre. Usaré el DNI falso.

Salvador soltó los cubiertos.

—Me dejas mucho más tranquilo —respondió con sarcasmo que a Lucas le pasó inadvertido.

—¿Qué te vas a hacer? —le preguntó Jon, sin poder ocultar la admiración.

—Una inicial.

—¿La ele de Lucas?

Lucas asintió.

Salvador y Ana intercambiaron una mirada que venía a decir: «podría ser peor». Por la casa habían pasado chicos con tatuajes mucho más elaborados,

obscenos y escandalosos en general.

Marcos miró a Lucas con la ceja alzada y una sonrisa ladeada que le dijo que a él no lo engañaba, que esa ele que iba a marcarse en el cuerpo no era de Lucas sino de Lena, que cada día iba adueñándose de un trozo más del toro de Vigo.

*Alepo, 2016*

Un martilleo le estaba taladrando las sienas. Como cada día, lo primero que hizo fue preguntarse dónde estaba. Y, como cada día, dio las gracias por no estar en el armario de casa de sus padres ni en Waziristán, donde las cosas empezaron mal y acabaron peor. Sin embargo, el alivio duró poco.

«Miriam.»

Un día más, su corazón terco y obstinado le había pasado una circular informativa, indicándole que la señorita Miriam Casaldáliga Santolaya había viajado a Turquía por voluntad propia, apartándolo de su lado sin pestañear y dejándole claro por enésima vez que no quería darle un papel protagonista en su vida. Por lo tanto, el oficial al mando —su cerebro— había dado la orden de no pensar en ella y centrarse exclusivamente en rescatar a inocentes víctimas de bombardeos que sí lo querían en sus vidas. Pero, un día más —y ya había pasado más de una semana desde la partida de Miriam— su corazón se despertaba pensando en ella.

Por mucho que se negara a preocuparse por ella, no hacía otra cosa en todo el día. Vivía una guerra dentro de otra. Mientras las bombas caían sobre su cabeza, su cerebro y su corazón mantenían un combate cuerpo a cuerpo, el primero negándose a sufrir por quien no quería sus emociones; el segundo, negándose a aceptarlo y lanzándose hacia el campo de batalla en busca del corazón del Miriam, desaparecido en combate.

Sentado en el camastro donde habían compartido tantas noches, se frotó la cara con ambas manos antes de dirigirse hacia la ducha.

Había perdido la motivación que lo había mantenido en Alepo durante casi

un año. Si cuando llegó se sintió acogido, parte de una comunidad, ahora se sentía de nuevo abandonado, repudiado, como durante las semanas que pasó en el centro de menores, antes de que Salvador se lo llevara a su casa de Aranjuez.

Pensó en el viejo sacerdote, en la maternal Ana y en sus compañeros. ¿Qué estarían haciendo? ¿Habría seguido Mateo los pasos de su padre como arquitecto? Y Jon, ¿habría entrado en el seminario tal como deseaba Salvador? ¿O tal vez habría conseguido que Eva se fijara en él? ¿Se habría casado? ¿Tendría hijos? ¿Y Lucas? ¿Qué estaría haciendo Lucas?

«Es reportero», se recordó. «¿Quién se lo iba a imaginar?»

Sintió unas ganas enormes de volver a verlo, de compartir con él cervezas y confidencias. No podía seguir escondiéndose eternamente. Si algo bueno le había traído su estancia en la ciudad sitiada —aparte de Miriam, en la que se negaba a pensar— había sido la amistad de Bárbara. La maña era una mujer de armas tomar, que no se callaba nada, y que le había salvado la vida varias veces, tanto literalmente como gracias a sus charlas y a su comprensión.

Salió de la ducha y se vistió con la sufrida y resistente ropa militar del color de la arena, árida y estéril como su vida. De repente, sintió unas enormes ganas de hundir las manos en la tierra fértil de la huerta de Aranjuez, de formar parte del bando de la vida y no del de la muerte.

Sonrió con ironía pensando en las numerosas veces que había protestado cuando Salvador le hacía ir a la granja de Roberto para ayudarlo a recoger fresas o a cualquier otra cosa. Lo que a los dieciséis años le había parecido lo más aburrido del mundo ahora lo recordaba como un auténtico vergel, un paraíso.

Cuando entró en el comedor, Bárbara ya estaba allí. Sabía que la zaragozana lo vigilaba con el celo de una madre —o de una amante, pero prefería no pensar en ella de esa manera—. Y aunque Bárbara era una experta en ocultar sus emociones, vio en sus ojos el alivio por verlo aparecer.

Ella tuvo que hacer un esfuerzo titánico por no ir hacia él y lanzarse a su cuello, igual que horas atrás, cuando había ido a comprobar que dormía a cubierto, que no había vuelto a ponerse en peligro subiendo a la ciudadela en plena noche.

Mientras él se acercaba a la mesa donde estaban los termos con agua para el té y el café soluble, Bárbara lo contempló con disimulo. Vestido como ella con ropa en tonos camel, se movía con precisión y elegancia. Marcos era

contenido, musculoso aunque no exageradamente, majestuoso, fuerte, de pocas palabras. Aunque por fuera transmitía calma, todo el mundo era consciente de que no es buena idea hacer enfadar al león.

Cuando se sentó a su lado, ella lo recibió con una sonrisa contenida.

—Buenos días, Marquitos.

—Buenos días, Barb —replicó, con la voz ronca.

Tremendamente preocupada por la falta de noticias de Miluda y de Miriam, Bárbara llevaba horas desvelada. Había ido al comedor, donde los que no podían dormir se reunían para que las horas pasaran más deprisa.

Mientras Marcos desayunaba, la directora entró en el comedor con cara de preocupación. Acostumbrados a interpretar las expresiones corporales y faciales, todos supieron que algo malo había pasado antes de que abriera la boca... y la volviera a cerrar, incapaz de transmitir las noticias.

Bárbara se levantó y fue a su lado. Marcos también se levantó, muy lentamente.

—Vuelve a sentarte —le ordenó la directora y Marcos sintió que el suelo se estaba quebrando bajo sus pies una vez más. Un nuevo círculo del infierno lo esperaba... y ya había perdido la cuenta de cuántos círculos había atravesado—. Es Miriam. El Daesh la ha capturado.

Si alguien hubiera pasado por delante de la puerta del hospital en aquel momento, habría salido corriendo al oír rugir al león del desierto.

*Aranjuez, 2010*

El verano llegaba a su fin. Pese a algunos encontronazos sin consecuencias con la banda de Jorge, las últimas semanas habían sido tranquilas. Jorge tenía nueva pareja y eso había hecho que se olvidara de su cruzada contra los Evangelistas. Jon era feliz con los caballos y, cuando estaba en casa, se sumergía en su ordenador. Mateo había pasado el verano alterando las hormonas de las chicas y sus madres cada vez que salía del agua y sacudía sus rizos dorados como si fuera un perro de lanas. Lucas y Lena habían pasado el mejor verano de sus vidas. Estaban convencidos de que el destino los había unido y de que aquél sería el primer verano de los muchos que pasarían juntos. Habían hecho miles de planes: se comerían la noche en Berlín, sincronizarían sus corazones al ritmo de la música de Nueva Orleans, se casarían en Las Vegas...

Marcos no hacía planes, vivía al día, y cada viernes que Úrsula lo desafiaba con la mirada, sabía que sería un buen día.

—¡Venga, Marcos, vístete ya! —Desde la puerta de la habitación, Ana, vestida como campesina de principios del siglo XIX y con los brazos en jarras, había empezado a meterse en su papel.

—Estás muy guapa —la piropeó él, sentado en la ventana.

—Menuda panda de zalameros estáis hechos —replicó ella, sin poder disimular una sonrisa—. ¡Pero vístete ya! Subir a los balcones es un gran honor.

—Voy, voy.

Marcos se puso las medias claras, los pantalones por debajo de la rodilla,

la camisa blanca de mangas holgadas y el chaleco oscuro. Gracias a Ana, formaban parte de las festividades que conmemoraban el motín de Aranjuez, que había sido declarada fiesta de interés internacional y que, además de su interés cultural, era la mejor manera de integrarse en la comunidad. Casi todos los habitantes participaban de un modo u otro, ya fuera en las representaciones de escenas del motín, en el mercado goyesco, en las actividades musicales, infantiles..., o aunque sólo fuera tomándose un chocolate con churros en la plaza.

—¡Y nada de zapatillas deportivas! —le recordó Ana mientras bajaba la escalera.

—¡Nos dijo Jacinto que si eran negras sí podíamos llevarlas! —protestó Jon desde la habitación de al lado.

—¡Lo dijo! —le confirmó Marcos que, sentado en la cama, se estaba atando ya los cordones de sus zapatillas—. Es de noche, no se ven.

Cuando poco después bajó al comedor, se encontró a Mateo, ya cambiado, charlando con Salvador.

—¿No podemos convencerlo para que venga, Salvador? —le preguntó Marcos, mirándose en el espejo del recibidor.

—¡Es más tozudo que la mula de Roberto! —lo riñó Ana—. ¿Cuándo va a ir al médico a tratarse ese corazón? No tiene edad para estar tan achacoso, padre.

Él hizo un gesto con la mano, quitándole importancia al tema. No podía admitir en voz alta que la mayor parte de su corazón se había quedado en Centroamérica y que, desde entonces, su vida era un valle de lágrimas. La Iglesia no admitía ese tipo de pensamientos, pero cuando estaba a solas, no se mentía. Si su corazón le daba un empujoncito para abandonar antes esta vida, no sería él quien protestara.

—No, hijo. Ya no tengo el cuerpo para motines, pero entrad en ese palacio y derrocad a Godoy y a todos los poderosos. Eso sí. Nada de sangre.

Marcos y Mateo intercambiaron una mirada irónica.

—Entonces, si un guardia intenta detenernos, ¿ponemos la otra mejilla?

Salvador les dirigió una mirada afectuosa.

—No os separéis y cubríos las espaldas siempre —les aconsejó—. Si un guardia intenta deteneros, haced lo que tengáis que hacer..., pero que yo no me entere. Y, sobre todo —bajó la voz—, que no se entere Julián.

—¡Jon, baja ya, que se hace tarde! —gritó Ana—. Y nada de bajar por...

El de Bermeo no le dio tiempo a acabar la frase. Antes de que Ana pudiera pronunciar la palabra «barandilla», Jon había bajado deslizándose por ella y estaba ante la puerta.

—¡Venga, vamos! Siempre os tengo que esperar —les dijo, haciendo una reverencia. Siguiendo las indicaciones de la encargada de vestuario, se había atado un pañuelo negro a la cabeza, lo que le daba un aspecto más parecido a un pirata que a un majo goyesco.

—Santo Job, dame paciencia —musitó Ana, pero cuando Marcos y Mateo la agarraron uno de cada brazo, se dispuso a disfrutar de la noche más especial del año para los arancetanos.

Por el camino fueron saludando a vecinos vestidos de época como ellos y se dejaron fotografiar por los curiosos turistas. Cruzaron el río, dejando a la izquierda El Rana Verde, y al llegar a la fuente de la Mariblanca se reunieron con Lucas y Lena, que se besaban como si estuvieran viviendo un motín real y tal vez aquellas fueran las últimas horas que pudieran pasar juntos.

—Ya era hora —dijo Lucas al verlos, echándose hacia atrás las borlas de la redecilla y secándose la boca con el dorso de la mano.

—Uy, sí. Nos echabas mucho de menos, ¿verdad? —Marcos sacudió la cabeza, riendo.

—¿Las habéis traído? —les preguntó Ana.

—Aquí están, Anita —respondió Lena, preciosa con su blusa escotada y su redecilla de borlas en la cabeza, que chocaba un poco con la marcada raya del ojo y el maquillaje ahumado de los párpados.

Ana miró las antorchas que la pareja había recogido en el centro de ensayos y le dijo en voz baja, para que no la oyeran los chicos, que estaban entretenidos burlándose los unos de los otros:

—Me extraña que estén apagadas con lo acaramelados que estabais.

Lena se ruborizó. Tal vez las antorchas estuvieran apagadas, pero su vientre ardía como siempre que Lucas se acercaba a ella. Mentira. A veces la encendía sólo con la mirada, sin necesidad de tocarla. Ante cualquier otra persona habría saltado, indicándole por dónde podía meterse sus opiniones, pero con Ana era distinto. Trataba a Lucas y a los demás con cariño, como una abuela, y a ella también.

—Yo... —empezó a decir, pero Ana la agarró del brazo y le guiñó el ojo.

—¡Anda, vamos!

El grupo se dirigió al patio de armas del Palacio Real, uniéndose al río de



gente que avanzaba con antorchas encendidas en las manos, un río de rebeldía, de unión, de esperanza.

Por el camino, Ana se encontró con una amiga y se quedó con ella. Representaban a dos vecinas que se enfrentaban, una defendiendo a Carlos IV y la otra a su hijo, Fernando VII. Los chicos habían sonreído al verla viviendo el personaje durante los ensayos.

Uno de los organizadores los vio llegar y se dirigió hacia ellos, antorcha en mano. Salvador les había pedido que no las encendieran hasta llegar al patio de armas. Así, si hubiera algún incidente en el pueblo —Dios no lo quisiera— no podrían culparlos. Lucas había protestado, pero no le había quedado otra que aceptar.

—¡Vamos, prended esas antorchas! —gritó el organizador, metido en el personaje desde hacía horas—. ¡Que nos vea llegar ese desgraciado de Godoy! ¡Que sepa lo que le espera!

Los chicos y Lena se acercaron y encendieron sus antorchas en la misma llama. Sus ojos parecieron prender al mismo tiempo que las teas. Azules los de Mateo, castaños los de Marcos, casi negros los de Lucas y Lena, grises los de Jon, todos brillaban intensamente. Y si los tres mosqueteros eran cuatro, esa noche les quedó claro que los cuatro Evangelistas eran cinco.

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer —les indicó el organizador, bajando la voz para que no lo oyeran los visitantes—. Cuando veáis caer las cuerdas, escaláis al primer piso y os enfrentáis a los guardias.

Los cuatro chicos asintieron, emocionados y entusiasmados. Hacía un año que habían llegado a Aranjuez con el alma herida. Sólo un año después, se sentían parte de una familia y de una ciudad, capaces de cualquier cosa para seguir disfrutando de esa maravillosa sensación de aceptación, de comunión, de formar parte de una comunidad.

—¡Muerte a Godoy! —gritó un turista que pasaba por su lado.

—¡Muerte a Godoy, carallo! —exclamó Lucas, alzando la antorcha a todo lo que le dio el brazo.

Los gritos se unían a los petardos y a las risas nerviosas. La luz de las antorchas le daba a todo un aire irreal; como si formaran parte de una película.

A Marcos le sudaban las manos. Buscó a Úrsula con la mirada, pero no la vio. Ése era el último fin de semana que pasaría en España antes de volver a Alemania y quería despedirse de ella en condiciones.

—Nos toca, tío —le dijo Lucas.

Marcos alzó la cara y vio que alguien lanzaba una cuerda desde el balcón del palacio. Siguiendo las instrucciones que le habían dado durante los ensayos, entregó la antorcha al motinero más cercano. Echó un rápido vistazo a la pared antes de escalar y vio que Jon, ágil como un mono, ya estaba a mitad de camino. Su instinto de protección se puso en marcha, igual que la adrenalina, que le circulaba a toda velocidad por las venas. Sabía que los soldados que lo esperaban en el interior del palacio no eran auténticos y que las armas que llevaban en la mano eran de atrezzo, pero las emociones que lo embargaban eran muy reales. Sus compañeros estaban asaltando el palacio y no iba a dejarlos solos.

Dio un salto y trepó por la cuerda hasta alcanzar el balcón. Una vez allí, le arrebató el fusil al soldado que guardaba el balcón y, aferrándolo con las dos manos, plantó el arma en el cuello del guardia, empotrándolo contra la pared.

—¡Muera Godoy! —gritó alguien a sus pies.

Si hubiera mirado hacia abajo, habría visto a la multitud aplaudiendo a los cuatro chicos que habían asaltado el palacio con determinación, pero Marcos sólo tenía una cosa en la cabeza: proteger a sus amigos y, si no podía protegerlos, morir a su lado.

*Camino a Kobane, Siria, 2016*

Marcos y Bárbara viajaban hacia el norte. Ambos tenían mentalidad militar, eran personas de acción y se entendían con una mirada. Y la mirada que habían cruzado en el comedor del hospital decía claramente: vamos a encontrar a esos desgraciados y liberar a Miriam o a morir en el intento.

Tanto la directora como el resto del personal los habían apoyado en todo. Mientras la directora buscaba quién los sustituyera en los rescates, una enfermera los puso en contacto con un convoy de combatientes voluntarios que se dirigían al nordeste, siguiendo los pasos de Miluda, para romper el cerco de Kobane.

El ambiente en la parte trasera descubierta de la camioneta que los trasladaba era tenso. Los ánimos en la ciudad andaban revueltos, más que de costumbre. Los bombardeos desde el aire y ataques con misiles de tierra se habían intensificado. Se decía que las tropas gubernamentales estaban a punto de recuperar el control de la zona rebelde donde se encontraba el hospital que acababan de abandonar. Y aunque muchos de los combatientes que habían creído en la posibilidad de derrocar al régimen de Al-Assad lo vivían como una derrota, la población estaba deseando que el conflicto acabara, como fuera.

Aunque tanto Bárbara como Marcos iban armados en Aleppo, usaban las armas como defensa. Marcos contemplaba el horizonte mientras acariciaba la culata del AK- 47. Pensar en apretar el gatillo a la mitad, oír el repiqueteo de los cartuchos al salir disparados y notar el empuje del retroceso en el hombro le provocó un agradable cosquilleo interno. La partida de Miriam lo había

dejado hueco por dentro; tras una semana de no sentir absolutamente nada, hasta ese cosquilleo fue bienvenido.

Se volvió hacia el otro lado y pilló a Bárbara contemplándolo. Al verse descubierta, ella empezó a hablar para romper la incomodidad del momento.

—Qué ganas tenía de salir de Aleppo y de unirme a las YPJ —comentó—. ¡Qué harta estaba de tener que decidir si comerme una cebolla o guardarla para ponerla en la piel de los heridos!

Marcos agachó la cabeza y ella maldijo en silencio por haberle traído recuerdos de Miriam y de su fiesta de cumpleaños. Cuando la oleada de dolor aflojó, Marcos le dirigió una mirada irónica.

—Ya te digo, Barbie Granadas. Un año encerrado en una ciudad sitiada, el lugar perfecto para un claustrofóbico.

—Si es que eres masoquista, maño. —«Y no es el único», admitió Bárbara. «¿Lo ves, virgencita del Pilar? Él masoquista y yo también. Somos la pareja perfecta.»

—Masoquista y gilipollas —replicó Marcos.

—¿Lo dices porque Kobane lleva dos años sitiada también?

Marcos le dirigió una sonrisa ladeada que hizo que Bárbara se fundiera por dentro.

—Entre otras cosas.

A lo lejos vieron estallar bombas y arder algunos campos. Hicieron turnos de conducción para no parar en ningún momento y Marcos lo agradeció. La comitiva se había dividido en Manbiy. Parte de los voluntarios se había dirigido entonces hacia el este, para unirse a los Peshmergas que se estaban concentrando en Tal Abiad. Marcos y Bárbara prefirieron arriesgarse, seguir camino hacia el norte y cruzar el cerco de Kobane, donde esperaban encontrar a Miluda.

Aunque la distancia entre Aleppo y Kobane era de ciento cincuenta kilómetros, el avance era lentísimo, ya que debían examinar el terreno constantemente en busca de minas. Era ya de noche cuando se acercaron a Kobane.

Marcos comprobó con tristeza que el paisaje de desolación y casas destruidas era casi idéntico al de Aleppo. Sin embargo, al acercarse al campamento militar, se sorprendió por la energía que desprendían los allí congregados.

Tal como habían acordado por el camino, Marcos se dirigió al punto de

recepción de voluntarios de las YPG —las Unidades de Protección Popular— y Bárbara se dirigió al campamento de las YPJ —las Unidades de Protección de las Mujeres—. Marcos pasó los trámites de identificación y pidió hablar con el comandante. Aunque no tuvo que esperar demasiado, cada minuto se le hizo eterno.

Cuando al fin tuvo al militar delante, Marcos estaba cansado, irritado y con ganas de montar en el primer vehículo que encontrara y salir él solo en busca de Miriam, por lo que no fue de extrañar que la entrevista no fuera bien. Su aspecto nervioso y su acento afgano hicieron que el comandante desconfiara de él inmediatamente. Y cuando pidió con vehemencia un equipo para localizar a los talibanes que habían secuestrado a Miriam, el comandante no supo si echarse a reír o gritarle la lista de los desaparecidos de su familia a los que no podía ir a buscar. Optó por encerrarlo en una caseta sin ventanas, donde Marcos acabó de desesperarse. Y quién sabe el tiempo que habría pasado allí si Antonio y Francisco, los voluntarios españoles de las Brigadas Internacionales, no lo hubieran oído gritar mientras se lo llevaban detenido.

A través de la puerta cerrada, lograron comunicarse con él.

—¿Marcos?

—¿Quién es?

—Soy Francisco. Nos conocimos en Alepo.

—Es el facha que te regaló el periódico para que cagaras a gusto — Antonio le refrescó la memoria y no dejó pasar la oportunidad para meterse con su compatriota.

—No me toques los cojones, rojo.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Marcos y Francisco miró a Antonio con sorna, como diciéndole: «¿Ves? Todos nos acordamos de Dios cuando vienen mal dadas.»

—¿Qué haces aquí? ¿Y qué le has dicho al comandante para que te encierre?

—He venido a por Miriam. Bárbara también está aquí.

—¿Miriam se ha alistado? —preguntó Antonio.

—No, fue a Gaziantep y a la vuelta la secuestró el Daesh.

—¡Joder! —exclamó Antonio—. Oímos que esos cabrones habían hecho una incursión y que habían secuestrado a una occidental, pero no sabíamos... ¡Joder!

Francisco se santiguó.

—Protégela, Señor —murmuró.

—Le he pedido ayuda al comandante para ir a rescatarla, pero me temo que no me he sabido explicar. Estaba muy nervioso y...

Antonio y Francisco intercambiaron una mirada.

—Están en medio de una operación decisiva para liberar la ciudad, no te va a escuchar —admitió Francisco.

—Creo que lo tendrías más fácil con las YPJ —le sugirió Antonio—. Tratándose de una mujer.

—¿Y cómo hablo con ellas? Ayudadme por favor. ¡Avisad a Bárbara!

—Te ayudaremos —lo tranquilizó Francisco—, pero no nos lo pongas más difícil. Quédate ahí quieto y no hagas tonterías.

Marcos se sentó en el suelo de la caseta, enterró la cabeza entre las piernas y, para relajarse, se imaginó que estaba junto a Miriam, compartiendo el camastro del hospital. Le rodeaba la cintura con el brazo y la atraía hacia sí. Mientras hundía la cara en su pelo e inspiraba hondo, ella gemía, ondulando ligeramente las caderas.

«¡Joder!» Se tiró del pelo. «¿Por qué la dejaste marchar? ¿Por qué? ¿Por qué?»

Nervioso, jugueteó con la cadena que llevaba al cuello y mordisqueó las chapas. Las apretó con fuerza, clavándose los bordes en la mano. El leve dolor lo ayudó un poco, pero no lo suficiente para calmarse. El cuerpo le pedía levantarse y empezar a dar puñetazos contra la pared, pero las palabras de Francisco le resonaban en la cabeza: «No nos lo pongas más difícil.» Por Miriam estaba dispuesto a todo, incluso a estarse quieto.

\*\*\*

No supo el tiempo que pasó, tal vez una hora, tal vez dos, pero la puerta se abrió al fin. En vez de ponerse en pie de un salto y asomarse a respirar, aguardó.

Y su paciencia se vio recompensada con la aparición de unos rizos rubios acompañados por una sonrisa irónica y un kalashnikov.

—Qué poco has tardado en meterte en líos, Marquitos.

—¡Barb!

—¿Me echabas de menos?

Él se levantó y se limpió las manos en el culo del pantalón.

—Sé que me voy a arrepentirme de decir esto, pero la verdad es que sí.

—Te lo recordaré, Romeo. —Con un gesto de la cabeza, le indicó que saliera de allí—. Anda, vamos, que Julieta no se va a rescatar sola.

*Aranjuez, 2010*

La noche era bochornosa, pero ni el sudor, ni las moscas y mosquitos lograban empañar la noche. Tras haber escalado los balcones del Palacio Real y haber hecho pasear el muñeco que representaba a Godoy por las calles de Aranjuez, los chicos sonreían, disfrutando de los petardos, las antorchas, la música y sobre todo de la sensación de libertad y aceptación. Tere y Eva se habían unido al grupo. Aunque cuando llegó a casa de Salvador le pareció imposible, Marcos empezaba a creerse que sería capaz de acabar el Bachillerato. Tal vez Salvador tenía razón y podrían convertirse en ciudadanos de pleno derecho en la sociedad.

Y cuando parecía que la noche no podía mejorar, Úrsula apareció al final de la calle y echó a andar directa hacia él. El resto del mundo desapareció. Sólo existía Úrsula, con su pelo dorado y su vestido de tirantes del mismo tono de azul que sus ojos.

—¡Marcos! ¡Estás empanado, tío! —Lucas lo sacó de sus pensamientos con una fuerte palmada en la espalda.

—¿Qué pasa?

—Estamos tratando de decidir adónde vamos. Colabora un poco, tronco. ¡Ah, hola, Úrsula! —la saludó al verla llegar, antes de volverse hacia Marcos y levantar las manos en señal de comprensión.

—Hola, Marcos —la saludó ella, colocándose a su lado—. Te he visto en la plaza, has estado espectacular. —Le acarició el pecho y él se hinchó como un pavo real. Luego, dándose cuenta de que no estaban solos, añadió—: Todos habéis estado muy bien.



Tere y Eva se miraron y pusieron los ojos en blanco.

—Vamos al concierto, ¿no? —propuso Jon—. Actúan Canteca de Macao.

Lena resopló.

—Yo es que, si no es rock, paso.

—¡Amén! —Lucas la agarró por el cuello, haciendo cuernos con los dedos.

—Yo me muero de calor. Podríamos ir a darnos un baño, ¿no? —propuso Mateo.

—¡Qué buena idea! —exclamó Tere, que nunca dejaba escapar una oportunidad de ver a Mateo sin camiseta.

El grupo se puso en marcha en dirección al río.

—La madre que lo parió... —Marcos se dio un manotazo en la nuca al notar la picadura de un mosquito.

—¿Qué pasa? —se sobresaltó Úrsula.

—Los putos mosquitos; se me están comiendo vivo.

Úrsula se mordió al labio inferior.

—Normal, son pequeños y cabrones, pero no tontos —replicó, haciendo reír a todos menos a Eva que, aunque permaneció seria, le dio la razón en silencio.

—Pues en el río va a ser peor —comentó Jon—, nos van a acribillar.

—Yo tengo sed —se lamentó Tere.

—Y a mí me apetece un helado —añadió Eva, sonando como lo que era, una niña.

—¡Ya sé! —exclamó Mateo, con una sonrisa misteriosa, que hizo que Tere se fundiera un poco más—. Venid por aquí.

Al cabo de un rato, llegaron frente a la puerta de la piscina municipal.

—¿Tienes la llave? —le preguntó Marcos.

Mateo negó con la cabeza.

—No, pero hay otra entrada. —Cuando Marcos alzó una ceja, añadió—. La morera; tiene unas ramas que parecen escaleras mecánicas, tío.

Tras haber escalado los balcones del Palacio Real, escalar la morera para saltar el muro fue un juego de niños. Eva, que llevaba falda, tuvo algún problema porque trató de que no se le viera nada, pero Úrsula subió y bajó sin complejos, como una pantera segura de su cuerpo. Marcos la recibió al pie de la morera, sujetándola por la cintura y haciéndola bajar lentamente, pegada a su cuerpo.

Mientras tanto, Mateo había ido a buscar la llave de reserva que el dueño

guardaba escondida en la parte de atrás del chiringuito.

—¡Aquí está! —les mostró la llave. Abrió la puerta, entró y encendió la luz. Cuando estaba a punto de levantar la persiana, oyeron el ruido de un coche acercándose a la puerta principal.

Marcos y Lucas intercambiaron una mirada.

—¡Dentro, de prisa! —Marcos empujó a Úrsula y a Eva hacia el interior.

—¡Todos dentro, carallo!

Entre risas y empujones, los ocho se apretujaron en el pequeño bar de la piscina. Jon, agobiado, se sentó sobre la nevera de los helados. Cuando el coche se alejó, Mateo encendió la radio.

Úrsula se pegó mucho a Marcos con la excusa de la falta de espacio.

—He estado en fiestas exclusivas —le susurró, muy cerca de su boca—, pero ninguna tan íntima como ésta.

Marcos le dirigió una mirada ardiente. La preciosidad rubia estaba ahí, en un chiringuito de un metro por dos y medio, lleno de neveras y cajas, pudiendo estar en los lujosos salones del club de golf o cenando en un restaurante junto al río. No podía estar más fuera de lugar, pero ahí estaba, por él.

—Me alegro mucho de que estés aquí. —Se inclinó hacia ella y le dio un beso en la mejilla, muy cerca de la oreja. Antes de retirarse, aprovechó para susurrarle al oído—: Cuando nos quedemos a solas te lo demuestro.

Ella se echó la melena hacia atrás y alzó una ceja con coquetería.

Cuando Marcos se volvió un momento para ver en qué andaban los demás, vio que Tere y Eva estaba cuchicheando con cara avinagrada.

—Chicas, ¿qué queréis tomar? —las invitó Mateo.

—Un refresco, gracias —respondió Tere, olvidándose de la rubia amenaza alemana.

Eva estaba muy roja y claramente molesta. Su cara era como un expositor de emociones, incapaz de disimular lo que sentía, ni su devoción por Marcos ni el fastidio por la presencia de Úrsula.

—Ven, toma un helado —la invitó Jon, abriendo la portezuela corredera y sacando un puñado—. ¿Qué te apetece?

Marcos sujetó a Eva por la cintura y la sentó junto a Jon en la nevera. Ella se estremeció al notar las manos de Marcos en su cintura. Sin darle tiempo a reaccionar, Marcos se volvió hacia Úrsula, la agarró por la cintura y repitió el proceso, sentándola sobre la nevera de las bebidas.

—¿De hielo, almendrado? —insistió Jon, mientras Úrsula daba la

bienvenida a su jardinero, separando los muslos.

Marcos se coló entre ellos, iniciando una fiesta sólo para dos. Úrsula le hundió las manos en el pelo y le recorrió la cabeza entera hasta llegar a la nuca.

—¿No quieres beber nada? —le susurró él, acercándose a su boca.

—Yo me sirvo —replicó ella un instante antes de que ambos fundieran sus bocas en un beso sediento.

Mateo, el más alto de todos, vio a Lucas y Lena en el extremo opuesto del bar, perdidos también en su propia burbuja de deseo y pasión. En realidad, de Lena sólo veía la mano que acariciaba el pelo fuerte y oscuro de Lucas, ya que él la ocultaba completamente con su cuerpo.

Jon y Eva, sentados en la nevera entre las dos parejas, tenían algo en común: estaban igual de incómodos. Eva se estaba comiendo un almendrado y Jon la devoraba a ella con los ojos.

Mateo notó un tirón en su camisa; era Tere, reclamando su atención. Tere le caía muy bien, era inteligente, simpática y deportista, pero ni siquiera cuando se esforzaba poniéndose un top escotado, vaqueros ajustados y zapatos de tacón como esa noche, lograba verla como otra cosa que no fuera su colega.

En la radio empezó a sonar *Las de la intuición*<sup>[x]</sup>, de Shakira.

—Mateo —susurró Tere y él agachó la cabeza para escuchar lo que quería decirle.

Pero no le dijo nada. Tomándolo por sorpresa, le echó los brazos al cuello y le aplastó la boca en un beso desesperado. Cuando él se incorporó para huir, ella quedó colgando de su cuello, sin romper el beso. Mateo se quedó paralizado. No quería besarla, pero tampoco quería avergonzarla delante de todos. En vez de agarrarla por las manos y obligarla a soltarlo, permaneció quieto como una estalactita de las cuevas del Drach. Ella siguió presionando con fuerza durante unos segundos, pero muy lentamente se dio cuenta de que la pasión que estaba entregando topaba con un muro infranqueable. Tardó unos segundos más en reunir el valor necesario para afrontar la derrota. Pensar en ver burla o desprecio en los ojos de Mateo le resultaba insoportable. Cuando él notó que ella había recibido el mensaje y le soltaba la nuca, trató de ayudarla. Le tomó la cara entre las manos, le dio un beso en la frente y le susurró:

—Lo siento. Me gustas mucho, Tere, pero le hice una promesa a Margalida.

Ruborizada, ella agarró las muñecas de Mateo para que la soltara y poder agachar la cara. Si alguien le hubiera ofrecido la muerte en aquel momento, habría aceptado. Quería gritar, recordarle que la odiosa Margalida estaba al otro lado del mar, haciendo quién sabía qué, y ella estaba allí, con él. Quería llorar hasta librarse del nudo que le había cerrado la garganta, pero no hizo ni una cosa ni la otra. Apartó a Mateo, abrió la puerta y se marchó.

—¡Tere! —la llamó Eva, cogiendo las cosas de las dos—. ¡Espérame! —Eva siguió a su amiga, a la que en silencio agradeció haberle dado una excusa para librarse de Jon, que la estaba mirando como le gustaría que la mirara Marcos.

Al salir, chocó con la espalda de Tere.

—Menos mal. Pensaba que tendría que perseguirte. Toma —trató de darle su bolso, pero Tere permanecía tan inmóvil como Mateo un minuto antes. Al seguir la dirección de su mirada, Eva se encontró con su hermano y sus amigos, que los esperaban iluminando la noche con antorchas, formando un abanico amenazador.

—A casa, Eva. Tere, ve con ella.

Algo en su mirada hizo que a Eva le temblaran las rodillas.

—Jorge, déjalos en paz —le pidió, mientras su hermano se acercaba a ellas.

—Tere, ¿estás llorando? —le preguntó Jorge. Ella no respondió, incapaz de hacer nada más que llorar en silencio—. ¿Te han hecho daño esos desgraciados? —insistió, apretando los puños—. Si es que era cuestión de tiempo.

—¡Jorge, no nos han hecho nada! —los defendió Eva, alzando la voz para avisar a los chicos—. ¡Tere, díselo!

Pero Tere se sentía herida, humillada, y cerró la boca. En esos momentos, le dolía tanto el corazón que no le importaba que Mateo sufriera un poco también.

«Así tendremos algo en común», se dijo, despechada.

—¿Quién ha sido, Tere? —le susurró Jorge al oído—. ¿Quién te ha hecho llorar?

Y antes de que cantara el gallo tres veces, la traición habló por su boca:

—Mateo.

*Entre Kobane y Tal Abiad, Siria, 2016*

La comandante de las YPJ había escuchado a Miluda, había mirado fijamente a los ojos de Marcos y, al parecer, la convenció lo que vio en ellos. Cuando le dio permiso para acompañarlas en la misión, éste respiró aliviado. Esas mujeres se enfrentaban diariamente a la traición y al engaño. Debían calibrar en segundos si se encontraban ante un terrorista suicida o un inocente campesino. Lo sabía bien porque él se había enfrentado a ese mismo dilema en numerosas ocasiones. La decisión más complicada a la que se enfrentaban muchos chicos de su edad a lo largo del día era si ir a clase en metro o en bicicleta. No para Marcos. Había tenido que decidir si la persona que se acercaba a él era un terrorista que podía hacerlo volar en pedazos o un civil al que la guerra había atrapado en una tela de araña mortal. Ése había sido su día a día en Waziristán; un día a día que había hecho que la ciudad de Alepo le pareciera acogedora a pesar de los espantosos bombardeos.

Bárbara y él caminaban junto a la carretera que unía Kobane con Tal Abiad. La noticia de que las tropas kurdas de Turquía y Siria, unidas a los peshmergas kurdos de Iraq, se habían concentrado en la zona para romper el cerco habían llegado a los talibanes, que se habían retirado hacia el sur, en dirección a Raqqa.

Las tropas de las YPG se desplazaban paralelamente a las de las YPJ, que avanzaban por una carretera cercana. De vez en cuando se sobresaltaban cuando una mina explotaba en la distancia. La lucha llevaba ya años devastando la zona. La línea del frente no estaba definida como en otras guerras, ya que Estado Islámico contaba con muchas simpatías entre la

población civil. Incluso en pueblos presuntamente liberados podían quedar células durmientes, un simpatizante aguardando para hacerse detonar, una mina escondida en un armario...

Marcos y Bárbara se habían ofrecido voluntarios para ir a pie al frente de la comitiva, detectando posibles minas ocultas en la carretera. Miluda se había hecho responsable de Marcos. Si resultara ser un infiltrado, Miluda lo pagaría con su vida. Por eso avanzaba a su lado, mientras Bárbara lo hacía junto a Nadia, guerrera de las Unidades de Defensa de las Mujeres.

Como gesto de buena voluntad y camaradería, una de las combatientes, Nadia, le había regalado a Bárbara uno de sus coloridos pañuelos, estampado con flores. Ella había formado una especie de cinta con él y se lo había puesto como si se tratara de una diadema, apartándose los rizos dorados de la cara.

Sin perder detalle del suelo, Bárbara, a la que le costaba mucho estar callada, le daba conversación a su nueva compañera.

—¿Hace mucho que lucháis? —le preguntó.

Nadia le dirigió una mirada irónica.

—Pues depende. Yo desde hace cinco años, pero mi pueblo lleva siglos luchando.

Bárbara asintió.

—Pronto acabará —dijo para animarla—. Parece que todos se han unido: Turquía, Siria, las fuerzas internacionales...

A Nadia se le escapó la risa por la nariz.

—Ya, los kurdos hemos tenido que aprender a luchar; si no ya no existiríamos. Cuando aparece un enemigo jodido, somos los aliados perfectos. Pero cuando el Daesh ya no sea una amenaza, volveremos a ser los vecinos molestos que nadie quiere.

—¡Aquí, cuidado!

Bárbara detectó un trozo de suelo removido y avisó a los que la seguían para que sortearan la zona. Cuando la caravana acabó de pasar, el equipo que la cerraba la hizo detonar.

La comitiva —formada por camionetas pick-ups con la parte trasera descubierta, camionetas pintadas de camuflaje de manera artesana por las propias combatientes y un par de viejas ambulancias— avanzaba lentamente. Las mujeres —algunas mayores que Bárbara, pero también más jóvenes—, iban vestidas con ropa sobria y resistente, aunque no había un uniforme oficial. Había quien llevaba un jersey sobre la camisa militar. Las había con el pelo

cubierto por un pañuelo floreado, pero otras llevaban el pañuelo alrededor del cuello o no llevaban nada. Sólo con echar una ojeada a esas mujeres uno se daba cuenta de que no tenían nada que ver con los invasores talibanes. Parecían un ejército de juguete, pero tenían todas las de ganar, porque ante un ejército opresor de bandera tan negra como su causa, habían enarbolado la bandera de la libertad.

—Alto. —La comandante los hizo detener a la entrada de un poblado árabe —. Esperad atrás —les ordenó a Marcos y a Bárbara.

La población salió de sus casas al verlos llegar. La comandante y sus oficiales de confianza separaron a los hombres a un lado y a las mujeres y niños del otro. Bárbara y Marcos permanecieron en segunda línea, pero Marcos fue revisando las caras de todos los hombres, caras de campesinos, caras de cansancio y preocupación.

Enfrente, las mujeres ofrecían un cuadro de contrastes: unas tapadas con velos, vestidas con túnicas largas hasta los pies y una nube de niños en brazos o alrededor de las rodillas. Las otras con pantalones, ropa militar, pañuelos de colores en la cabeza y un kalashnikov en la mano.

Fue un instante. La sombra de una duda. Un escalofrío.

Marcos detuvo la exploración y volvió sobre sus pasos. Uno de los campesinos era tuerto. Tenía la cabeza baja, pero la había alzado un instante al paso de la oficial. Suficiente para que Marcos detectara en ellos el odio y el desprecio que, por desgracia, tan bien conocía.

Se acercó a Miluda y le susurró:

—Avisa a la comandante. Hay un talibán entre ellos; permiso para neutralizarlo.

Miluda siguió sus instrucciones. La comandante buscó a Marcos con la mirada y lo autorizó a actuar con una leve inclinación de cabeza.

Él se dio la vuelta y se acercó a los hombres arrodillados en el suelo formando una hilera. Sabía lo que sentían. Había formado parte de los que pasaban revista y también de los que esperaban arrodillados, sin saber si verían ponerse el sol aquel día. Avanzó con discreción, acercándose a ellos por detrás y cuando alcanzó su objetivo, avisó a la comandante, que dio orden a todo el mundo de echarse al suelo.

Tomándolo por sorpresa, Marcos sujetó al hombre por los brazos y se los echó hacia atrás para que no pudiera detonar la bomba en caso de tratarse de un terrorista suicida, tal como sospechaba. Tiró de él con brusquedad, sin

hacer caso de sus gritos y se lo llevó tras la casa más cercana para poner a salvo al resto de la comitiva.

Siguiendo las órdenes de la comandante, Miluda, Bárbara y dos soldados más lo siguieron. Miluda asomó media cabeza y al ver que la situación era segura, avisó a las demás para que avanzaran.

Marcos había ordenado al talibán que se desnudara. Éste obedeció y volvió a arrodillarse, hablando en un idioma que Bárbara no entendía pero que Marcos no parecía tener problemas para comprender. Al cabo de un rato, tras muchos gritos y un par de culatazos, Marcos resopló.

—No quiere hablar —le dijo a Bárbara—. Dice que no sabe dónde se han llevado a Miriam. Me pide que lo mate. —Ella alzó una ceja—. Me ruega que no deje que lo mate una mujer.

—Ah —Bárbara sonrió y acarició su arma—. ¿No quieres acabar a manos de una mujer, machista asqueroso? —le dijo, acercándose a él.

El talibán parecía rezar, inclinándose y apoyando la frente en el suelo.

Ella lo agarró por el pelo y lo obligó a levantar la cabeza. Las integrantes de las YPJ estaban ante él, una armada también con un fusil, la otra balanceando un cuchillo en la palma de la mano. Bárbara le apoyó la boca del fusil en la nuca. Marcos las contemplaba a poca distancia.

—Pues si no quieres que mis compañeras y yo acabemos con tu vida y te quedes sin tu paraíso de vírgenes complacientes, ya estás soltando donde está Miriam —lo amenazó Bárbara y Marcos se lo tradujo.

—¡Por favor! —le rogó el talibán a Marcos, desesperado—. ¡No dejes que me maten!

—¿Dónde está Miriam?

—¡No lo sé!

Marcos lo fulminó con la mirada.

—¡Acabad con él!

—¡Nooooooooo! ¡Por favor, por favor! ¿Si te lo digo, me matarás tú? —negoció con Marcos.

Marcos cruzó los brazos ante el pecho y asintió imperceptiblemente.

—Habla.

—Se la han llevado a Al-Thawrah. Quieren grabar su vídeo de ejecución en la presa del Éufrates.

Marcos sintió que el corazón se le detenía. Tras unos segundos, la sangre volvió a ponerse en marcha a toda velocidad para recuperar el ritmo y sintió



que la cabeza le rodaba. Separó las piernas para no perder el equilibrio e inspiró hondo.

—¡Cumple tu promesa! —le exigió el talibán.

Bárbara le dio un culatazo en la sien.

—¡Levanta!

—¡Eh! ¡Me has prometido que me matarías!

Marcos volvió a agarrarlo.

—No tengas prisa —le susurró al oído mientras le retorció un brazo a la espalda para llevarlo ante la comandante.

—¡Y tápate! —le ordenó Miluda, devolviéndole su ropa—. Para lo que hay que ver.

El tipo usó la mano libre para cubrirse sus partes con la ropa.

Marcos lo soltó a los pies de la comandante y la advirtió de que se trataba de un peligroso terrorista, al que no podía perder de vista.

—¿Vas a necesitarlo para sacarle más información?

Marcos negó con la cabeza y la comandante hizo un gesto para que se lo llevaran. Mientras se alejaban, el hombre seguía rogándole a Marcos que acabara con su vida antes de que lo mataran las yazidíes.

—¿Hicisteis caso vosotros a las mujeres que os llevasteis como esclavas? —le espetó una de las mujeres que se lo llevaban.

—No me toques, mujer impura. ¡No me toques!

—Como no tocasteis a mi hermana, ¿verdad? —le recriminó la otra—. Tenía doce años, desgraciado. Habéis convertido el mundo en un infierno para millones de mujeres. ¿Crees que nos preocupa tu paraíso?

—Gracias por desenmascarar a esa rata —le dijo la comandante a Marcos—. ¿Puedes acabar de echar un vistazo a los demás?

Marcos asintió y miró a Bárbara.

—¿Te vienes?

Ella le dio un empujón con el hombro.

—De mí no te libras ni con agua caliente, Marquitos.

—¡Qué suerte la mía! —refunfuñó él, en broma.

—Me adoras y lo sabes.

Y aunque el secuestro de Miriam seguía teniéndolo con el corazón en un puño, con Bárbara al lado se veía capaz de seguir respirando.

*Aranjuez, 2010*

—Quédate aquí —le ordenó Marcos a Úrsula antes de salir a comprobar por qué gritaba Eva.

Mateo salió tras él y se situó a su lado.

Lucas y Lena seguían ajenos a todo, demostrándose con besos y caricias que las llamas que rodeaban las letras que se habían tatuado ardían también en sus vientres y sus corazones.

Jon se acercó a la puerta y se quedó mirando desde dentro, junto a Úrsula.

—¿Qué pasa, Eva?

Pero Eva no tuvo tiempo de responder. Su hermano la agarró del brazo y, agarrando también a Tere con la otra mano, las puso a su espalda, fuera del alcance de Marcos y Mateo.

Otros miembros del grupo de Jorge sujetaron a las dos chicas, les entregaron sus antorchas y se las llevaron a unos metros de distancia, junto al muro.

—Te dije que no te acercaras a mi hermana, Jerónimo —Jorge lo miró con odio—. Por suerte la estaba vigilando.

—Y yo te dije que tu hermana tenía tanto derecho como tú a elegir sus amistades —replicó Marcos.

—Claro, para eso os habéis encerrado en una caseta, ¿verdad? —le espetó, mirándolo con odio—. Para cultivar vuestra amistad. No seas hipócrita. Lo vuestro es puro vicio, no dais a más, sois como animales.

—¿Y eso es un insulto? —murmuró Jon, mirando extrañado a Úrsula—. Ojalá pudiera estar con los caballos ahora. O con Boss. Me encanta tu perro.

—Y tú le encantas a él. —Úrsula le guiñó el ojo—. Ya sé que eres tú quien le llevas comida por las noches.

Él se ruborizó.

—Pero sólo cosas que puede comer. Me informo por internet antes, nada de dulces, ni... —Se interrumpió cuando varios colegas de Jorge agarraron a Marcos y a Mateo por los brazos.

—Y con los animales no se razona. Hay que hacerles entender las cosas a golpes.

—¡No! —gritó Jon, mientras Marcos y Mateo se resistían—. ¡Lucas!

El grito de Jon atravesó al fin la nebulosa roja de lujuria en la que se había perdido el de Vigo.

—¿Qué pasa, carallo?

—¡Es Jorge! ¡Están atacando a Marcos y Mateo! ¡Ayuda!

—¡Quédate aquí! —le ordenó Lucas a Lena, antes de dirigirse a la puerta.

—¡Y una mierda! —exclamó ella, buscando algo que usar como arma a su alrededor y eligiendo un pequeño taburete metálico.

Úrsula la imitó y cogió una caja de botellines de Coca-Cola vacíos antes de salir al césped de la piscina.

Jon odiaba la violencia con todas sus fuerzas, pero inspirado por la actitud de Lena y Úrsula, cogió una caja de botellines de cerveza vacíos y las siguió.

Aunque se habían resistido, tanto Marcos como Mateo habían sucumbido ante la superioridad numérica de sus atacantes, que estaban machacándolos a puñetazos y patadas. Jorge se dedicaba a dar puñetazos en la cara de Marcos, mientras varios lo sujetaban.

—¡Cuidado, Jorge! —le gritó uno de sus colegas, justo antes de que Lucas se abalanzara sobre él, con un grito que puso los pelos de punta al hermano de Eva.

Jorge gritó también cuando el puño de Lucas lo alcanzó en la ceja, haciéndolo sangrar.

Los minutos siguientes fueron un caos de golpes, gritos, patadas e insultos. La tormenta que llevaba casi un año fraguándose entre ambos grupos estalló al fin y, tras tantos meses de tensión, todos se entregaron a la orgía de violencia casi con alivio.

Eva y Tere fueron las únicas que no participaron. Con los ojos muy abiertos y las antorchas en la mano, miraban horrorizadas la escena que habían ayudado a provocar. Tere se había arrepentido ya de acusar a Mateo. En contra

de lo que había pensado, verlo con la cara y el cuello ensangrentado tras varios puñetazos en la nariz no la había hecho sentir mejor. Todo lo contrario. Quería soltar las malditas antorchas e ir a curarle las heridas.

—¡Llama a tu padre! —le pidió a Eva.

—No, tía, que me caerá una bronca.

—¡Llámalo antes de que pase algo, por favor! —le suplicó.

Eva le entregó las antorchas a Tere, buscó el teléfono y llamó a su padre con las manos temblorosas. Y aunque la espera se les hizo eterna, pocos minutos más tarde el teniente coronel de la Guardia Civil se presentó y aparcó frente a la puerta de la piscina municipal, iluminando la escena con los faros de su coche particular.

—¡Alto a la Guardia Civil! —gritó, aunque no estaba de servicio—. Ábreme la puerta, Eva.

—No tenemos la llave. Hay que saltar por detrás, por la morera. ¡Da la vuelta!

Mientras el agente de la ley rodeaba la piscina, Jorge se acercó a Tere, le arrebató las antorchas y se acercó al chiringuito a la carrera, con el rostro contraído en una mueca de odio.

Lucas le adivinó las intenciones y se interpuso en su camino.

—Agarradlo —gritó Jorge.

Varios colegas de Jorge se lanzaron sobre el de Vigo, que cayó al suelo. Lena se lanzó sobre ellos gritando y golpeándolos en la espalda con el taburete.

Cuando otros dos hundieron la cabeza de Mateo en la piscina, el mallorquín se dejó caer al agua y desde allí los provocó, animándole a unirse a él. En el agua se sentía mucho más seguro que en tierra, capaz de vencer a cualquiera. Los otros vieron esa seguridad en sus ojos y se alejaron.

Marcos interceptó a Jorge y ambos forcejearon.

—Ni hablar, desgraciado —le advirtió con los dientes apretados—. No pienso dejar que nos jodas la vida, ni a mí ni a mis amigos.

—¿Y cómo piensas evitarlo? —Jorge, rabioso, lo empujaba hacia la caseta, que quedaba a un par de metros a espaldas de Marcos. Sólo necesitaba acercarse un poco más. Cuando el chiringuito ardiera, nadie dudaría de que Lucas, el pirómano, había vuelto a actuar y expulsarían de una vez por todas a la escoria que el cura rojo se empeñaba en recoger. El chulo de Mateo dejaría de pavonearse en la piscina y...

Un chico se agachó a la espalda de Marcos al mismo tiempo que Jorge lo empujaba por el pecho, haciéndolo caer al suelo. Jorge se abalanzó sobre él y lanzó las antorchas encendidas al interior de la caseta.

Una de ellas prendió en el cartel de los helados que había a la entrada, que empezó a arder escandalosamente.

—¡Nooooo! —gritó Marcos—. ¡Cabrón!

El padre de los gemelos había llegado a la morera y estaba tratando de alcanzar la primera rama con dificultad.

Lucas entró en la caseta, cogió la papelera, la vació en el suelo y se acercó a la piscina para llenarla de agua. Mientras iba y volvía, las llamas prendieron en los envoltorios de helados que habían formado un reguero en el suelo.

Marcos trató de apagarlos, pisándolos, pero Jorge lo impidió. Le dio una patada a Marcos en la espinilla que lo hizo gritar de dolor antes de lanzarse sobre él. Le agarró la cabeza y se la golpeó varias veces contra el suelo, hasta que le sangró la nariz.

—¡Suéltalo, cabrón! —Lucas agarró a Jorge de los tobillos y tiró de él, pero varios colegas de Jorge lo atraparon y volvieron a sacarlo de la caseta, donde siguieron peleando.

Aprovechando que Marcos estaba sujetándose la nariz con las dos manos tratando de ver algo entre las lágrimas de dolor y la sangre que no paraba de manar, Jorge agarró una de las antorchas que seguía ardiendo en el suelo y prendió con ella todo lo que se puso a su alcance: papeles, cartones, el cuaderno de los pedidos...

Marcos lo vio dejando caer la libreta encendida bajo el mostrador. Cuando se dio cuenta de que las llamas crecían y estaban a punto de alcanzar la goma de la bombona de camping gas que alimentaba la parrilla donde preparaban bocadillos calientes, se abalanzó sobre él para impedirlo, pero cuatro brazos lo agarraron.

—¡Sacadlo de aquí! —ordenó Jorge.

—¡Sal tú de ahí, capullo! —le advirtió Marcos, desde el exterior, justo cuando el padre de Eva y Jorge llegaba a su lado—. ¡Esto va a estallar!

—¡No obedezco órdenes de pringados! —fueron las últimas palabras de Jorge antes de que la llama fundiera la goma e hiciera estallar la bombona, destrozando el chiringuito y la prometedor vida de un grupo de jóvenes bajo la serena mirada de la luna de Aranjuez.

*El infierno en la tierra, Siria, 2016*

Miriam despertó, incómoda, y notó un calambre en la nuca y el hombro. Trató de mover el brazo, pero no pudo.

«Pues al final me he dormido. Pensaba que sería imposible.»

No sabía cuánto rato había pasado, pero por el pequeño ventanuco de la humilde construcción donde estaba encerrada se veía la luna.

Desde niña, en Palmira, había hablado con ella. El satélite había sido una amiga, una confidente, en un mundo de adultos. Muchas veces se había quejado a sus padres de no tener niños con los que jugar, pero ahora, al mirar a su alrededor, se dio cuenta de lo feliz que había sido su infancia.

Compartía celda —porque era absurdo llamarlo casa— con un grupo de niñas de entre once y quince años. Eran esclavas que habían sido capturadas en las aldeas que el Daesh había atacado en el Kurdistán. Para los talibanes, tanto Miriam como ellas eran infieles, y por lo tanto se creían con todo el derecho a violarlas, golpearlas o matarlas.

Cuando la célula infiltrada la secuestró, el mundo se le vino encima y el terror la paralizó. Esperaba humillación, dolor, torturas, sufrimiento, pero el único castigo que le infligieron fue el de la incertidumbre, que la hacía estar en tensión constante, día y noche. Durante el trayecto le habían cubierto la cabeza con un saco de arpillera negra que le dificultaba respirar, como si la ansiedad no se ocupara ya de ello.

No sabía dónde estaba. No sabía si seguía en Siria o si habían cruzado a Irak. Tras varios días de viaje sin parar más que para ocuparse de las necesidades más básicas, del vehículo la habían conducido directamente a la

cabaña en la que se encontraba.

Cuando la puerta se cerró, alguien se acercó a ella y le quitó el saco de la cabeza. Era una mujer cubierta por un burka que sólo le dejaba los ojos al descubierto. O eso pensó Miriam. Al mirar a su alrededor, vio que no estaban solas. Una docena de burkas la rodeaban.

Por un momento, había sentido miedo. ¿Y si esas mujeres la despreciaban por ser diferente? ¿Y si ése era el final que el Daesh había elegido para ella? ¿Morir a manos de un puñado de mujeres fanáticas?

Pero el miedo había dado paso al asombro. Cuando se aseguraron de que sus captores no iban a volver de momento, una a una se fueron despojando de los burkas, los arrojaron al suelo y casi todas escupieron sobre él. Y así fue como descubrió que sus compañeras de odisea no eran mujeres sino niñas; niñas kurdas a las que habían obligado a crecer a la fuerza.

Habían pasado dos días desde que Miriam llegó; al parecer estaban esperando la llegada de alguien. No sabría decir cuánto tiempo había pasado desde que salió de Gaziantep. Desde que le pusieron el saco en la cabeza, los minutos y las horas habían dejado de funcionar normalmente; se alargaban y encogían siguiendo la voluntad de algún caprichoso dios del tiempo.

La compañía fue un regalo envenenado. Aunque el valor y la entereza que mostraban las chicas la ayudó a darse cuenta de que rendirse no era una opción, cada vez que los guardias armados entraban acompañados de algún terrorista para buscar un «recambio», porque se había cansado de su juguete sexual o la había matado sin querer o queriendo, a Miriam le costaba más quedarse quieta y callada. Sus protestas la habían hecho ganarse varios puñetazos y —según uno de los guardianes— si estaba viva era sólo por ser la estrella invitada de la próxima macroproducción del aparato propagandístico del ISIS.

Lo único bueno de aquella espantosa situación era que Miriam se había dado cuenta de que tenía unas enormes ganas de vivir. Había superado el trauma por la muerte de sus padres, había acabado el duelo y, sobre todo, había alcanzado el perdón. Había perdonado a sus padres por abandonarla y se había perdonado a sí misma por los pensamientos negros que habían seguido a su muerte.

«Por favor, por favor, Luna», pidió, con la vista fija en el cuerpo celeste. «Tú que estás más cerca de los dioses, pídeles a todos que protejan a estas niñas y que me den fuerzas para afrontar la muerte con dignidad.» Cerró los

ojos con fuerza y añadió una nueva petición a sus plegarias. «Y que no dejen que Marcos se culpe de mi muerte. Te lo ruego, por favor, por favor, por favor.»

A pesar de que tenía el hombro y el brazo totalmente insensibles porque una de las niñas más pequeñas se había dormido en sus brazos y tenía la cabeza apoyada en su hombro, permaneció inmóvil para no despertarla.

Cuando la puerta se abrió con brusquedad y entraron varios guardias con los fusiles en la mano, la pequeña se aferró a ella con fuerza.

—No dejes que se me lleven, por favor —le susurró, y empezó a llorar.

Miriam la abrazó, cubriéndole la cabeza con la mano.

—Tranquila, todo saldrá bien —la consoló, porque a veces mentir era la única opción posible.

Miriam se había pasado la guerra sin entender cómo alguien podía coger un arma, mirar a otra persona a los ojos y apretar el gatillo que pondría fin a su vida, pero la mirada se le fue al fusil del guardia. Y supo que, si pudiera apoderarse de él, no le temblaría el pulso a la hora de disparar.



*Aranjuez, 2010*

Cuando Salvador entró en la sala de espera del hospital, numerosos pares de ojos se volvieron hacia él. Algunas de las miradas que recibió eran de alivio; otras, de pena, pero no faltaron las miradas de odio, que no por familiares eran menos dolorosas. Se llevó la mano al pecho y cerró los ojos. Aunque Lena le había asegurado que los chicos estaban fuera de peligro, no se quedaría tranquilo hasta verlos con sus propios ojos.

—¡Jon! —exclamó, al verlo sentado con la cabeza gacha sujeta entre las manos.

—¡Salvador! —Jon se levantó para dejarle la silla. El sacerdote estaba pálido como las vendas que cubrían las manos del de Bermeo.

—Jon. —Salvador le tomó las manos con cuidado—. ¿Estás bien? — Cuando el chico asintió, añadió—: ¿Y los demás?

—A Mateo se lo han llevado a prestar declaración.

Salvador frunció el ceño.

—¿Y Marcos? ¿Y Lucas?

—A Lucas le están extrayendo cristales que salieron despedidos con la explosión. Han dicho que no es grave, que podrá irse a casa a dormir.

Ambos se quedaron mirando en silencio.

—¿Marcos? —preguntó Salvador al fin.

—Marcos tendrá que quedarse ingresado. Tiene quemaduras en la cara, el cuello, el pecho y los brazos. —Inspiró hondo y añadió—: Y cristales clavados también.

—¡Ay, Dios!

—No es grave —lo tranquilizó Jon—. Jorge se ha llevado la peor parte.

—Quiero ver a Marcos.

—Está sedado, por el dolor —le explicó Úrsula—. Nos avisarán cuando despierte. Sólo podemos esperar.

—¡Úrsula! —Los Meier acababan de entrar en la sala, con expresión angustiada.

—¡Papá, mamá!

Úrsula se reunió con ellos y respondió a sus preguntas. Tanto Marcos como el resto estaban fuera de peligro, excepto Jorge. Los médicos temían por su vida ya que la superficie de piel quemada era del veinticinco por ciento. Por eso, tras estabilizarlo lo habían trasladado a la unidad de quemados de Getafe. El teniente coronel Aguado y su esposa se habían desplazado hasta allí junto a Eva para estar con su hijo.

Poco después, una pareja de la Guardia Civil entró en el hospital custodiando a Mateo.

—¡Mateo! —Salvador se levantó y Mateo le dio un abrazo—. ¿Estás bien, hijo?

—Sí, padre, perfectamente.

—¿Jon Iturralde? ¿Lucas Ulloa?

—Yo soy Jon —respondió tembloroso, como siempre que veía a alguna fuerza uniformada.

—Acompáñanos al cuartel para prestar declaración.

—¿A estas horas? —Salvador pareció crecer varios centímetros—. No ha pasado nada que no pueda esperar hasta mañana.

—No le hemos preguntado nada, padre. Estamos hablando con Iturralde.

—Jon es menor de edad y, como su tutor, cualquier cosa que quieran con él la hablan conmigo.

Los dos agentes intercambiaron una mirada. Antes de subir a la ambulancia que había de trasladar a su hijo a Getafe, Aguado les había dado orden de no perder de vista a los chicos de Salvador.

—No me importa hablar con ellos —dijo Jon—. Nosotros no hemos hecho nada malo.

Lena negó con la cabeza.

—Ni hablar —le susurró—. Podrían acusarte de allanamiento de propiedad privada... agresión... Y no os han asignado abogado de oficio. — Se volvió hacia los agentes y les dijo con aplomo—: No van a llevarse a

nadie más. Lo de llevarse a Mateo ha sido un abuso de poder. Porque me estaban curando en ese momento; si no, no habría permitido que se lo llevaran.

Encogiéndose de hombros, los dos agentes buscaron un rincón en la sala y se sentaron.

Los demás la miraron con admiración.

—Ya sueñas como una abogada, Lena —le dijo Jon—. Ojalá pudieras defenderme.

Úrsula se acercó, seguida de sus padres.

—Si necesitáis que declare a vuestro favor, avisadme —les dijo—. Diré lo que pasó.

El señor Meier se quedó mirando fijamente a Mateo. Aunque habían pasado el mes de agosto compartiendo calle, hasta ese momento no habían coincidido. Pero esa cara y esos rizos dorados le resultaban de lo más familiares. Estaba seguro de haberlos visto antes, pero no sabía dónde.

—¿Nos conocemos? —le preguntó—. ¿Del club de golf, tal vez?

Mateo negó con la cabeza antes de responder:

—No, ¿tal vez de la piscina municipal?

Pero los Meier tenían piscina privada y no usaban la municipal. Sin embargo, el acento de Mateo, parecido al de Rafa Nadal, le dio una pista.

—Tú no eres de por aquí.

Mateo frunció el ceño.

—No, soy de Mallorca.

Y los recuerdos acudieron en tromba a la mente del padre de Úrsula: la casa de las cristaleras en lo alto del monte, Amengual —el arquitecto metido a promotor inmobiliario— tratando de venderles un chalet exclusivo en la costa tunecina; la esposa, hermosa pero triste con un niño de ojos azules y rizos dorados que lo miraba todo con ganas de salir a jugar.

—Eres el hijo de Amengual —susurró. Cuando Mateo asintió, muy serio, Meier le ordenó a su mujer y a su hija que se metieran en el coche y lo esperaran. Luego se acercó a los agentes de la Guardia Civil, habló con ellos un rato y les entregó una tarjeta de visita—. Salvador —dijo, cuando volvió a acercarse a ellos—. Volvemos a Alemania. No volveremos hasta que él se haya marchado de aquí. —Señaló a Mateo—. De hecho, creo que venderé la casa.

—¡Pero, papá! —protestó Úrsula, que no había hecho caso de las órdenes de su padre y seguía allí, sin entender nada—. ¡Mateo no ha hecho nada! ¡Ni

Marcos tampoco! ¡Y no pienso irme de aquí sin despedirme de él!

El señor Meier la agarró con fuerza por el brazo y se la llevó a rastras.

—¡No! ¡Papá! ¡Suéltame!

Cuando Mateo y Jon fueron a ayudarla, los agentes de la Guardia Civil se acercaron a ellos.

—No os acerquéis a mi hija nunca más. ¿Queda claro? *Schnell! Raus!* —le ordenó a su hija que saliera de allí rápidamente.

—Pero ¿de qué coño va? ¿Por qué los trata como si fueran delincuentes? ¡No han hecho nada! —exclamó Lena y una auxiliar de admisiones salió a llamarle la atención. Ella estuvo a punto de seguir protestando, harta de las injusticias, pero Lucas apareció en aquel momento y Lena se olvidó de todo lo demás—. ¡Lucas! —Se echó en sus brazos, y las lágrimas que había contenido hasta ese momento empezaron a caer sin control—. ¡Oh, Lucas!

—Lena —le susurró él al oído, abrazándola.

—No quiero hacerte daño —murmuró ella.

—No podrías, aunque quisieras. Apriétame más, anda.

—¡Lucas! —Salvador se acercó a ellos, aliviado al verlo—. ¡Gracias a Dios que estás bien!

Él rompió el abrazo, pero mantuvo a Lena pegada a su lado.

—Hacen falta un poco más que cuatro llamas para acabar conmigo, padre —comentó, para sacarle hierro a la situación, pero los dos guardias civiles cruzaron una mirada recelosa.

—Es el pirómano —murmuró uno de ellos.

Jon los miró con resentimiento.

—El único pirómano ha sido Jorge, el hijo de su jefe. Es a él a quien tendrían que estar interrogando —les soltó, sin poder contenerse.

—Jorge está entre la vida y la muerte —replicó el agente, con rabia—. Podrías mostrar un poco de respeto.

—La noche ha sido muy larga y estamos todos cansados —dijo Salvador—. ¿Por qué no se van a descansar? Yo respondo por los chicos.

Uno de los dos agentes estaba a punto de negarse, pero el otro, que pensaba que aquello había sido una chiquillada y que no entendía qué estaban haciendo ahí, lo agarró del brazo.

—Sí, será lo mejor. Vamos a cenar algo, Martínez. Mañana seguimos con los interrogatorios.

—¿Parientes de Marcos Jerónimo? —preguntó un médico desde la puerta.

—¡Aquí! —respondió Salvador, y el pequeño grupo que se había convertido en la familia de Marcos se acercó a él—. ¿Cómo está?

—Bastante agitado, hemos tenido que administrarle calmantes. Necesitará unas semanas de curas, pero se pondrá bien.

—¿Podemos verlo? —preguntó Lena.

El médico frunció el ceño.

—Sólo una visita. Y cinco minutos; necesita tranquilidad.

*Tal Abiad, Siria, 2016*

La noche había sido muy especial en Tal Abiad. Tras encerrar a los prisioneros y comunicar a los mandos que el cerco de Kobane estaba roto, los combatientes se habían pasado la noche de celebración. Miembros de las YPG y la de las YPJ cantaron, bebieron y rieron, aunque también hubo espacio para las lágrimas. Por todas partes tenían lugar emotivas reuniones: hermanos reencontrándose con hermanas a las que hacía años que no veían, amigos, primos, amantes abrazándose con incredulidad tras haber perdido la esperanza de reencontrarse con vida en medio de aquel infierno. Las emociones estaban a flor de piel.

Las emociones de Marcos eran distintas, aunque no por ello menos intensas. La noche se le hizo eterna; la ciudad se cerraba sobre él, haciendo que respirar se volviera difícil. ¡Necesitaba salir de allí, ir en busca de Miriam! No había tiempo para celebraciones.

Una vez más, la presencia de Bárbara fue una auténtica bendición. Reconociendo los síntomas de claustrofobia de su colega, avisó a Miluda de que se lo llevaba a una azotea cercana y, una vez allí, compartieron una cerveza a la luz de la luna llena.

—La encontraremos —le aseguró Bárbara.

Marcos tenía la vista fija en la luna y parecía estar rezando.

—¿Por qué no podemos salir ya?

—No sé tú, pero a mí no me apetece salir volando con la primera mina que encontremos en la carretera. Da gracias que la comandante nos ha cedido un jeep y deja que Miluda y Nadia nos acompañen.

Marcos dio un trago a la cerveza y asintió.

—Me alegro de que Antonio y Francisco vengan con nosotros.

Ella le dirigió una mirada irónica.

—¿Qué pasa? ¿No te fías de las mujeres, Marquitos?

Él sacudió la cabeza.

—No me fío de los hombres, Barbie. De los depredadores, en concreto. — Al mirarla de reojo, vio que se apagaba el brillo en los ojos de la zaragozana —. Ojalá pudiera darle una paliza al que te robó la calma —le susurró, animado por la intimidad del momento—. ¿Quién fue? ¿Tu novio?

—¿Novio? —replicó ella, burlona, para disimular la incomodidad—. ¿Qué te crees que soy, una niña bien? Yo no tengo novios, tengo amantes. Lo sabrías de primera mano si no te hubieras obsesionado por... —Bárbara maldijo en silencio—. Lo siento.

Marcos negó con la cabeza.

—No pasa nada. Tienes razón. Desde que vi el rostro de Miriam envuelto en luz sentí... Sentí que se abría una grieta en el infierno y que el cielo se colaba por ella, dándome la oportunidad de volver a la vida. —Soltó el aire por la nariz—. Ridículo, ya lo sé.

—No es ridículo. —Bárbara inspiró hondo y alzó la cara hacia la luna—. El cielo y el infierno son muy reales, pero no hace falta buscarlos fuera. Existen dentro de cada uno de nosotros.

—¿Quién te lanzó al infierno, Barb? No lo conozco y ya lo odio con todas mis fuerzas.

Ella se revolvió inquieta. Nunca hablaba de ello con nadie. Había aprendido que nadie quería oírlo, ni siquiera su madre, pero Marcos era distinto. Y las posibilidades de morir durante el rescate de Miriam eran muy altas. ¿Y si la vida le estaba ofreciendo una última oportunidad para hacer las paces con su conciencia?

Se volvió hacia Marcos y contempló su perfil. Cuando él tragó saliva, su mirada quedó prendida en su nuez, tan masculina, rodeada de marcas brillantes que conocía bien: cicatrices de quemaduras. Recordó esa misma nuez, cubierta por un alzacuellos de cartón, durante la noche del cumpleaños de Miriam, cuando se había ofrecido a llevarle consuelo a un voluntario moribundo. Había visto la expresión de Bruno antes de morir. Sin duda la confesión lo había aliviado. ¿La aliviaría a ella?

—Mi hermano. Mi hermano gemelo, Bastian. —Marcos guardó silencio,

pero le dio la mano y se la apretó—. En casa había tres habitaciones. Mis padres dormían en la grande; mi abuela, en la pequeña. Bastian y yo siempre compartimos habitación, desde que nacimos. Siempre estuvimos muy unidos, no necesitábamos a nadie más. Nos peleábamos mucho, pero era nuestra manera de jugar, aunque mi madre no lo entendiera. —Inspiró hondo antes de seguir—. Aunque la habitación tenía dos camas, muchas veces dormíamos juntos. —A Marcos se le abrieron las ventanas de la nariz y el león que habitaba en su alma empezó a rugir, pero se obligó a guardar silencio—. Una noche... Una noche me empezó a tocar de un modo distinto, raro. Le di una patada para que se estuviera quieto, pero él se montó sobre mí, me tapó la boca y... bueno, ya te lo puedes imaginar.

—Joder —exclamó él entre dientes, antes de volver a apretarle la mano—. ¿Qué hiciste? ¿Se lo contaste a tu madre?

—Sí. Fingí estar enferma y me quedé en cama hasta que mi hermano se fue al colegio. Entonces fui a contárselo a mi madre, que se puso histérica. Me dijo que estaba harta de mis invenciones. Yo estaba en shock. No sabía qué hacer y la arrastré hasta la cama para enseñarle la sangre de las sábanas. Pero cuando llegamos, no había sábanas. Mi abuela las había echado a lavar. Mi madre y ella cruzaron una mirada silenciosa que lo dijo todo. A partir de esa noche, mi hermano durmió en la habitación pequeña, solo, y yo dormí con mi abuela, pero nunca se habló del tema.

—Yo... Lo siento —susurró Marcos.

—La cosa no quedó ahí. Vivía en tensión constante. No volví a estar tranquila nunca; evitaba quedarme a solas con él. Mi hermano estaba obsesionado conmigo, lo notaba en su mirada, pero ni mi madre ni mi abuela querían escucharme. No entendía su actitud, era como si negando la realidad ésta fuera a desaparecer. Tengo las miradas de advertencia de mi abuela clavadas en la mente: los ojos muy abiertos, los labios fruncidos y un dedo amenazador sobre ellos, barranto el paso a la verdad.

—Sí, por desgracia hay mucha gente que esconde la cabeza en la arena —comentó Marcos, recordando a su madre, que siempre se negó a denunciar a su padre—. Como si eso solucionara algo.

—Intentó acosarme varias veces más, pero me libré de él gritando. Conseguí mantenerlo apartado durante unos años, pero un verano, en el Pirineo...

Marcos se volvió hacia ella.



—¿Sí? —susurró, para ayudarla a sacar todo aquel dolor de su alma.

Ella soltó el aire por la nariz y siguió hablando.

—Una tarde, temprano, mientras mis padres y la abuela hacían la siesta, salí a dar una vuelta en bici. Llegué al pantano y decidí darme un baño porque hacía mucho calor. Sin darme cuenta, Bastian me había estado siguiendo. Cuando lo vi, apoderándose de mi ropa, me enfurecí y grité que la soltara. Y él la soltó, en el agua, y luego se desnudó. Me quedé bloqueada unos segundos. No sabía si ir a por la ropa o si salir corriendo, pero para alcanzar la bicicleta habría tenido que acercarme a él. Al final eché a nadar en dirección al centro del pantano. Fue una idea absurda, pero no pensé; sólo quería huir... — Marcos frunció el ceño—. Bastian se lanzó de cabeza y empezó a nadar como si estuviera poseído. Miré hacia atrás y lo vi acercarse a toda velocidad. Iba a atraparme, lo sabía, y esta vez no sólo me violaría. Vi en sus ojos que también me castigaría por haberlo hecho esperar tantos años. Vi... Sé que suena absurdo, pero vi el demonio en sus ojos.

Marcos negó con la cabeza vivamente.

—No es absurdo, te creo; yo también lo vi en los ojos de mi padre. ¿Qué pasó luego?

Ella agachó la cabeza.

—Me atrapó. Me agarró el tobillo y me detuvo en seco. Cuando traté de gritar pidiendo ayuda, me apoyó la mano en la coronilla y me zambulló. Tragué agua y pensé que había llegado el final. Pensé incluso en no resistirme, en irme al fondo y ahorrarme al menos la violación, pero el instinto de supervivencia es demasiado fuerte y pataleé. Me libré de su agarre y salí a la superficie a respirar.

Marcos inspiró hondo, sumergido en la historia.

—Joder, Barb.

Ella se encogió de hombros.

—Me dispuse a negociar, a pelear, a lo que hiciera falta por seguir viviendo, pero él me llevó las manos al cuello y empezó a apretar. Traté de darle una patada en la entrepierna, pero lo alcancé en el muslo. Pensé que todo estaba perdido, pero, de repente, su rostro se contrajo en una mueca rarísima. Me soltó el cuello y se llevó las manos al pecho. No esperé a ver qué le pasaba. Eché a nadar hacia la orilla, monté en la bici y volví a casa, donde me vestí y me senté en el sofá, abrazándome las rodillas. No sé cuánto tiempo pasó. No dije nada. ¿Para qué? Mi familia me había dejado claro que no

quería saber nada. Sólo cuando me preguntaron directamente si sabía algo de mi hermano, respondí. Se lo conté todo, sin omitir detalle. Que hicieran con la realidad lo que quisieran, a mí ya todo me daba igual.

»Me metieron en el coche y me llevaron al pantano. La bicicleta de Bastian seguía en el mismo sitio, oculta por unos matorrales. Mi padre gritaba, mi madre lloraba. Mi abuela, en silencio, recogió mi ropa de la orilla y se le metió en el bolso para hacerla desaparecer.

»Horas más tarde, la Guardia Civil sacó a mi hermano del agua y la autopsia decretó que se había tratado de un corte de digestión. Fin de la historia.

Marcos inspiró hondo, soltó el aire, levantó el brazo y susurró:

—Ven aquí, joder.

Bárbara no se lo hizo repetir. Hundió la cara en el acogedor pecho de Marcos y lloró todo lo que no había llorado tras la muerte de Bastian.

—Sabes que no fue culpa tuya, ¿no? —le preguntó Marcos, reconociendo en ella la culpabilidad que cargaba.

—Supe que se iba a ahogar —murmuró ella, entre sollozos—. Podía haber pedido ayuda. Lo habrían podido sacar del agua; tal vez habrían podido reanimarlo, pero no lo hice.

—Un corte de digestión es fulminante, y cuesta mucho sacar a alguien del agua; no habrían llegado a tiempo —la consoló Marcos.

—No es eso. Si hubiera habido un equipo de salvamento a la vuelta de la esquina, me habría ido en dirección contraria. Me alegré de que muriera. Lo que no entiendo es por qué lo echo tanto de menos.

Marcos, que la entendía perfectamente, la abrazó con más fuerza mientras ella se deshacía en lágrimas.

—Querías que muriera el demonio que se había adueñado de él, pero echas de menos a tu hermano. Es muy normal. —Le plantó un beso en sus rebeldes rizos dorados y le sujetó la cara entre las manos para obligarla a mirarlo a los ojos—. ¿Sabes, Barb? —Ella negó con la cabeza con una timidez que rara vez mostraba—. Me alegro de que Miriam apareciera, porque si no me hubiera enamorado de ella, me lo habría montado contigo.

—Oh, sí —corroboró ella entre lágrimas, con una sonrisa ladeada—, habría sido un polvo memorable. El primero de muchos —meneó las cejas.

—No lo dudo, pero luego habrían venido los celos. —Marcos le devolvió la sonrisa canalla—. Los tuyos, por supuesto.

—¡Ja! Sueña, Jerónimo. Habrías sido tú el insufrible ex celoso.

—No me interrumpas. Lo que trato de decirte es que amantes se pueden encontrar muchas, en cualquier parte, pero lo que no es nada fácil es encontrar una hermana. Y eso es lo que yo he encontrado en ti. —A ella se le humedecieron los ojos una vez más—. Y te aseguro que yo soy de los que muero y mato por mi familia. ¿Me prometes que si vuelves a tener un problema acudirás a mí, hermanita?

—¡Joder! —Bárbara se secó los ojos con el antebrazo.

Marcos le apoyó dos dedos en la barbilla para alzarle la cara.

—¿Me lo prometes?

—¡Sí, te lo prometo, pesado!

—Pues dame un abrazo. No todos los días gana uno un miembro de la familia, ¿no crees?

Riendo y llorando a la vez, Bárbara lo rodeó con sus brazos, poniendo en el abrazo todo el amor que sentía por él.

*Aranjuez, 2010*

A Salvador se le llenaron los ojos de lágrimas al ver a Marcos tumbado en la cama, con los brazos en cruz apoyados en dos reposabrazos y el pecho desnudo con una gruesa capa de pomada cubriéndole las quemaduras.

«Padre, perdóname porque no he sabido protegerlo.»

—Marcos, hijo. ¿Cómo estás?

Marcos trató de volver la cara en dirección a la voz, pero el dolor de las heridas del cuello se lo impidió. Entornó los ojos, pero no reconoció a Salvador, cubierto con una bata de papel verde, igual que la mascarilla y el gorro que le cubría el pelo cano. Pensando que era un médico o enfermero, susurró que estaba bien.

—Marcos, soy yo, Salvador.

Eso lo hizo reaccionar.

—Salvador. ¿Cómo están? ¿Lucas? —tragó saliva—. ¿Jorge?

—No te preocupes por los demás. —Salvador quiso apoyarle la mano en el brazo, pero se contuvo—. Lo importante es que tú te pongas bien pronto. Todo se va a arreglar.

Marcos apretó los ojos, conteniendo las lágrimas.

—Nada se va a arreglar —replicó, con la voz ronca—. Hay personas que están malditas por la vida y yo soy una de esas personas, padre.

Salvador sintió una gran rabia en su interior.

—¡Ni se te ocurra volver a hablar así! No estás maldito. Dios vive en ti, vive dentro de todos nosotros.

Marcos sacudió la cabeza.

—¿Y por qué no me dice cómo está Jorge? ¿Por qué no está aquí? Ha muerto, ¿verdad? Como mis padres. Todo el que se acerca a mí muere. — Abrió los ojos y se volvió hacia Salvador, olvidándose del dolor de las quemaduras—. ¡Tenía la espalda destrozada! —Agarró al cura por el antebrazo y apretó con fuerza—. ¡No deje que Úrsula entre! ¡No quiero verla nunca más!

Salvador se alegró de poder cumplir alguno de sus deseos.

—No te preocupes por ella; su padre se la lleva a Alemania.

Marcos lo soltó.

—Bien, al menos hay alguien sensato en ese puto sitio —dijo, fingiendo indiferencia, pero el dolor que Salvador vio en sus ojos le dijo que en realidad las palabras de su pupilo habían sido pura fachada.

«¿Y qué esperabas? Claro que preferiría tener a Úrsula aquí y no a un viejo cura chocho.»

Suspiró. Tenía que animarlo como fuera. Tenía que quitarle esos pensamientos negros de la cabeza para que pudiera centrarse en su recuperación.

—Jorge no ha muerto. Se lo han llevado a otro hospital para poder atenderlo mejor.

—Ya, lo dice para que me calme.

—Lo digo porque es la verdad, igual que te digo que tú no has tenido la culpa de lo que ha pasado. —Inspiró hondo antes de seguir hablando—. Me lo han contado todo; hiciste todo lo que estuvo en tu mano para salvar a Jorge. Siento mucho lo que le ha pasado a ese chico, pero si algo tengo claro es que no fue culpa tuya. Todos lo vieron.

—Pero si Jorge muere... la gente no nos lo perdonará. Nos echarán la culpa igualmente. Estoy harto. ¿No está harto, padre? ¿No quiere olvidarse de todo y vivir tranquilo?

—¿Sabiendo que hay chicos ahí fuera que no tienen quien les eche una mano; alguien que confíe en su inocencia pase lo que pase como en una familia normal? No, no viviría más tranquilo sin hacer nada sabiendo que puedo hacer algo.

Marcos negó con la cabeza.

—Pero yo no soy inocente —confesó con rabia—. Yo maté a mi padre.

Salvador apretó los puños.

—Trataste de impedir que un asesino matara a tu madre, es muy distinto.

Marcos empezó a sacudirse, cada vez más alterado.

—¡Lo odiaba! ¡Lo odiaba con todas mis fuerzas! ¡Quería que muriera! ¡Me alegré de que muriera!

Una enfermera entró en la habitación.

—Salga inmediatamente —le ordenó a Salvador—. No puede alterarse así.  
—Llamó al timbre para pedir ayuda a sus compañeros de guardia—. ¡Salga le digo!

El cura obedeció, totalmente abatido. Y mientras recorría el pasillo en dirección a la salida, le pareció que el diablo se reía de él.

*Tal Abiad, 2016*

El amanecer sorprendió a Marcos en la azotea de la edificación. Arrugó la nariz al notar un cosquilleo. Era pelo, pelo femenino, pero no era el pelo de Miriam, ni el olor de su cuello, ni...

Abrió los ojos bruscamente mientras se incorporaba, sobresaltado.

«¡Miriam prisionera del Daesh!»

—¿Qué pasa? —murmuró Bárbara, adormilada.

—¡Ya es de día! Hemos de rescatar a Miriam.

Ella gruñó, pero poco. Hacía tiempo que no dormía tan bien. Tal vez por haber compartido la carga de su conciencia con Marcos, o tal vez por haber usado su pecho como almohada, probablemente por ambas cosas. El paraíso había abierto una sucursal en el infierno durante una noche, algo temporal, con fecha de caducidad, pero la realidad se abría paso de nuevo.

—¡Vamos! —Bárbara se puso en pie ágilmente y le tendió la mano.

Él se levantó y la sujetó por los hombros.

—¿Estás bien?

Ella asintió.

—Sí, muchas gracias por lo de anoche. Si alguna vez dejas esto, plantéate lo de ser sacerdote confesor, hermano Marcos; tienes un don.

Él sacudió la cabeza, dirigiéndose a la escalera.

—¡Qué manía la tuya! Primero «sor Miriam», ahora «hermano Marcos». ¿Qué te piensas que hacíamos en el dormitorio, pasar el rosario?

Ella se tapó los oídos y tarareó.

—No lo sé, ni lo quiero saber.

\*\*\*

Horas más tarde, el comando integrado por Marcos, Bárbara, Miluda, Nadia, Francisco y Antonio recorría la carretera entre Tal Abiad y Raqqa. Al despedirse, la comandante había hablado con Miluda, y le había dado información sobre la zona a la que se dirigían. También les había deseado buena suerte. En un conflicto tan complejo, con docenas de grupos armados luchando bajo docenas de banderas distintas, si en algo habrían podido ponerse todos de acuerdo era en que iban a necesitar toda la suerte del mundo.

Aunque el Estado Islámico controlaba aún buena parte de las localidades al sureste de Alepo, la carretera se usaba con asiduidad y estaba libre de minas (al menos, en comparación con la zona norte) lo que les permitió avanzar con rapidez. Las aldeas abandonadas con las casas vacías y una bandera negra del Daesh ondeando en la azotea más alta eran una visión estremecedora.

Los seis se habían cambiado de ropa y se habían vestido con uniformes del Daesh arrebatados a prisioneros. Las tres mujeres, además, llevaban burkas encima del uniforme. Aunque durante el trayecto se habían destapado la cabeza, estaban a punto para cubrísela en cuanto vieran algún control en la carretera. Cuando llegaron a la primera casa donde ondeaba una bandera del Daesh, Marcos subió a buscarla, con mil ojos para no hacer estallar ninguna bomba trampa. La bandera, negra y amenazadora, ondeaba ahora en la parte trasera de la camioneta, una motivación más para mirar siempre hacia delante.

De momento, la suerte había estado de su lado. Sólo se habían topado con un control, y no les habían hecho detenerse. Francisco y Antonio se habían ofrecido para hacer el primer turno como piloto y copiloto. Tanto ellos como Marcos llevaban días sin afeitarse. Aunque sus barbas no eran tan largas como las de sus enemigos, al menos sus rostros no llamaban tanto la atención desde la distancia.

En la parte de atrás de la pick-up, Nadia y Miluda compartían con Bárbara y Marcos el entusiasmo que les despertaba la lucha de las YPJ. Marcos, preocupado, las escuchaba sin apartar la vista de la carretera. Bárbara, en cambio, tenía todos los sentidos puestos en ellas. Le parecía fascinante la transformación de Miluda, que había pasado de arrastrar los pies y la vida a



iluminar el páramo con la luz de su mirada.

Marcos se había fijado también. Era algo común en las peshmergas, las chicas de los pañuelos de colores. En los ojos de todas ellas brillaba la libertad, y eso las hacía tan especiales; ningún cosmético podía competir con eso.

Nadia le estaba contando a Bárbara cómo había cambiado la vida de las mujeres kurdas desde 2013, cuando decidieron tomar las armas y organizarse en un ejército.

—Ha sido una auténtica revolución. Hemos conseguido que la religión y la administración del estado se separen, ¡cuando aquí se seguían cambiando a las mujeres por cabras o por vacas! Hemos conseguido que se prohíba por ley el matrimonio infantil, la dote o la ablación.

Bárbara ladeó la cabeza con admiración.

—¡Bravo!

—Pero no podemos quedarnos dándonos palmaditas en la espalda en nuestro rincón de mundo mientras hay mujeres esclavizadas en tantos otros sitios. La lucha no ha hecho más que empezar. Queremos ser una inspiración para las mujeres en todo el mundo. Hemos de entender que no nos van a regalar nada; si queremos ser libres e iguales en derechos a los hombres, tenemos que exigirlo.

Marcos recordó el pabellón de enfermería de Kobane donde había donado sangre antes de salir hacia Tal Abiad. Le había llamado la atención el entusiasmo con que cantaba una de las guerreras heridas mientras recibía una transfusión de sangre. Todas estaban deseando recuperarse cuanto antes para volver al frente con sus compañeras. No era de extrañar que hubieran derrotado al terrorífico Estado Islámico. No había visto ese grado de determinación y compromiso en ninguno de los frentes en los que había estado.

—¿Cuántos meses lleváis en activo? —le preguntó Marcos a Nadia.

Ella adornó el paisaje con su risa cantarina.

—Si me lo preguntas a mí, te diré que tres años, pero el pueblo kurdo lleva luchando toda la vida. Hemos participado en todas las guerras del siglo XX.

—No exageres —sonrió Marcos.

—No creas, tampoco exagera tanto —corroboró Antonio, desde el asiento del copiloto—. Creo que sólo les falta participar en la Tomatina. Participaron en la Primera Guerra Mundial...

—Tras la cual se nos prometió un estado propio, el Kurdistán —añadió

Nadia, señalando a su alrededor—. ¿Tú lo ves? Yo tampoco.

—Hemos apoyado a nuestros vecinos sirios en las guerras contra Irak y a nuestros vecinos turcos en las guerras contra los talibanes. Hemos luchado contra Sadam Hussein y contra Bin Laden. Se agradece mucho cuando Siria —señaló a Miluda— o los estados occidentales —señaló al resto— nos echáis una mano. Gracias, chicos.

Marcos asintió con solemnidad.

—Muchas gracias a ti por separarte de tus hermanas y acompañarnos en esta misión... —Había estado a punto de decir suicida. Aunque se contuvo a tiempo, no hizo falta que acabara la frase; todos lo entendieron.

Durante unos segundos se hizo un silencio tenso, pero no duró mucho. Nadia empezó a cantar y Miluda les tradujo la letra:

«Dicen las tropas de las guerreras salvajes: no pasarán.

Dicen los ojos de las madres: no pasarán.

Dice la inocencia de los niños: no pasarán.

Dice la sonrisa de los mártires: no pasarán.»

Pronto Miluda, Bárbara y Antonio se unieron a su cántico. Marcos sintió que, a pesar de la angustia y el miedo por el destino de Miriam, su canción le insuflaba oxígeno en los pulmones y esperanza en el alma.

Le pareció lógico que esas mujeres usaran como armas su dulzura, su luz, sus ganas de vivir, de cantar y de bailar contra el horror asesino, violento e intolerante de los talibanes.

Pensó en tantos hombres que se han llenado la boca con el nombre de Dios en todas las épocas, en todas las culturas. Pero en medio del terreno baldío que se extendía en todas direcciones, como si fuera Moisés atravesando el desierto, Marcos lo vio claro. No hacía falta estudiar Teología para entender que Dios vive en las danzas de las niñas, en los cantos de las mujeres, en el amor de una madre por el hijo que crece en su vientre, en las lágrimas de una anciana que llora a su hijo caído en batalla.

Le embargó un amor tan grande por todas las mujeres —por su madre, por Ana, por Lena, por Bárbara y, sobre todo, por Miriam—, que sintió que un rayo de luz lo atravesaba. Cerró los ojos y le pidió a la Virgen que protegiera a Miriam de la barbarie.

Echó de menos a Salvador. Quiso pedirle que rezara por ella; seguro que él

lo haría mucho mejor. Ana le había contado que, aunque Salvador nunca hablara de ello, había sido consejero personal del papa de Roma durante un tiempo. En ese momento, Marcos se dio cuenta de que algo muy intenso debió de haber experimentado durante su estancia en Centroamérica para haberse alejado de una prometedora carrera en la Santa Sede. Se preguntó si seguiría con vida y sintió muchas ganas de verlo, de darle el abrazo que le debía, de preguntarle por su vida. Aunque durante su estancia en Aranjuez, como buen adolescente, no le había prestado importancia a nada que no fueran sus propios problemas, en ese momento sintió una gran conexión con el viejo sacerdote, al que había empezado a considerar como un auténtico padre.

—¿Estás bien? —le preguntó Bárbara, al verlo perdido en sus pensamientos.

Marcos se volvió hacia ella y se dio cuenta de que la vida le había dado malas cartas durante la primera partida, pero que se lo había compensado dándole otras mucho mejores en las siguientes: un buen padre en Salvador, una buena abuela en Ana, los mejores hermanos, la mejor hermana.

Su mirada era tan intensa que Bárbara se sobresaltó, pero se dio cuenta de que no la observaba con lujuria o amor carnal, era otro tipo de emoción la que brillaba en sus ojos.

La zaragozana miró a su alrededor. Antonio tenía un abrazo apoyado sobre el asiento de Francisco. En España esos dos hombres no se habrían dirigido la palabra, pero las circunstancias lo cambiaban todo. Allí no eran de derechas ni de izquierdas. Allí eran sólo dos feligreses de la vida, dos camaradas de la existencia, generosos y entregados, que ponían el interés general por delante de su comodidad.

Nadia y Miluda cantaban y se miraban con un brillo tan intenso en los ojos que sería fácil pensar que eran amantes. Tal vez lo fueran, tal vez no. ¿Qué importaba?

Y ella... Ella tenía muchos números de morir esa noche para salvar al amor del hombre que le había robado el corazón. En otro momento de su vida se habría fustigado, llamándose pringada y perdedora, ababol y mil cosas más, pero ya no. La vida le había arrebatado muchas cosas, las suficientes para haberse vuelto un poco más sabia. Y ahora entendía que había sido una suerte no acostarse con Marcos, porque él le había dado algo que ningún otro hombre podría darle: un amor de hermano.

Marcos seguía examinando la carretera, alerta a cualquier obstáculo que se

interpusiera en su camino.

—¿Puedes pedirle algo a la virgen del Pilar por mí? —le preguntó él sin mirarla.

Bárbara alzó una ceja.

—Claro, somos paisanas. ¿Qué quieres que le pida?

—Que proteja a Miriam hasta que lleguemos.

Ella le apretó el brazo.

—Cuenta con ello, maño.

*Aranjuez, 2010*

En el box del servicio de Urgencias del hospital, situado en la planta sótano del edificio, Marcos dormitaba pero no descansaba. Le caía el sudor por la frente y el cuello, le ardía la cara, estaba nervioso, muy agitado, necesitaba salir de allí.

Los recuerdos de la pelea se mezclaban con imágenes de la espalda abrasada de Jorge. Y gritos. Muchos gritos. De Eva, de Tere, pero pronto la voz cambió, se volvió más grave.

Volvía a estar en Almendralejo. Acababa de pasar una tarde perfecta junto a su amigo Adri, trasteando con las motos, pero la realidad se impuso ya antes de entrar en su casa. Los insultos de su padre y los gritos de su madre se oían desde la escalera.

«¡No, joder! ¡Otra vez no!»

Subió corriendo los pisos que quedaban y logró meter la llave en la cerradura a pesar de que le temblaban las manos.

Una vez dentro, soltó la mochila en el suelo del recibidor y se dirigió al comedor. Su madre ya no gritaba, pero su silencio no lo tranquilizó; al contrario. Una sensación de urgencia se apoderó de él.

En el comedor encontró rastros de pelea: los platos de la cena por el suelo y las sillas volcadas, pero sus padres tampoco estaban allí.

—¡Te vas a reír de tu puta madre! ¡Si te digo que las judías tienen hilo es porque tienen hilo! ¡¿Cuántas veces tengo que decirte que les quites el hilo, mala puta, vaga, floja, que te pasas el día rascándote el higo?!

La furia se apoderó de Marcos, que apretó los puños con fuerza. Aunque las cortinas del dormitorio de sus padres eran blancas, fue como si un atardecer sangriento se colara por los cristales, tiñéndolos de rojo carmesí.

Cuando el grito salió de su garganta, Marcos no reconoció su propia voz. Fue una señal, ya que a partir de ese momento dejó de reconocer su vida. Como si lo estuviera viviendo todo desde dentro de un traje de buzo se abalanzó sobre su padre, le rodeó el cuello con el antebrazo y tiró de él para apartarlo de su madre. Con los ojos fijos en los de su madre, que los tenía muy abiertos, fijos para la eternidad en una mirada incrédula y horrorizada, Marcos siguió gritando y presionando el cuello de su padre hasta que éste se convirtió en un peso muerto entre sus brazos.

Cuando los compañeros policías de su padre, avisados por la vecina, entraron en el piso por la puerta que Marcos había dejado abierta, se encontraron una estampa tan dramática que podría haber salido de los pinceles de un pintor barroco.

—¡Suéltala, suéltala, suéltala! —seguía gritando Marcos, que había entrado en bucle y no podía parar.

—¡Ay, Fina! ¡Ay, Fina! —empezó a sollozar la vecina—. Al final te ha matado ese malnacido.

Mientras un agente trataba de reanimar a su madre, el otro convencía a Marcos para que soltara el cuello de su padre, que llevaba minutos sin respirar.

Marcos se sentó bruscamente en la cama del box y tardó unos segundos en darse cuenta de dónde se encontraba. Miró a su alrededor, pero no vio gran cosa porque unas cortinas de tela lo separaban del resto de ingresados.

Se llevó la mano al cuello. Se estaba ahogando; necesitaba aire, necesitaba salir de allí.

\*\*\*

En la casa de Salvador, Lucas no podía dormir. Había dejado la ventana abierta para luchar contra el bochorno, pero también para oír si se acercaba la Guardia Civil. A diferencia de la otra vez, había testigos de lo sucedido. Incluso el padre de Jorge podía testificar a su favor, pero no confiaba en ello.

Si su hijo moría, podría pasar cualquier cosa, y ninguna buena.

Al oír el familiar ruido de la chapa del coche de Salvador abollándose, se puso en pie de un salto. No podía ser. Marcos se había quedado a pasar la noche en el hospital. ¿O no?

Salió por la ventana y saltó al aparcamiento, donde Salvador guardaba el coche sólo durante los días más duros del invierno. Efectivamente, con la espalda apoyada en el muro, la cara cubierta de sudor y respirando trabajosamente, estaba Marcos. Le recordó al Marcos de los primeros días, el angustiado y desconfiado, no el amigo que volvía de casa de Úrsula alegre y relajado o que había escalado los balcones del Palacio Real a su lado, con los ojos brillantes.

Cuando Marcos lo vio, extendió la mano en silencio y Lucas supo lo que necesitaba.

Se sentó a su lado, encendió un cigarrillo y se lo pasó.

Marcos inhaló con fuerza y tardó unos segundos en soltar el humo, dejando escapar con él parte de la angustia y la amargura.

—¿Estás bien, tío?

Marcos negó con la cabeza.

—La va a palmar —respondió y ambos supieron que se refería a Jorge—. Lo sé, lo siento aquí dentro. —Se golpeó el pecho e hizo una mueca al alcanzar una de las quemaduras—. La va a palmar y todo se va a convertir en un infierno, otra vez.

—Puede, pero ahora no estás solo.

Pero Marcos no se calmaba. El diablo se había adueñado de su alma y se divertía torturándolo.

—¡Todos estamos solos, siempre! A veces fingimos no darnos cuenta, pero es un espejismo. —Señaló la casa de los Meier con la barbilla—. Úrsula. Un precioso espejismo, pero nada más. ¿Se han ido ya?

Lucas resopló, asintiendo con la cabeza.

—Hace un rato, sí.

Marcos sintió que el puñal que se le había clavado en el corazón al saber que se iba se retorció, clavándose un poco más.

—Mejor así. —Marcos se volvió hacia su amigo—. Yo también me largo.

Lucas frunció el ceño.

—¿Adónde vas a ir, tío? Eres menor de edad, te buscarán.

—Dile a Salvador que no me busque. Dile que estaré bien, voy a alistarme

en el Ejército. Me iré lejos, a matar cabrones. Se me da bien matar.

Lucas apretó los puños.

—No seas capullo. No puedes entrar en el Ejército aún; te falta un año para ser mayor de edad.

Marcos se levantó. Lucas lo imitó y lo agarró del brazo para que no huyera, pero él se liberó bruscamente.

—Me buscaré la vida —le aseguró con tanta determinación que Lucas empezó a preocuparse en serio—. Tratamos de vivir en paz y no nos dejan. Tratamos de defendernos de las bestias que lo contaminan todo con su odio y nos acusan de violentos. Pues si no hay sitio para nosotros en la sociedad civilizada, tendremos que buscarlo en otra parte, ¿no crees?

Apartó a Lucas de su camino y se coló en la habitación. El de Vigo lo siguió y lo encontró sacando el petate con el que había llegado un año atrás.

—Marcos, no me seas cacholán. ¿Dónde vas a estar mejor que aquí? Aguanta un año y tendrás el Bachillerato. Tú eres un tipo listo, no un pailán como yo.

Marcos sacudió la cabeza, sin dejar de meter sus cosas en el petate.

—Lucas, eres un tío de puta madre, que nadie te haga creer lo contrario.

—Ya, tan de puta madre que te falta tiempo para largarte de aquí y perderme de vista.

Al volverse hacia su compañero de cuarto, Marcos vio que estaba angustiado y se acercó a él.

—Eres el mejor compañero que he podido tener. —Agachó la cara y tragó saliva con dificultad. Llevaba un buen rato aguantándose las lágrimas; tenía que aguantar un poco más—. Te voy a echar de menos. —A Lucas le temblaba la mandíbula y tenía los ojos empañados—. A quién voy a gorronearle tabaco ahora, ¿eh?

—¡Pues me voy contigo! —exclamó Lucas, secándose el ojo con el antebrazo.

Marcos lo agarró por los hombros y lo miró a los ojos.

—No, Lucas. Tu lugar está aquí. —Cuando el de Vigo trató de protestar, lo hizo callar—. ¡Te necesito aquí! Necesito que me prometas que cuidarás de Jon. —A Lucas le subía y bajaba el pecho con rapidez, mientras abría y cerraba las aletas de la nariz, tratando de no llorar—. A Lena no te pido que la cuides porque sé que la defenderás con tu vida.

—Que se atreva alguien a ponerle un dedo encima —replicó el vigués con



vehemencia.

Marcos asintió, cerró el petate y se lo cargó al hombro.

—¿No vas a despedirte de Mateo y Jon? —le preguntó Lucas, tratando de ganar tiempo—. ¿Ni de Salvador?

Negando con la cabeza, Marcos se acercó a la ventana. Tenía que marcharse urgentemente, antes de que alguien le hiciera cambiar de opinión. Salvador, Ana, Lucas, Lena, Mateo, Jon... todos eran buena gente. No podía seguir fingiendo que era uno de ellos. Él era un asesino y no tenía sitio en una casa de Dios como aquella. El diablo lo había reclutado y lo seguía para recordárselo allá donde fuera, sembrando el odio y la destrucción. Cuanto antes se marchara, antes alejaría al diablo de allí.

—Despídeme de todos.

—Joder, un abrazo me darás, ¿no?

Marcos, que ya había subido un pie a la ventana, se quedó quieto un instante. Soltó el petate y se volvió hacia Lucas, que avanzaba hacia él con la decisión de un toro. Sólo tuvo tiempo de abrir los brazos, acogerlo en ellos y apretar con fuerza.

—Cuídate, hermano —le pidió Lucas, que ya no podía controlar las lágrimas.

Marcos se soltó, recogió el petate del suelo, se lo cargó al hombro y subió a la ventana. Antes de desaparecer de un salto, se volvió y dijo por encima del hombro:

—Dile a Salvador que me perdone.

Lucas agachó la vista y vio que algo se había caído al suelo, junto a la mesita de noche de Marcos. Era la libreta con un león grabado en la cubierta que le había regalado Salvador la Navidad anterior. Al recogerla, vio que estaba vacía, no había escrito nada.

Se acercó a la ventana, para avisar a Marcos, pero su amigo corría calle abajo como si lo persiguiera el mismo demonio. Con gran tristeza, lo vio desaparecer en la noche. Sabía que el perdón de Salvador lo tenía asegurado, igual que el del resto de personas que lo querían y lo iban a echar de menos. Sabía también que el perdón que Marcos necesitaba era otro, uno muy difícil de conseguir: el suyo propio.

*Al-Thawrah, Siria, 2016*

Marcos no supo si se debió a la intercesión de la virgen del Pilar o a la de la virgen de Fátima —en cuya femineidad se mezclan lo mejor del catolicismo y del Islam—, pero el caso es que llegaron a las afueras de Raqqa sin que nadie les prestara atención.

Antes de entrar en la ciudad, tomaron un camino entre granjas y se dirigieron a la impresionante presa de Al-Thawrah. Sus sesenta metros de altura y más de cuatro kilómetros de longitud le conferían un aspecto imponente. El nudo que se había apoderado de su estómago se retorció un poco más. A la luz del atardecer, entornó la vista por si el siniestro equipo de rodaje se encontrara allí, pero no se veía nada fuera de lo normal en una presa en un país en guerra: soldados patrullando de lado a lado. La ciudad de Al-Thawrah se encontraba justo al otro lado de la presa, pero según la información que les había facilitado la comandante y que habían obtenido las Fuerzas Internacionales gracias a imágenes obtenidas desde un satélite, los terroristas podían encontrarse en una pequeña granja al pie de la presa, en la zona de huertos que se extendía entre los meandros del Éufrates.

Dejaron la camioneta oculta tras unos arbustos. Mientras esperaban a que oscureciera del todo, se abrocharon las botas con más fuerza, comprobaron que las armas estuvieran a punto y revisaron el plan de asalto por última vez, aunque no había gran cosa que revisar. Hasta Antonio había estado de acuerdo con Francisco en que rezar era probablemente lo más útil a esas alturas. No tenían información sobre los secuestradores ni sabían si Miriam estaría sola o

con más prisioneros. Por no saber, no sabían ni siquiera si seguía con vida, pero eso era algo en lo que ninguno de ellos quería pensar.

Lo único que tenían claro era que la luna llena saldría a las dos de la madrugada. Eso les daba unas cuantas horas de oscuridad para actuar; la oscuridad era una de sus pocas aliadas y no pensaban desaprovecharla. En cuanto el crepúsculo acabó de desvanecerse, se pusieron en marcha.

Siguiendo las indicaciones de la comandante, se dirigieron hacia la granja. Marcos había temido encontrarse con varias edificaciones, ya que el elemento sorpresa sólo lo tendrían en el primer asalto. Si se equivocaban de granja... No quería pensarlo. Con alivio creciente comprobó que aunque la superficie dedicada al cultivo era extensa, no había construcciones, lo que era lógico teniendo en cuenta que toda aquella zona quedaría inundada cada vez que abrieran las compuertas de la presa.

Durante los diez minutos aproximados que caminaron, sólo vieron una edificación rectangular, muy sencilla, que parecía un cobertizo grande o un pequeño granero. Tras intercambiar miradas, se dirigieron hacia allí. Marcos echó de menos los equipos de intercomunicación inalámbrica y las gafas de visión nocturna que les habían dado al llegar a Afganistán.

«Aunque total, a la hora de la verdad, tampoco sirvieron de nada», le recordó una parte muy cabrona e inoportuna de su conciencia, la parte que disfrutaba boicoteándolo. Si existía un mal momento para ponerse a recordar el error que había llevado a la muerte de sus colegas, era ése. Y, sin embargo, las imágenes volvieron a deslizarse ante sus ojos como diapositivas a cámara rápida y sin sonido:

Sharbat, la joven del burka y los ojos verdes casi radioactivos y el bebé en brazos pidiéndole ayuda, Marcos corriendo hacia ella, Teresa llevándose las manos a la cabeza, Iván gritándole algo. La mujer entregándole al niño y echando a correr. Teresa arrebatándole al niño y lanzándolo lejos. Iván abalanzándose sobre él y cubriéndolo con su cuerpo. Marcos dándose cuenta de que el presunto niño era un artefacto explosivo un instante antes de la explosión. Sus compañeros muertos. Él, preso y lanzado al fondo de una profunda celda excavada en el suelo de una cueva. El dolor, pero no el de las heridas que nadie se molestó en curar, sino el tremendo dolor que le provocaba saberse culpable de la muerte de sus compañeros. Los días infinitos, los gritos de rabia, los golpes. Saber que si estaba con vida era

porque querían intercambiarlo por otros prisioneros rivales. Desear acabar con aquella espiral de muerte y terror en la que se había sumido. Decidir no comer ni beber, pero sucumbir al hambre y la sed cuando le lanzaban alimento al pozo, sintiéndose como un animal, carente de humanidad. Agradecer la llegada de la muerte al oír a los terroristas entrar en la cueva donde estaba el pozo. Pero no eran talibanes, eran los americanos, que tras asegurarse de que no era un terrorista de una tribu rival, lo habían liberado. Le habían ofrecido unirse a sus filas, pero en lo más hondo de aquel pozo, Marcos había tocado fondo. No se fiaba de él mismo. Estaba convencido de que era un peligro para la gente que se le acercaba. No iba a volver a acercarse a nadie más. Recorrería el mundo, solo, como un león del desierto.

«Miriam. Lo único que importa ahora es Miriam. Ya te fustigarás cuando esté a salvo.»

Tanto él como sus cinco compañeros habían tomado las armas voluntariamente, movidos por su instinto protector. Sabía que estaban tan dispuestos a morir por rescatar a una civil inocente como él. Esperaba poder salir de allí vivo, con Miriam y con sus compañeros sanos y salvos, pero...

«El aquí y ahora, Marcos. ¡Céntrate ya!»

Al acercarse a la puerta de la edificación vieron que había dos guardias, uno a cada lado de la puerta. Francisco fue a comprobar que no hubiera más en la parte trasera y les confirmó que no.

«Dos guardias. Es asumible. Vamos, vamos.»

Marcos apuntó con su fusil al mismo tiempo que Bárbara.

—Esperad —susurró Nadia.

Un haz de luz acababa de romper la noche. Era un vehículo, cruzando la presa. Intercambiaron una mirada. Tal vez pasara de largo en dirección a Raqqa, pero tal vez fuera el recambio de los guardias, o tal vez venían a por Miriam. ¿Qué hacer? ¿Esperar? ¿Atacar?

Aunque entre ellos no había relación de jerarquía, durante el camino habían acordado que Nadia estaría al mando cuando tuvieran que tomar decisiones relativas al enemigo y que Marcos las tomaría cuando se tratara del rescate de Miriam.

Todos lo estaban mirando. Se colgó el fusil cruzado a la espalda y mostró el cuchillo. Todos lo entendieron: atacar sin hacer ruido.

Se dividieron en dos grupos y se acercaron por ambos lados. Marcos

encabezaba uno de los grupos. Bárbara el otro.

—¡Eh! —llamó Marcos y cuando el guardia se volvió hacia él, le lanzó el cuchillo, que lo alcanzó en la garganta.

Mientras Bárbara acababa con la vida del otro soldado, Marcos recuperó su puñal y lo limpió en la ropa del guardia. Miluda y Nadia estaban revisando entre las ropas de los abatidos, buscando la llave del cobertizo. Francisco y Antonio estaban en los dos extremos de la edificación, montando guardia.

—¡Aquí! —Miluda encontró la llave y abrió la puerta.

Marcos la apartó para protegerla de posibles disparos desde el interior, encendió la linterna que llevaba en la frente y acabó de abrir la puerta de una patada. Lo que lo recibió no fueron disparos sino gritos de niñas, apiñadas sobre una mujer que le dirigía una mirada desafiante.

—Miriam —susurró él. El alivio que sintió al verla con vida fue comparable al que sintió ella al reconocerlo.

—Marcos —lo llamó con la voz rota.

Mientras él permanecía inmóvil, fundiéndose con Miriam con la mirada, los demás entraron en la edificación y la registraron. Acabaron pronto, sólo había un espacio, sin habitaciones laterales, muebles ni rincones donde esconder bombas.

—¡Vamos! —exclamó Miluda—. Somos peshmerga. Venimos a rescataros. Rápido, venid.

Las cinco niñas que quedaban miraron a Miriam, que se había convertido en su referente. Cuando ella asintió sin dejar de mirar a Marcos, las niñas se dirigieron hacia los salvadores que iban vestidos como sus captores, pero no las miraban como ellos.

Marcos se dirigió hacia Miriam y la ayudó a levantarse. Al ver que las piernas le fallaban, la alzó en brazos y le susurró:

—Te tengo.

Ella se estremeció.

—No me sueltes —le pidió, apoyando la frente en su mejilla y cerrando los ojos por la fuerza del alivio—. No me sueltes nunca.

—No volverás a librarte de mí —le susurró él al oído, haciéndola estremecer una vez más. Cuando Miriam alzó la vista hacia él, Marcos se apoderó de su boca. Miriam gimió y le devolvió el beso con la misma pasión, hasta que ambos se olvidaron de dónde estaban.

—Vamos, Romeo. Hay que salir de aquí —le recordó Bárbara—. Me

alegro de verte, Julieta —añadió, guiñándole el ojo cuando la pareja se separó unos centímetros—, pero no os ababoléis, que no es momento.

Miriam sonrió y Marcos echó a andar tras los demás. En silencio, los doce regresaron por donde habían venido, aliviados, pero en tensión. Cuando estaban a punto de llegar a la camioneta, vieron que el vehículo que había cruzado la presa minutos atrás se detenía a pocos metros, iluminándolo con los faros.

—¡Mierda! —susurró Antonio—. ¡Han visto el jeep!

—No hay más coches, están solos —informó Francisco, que había estado vigilando la presa en todo momento.

—¿Cuántos son? —preguntó Miluda, pero la luz de los faros no les permitía verlo.

—¡Silencio! —susurró Bárbara.

Escondidos detrás de arbustos, esperaron a que los recién llegados dieran el primer paso. Tenían las armas a punto; no podían consentir que volaran el cuatro por cuatro por los aires, dejándolos sin medio de huida.

Dos militares bajaron del vehículo y examinaron la camioneta. Al ver que uno miraba extrañado la bandera negra, Bárbara tuvo una idea. Agarró a Marcos del brazo, lo atrajo hacia ella y le susurró algo al oído. Él asintió.

—Vamos a distraerlos —susurró Marcos—. Estad a punto para atacar. Miriam, niñas, cuerpo a tierra. Ahí —les señaló una zona un poco más baja.

Siguiendo el plan de Bárbara, que acababa de cubrirse la cabeza con el burka, Marcos se acercó a los hombres con la maña en brazos. Hablando en pastún, saludó. Bárbara sacudía brazos y piernas y gritaba de vez en cuando para llamar la atención de los soldados que pudiera haber dentro del vehículo.

Los integrantes del Daesh le preguntaron por el coche y él respondió que le habían encargado llevarle un regalo a un líder de Abu Sayyaf acabado de llegar.

Los dos soldados se miraron extrañados, pero le dieron la orden de marcharse y se dirigieron a su vehículo. Una vez estuvieron dentro, Marcos se dirigió hacia ellos, como si se hubiera olvidado de decirles algo.

Cuando uno de ellos abrió la ventanilla, Bárbara quitó la anilla a la granada que ocultaba bajo el burka y antes de que el hombre pudiera reaccionar se la metió por el cuello de la camisa.

Marcos la soltó y echó a correr igual que Bárbara mientras gritaba:

—¡Todos al suelo!

Bárbara se lanzó a tierra y una vez allí rodó hasta meterse bajo el vehículo que los había traído hasta allí. Marcos la siguió y rodó hasta quedar a su lado. Los cristales de la camioneta estallaron y salieron volando en todas direcciones.

Fuego y cristales, una combinación demasiado familiar. Aranjuez, Afganistán, Waziristán, Alepo... Las imágenes se superpusieron en un caleidoscopio de destrucción y dolor mientras la claustrofobia empezaba a gritarle que saliera de ahí.

—¿Estás bien? —le preguntó a Bárbara, que asintió en silencio.

Rápidamente se deslizó bajo la camioneta y se protegió los ojos contra el calor de las llamas que quemaban el coche de sus enemigos.

—¡Miriam! —gritó.

—¡Marcos! —le llegó su voz, y por segunda vez en poco rato, las rodillas se le doblaron por el alivio.

—¡Todo el mundo al coche! —gritó Antonio.

—¡Miriam, niñas, montad detrás! —ordenó Miluda.

Bárbara se sentó delante, entre Francisco y Antonio. Los demás se amontonaron en la parte descubierta; eran muchos, pero las niñas abultaban muy poco.

Marcos se sentó en un lado, junto a Miluda y Nadia. Miriam estaba sentada frente a él, totalmente rodeada por el racimo de niñas. Él quiso arrancarla de allí para abrazarla, pero no tuvo corazón de separar a las niñas de su fuente de consuelo, así que se conformó con gritarle con la mirada lo mucho que la quería y lo mucho se alegraba de volver a verla. No podía abrazarla, pero su sonrisa y sus lágrimas de felicidad le ensancharon el alma.

Y por muchas ganas que tuviera de relajarse y celebrar su rescate, aún no estaban a salvo. Francisco recorrió la pista de tierra que bordeaba los huertos tan deprisa como pudo. Y en ese momento, las llamas del coche de los terroristas alcanzaron el depósito y una explosión, más fuerte que la primera, iluminó el cielo.

—¡Mierda! —exclamó Antonio.

—No tardarán en enviar refuerzos desde Al-Thawrah —dijo Nadia—. Hemos de alcanzar la zona liberada cuanto antes.

Esta vez no se atrevieron a pisar la carretera y usaron caminos laterales para dirigirse a Tal Abiad. No se detuvieron en ningún momento. Los campos y huertos de la ribera del Éufrates dieron paso a los terrenos más secos del

norte. Los nervios y el cansancio fueron haciendo mella en todos. A unos cincuenta kilómetros del límite de la frontera de los terrenos recuperados por la alianza de ejércitos contra el Estado Islámico, se encontraron con un control.

—¡Mierda! —exclamó Antonio, levantando el pie del acelerador.

—Protégenos, Señor —rogó Francisco, persignándose.

Las miradas de Marcos y Miriam se buscaron.

Él le dijo sin palabras lo mucho que la quería.

Ella le dijo sin hablar que se alegraba de haberle entregado su cuerpo y su corazón antes de morir.

—¿Qué hacemos? —preguntó Bárbara, preocupada, volviéndose hacia Nadia.

De pie en la camioneta, la guerrera examinó los vehículos que barraban el paso. Poco a poco, las arrugas de su ceño se relajaron y dieron paso a una sonrisa deslumbrante.

—¡Dame esa bandera! —le pidió a Marcos.

Él la miró y por un instante temió que la valiente joven hubiera perdido la razón y que sus vidas estuvieran a punto de sufrir un épico y violento final, pero Miluda se unió a ella y empezó a gritar:

—¡Son las nuestras, son las nuestras! ¡La frontera ha avanzado! ¡Lo hemos conseguido!

Nadia se sacó un encendedor del bolsillo y se lo mostró a Marcos, que no pudo evitar acordarse de Lucas. Asintiendo, arrancó la bandera negra que ondeaba tras ellos y se la dio. Nadia le prendió fuego y la hizo ondear en el aire, mientras Miluda soltaba gritos de alegría y victoria.

Marcos buscó a Miriam con la mirada. Vio felicidad en ellos, pero sobre todo asombro. Y supo que, al igual que él, había perdido la esperanza de salir de aquello con vida. Y se dio cuenta de que aquélla era la verdadera valentía: la locura de seguir adelante en una batalla que sabes de antemano que está perdida.

Y a la vida le gustaba premiar a los valientes.



*Ain Issa, Siria, 2016*

La noche fue casi una repetición de la anterior. La ciudad se llenó de hogueras, música y cánticos para celebrar la conquista de nueva parte del territorio.

Tras cuatro años de caos devastador, las cosas parecían haber dado un giro. Todo el mundo estaba echando el resto para poner fin a una destrucción diabólica. Enemigos irreconciliables se habían puesto de acuerdo para expulsar de sus tierras al cáncer que lo había destrozado todo. La ciudad de Alepo estaba a punto de volver a manos de las fuerzas gubernamentales. Y aunque el hospital donde habían trabajado Miriam, Marcos, Bárbara y Miluda quedaba dentro de la zona rebelde, se alegraban de que el conflicto llegara a su fin. Ahora que habían salido de la ciudad sitiada, ninguno de ellos tenía ganas de volver.

Cuando la comandante les dio la bienvenida, Antonio y Francisco se fueron a descansar.

—Nos vemos luego —le habían dicho a Miriam—. Tenemos mucho que celebrar. —Ella les había dicho que sí con la cabeza. Apenas hablaba. Marcos temía que estuviera en shock.

Por suerte, Nadia y Miluda habían sabido cómo actuar. Se habían llevado a las niñas a un lugar discreto y mientras Bárbara, Miriam y Marcos daban el parte de la operación a la comandante, ellas encendieron una hoguera y las animaron a quemar en ella los burkas. Ellas lo hicieron encantadas y las llamas se reflejaron en sus ojos, un primer paso para dejar la pesadilla atrás.

—Van de retirada —dijo Marcos, tras contar los detalles de la liberación

—. Apenas hay controles ni guardias en las carreteras.

La comandante asintió.

—Sí, eso dicen nuestros informadores también. —Miriam, refugiada bajo el brazo protector de Marcos, no podía dejar de llorar por el alivio tan grande que sentía—. No te preocupes —le dijo a Miriam—, ya hablaremos mañana. Ve a descansar.

—¡No! —exclamó ella entre sollozos, liberándose del abrazo de Marcos. Inspiró hondo y, con la respiración entrecortada, añadió—: Necesito ayuda.

Marcos y Bárbara cruzaron una mirada preocupada, temiendo no haber llegado a tiempo de impedir que abusaran de ella.

—Claro, si está en mi mano —replicó la comandante—. ¿Qué pasa?

—Las niñas —replicó Miriam, con expresión torturada.

La comandante las señaló.

—Están bien; se recuperarán. Si tienen familia, las ayudaremos a encontrarla.

Pero Miriam negó con la cabeza.

—Ellas no... las demás. Había más. Eran doce. Esos hombres horribles se las fueron llevando. Las examinaban como si fueran mascotas o... coches —añadió, furiosa—. Ellas me rogaban que no dejara que esos hombres se las llevaran. ¡Lo intenté, lo juro!

—Lo sabemos —le aseguró la comandante, mientras Marcos le acariciaba el moratón que tenía en la mejilla, prueba de su resistencia.

—Hemos de rescatarlas —les rogó con vehemencia—. No podré vivir sin liberarlas. —Se dirigió a la comandante—. ¿Puedo unirme a vosotras?

Bárbara y Marcos cruzaron otra mirada mientras la comandante la miraba, asintiendo, comprensiva. Casi el cien por cien de las combatientes se habían alistado tras ver morir a algún pariente o amigo. Una cosa era ver los ataques por la televisión, desde el sofá, y otra muy distinta ver como un grupo de terroristas matan a tu hermano o secuestran a tu hermana. Uno no se olvida nunca de algo así.

—Pensaba que querías volver a España; estaba dispuesto a acompañarte —susurró Marcos, con emociones encontradas luchando en su interior. La entendía. Ver que estaba dispuesta a luchar a pesar del miedo hacía que se sintiera muy orgulloso de ella, pero al mismo tiempo le había provocado una punzada en el corazón. Le habría gustado que ella pusiera su amor por delante de todo lo demás.

A Bárbara se le escapó la risa.

—Te ha salido guerrera sor Miriam. ¿Quién lo iba a decir?

—Si alistándome consigo que dejes de llamarme así, me doy por satisfecha —replicó Miriam, sonriendo entre sollozos.

—Mmm, ya veremos.

—A ti no vamos a cambiarte el mote, Barbie Granadas —dijo Marcos—. Has estado espectacular; nos has salvado la vida a todos.

—Ha sido un trabajo de equipo, hermanito. Estaba tranquila. Sabía que, estando contigo, no podía pasarme nada malo.

Marcos asintió en silencio. Sin saberlo, Bárbara acababa de hacerle un regalo enorme. Nada le devolvería la vida a sus compañeros, pero había pasado un año en Alepo rescatando a inocentes de entre los escombros. Y ahora que había logrado rescatar a Miriam y mantener a Bárbara a salvo, sentía que se quitaba un gran peso de encima. Un peso demasiado familiar, la pesada carga de la culpabilidad.

Miriam se volvió hacia él. Marcos la miró y reconoció en sus ojos la torturada expresión que había visto tantas veces en el espejo.

A Marcos no le había resultado fácil librarse de la culpa. Había tenido que cruzar dos continentes y romper los cercos de varias ciudades sitiadas para verlo todo con claridad, para asumir que vivir suponía hacer daño a los demás, a veces voluntariamente, otras por error, otras por omisión. Lo importante era no dejarse lastrar por la pesada carga y seguir viviendo, aportando lo que se pudiera para hacer del mundo un lugar mejor.

Salvador había tratado de decírselo, también Lucas, pero el Marcos de diecisiete años no había sabido escuchar, sólo había sabido salir huyendo. Había tratado de alistarse en el ejército español, pero no lo logró por su edad. En un bar cercano a la oficina de reclutamiento, un tipo de aspecto turbio lo puso en contacto con un grupo paramilitar que lo instruyó y lo envió a Afganistán sin prestar demasiada atención a su fecha de nacimiento. En contra de todo pronóstico, había sobrevivido y tenía unas ganas inmensas de vivir.

Inspiró hondo y se sorprendió de lo poco que le costaba respirar. Una puerta se había abierto, dejando pasar aire y esperanza. Marcos había empezado a perdonarse.

Miriam lo miraba, esperando su reacción.

—Ven aquí —susurró él, abriendo los brazos.

Miriam se refugió en ellos y, durante unos instantes, Marcos sintió que

todos los cuerpos celestes se detenían y que la paz era absoluta en el universo... hasta que Bárbara abrió la boca y, con un traqueteo, la Vía Láctea reemprendió su vertiginosa travesía celeste, a más de dos millones de kilómetros por hora.

—¡Oh, no! Romeo y Julieta atacan de nuevo. Me voy. ¡No puedo soportar tanto amor! —exclamó, sacudiendo los brazos teatralmente, lo que hizo reír a las niñas.

—Id a descansar un rato —les dijo la comandante—. Voy a hablar con mis compañeros. Te aseguro que las niñas estarán entre nuestros próximos objetivos a liberar.

Marcos no se lo hizo repetir. Tomó a Miriam en brazos y se dirigió con ella hacia la casa que les habían asignado.

—¡Eh, puedo caminar!

Bárbara se volvió hacia ella y le dijo gesticulando:

—¡Ataca, leona!

Marcos se volvió hacia ella alzando una ceja.

—¿Has dicho algo, Barb?

—¿Yo? Nada. Que habléis civilizadamente de vuestras cosas.

—Eso pienso hacer —replicó Marcos, guiñándole el ojo.

Y mientras las tropas cenaban, se relajaban y celebraban la victoria, Miriam y Marcos se quedaron al fin a solas. La casa donde instalaron el campamento para pasar la noche tenía la puerta rota, las ventanas sin cristales y le faltaba medio tejado, pero si a Marcos le hubieran preguntado dónde estaba el paraíso, habría señalado a su alrededor.

—Con cuidado —murmuró ella, mientras cruzaba el umbral en sus brazos. Habría podido ir andando, pero se estaba tan bien allí que se dejó cuidar un poco más.

—Siempre —susurró él, besándola en la sien.

Marcos la dejó en medio de lo que fue un salón y se quedó inmóvil, contemplándola, como si no pudiera creerse que Miriam estuviera allí, ante él.

—Lo siento —se disculpó ella, y era tan hermosa que a Marcos le dolía mirarla—. ¿Podrás perdonarme?

—Shhh. —Él alzó la mano y volvió a acariciarle la cara—. No hay nada que perdonar.

—Te prometí que volvería y no volví. Tenías razón, fue una locura.

Él se encogió de hombros.

—Todo es una puta locura.

—Me pediste que te dejara acompañarme y te dije que no. Fui una idiota y me arrepentí tanto. ¡Te he echado tanto de menos! Quería decirte tantas cosas antes de... antes de morir.

Con un nudo en el estómago, Marcos la sujetó por la cara y pegó su frente a la de ella.

—¡Y yo me maldije mil veces por no haberte seguido sin tu permiso, joder!  
—Cerró los ojos con fuerza y volvió a abrirlos, como si quisiera asegurarse de que no estaba soñando, de que ella seguía allí—. Pero las cosas pasan por algo. Si te hubiera acompañado, probablemente me habrían matado igual que a los hombres que te protegían. Y si no hubieras salido de Alepo, seguiríamos allí y, ¿quién sabe? Tal vez la siguiente bomba habría llevado nuestro nombre. O nos habrían detenido las fuerzas gubernamentales. ¿Otra vez preso? No habría podido soportarlo. Prefiero esto mil veces. No entiendo cómo he aguantado un año en esa ratonera. —Le acarició las mejillas con los pulgares.

Miriam cerró los ojos y se estremeció al notar el contacto de sus manos, ásperas y rugosas.

—¿No lo entiendes? —susurró ella.

A él se le escapó una sonrisa ladeada.

—Tengo mis sospechas. Me temo que un ángel con el pelo color canela y los ojos verdes tuvo algo que ver en mi locura transitoria.

Ella abrió los ojos y alzó las cejas.

—Acabo de pasar de monja a ángel. Eso es un ascenso, ¿no? —Él sonrió, incapaz de contener la felicidad que sentía—. Pero no te equivoques, Marcos. No soy ningún ser celestial.

Él le acarició el cuello y le hundió la mano en el pelo. Con la otra mano le recorrió el torso, rodeándolo, y la atrajo hacia él.

—Lo sé, Miriam —le susurró al oído, antes de besarla en el cuello—. Lo sé y me alegro.

Cuando ella gimió, él le ladeó la cara y se apoderó de su boca con ansia acumulada. Sujetándole la cabeza con una mano, mantuvo sus bocas unidas para que sus lenguas pudieran reconocerse.

Gimiendo, ambos adelantaron las caderas, buscándose. Marcos apretó los puños, y rezó pidiendo contención para no abalanzarse sobre ella como un salvaje. Temía que estuviera traumatizada por la experiencia; no quería asustarla, y aún menos hacerle daño.

Cuando Miriam soltó un gemido de protesta, él se detuvo en seco.

—¿Te he hecho daño?

—No es eso —respondió ella, con el ceño fruncido—. Es que...

—No pasa nada —la tranquilizó él—. Esperaré el tiempo que haga falta.

La mirada que ella le dirigió estaba tan cargada de deseo que a Marcos le costó controlarse.

—¡Estoy sucia!

—Yo no estoy mucho mejor, no creas —bromeó él.

—Tú estás perfecto como estás, Marcos —replicó ella, con una mirada hambrienta—, pero yo, creo que no voy a volver a sentirme limpia nunca más.

La mirada de Marcos se encendió con un brillo asesino.

—¿Te pusieron la mano encima? —le preguntó, y Miriam supo que no le preguntaba por los empujones y puñetazos.

—No, no me violaron, supongo que me reservaban para sus jefes —respondió, estremeciéndose y él la abrazó con fuerza—. Aún no me creo que nos encontrarais —susurró, con la cara pegada a su pecho.

—Tengo una idea. —Marcos se dirigió a su petate, que había dejado junto a la pared cuando les asignaron la casa. Rebuscó un poco y sacó una cantimplora, que le mostró triunfal. Tras sacar una toalla pequeña, le indicó—: Ven aquí.

—Mmm, un hombre de recursos.

—El perfecto boy scout. Siempre a punto —Marcos le guiñó el ojo. Soltó el agua y la toalla para poder desnudarla. Mientras le desabrochaba la camisa, le dijo—: Una vez me lavaste, me afeitaste y me cortaste el pelo.

—Fue un auténtico placer, te lo aseguro —replicó ella, desabotonándole la camisa al mismo tiempo.

—Ese día no sólo me quitaste roña y años de encima. Me devolviste la humanidad y la esperanza; deja que te devuelva un poco de lo que me diste aquel día.

Miriam lo miró. Marcos era uno de los hombres más guapos que había conocido. Pero lo que más le gustaba de él no era su pelo fuerte y oscuro, ni sus cálidos ojos castaños, ni sus músculos, ni el delicioso lunar que tenía en la mejilla. Lo que la había enamorado era que parecía no ser consciente de su atractivo. Era un hombre sólido y humilde como la tierra.

Cuando Marcos acabó de desabrocharle la camisa y vio que llevaba colgando al cuello la estrella forrada en tela de camuflaje que había usado

para adornar la azotea en Navidad, se le humedeció la mirada.

—Quería protegerte —murmuró, acariciando la estrella—. Que no pudieran detectar tu brillo, pero fue imposible. Brillas demasiado, Miriam.

—Me has protegido. Te adentraste en territorio del ISIS, me encontraste y me sacaste de allí. Si eso no es protegerme, yo no sé...

Marcos cerró los ojos y miró al cielo.

—Gracias a Dios.

Ella sonrió.

—Y a un puñado de locos. —Se puso de puntillas para besarle en los labios, pero cuando quiso seguir besándolo, él la apartó un poco y siguió desnudándola.

Poco después, ambos se habían librado de la ropa.

Fiel a su palabra, Marcos empapó la toalla en agua y le lavó la cara. Las gotas sobrantes se deslizaron por su cuello, llevándose el rastro de las lágrimas junto con el polvo del camino. Mojó la toalla una vez más y le lavó los hombros con tanta delicadeza que Miriam lo vivió como una caricia. Y cuando le lavó los pechos, plantando en cada uno un beso al acabar, se sintió adorada. Le dio la vuelta a la toalla antes de volver a empaparla para lavarle la cintura y las caderas.

—Levántate el pelo —le pidió mientras la rodeaba. Miriam se estremeció al notarlo tras ella, lavándole la nuca. Dedicó la misma atención a la espalda, dejando a su paso un reguero de besos que no se detuvo cuando alcanzó sus nalgas, que adoró igual que había hecho con sus pechos.

Miriam estaba encendida. Quería lavarlo de la misma manera; quería abalanzarse sobre él y comérselo a besos, pero no hizo nada y lo dejó demostrarle su amor con sus actos, como el hombre de acción que era.

Marcos se arrodilló e hizo que ella diera media vuelta. Desde el suelo, alzó la cara lentamente, recorriendo las suaves curvas de Miriam hasta que sus miradas se encontraron.

—No soy digno de que entres en mi casa —susurró él.

Miriam alzó una ceja.

—¿Necesitas una palabra mía, Marcos?

Él asintió en silencio.

—Bésame, soldado.

—Eso son dos palabras —bromeó él, sujetándola por las caderas.

—¡Oh, cállate! —Miriam se arrodilló ante él y tomó posesión de su boca.

Marcos la besó mientras reconocía el terreno con sus manos callosas y seguras, asegurando cada objetivo conquistado antes de seguir avanzando por los valles de su cintura y las colinas de sus caderas.

Miriam no se quedó atrás. Tras derribar la barrera de sus labios con la contundencia de una patada, reconoció las paredes de su boca con la lengua y se enzarzó en una lucha cuerpo a cuerpo cuando la lengua de Marcos le plantó batalla.

Sus alientos, urgentes y abrasadores como el viento del desierto, se unieron en una única corriente, alimentándose mutuamente, preludio de la tormenta eléctrica que se estaba formando entre sus cuerpos.

Marcos intentó colocarse sobre ella, pero cuando Miriam lo empujó, él se rindió a su asalto sin condiciones, dejándose caer de espaldas sobre los sacos de dormir y arrastrándola en su caída. Cuando sus narices chocaron, permanecieron unos instantes mirándose a los ojos, jadeantes, buscando en el otro dudas o vulnerabilidades, pero no las encontraron porque habían salido huyendo en el mismo convoy que el sentido común y el instinto de autoprotección. Su lugar había sido ocupado por el deseo y la euforia.

Ver los ojos claros de Miriam brillar a la escasa luz de la noche hizo detonar una carga de emociones en el corazón de Marcos y encendió una hoguera que fundió el hielo que había congelado su alma muchos años atrás. Cuando ella le besó el pecho a la altura del corazón, el deshielo se hizo irreversible.

—¿No me dejas que acabe de lavarte, leona?

—Luego —susurró ella, sentándose sobre sus muslos, loca de deseo.

Los ojos de Marcos se encendieron.

—Luego —repitió, agarrándola por la cintura y manteniéndola presa de su mirada.

Miriam movió las caderas adelante y atrás, mientras él la guiaba lentamente hasta que quedaron perfectamente alineados. Aflojando el agarre, dejó que ella tomara el mando. Y aunque quería verle el rostro en todo momento, Marcos no pudo evitar que se le cerraran los ojos cuando sus cuerpos se fundieron en uno solo. Una lágrima le recorrió la mejilla. Miriam se inclinó sobre él y la recogió con la lengua antes de besarlo, en la mejilla, en la oreja, en los labios.

—Te quiero, Marcos —susurró—. A tu lado no tengo miedo de nada.

Él echó las caderas hacia delante, hundiéndose en su calor y haciéndola



gemir.

—Te quiero, Miriam. —La sujetó por la nuca, uniendo sus frentes sudorosas—. A tu lado he aprendido lo que es el auténtico miedo. No hay nada más aterrador que un mundo en el que no existas. No me alejes de tu lado nunca más.

Ella se meció sobre sus caderas, en un ritmo cada vez más incontrolable.

—Nunca —le aseguró, entre jadeos—. Nunca. Nunca más.

Marcos la amó con entrega y poco después Miriam se desintegraba de éxtasis entre sus brazos, gritando su nombre. Con una sonrisa en la cara, él la siguió hasta un paraíso privado donde sólo había sitio para dos.

—Mi guerrero —le susurró ella al oído, acariciándole la nuca—. Mi león, mi soldado, mi amor.

—Mi guerrera —repitió él, notando que Miriam se quedaba dormida entre sus brazos—. Mi leona, mi *peshmerga*, mi amor. —Alzó la vista hacia las estrellas visibles por el hueco en el techo y dio gracias al cielo por el milagro de estar vivos y juntos. Sonrió y, por primera vez en su vida, Marcos sintió que el nombre de soldado de fortuna le hacía justicia.

## *Nota de la autora*

Querido lector, muchas gracias por haber acompañado a Marcos en su viaje. Aunque siempre aseguré que no escribiría sobre la guerra porque para sufrir ya estaba la vida real, cuando Marcos empezó a visitarme tuve que comerme mis palabras. Escribir su historia no ha sido fácil. Marcos es un chico callado y reservado, al que le cuesta abrirse y que me visitó en silencio muchas noches, sentado en la ciudadela de Alepo, antes de decidirse a hablar. Y cuando me llevó a casa de Salvador, a veces tenía que pegarles un grito a Lucas o a Jon para que se callaran y Marcos pudiera seguirse expresando. Tanto Mateo como los demás no han dejado de contarme su historia durante estos meses y aguardan con más o menos paciencia a que las escriba.

¿Por qué Aranjuez? Cuando nació la idea de escribir una serie con los nombres de los Evangelistas la última palabra estaba en blanco. ¿Los Evangelistas de...? Dudé mucho. Me tentaba llamarlos Los Evangelistas del Mediterráneo, pero ese nombre lo reclamó Mateo. Así que abrí Google Maps (maravilloso invento que te muestra hasta una pequeña edificación al pie de una presa junto a un lugar llamado Al-Thawrah) y recorrí España de punta a punta buscando nombres. Los Evangelistas de Tortosa, Los Evangelistas de Mérida... Nada me convencía... hasta que llegué a Aranjuez. Fue como si el nombre me diera un puñetazo en el pecho y me dijera: «¡Soy yo! ¿No me ves?» Esa noche James Rhodes colgó un fragmento del Concierto de Aranjuez en Twitter y supe que había elegido bien. Al principio pensé que simplemente sería un precioso escenario donde los chicos pasarían dos años de sus vidas, pero cuando fui investigando y descubrí las fiestas del Motín, todo cobró sentido. Espero que si algún arancetano lee la novela, no tenga en cuenta las licencias que me he tomado y sí el cariño que he volcado en la historia.

Y amplió esta petición a toda la novela. *El perdón de Marcos* no es un

documental, es una historia de ficción y, como tal, me he tomado licencias, temporales y de todo tipo. La intención era situar a los personajes en un entorno muy hostil y no se me ocurrió escenario más hostil que Alepo.

Aunque *El perdón de Marcos* llega a su fin porque Marcos ha empezado a perdonarse, ni él ni Miriam han dicho la última palabra. Tanto Marcos como ella son muy jóvenes y justo empiezan a vivir. Les queda mucho por contar, nuevas aventuras vitales, siempre ligadas a la tierra porque eso es Marcos: la tierra, a medio camino entre el cielo y el infierno.

¿Y Bárbara? La maña me hizo sufrir como ningún otro personaje ya que hasta el último capítulo no tuve claro su final. La veía capaz de cometer alguna heroicidad para quitarse de en medio y dejar el camino libre a su adorado Marcos y a su irritante Julieta. Yo creo que volverá y me contará cosas. Si lo hace, seréis los primeros en saberlo.

Pero el agua pide paso. Mateo está impaciente por contar su historia. ¿Qué pasó en Mallorca? ¿Por qué todo el mundo teme estar a su lado? ¿Lo esperará Margalida? ¿Existen las sirenas? ¿Por qué lo llaman El Ángel del Mediterráneo?

Si quieres saber todo eso y mucho más no te pierdas la serie de Los Evangelistas de Aranjuez, que continúa en *La tentación según Mateo*. Gracias a Iratxe y a Noemí por sus aportaciones. Y, por supuesto, ¡gracias por todo, Epi!

## *La tentación según Mateo*

### Sinopsis

Dos años después de los acontecimientos que lo llevaron a refugiarse en Aranjuez, Mateo regresa a su isla natal, heredero de la fortuna de su padre. Y aunque en un principio no quiere nada que le recuerde a él, pronto se da cuenta de que con su barco puede cambiar el destino de muchas de las personas que luchan por no morir ahogadas en el Mediterráneo.

Sofía no entiende de fronteras. Hija de mexicana y siciliano, ha pasado más tiempo en el agua que fuera. Muchos la consideran una sirena por su gran habilidad en el buceo libre, pero cada vez le cuesta más encontrar parajes submarinos donde la contaminación no haya dejado su huella.

Los caminos de Mateo y Sofía se cruzarán como las estelas de los delfines que saltan al paso del barco de Mateo, bautizado como el Ángel del Mediterráneo, pero hay muchos interesados en detener su andadura.

# **SERIE LOS EVANGELISTAS DE ARANJUEZ**

El perdón según Marcos  
La tentación según Mateo  
La pasión según Lucas  
El amor según Jon

SERIE LOS EVANGELISTAS DE ARANJUEZ



- 
- [i] *Glory Days*. Bruce Springsteen. © Columbia. 1984
- [ii] *Oveja negra*. Barricada. © Universal Music Spain, S.L. 2006
- [iii] *No dudaría*. Antonio González Flores © EMI SONGS ESPAÑA S.R.L. 1980
- [iv] *Feel this moment*. Pitbull. © RCA Records. 2012
- [v] *We found love in a hopeless place*. Calvin Harris © Sony/ATV Music Publishing LLC. 2011
- [vi] *Agua*. Jarabe de Palo. © Parlophone Music Spain SL. 1998
- [vii] *Judas el miserable*. La frontera. © Universal Music Publishing Group. 1992
- [viii] *Fallen*, Evanescence. © The Bicycle Music Company. 2003
- [ix] *Te lo agradezco, pero no*. Alejandro Sanchez Pizarro. © Warner Chappell Music, Inc, Universal Music Publishing Group. 2006
- [x] *Las de la intuición*. Luis Fernando Ochoa / Shakira Isabel Mebarak Ripoll © Sony/ATV Music Publishing LLC. 2005

